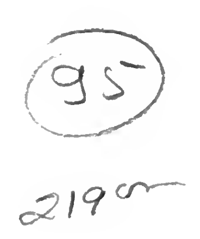


RELACIONES HISTÓRICAS

DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

RELACIONES HISTÓRICAS

DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

PUBLÍCALAS

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

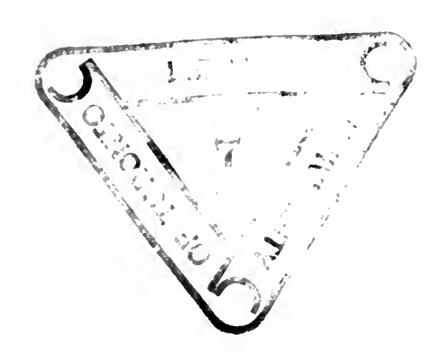
Francisco R. de Uhagón.



MADRID

—

MDCCCXCVI



NÚM. 260

MADRID: 1896.—Imprenta de la Viuda é Hijos de M. Tello.
Carrera de San Francisco, 4.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

No basta, en mi entender, para el cabal y perfecto conocimiento de la historia, la lectura de las grandes crónicas, donde el historiador de una época ó de un reinado, traza desde punto de vista elevado y en conjunto, los hechos culminantes que imprimieron carácter á un período histórico, ó los acontecimientos notables é importantes que dejaron sello imborrable en la continua marcha de la sociedad; si la historia debe escribirse con documentos auténticos y fehacientes, la publicación de cuantos tiendan á esclarecer las nebulosidades en que á las veces se ve envuelta, será de verdadera y útil importancia.

Entre estos documentos, paréceme que deben contarse en primer término esas relaciones sueltas, papeles fugaces que por su corta extensión han ido desapareciendo con el tiempo, y que relatan con prolijidad y riqueza de detalles, fiestas, batallas, viajes y demás hechos que constituyen la esencia de nuestra historia patria, y á cuyas minucias no puede descender el cronista de alto vuelo.

Y, sin embargo, estos papeles son curiosísimos retratos del modo de ser, de los usos y costumbres de la sociedad que pintan, y arsenal de datos interesantísimos para la historia y la geografía, la indumentaria y el arte. Escritos casi siempre por testigos presenciales de los hechos que relatan, tienen caracteres de verdadera y genuína autoridad; ya es un soldado que cuenta los azares y peligros de una costosa victoria ó las penalidades del cautiverio; ya un cortesano entusiasmado con las magnificencias de una regia fiesta ó las peripecias de un ostentoso viaje; ora un cachazudo fraile dice las solemnidades de ceremonia religiosa, ó ya también un deudo escribe y comenta lo que ha visto y lo que se murmura, porque estas relaciones eran con frecuencia epístolas ó cartas enderezadas á personas principales en época en que no existía la prensa periódica, de la que bien puede decirse fueron aquéllas heraldos ó precursores.

Las que tenían carácter, digámoslo así, oficial, se imprimían en Madrid; se lanzaban al público, y las prensas de las capitales más notables, Sevilla, Barcelona, Zaragoza y Valencia, las reimprimían á su vez, aumentando con su circulación la noticia del suceso.

Otras tenían carácter privado, y no eran por cierto las menos interesantes, pues su índole confidencial permitía expansiones y comentarios vedados á las que el público había de leer; así que no es raro encontrar varios relatos de un mismo su-

ceso escrito á diversas personas y por autores diferentes. Estas precisamente son las que hemos perseguido, por más que las impresas son tan escasas, que su reproducción tendrá en muchos casos sabor de verdadera novedad.

La llamada *Colección de jesuitas*, compuesta de numerosos volúmenes, los mil corridos de la de *Salazar*, ambas en la Academia de la Historia, y los de la *Biblioteca Nacional* en sus departamentos de Manuscritos y Papeles varios, son fuentes abundosas donde puede aún encontrarse mucho documento desconocido y de interés histórico innegable.

Bien puede afirmarse que la mayor parte de las Relaciones de este tomo son perfectamente inéditas, y si alguna no reúne esta circunstancia, su reimpresión es debida á la extremada rareza de su primera edición, y á la curiosidad ó importancia de los hechos en ella narrados.

He procurado dar variedad á la colección, explicando en notas al fin lo que se me alcanza de cada una, formando un todo de amena y entretenida lectura, al par que de útil y provechoso estudio.

Francisco R. de Uhagón.



I

RELACIÓN

DE LAS INSTRUCCIONES DADAS POR LA MAJESTAD DEL REY [ENRIQUE VII DE INGLATERRA] Á SUS FIELES Y BIEN QUERIDOS CRIADOS FRANCISCO MARSIM, JAMES BRAYBROOKE Y JUAN STILE, ENSEÑÁNDOLES CÓMO SE HABÍAN DE ORDENAR CUANDO VINIERAN Á LA PRESENCIA DE LA VIEJA REINA DE NÁPOLES Y LA MOZA REINA SU HIJA Y DE CÓMO DESEMPEÑARON SU COMISIÓN.

(Año 1505.)

Primeramente, después de la presentación y entrega de las cartas que llevarán para las dichas reinas (1) de parte de la señora Doña Catalina princesa de Valia, haciendo sus encomiendas y declaración de aquellas cosas y palabras que serán cometidas y dichas á ellos por la dicha princesa, para que ellos las declaren y digan de parte de ella á las dichas reinas, remarcarán con gran cuidado el estado que tienen y cómo están acompañadas con nobles y señoras.

Sírvase Vuestra Majestad de entender, que á nuestra venida á la ciudad de Valencia en 22 días del mes de

(1) Doña Juana y su hija del mismo nombre.

Junio, á la tarde, en el cual tiempo las reinas de Nápoles, la vieja y la moza, estaban en el palacio del rey, que está un poco fuera de la dicha ciudad, llamado los Reales, en el cual tenían sus casas juntas, y en la mañana, siendo el 23 de Junio, enviábamos un Tomás Bradley, el cual sabía la lengua, al palacio, para que él declarase á algunos criados de las dichas reinas de nuestra venida, para que sabiéndolo ellas, nos diesen á entender cuándo serían servidas de darnos licencia para venir á su presencia, á presentar las cartas que habíamos traído de la princesa de Valia su nieta y prima, lo cual fué declarado á las dichas reinas, y su voluntad y respuesta al dicho Tomás Bradley, que fué que nos veniésemos á su presencia á las cinco horas en la tarde aquel mismo día, lo cual el dicho Tomás vino á decirnos; y á la hora dicha, venimos al dicho Palacio, adonde un criado de las dichas reinas nos llevaba por muchas cámaras que no eran colgadas, y así, á una cámara nos traía colgada con paño negro, en la cual no había más que una ventana abierta y en el suelo estaba tendida una alfombra grande, sobre la cual, por la parte de la ventana, estaba asentada la vieja reina, y á su mano esquierda, hacia la otra parte de la ventana, se asentaba la reina moza; ambas las dichas reinas estaban vestidas de negro con tocas negras como de luto, y así estaban todos los que acompañaban las dichas reinas; á la mano derecha de las reinas, en la ventana, estaba un anciano duque con la barba larga, el cual se llamaba el duque Fernandino de Nápoles y dos de sus hijos y otros caballeros y hidalgos, hasta algunos 20 poco más ó menos y á la mano esquierda de las reinas estaban asentadas la duquesa mujer del dicho Fernandino y otra duquesa de las partes de Grecia y la marquesa de Chara, la condesa de Tortona y la condesa de Montorio y Doña María de Enríquez nieta de la vieja reina y tres hijas del duque Fernandino y otras señoras y hidalgas, hasta algunas 18 ó 20 personas. A

nuestra venida á las dichas reinas, nos hincábamos de rodillas y las besábamos las manos y entregábamos las cartas de mi señora la princesa á las dichas reinas, á cada una las suyas en particular, con la relación de las encomiendas de parte de mi señora la princesa; las cuales, las dichas recibieron con agradecimiento cada una dellas, haciendo respuesta en particular para sí á las dichas encomiendas, y así, dando sus gracias con un grave y constante rostro, la moza reina no usaba muchas palabras, más que agradeciendo á la princesa su prima por su buena y amigable voluntad en haber enviado y escrito á ella, y preguntó por la salud de mi señora la princesa, de la cual dijo que se holgaba de oir, porque nunca la había visto; lo mismo dijo la vieja reina, y mucho más estando en comunicación. Como han hecho á nosotros información, las dichas reinas tienen sus casas cada una por sí y también sus criados hombres y mujeres y esclavos por sí, aunque siempre las dichas reinas tienen su palacio y familia juntas como una y comunmente la reina vieja y moza duermen en un aposento y tienen grande familia de hidalgos, señoras hidalgas y esclavos, y la vieja reina tiene mayor estado, con una grande gravedad, porque ella tiene el poder del rey para gobernar todo el reino de Valencia y así ella gobierna y está obedecida en todo y no hay quien hace contrario á su mandado y como podemos saber y entender, las dichas reinas guardan un noble y grave gobierno y orden en su familia y criados.

Item, han de remarcar qué estado las dichas reinas tienen; si tienen sus casas y familias apartadas ó juntas y cómo están acompañadas y qué señores y señoras están con ellas.

En cuanto á este artículo, los principales puntos están recitados en el artículo pasado, adonde dice que las dichas reinas tienen su palacio juntas en una casa y que cada día está en la casa el duque Fernandino de Nápoles,

que es Mayordomo de la dicha reina y también están allí dos de sus hijos caballeros y tres de sus hijas señoras y allí está un viejo caballero, pariente de la reina, llamado Don Pedro de Aragón y muchos otros caballeros é hidalgos, con muchos criados y allí está una duquesa de Grecia y dos hijas suyas señoras y allí está la marquesa de Chara, la condesa de Tortona, la cual es camarera de la vieja reina, y la condesa de Montorio y Doña Anarina de Aragón y Doña María de Enríquez y Doña Jerónima, hija del conde de Albaida; estas tres son nietas de la vieja reina y diversas otras hidalgas están allí del reino de Nápoles y de España y muchos esclavos que sirven y están como de una casa y cada día van al dicho palacio de la reina para solicitar, señores eclesiásticos y seglares y otros hombres y mujeres del dicho reino de Valencia, sus causas y negocios como si querían ó podían á su rey. Tanto que á la partida de las dichas reinas de Valencia hacia Monvedro, vimos muchos solicitadores á la dicha vieja reina venir con sus suplicaciones, la cual dicha reina determinaba muchas de las causas y materias, nosotros estando presentes.

Item, si aconteciere á los dichos criados del rey hallar las dichas reinas teniendo sus estados juntas, remarcarán con gran cuidado la manera de tenerse y ordenarse en sus estados, con el gesto y modo de cada una dellas y la respuesta que harán ó la relación y comunicación que tendrán con ellas en la entrega de las dichas cartas y declaración de las cosas antes recitadas y remarcarán su discreción, prudencia y gravedad en su dicha comunicación y respuesta en cada particular.

En cuanto á este artículo, como hemos recitado en los artículos pasados, siempre á nosotros ha sido declarado que desde que la reina moza salió de Nápoles para España, siempre la reina su madre la ha tenido consigo en casa y que juntamente tienen sus estados y en veinte

y ocho días del mes de Junio, entrambas las dichas reinas salieron con su acompañamiento de la ciudad de Valencia á un lugar cuatro leguas de allí llamado Monvedro, y la reina vieja en tres días del mes de Julio se despidió de la dicha reina su hija, dejándola entonces en Monvedro y en su compañía el duque de Fernandino y la duquesa su mujer y la duquesa de las partidas de Grecia y la marquesa de Chara y la condesa de Montorio y Doña María de Aragón y Doña María Enríquez, con la mayor parte de los señores y señoras que acompañaban las dichas reinas, para que ellos estuviesen allí acompañando y sirviendo á la dicha moza reina hasta la vuelta de la vieja reina de la corte de su hermano el rey Don Ferdinando, rey de Castilla y Aragón, la cual corte era entonces en la ciudad de Segovia. Y en cuanto al gesto y forma de cada una de las dichas reinas y de su respuesta que hicieron á nosotros en la entrega de las cartas que las trujimos de parte de mi señora la princesa, primeramente la reina vieja respondía por sí como noble y prudente mujer y después la reina moza con entristecido y ciertamente noble rostro, con buena deliberación y grandísima discreción, expremió y dijo las palabras que la parecieron bien, de las cuales, no teniendo muchas ni mudando su gesto, antes teniéndolo firme y con no alta voz y conforme al uso de la tierra, con una noble gravedad y no demasiado atrevida, mas un poco vergüenzosa mujerilmente.

Item, procurarán de saber si la moza reina habla otras lenguas más que italiano y español y si sabe algún francés ó latín.

En cuanto á este artículo, por lo que nosotros podemos saber y entender, no habla otras lenguas la dicha moza reina sino español y italiano; dicen que ella entiende francés y latín, mas no lo habla.

Item, especialmente remarcarán bien la edad y estatura de la dicha reina moza y la hechura de su cuerpo.

En cuanto á este artículo, la edad de la dicha reina es veinte y siete años y no mucho más y la estatura de su persona no podemos perfectamente saber, porque comunmente, cuando venimos á su presencia, Su Alteza estaba asentada en una almohada y otras dos veces la vimos andando travieso una cámara que no era muy ancha, entrando en ella por una puerta, y vino á la reina su madre estando en la dicha cámara y se asentó á par della, al cual tiempo, con los demás que la vimos, traía chapines al modo de la tierra, en tal manera, que no pudimos tener noticia de la altura de la dicha reina. Y en cuanto á la hechura del cuerpo de la dicha reina moza, por cuanto que todos tiempos que la vimos, Su Alteza tenía puesto un manto de paño conforme á la costumbre de la tierra, en tal manera, que no se puede ver fácilmente otra cosa que la cara, por lo cual no pudimos ser ciertos de saber la forma de su cuerpo; por lo que pudimos ver y juzgar, ella no debe de estar muy alta de cuerpo, según nuestro parecer, por razón de la altura de sus chapines, de los cuales hemos visto una muestra.

Item, especialmente han de remarcar la hechura de su cara y si está afeitada ó no y si gorda ó flaca, aguda ó redonda y si su rostro está alegre y amable, encapotado ó melancólico, firme ó liviano ó envergonzada en comunicación.

En cuanto á este artículo, por lo que nosotros podemos saber, la dicha reina no está afeitada y la hechura de su cara conforme á su estatura, de muy buena forma y amable y un poco rodunda y gorda y su rostro alegre y no encapotado y firme y no liviana ni atrevida en el hablar, mas con reposado mujeril, vergonzoso continente y de pocas palabras cuanto nosotros pudimos percebir; á nuestro parecer, dijo menos porque su madre la reina estaba presente, la cual dijo todo y la reina moza asentaba tan sobria como una doncella con hablar un poco con las señoras que estaban asentadas á par della, con mujeril son-

riendo y alegre continente y con grande gravedad; siempre hablaban las señoras con ella con la cara hacia Su Alteza, con honra, reverencia y obediencia.

Item, remarcarán la blancura de su carne.

En cuanto á este artículo, la dicha reina está muy hermosa y blanca de carnes, por cuanto que nosotros pudimos ver por su cara, pescuezo y manos las cuales muy bien vimos.

Item, han de remarcar el color de sus cabellos.

En cuanto á este artículo, por lo que pudimos ver y percebir por las cejas de la dicha reina y por unos cabellos que vimos colgando debajo de las tocas, parécese que su cabello es un poco de moreno color.

Item, han de remarcar los ojos, cejas, dientes y labios.

En cuanto á este artículo, los ojos de la dicha reina son de color moreno un poco garzo y sus cejas de cabello moreno y muy chicas, como cordoncillo de cabello y sus dientes muy blancos y limpios y por cuanto nosotros pudimos ver, muy bien asentados y sus labios un poco redondos y gordos, conforme á la proporción de su cara, lo cual muy bien parece.

Item, han de remarcar bien la forma de su nariz y la altura y anchura de su frente.

En cuanto á este artículo, la forma de su nariz es un poco alzándose en el medio y encorvándose hacia al cabo y tiene su nariz casi como la madre; y en cuanto á su frente, la altura y anchura della no pudimos bien decernir, porque la forma de traer las tocas en aquella tierra es tal, que no se puede juzgar dello, porque las tocas llegan hasta las cejas, y menos pudimos nosotros tener noticia dello, porque la reina traía negras tocas.

Item, especialmente han de remarcar su complexión.

En cuanto á este artículo, por lo que nosotros pudimos ver, la dicha reina es de muy hermosa sanguina complexión.

Item, remarcarán sus brazos, si ellos son grandes ó pequeños, largos ó cortos.

En cuanto á este artículo, por lo que nosotros podemos saber, los brazos de la dicha reina son un poco grandes y no pequeños, por lo que pudimos percebir cuando extendió la mano para que la besásemos; y en cuanto á la largura de su brazo, á nuestro parecer es de buena proporción, conforme á su estatura y forma de su altura.

Item, le procurarán ver las manos desnudas y remarcarán la forma de ellas; si la palma de la mano es delgada ó espesa y si sus manos son gordas ó flacas, largas ó cortas.

En cuanto á este artículo, vimos las manos desnudas tres veces que las besábamos, por lo cual vimos, que la dicha reina tenia muy lindas manos y conforme á su cuerpo, ellas son un poco gorditas, blandas, lindas y blancas.

Item, han de remarcar sus dedos, si son largos ó cortos, chicos ó grandes, anchos ó angustos al cabo.

En cuanto á este artículo, los dedos de la dicha reina son muy lindos y pequeños y de una conveniente largura y anchura al cabo; conforme al cuerpo, muy lindas manos tiene.

Item, han de remarcar si su pescuezo es largo ó corto, pequeño ó grande.

En cuanto á este artículo, el pescuezo de la dicha reina es muy decente y no mal tallado, ni muy corto ni largo, pero muy conveniente á la proporción de su persona; mas su pescuezo parece ser un poco corto, porque sus pechos son grandes.

Item, han de remarcar los pechos y tetas, si son grandes ó pequeños.

En cuanto á este artículo, los pechos de la dicha reina son un poco grandes, y por cuanto que eran arremangados un poco, conforme á la costumbre de la tierra, lo cual hace parecer ser sus pechos mayores y el pescuezo más corto.

Item, han de remarcar si parece algún cabello alderredor de los labios.

En cuanto á este artículo, por lo que nosotros pudimos ver, la dicha reina no tiene cabello que parece alderredor de los labios ni boca; mas ella es muy alba de carnes.

Item, que se han de forcejar para hablar con la dicha reina estando en ayunas y que ella les haga alguna larga relación y se han de acercar á la boca cuanto honradamente pudieren para que puedan sentir la lena (1), si es suave ó no y remarcarán cada vez que hablasen con ella si sintieren algún sabor de especias, agua rosada ó leche por el aliento de su boca.

En cuanto á este artículo, nunca nosotros pudimos alcanzar de hablar con la dicha reina en ayunas, por lo cual no pudimos tener noticia de la parte deste artículo; con todo esto, á otros tiempos que hemos hablado y tenido comunicación con la dicha reina, hémosnos acercado tanto á ella como con conveniencia pudimos y no hemos sentido ningún sabor de especias ó aguas y ciertamente pensamos por la hechura de su cara y blancura de su complexión y de la boca, que la dicha reina, como parece, tiene un sabor y lena muy suavísima.

Item, han de remarcar la altura de su persona y han de enquerir si trae chapines y de qué altura están, para que no se engañen en la cierta altura della y si pudieren saber de la altura de sus chapines y tener vista dellos; entonces han de notar la forma de su pie.

En cuanto á este artículo de la altura y persona de la dicha reina moza, como fué respondido en el quinto artículo deste libro, no pudimos tener perfeta noticia de su altura, porque Su Alteza trae chapines conforme al uso de la tierra, de los cuales vimos una muestra, los cuales son de la altura de la anchura de seis dedos y su pie conforme

(1) En italiano, respiración.

á esta proporción, es pequeño; pero no se puede saber de cierto la grandura del pie por el chapín, aunque con la altura del chapín, que es de un pie, considerada la altura que ella á nuestro parecer tenía, no nos parece que ella es muy alta de estatura y también por causa del uso de vestir que las mujeres de aquella tierra tienen y también ella es de sí un poco rodundita, lo cual hace que Su Alteza parece menos en altura.

Item, han de inquirir si tiene alguna infermidad con la cual nasció, deformidad ó mancha en su cuerpo y cuáles serían, ó si comunmente ella ha tenido salud y si algunas veces ha sido mala y otras veces buena y sabrán las particularidades de tales males y enfermedades.

En cuanto á este artículo, hemos hecho toda nuestra industria para alcanzar á saber dello por todos los caminos que pudimos y como hemos considerado que tan secretas cosas como éstas están á todos incógnitas, salvo á los médicos, boticarios y mujeres de su privada cámara, para nuestro mejor remedio para saber algo de esto, hemos hecho conocimiento con un hombre que se llamaba Pastorell, napolitano, el cual es muy prudente y es boticario y de alguna manera físico de entrambas las dichas reinas, vieja y moza, con el cual boticario hemos tenido muchas veces comunicación, entre las cuales, algunas veces preguntábamos si la dicha reina tenía alguna de estas infermidades que están mencionadas en el artículo precedente, á lo cual respondía el dicho boticario: «He servido á la dicha reina muchos años desde su niñez hasta ahora y siempre ella ha tenido tanta salud como cualquier señora que he conocido y de muy noble natural y complexión es y siempre ha sido, no teniendo en su cuerpo disformidad ó causa de infermidad.»

Item, si tiene la dicha reina grande favor con el rey de Aragón su tío y si ella le parece en alguna manera en el rostro, continente ó complexión.

En cuanto á este artículo, hemos entendido por lo que dicen muchas y diversas personas, que el rey de Aragón mucho favorece y quiere la vieja reina su hermana, la cual reina tanto parece al dicho rey su hermano como puede un hombre ó mujer parecer á otro y también mucho quiere la reina su sobrina y que el dicho rey determina de promoverla en alguno muy excelente casamiento y que ella del rey tendrá más que ninguna de sus otras hijas han tenido, porque en la forma de su cara la dicha reina parece un poco al rey su tío y especialmente en la hechura de su nariz y complexión. Además, comunmente se dice por toda España y en la corte del rey que la dicha reina moza será casada al rey de Inglaterra nuestro señor, por los modos y industria del rey su tío.

Item, han de inquirir la manera de su comida y si mucho come ó bebe y si usa muchas veces de comer ó beber y si bebe vino ó agua ó entrambos.

En cuanto á este artículo, Pastorell, un boticario de la dicha reina, nos ha declarado y también Soria, un criado de la casa de la dicha reina, los cuales están muchas veces en la presencia de la dicha reina cuando está comiendo y bebiendo; y como ellos dicen y refieren, la dicha reina come muy bien dos veces al día y que Su Alteza no bebe muchas veces y que comunmente bebe agua y algunas veces la dicha agua está cocida con canela y también algunas veces bebe hipocrás, pero no muchas.

Item, los criados del rey, en llegando á las partes de España, con cuidado buscarán algún fino pintor que sabe muy bien retratar el rostro y á éste llevarán consigo al lugar adonde las dichas reinas viven, para que el dicho pintor pueda retratar el rostro y semejanza de la dicha reina moza que la paresca tanto como pudiere; el cual retrato, ellos han de mirar sustancialmente y remarcar si hallan en él que paresca en semejanza cuanto es posible al rostro, continente y semejanza de la dicha reina; y si

acaso vieren que el dicho pintor, la primera ó segunda vez de la hechura dello, no lo hiciera perfeto á su semejanza ó que haya omitido alguna apostura ó circunstancia, ó en los colores ó en la proporción del dicho rostro, entonces harán que el dicho pintor ó un otro, el más diestro que hallaren, renove y reforme tan á menudo el dicho retrato, hasta que esté hecho perfeto y que paresca en cada particular á la imagen y semejanza de la dicha reina.

A este artículo no se hizo respuesta.

Item, los dichos criados del rey se han de informar qué tierras y posesiones la dicha reina tendrá después de la muerte de su madre ó por título de dote ó en otra manera, en el reino de Nápoles ó en cualquier otra parte; qué será el valor dellas cada año y si ella tendrá aquéllas para sí y sus herederos para siempre, ó por su vida solamente y sabrán las particularidades del título y valor dellas en cada cosa cuanto pudieren y por los mejores caminos que pudieren usar.

En cuanto á este artículo, como nos ha informado un hombre de San Sebastián en Guipúscoa, llamado Martín de Albístur, maestre de un navío que había muchos años continuado en el servicio y guerras del rey Don Ferdinando de Nápoles y muy bien conoscía el estado del dicho Don Ferdinando y de su reino, por lo cual el dicho Martín Albístur declaró á nosotros, que el viejo rey Don Ferdinando de Nápoles concedió y dió á la vieja reina 60.000 ducados de dote cada año á ella y á sus herederos para siempre; las cuales tierras y rentas están, parte en el reino de Nápoles y la Poylya (1) y parte en Cicilia. También el dicho viejo rey Don Ferdinando concedió y dió á la moza reina su hija 30.000 ducados de dote cada año en el reino de Nápoles y Poylya para sí y sus herederos para siempre; todas las cuales tierras y rentas el dicho Martín

(1) Apulia.

Albístur dijo que las dichas reinas habían muy bien gozado y tenido provecho dellas, tanto en tiempo que el rey de Francia tenía el reino de Nápoles, cuanto antes habían tenido sin algún interrompimiento. Después de esto nos declaró Pastorell, boticario de las dichas reinas y napolitano, el cual mucho tiempo ha continuado en el servicio de las dichas señoras, que entrambas las dichas reinas no pueden gastar más dentro de los reinos de Nápoles y Cicilia que 42.000 ducados, de los cuales la vieja reina puede gastar 18.000 ducados y la moza 24.000 ducados y que esto fué concedido á ellas y á sus herederos para siempre, como fué antes declarado y además los dichos Albístur y Pastorell dicen, que después que el rey de Castilla ha tenido el reino de Nápoles, las dichas reinas nunca recibieron rentas ni provechos del dicho reino, porque el Gran Capitán Gonzalo Fernando lo recibe por mandado del rey de Castilla y con ello paga á la gente de guerra en aquellas partes; y así, el dicho rey de Castilla da á las dichas reinas 15 ó 16.000 ducados cada año fuera de sus cofres, por sus costas y mantinimiento de sus Estados.

II

LAS SOLEMNIDADES Y TRIUNFOS

HECHOS Y MOSTRADOS EN LOS DESPOSORIOS Y CASAMIENTO DE LA HIJA DEL REY, LA PRINCESA MARÍA, CON EL PRÍNCIPE DE CASTILLA ARCHIDUQUE DE AUSTRIA.

(Año 1508.)

Síguense los honrados y notables actos, solemnidades, ceremonias y triunfos que se hicieron poco há y mostraron, así por el recibimiento de la grande y noble embajada que pocos días atrás envió á Su Majestad el excelentísimo príncipe y muy caro y enteramente querido hermano y primo el emperador y su buen hijo Carlos el príncipe mozo de Castilla, archiduque de Austria, por los desposorios que se han de hacer entre el dicho príncipe y la muy querida y noble hija del rey la señora María, ahora princesa de Castilla, como también la forma, orden y manera que se usó y hubo en la solemnización y tratamiento de los dichos desposorios y casamiento, con el alegre y honrado entretenimiento de los dichos embajadores mientras que estuvieron en este reino.

Primeramente, siendo así que estos meses pasados hubo un tratado, convención y conclusión en la ciudad de

Calez (1) entre los embajadores del rey por una parte y los embajadores del dicho emperador y príncipe mozo por la otra, así por una perpetua paz y amistad entre el dicho emperador, Su Majestad y el dicho príncipe mozo Carlos, como por casamiento entre el mismo príncipe y la querida hija del rey la señora Doña María. El emperador, por el entero cumplimiento de todas las cosas que ahí pasaron, ahora ha enviado una verdaderamente grande y honrada embajada, siendo las personas della ocho en número.

De las cuales el primero fué el barón Barges, uno de los más grandes señores de aquellas partes. El segundo, el gobernador de Bresa, varón de gran mucha honra. El tercero, Eploneque, de gran privanza y autoridad con el emperador. El cuarto era el presidente de Flandes, de gran sabiduría, letrado y de autoridad. El quinto, Mesir Andrea de Burgo, caballero y consejero del emperador, muy sabio y experimentado. El sexto, Casel, persona discreta, grave y docta. El séptimo, un secretario. El octavo, un rey de armas llamado Toysón dor. Todos siendo honradamente prevenidos y acompañados, en cuya compañía vinieron grandes señores como Monsieur de Nevers y Monsieur de Ubaleyn (2) y otros caballeros de aquellas partes en gran número.

Por cuyo encuentro y conducto en las orillas y desdellas hasta la presencia del rey, estaban en diversos lugares deputados y señalados muchos y varios grandes señores, así espirituales como temporales para guialles, acompañados con otros caballeros en gran número.

Primeramente, después que los dichos embajadores hubiesen sido muy bien y honradamente recibidos y alojados y alegremente entretenidos con fiestas y regocijos en Calez, lugar de él, por su gobernador y principales ministros

(1) Calais.

(2) ¿Será el deán de Lovayna, luego Papa Adriano IV?

mientras su morada en el dicho lugar, el gobernador del rey, bien prevenido y acompañado, pasó con ellos de allí á Doble (1), donde el prior de la iglesia de Cristo en Canterbery, y D. Edoardo Ponnigs (2), recibieron los dichos embajadores y acompañándoles hasta la ciudad de Canterbery, los alojaron en el convento de la iglesia de Cristo, adonde el abad del monasterio de San Agustín, el mayere y los aldermanes de aquel lugar les dieron el parabién de su venida, y hiciéronles grandes presentes y fiestas.

Desde allí fueron guiados por el dicho prior, el gobernador de Calez y D. Edoardo Ponnigs, bien acompañados de diversas otras nobles personas, hasta llegar á Littnigborne y á Basfort, adonde el conde de Esshrusbery (3), mayordomo mayor de la Casa Real, el obispo de Uberchister (4), el barón de San Juan, D. Tomás Brandón y el doctor Ubest (5), estando muy bien preparados de acompañamiento de caballeros principales y hidalgos ricamente vestidos y con lindos caballos, les encontraron, guiaron y acompañaron hasta y por la ciudad de Londres. El mayere y los aldermanes, con todas las compañías de la ciudad, estaban en buen orden para recibilles y dalles la hora buena de su llegada y desta suerte fueron llevados por la dicha ciudad á su posada, la cual fué ricamente colgada y aliñada con abundancia de todo lo necesario.

El arzobispo de Canterbery, chanciller de Inglaterra y el conde de Oxford, gran camarero y almirante del reino, por mando del rey visitaron, saludaron y dieron parabién el día siguiente á los dichos embajadores, y el mayere de la ciudad de Londres, con unos aldermanes,

(1) Douvres.
(2) Edward Poynings.
(3) Conde de Shrewesbury.
(4) Obispo de Worcerter.
(5) Doctor West.

hicieron lo mismo, presentándoles grandes presentes, y el mayere de los mercaderes principales, llamados *staple marchants* y otros, el día siguiente de la misma manera. Y después haberse descansado y recreado por espacio de dos días en Londres, Su Majestad, hallándose en su casa de Greenwige y teniendo consigo los señores, así espirituales como temporales, caballeros y hidalgos en gran número, que le asistieron tan ricamente vestidos de tela de oro, de brocado y de sedas y con cadenas de oro, más innumerables que se puede imaginar, mandó que los dichos embajadores, acompañados del mayordomo y de otros muchos y grandes señores, llegasen por agua en un barco real, ricamente aparejado, á su presencia; y aunque sería cosa dificultosa y nunca acabar, querer exprimir la grandeza y riqueza de las vestiduras reales, el sumptuoso aparejo de su palacio y aposentos con tapecerías y colgaduras y la excelente orden que había para el recibimiento de los dichos embajadores, todavía iremos brevemente apuntando algo della.

Primeramente, después de su llegada á la Corte del rey, fueron llevados por medio de la sala, que estaba colgada ricamente y muy bien guarnecida, con los ministros de la Casa Real en buen orden; desde allí pasaron á la galería y por el aposento ancho y largo del rey, adonde estaban los de su guarda con sus gabanes bordados con las armas reales y de terciopelo y de seda, aguardando su venida; de ahí adelante fueron llevados á otro aposento, adonde estaba esperándoles el capitán de la dicha guarda de Su Majestad, con muchos caballeros de título y gentileshombres, principales y hidalgos. Adonde también aguardaba el maestro de los que llaman *henchmen*, vestidos con ropillas de terciopelo de color de azul, con láminas de oro gusaneadas y esculpidas y guarnecidas con rosas grandes y flores de lises muy espesas. En este aposento, los dichos embajadores pararon algo para su descanso á

la lumbre, porque habían, como dijimos, venido por agua.

Entonces la Alteza del Rey, estando en su sala donde solía comer, debajo de su dosel de Estado, y teniendo á su mano derecha al embajador del rey de Aragón y más abajo del dicho embajador al mismo lado, gran número de señores espirituales, arzobispos y obispos y á la mano esquierda al príncipe, con los señores temporales, duques y condes más abajo al mismo lado, siendo también la dicha sala adornada con gran número de barones, lordes, caballeros y otros del Consejo del rey, mandó que los dichos embajadores llegasen á su presencia, adonde, después de humildes y grandes reverencias y recomendaciones, entregaron las cartas del emperador á Su Majestad; el rey, con cortés y alegre semblante y palabras amables, dióles el parabién de su venida. Lo cual hecho, los dichos embajadores se retiraron un poco hacia atrás, á un lugar que estaba derechamente enfrente del rey, preparado por ellos para sentarse en buena distancia, por mandado del mismo rey.

Desta suerte Su Majestad asentada en su trono, el embajador de Aragón y los señores espirituales asentados á su mano derecha hacia abajo, y el príncipe con otros señores temporales sentados con la misma orden á su mano derecha, y los dichos embajadores derechamente enfrente de Su Majestad, el presidente de Flandes propuso una proposición que contenía la causa de su venida, que era para cumplir perfectamente todas aquellas cosas tratadas y concluídas para confirmación de la amistad y casamiento, en la ciudad de Calez.

A la cual proposición, el arzobispo de Canterbery gran Chanciller de Inglaterra, por mandado del rey, dió una buena y cumplida respuesta. Hecho esto, Su Majestad hizo señal para que los embajadores se acercasen á él y trabó plática con ellos muy familiarmente acerca de muchas y graves materias y trazas, llevándoles la sala aden-

tro; y después de haber pasado largos ratos en conversación, les despidió por entonces y se fueron á Londres, acompañados de los señores y caballeros sobredichos.

El día siguiente, el arzobispo de Canterbery, el obispo de Wynchestre, el conde de Arundel, con otros muchos lordes y consejeros del rey, por mandato de Su Majestad, visitaron y acudieron á la casa de los embajadores para tratar y examinar las escrituras y comisión que traían consigo, para cumplimiento de todos y de cada uno de los tratados y conclusiones que fueron propuestas en la ciudad de Calez; las cuales escrituras y comisión, después de bien y sustancialmente ponderadas con madura deliberación de los dichos señores, fueron halladas ser tan perfetas, eficaces y acabadas como se pudo desear; de manera que para la corroboración de la dicha amistad y casamiento, no alcanza la capacidad y ingenio de los hombres inventar más ó mejores. Porque primero, se pone ahí la aceptación y confirmación que el mismo emperador hizo acerca de la misma amistad. Hay también una confirmación por el mismo emperador como tutor y curador del dicho príncipe mozo, sustancialmente hecha por el mismo emperador y príncipe, y firmada de sus Reales manos y sello. Hállanse ni más ni menos, obligaciones y fianzas del dicho emperador y príncipe mozo, así juntamente como aparte, con las cuales se obligan así á sus herederos y á sus súbditos debajo de grandes cuantidades de dineros, en lugar de penalidades que habían de incurrir, supuesto que el casamiento entre el príncipe mozo y hija del rey no tenga efeto. Hay también una honrada dote, señalada para la dicha hija del rey en las tierras del dicho príncipe mozo que tiene ahora en su posesión y en las que de cualquier manera tuviere después por herencia, más larga que otra duquesa de Burgundia (1) jamás ha tenido y bue-

(1) Borgoña.

nas fianzas dadas para aseguralla. Las tierras, dominios y vasallos del dicho príncipe mozo, por la autoridad y consentimiento del emperador, están también obligadas en semejantes penalidades. La duquesa de Saboya, está también obligada de la misma manera debajo de una gran penalidad por su parte. Y allende desto, gran número de los señores y lugares que están debajo de la obediencia del dicho príncipe mozo, están juntamente obligados en semejantes penalidades debajo de sus firmas y sellos. Y por cumplimiento de todas las dichas cosas de parte del rey, así por la perfección del casamiento, como por el pagamiento de la dote que Su Majestad ha de dar con su dicha hija, la cual es verdaderamente larga y honrada, semejantes obligaciones y fianzas están hechas debajo de las mismas penalidades. Por las cosas sobredichas está declarado y descobierto, que esta alianza y afinidad está con tan gran recato y deliberación seguramente establecida y asida por entrambas partes, de manera que no podrá ser deshecha ó quebrantada, si no fuera por la muerte de alguna de las dos personas contraídas, lo cual no quiera Dios; y aunque Su Divina Majestad lo permita, todavía quedarán enteramente en sus fuerzas las amistades. Y es cosa indubitable, que jamás hubo amistad y paz hecha y concluída entre ningunos príncipes con mejor voluntad y sincero corazón, sin color ó disimulación, que éstas ahora concluídas entre el dicho emperador y la Alteza del Rey, las cuales hoy en día son las más nobles alianzas y el mayor casamiento de toda la cristiandad, si consideremos las muchas y varias regiones y provincias que cabrán al dicho príncipe mozo por derecho y gran probabilidad, si Dios le da vida para heredallas. Y no se puede fácilmente creer los grandes y notables efetos que indubitablemente se seguirán por este casamiento, así en honra de la república y seguridad de entrambas partes, como también á los reinos, provincias y súbditos y especialmente para en-

grandecer y fortificar los reinos, provincias y súbditos del emperador, la Alteza del Rey y del príncipe mozo, teniendo aliados Alemaña, Inglaterra, Castilla, León y Granada. Desta manera, Su Majestad, según su sabiduría y gran providencia, ha casado sus dos hijas con dos grandes príncipes vicinos suyos, á saber, con el rey de Escosia y con el príncipe de Castilla archiduque de Austria, teniendo su reino cercado dellos y de sus dominios con gran honra y seguridad del suyo.

Cuando las dichas escrituras desta suerte se hallaron buenas y perfetas y mudables, entregadas de entrambas partes, Su Majestad se partió á su casa de Richmond, para hacer y solemnizar los desposorios y matrimonio entre el dicho príncipe mozo y la hija del rey, adonde también los dichos embajadores fueron llevados en compañía de muchos señores y caballeros, á diez y seis de Diciembre pasado, siendo sábado, adonde no solamente todos estaban alojados dentro de la dicha casa, en aposentos apartados y colgados con muy ricas tapicerías y adornados con camas cuanto se pudo desear, sino también á costa y gasto de Su Majestad, estaban honradamente entretenidos y festejados por espacio de cinco ó seis días.

Pero para declarar de qué manera aquella casa, sala, capilla y aposentos estaban adornados, es cosa digna de oir, porque si miramos la pompa y grandeza de la fábrica con todas las comodidades que pertenecen á ella, las ricas colgaduras con las cuales estaba adornada, no se hallará par en todo el orbe, porque parecía más un paraíso terrenal que casa ó palacio. La sala grande, colgada con ricos tapices de seda y oro, donde estaba un repostero lleno de oro y plata dorada, casi desde el suelo á lo más alto del tejado, de grandísimo valor y que apenas tenían estimación, muchos doseles de grandísimo precio; la capilla también estaba colgada con colgaduras de tela de oro y el altar tan lleno de imágenes de oro y plata dorada, que no

cabía más. Todos los aposentos grandes y otro así del rey como de la reina muerta, adonde la señora Doña María, hija del rey tenía su cuarto, estaban maravillosamente adornados con doseles bien proporcionados y encima destos aposentos, dos aposentos muy anchos en el mismo cuarto del rey, estaban entera y cumplidamente colgados con telas de oro de grandísimo artificio, adonde había una cama aneja de tanta riqueza, guarnecida con oro y perlas y piedras cuanto se puede imaginar. Desta suerte, dejo aquel grandioso palacio aparejado vacío y me volveré á las solemnidades de los excelentísimos desposorios y casamientos, que fueron hechos y concluídos el domingo siguiente.

Entonces, por la mañana deste domingo, los embajadores, ricamente prevenidos, entraron á la sala grande de la dicha señora Doña María, la hija del rey, la cual estaba vestida como está dicho y acompañada con grandes señores y señoras en gran número y riqueza.

Luego salió el Rey con los Grandes de su reino y los de su Consejo privado y otros de Estado, de un aposento que estaba junto á la gran sala y entretuvo los dichos embajadores, trabando pláticas muy familiares y pasando el tiempo hasta que la dicha señora María, su querida hija, bien acompañada con la princesa de Valia, hija del rey de Aragón y de su mujer Isabel, reina de Castilla, y otras señoras y damas de honra, entrase á la dicha sala.

Pero para declarar la gran hermosura, los gestos Reales, el semblante modesto y compostura virginal, con otras gracias convenientes á tan gran princesa como era, de las cuales usó á su entrada, no puedo darla otra alabanza, sino que su belleza sobrepujaba todas las demás y en su compostura no había comparación entre ella y las otras; su rostro grave y amable, sus gestos y meneos excedían los límites de su tierna edad. La cual gravedad apenas se hallaría en una dama de mucha edad y experiencia. No dejó de hacer alguna reverencia humilde en presencia del

rey su padre, ni aun demostración alegre saludando los dichos embajadores.

Estas ceremonias pasadas, subió á un alto lugar muy bien aderezado para ella, adonde estaba en pie sola debajo de un dosel Real, la dicha princesa de Valia estando un poco más abajo; y después de haber pausado un poco y habiendo silencio, el arzobispo de Canterbery gran Chanciller de Inglaterra, hizo una elegante plática en alabanza del matrimonio, con muchos elogios de la excelencia de la sangre de entrambas partes y de sus progenitores, entre los cuales este matrimonio se había de hacer, y finalmente, los muchos y grandes efectos que seguirían á entrambas partes, sus reinos y vasallos, como también al bien público de toda la cristiandad.

Acabada esta plática, inmediatamente después, el presidente de Flandes, uno de los dichos embajadores, recapitulando y resumiendo parte de la proposición de la cual había hablado largamente el gran Chanciller, propuso otra muy buena y elegante, tocante las loas del matrimonio y los muchos convenientes que se seguirían tras estas alianzas y afinidad.

Hecho eso, como el señor Milord Barges tuviese sólo la autoridad para contraer este matrimonio con la dicha señora, la hija del rey, de parte y en nombre del dicho príncipe mozo, fué requirido mostrase la autoridad y comisión que traía para hacello. Con eso, el dicho señor exhibió y mostró su comisión y procuracía, la cual se leyó distincta y públicamente y se entendió el amplio y suficiente poder y auctoridad que traía del emperador y el príncipe, junta y separadamente, para contraer el dicho matrimonio en la forma más eficaz y válida que se pudo imaginar. Lo cual habiendo oído el rey, dió señal al señor embajador para que subiese al lugar alto adonde estaba la señora Doña María, y mandó al dicho embajador Barges y los otros embajadores, llegasen más cerca á la dicha señora Doña María,

estando debajo de su dosel Real, para la solenización y cumplimiento de los dichos desposorios y casamiento.

Después de debida y humilde reverencia, hecha y mostrada por el señor embajador Barges con eficacísimas encomiendas de parte del príncipe mozo de Castilla, tomando la dicha señora por la mano y declarando la auctoridad que tenía de parte de su señor para contraer matrimonio con ella en nombre del príncipe mozo, pronunció según la información del dicho presidente, las palabras de perfeto matrimonio, *per verba de presenti,* las cuales estaban antes sustancialmente compuestas y puestas en escritura y pronunciadas por el embajador Barges tras el presidente que la iba leyendo. Dichas éstas y retraídas las manos, las cuales tenían juntadas según es la costumbre, la dicha hija del rey, luego tomando al dicho señor Barges por la mano, con gravísimo semblante, no teniendo quien le fuese adelante leyendo las palabras del matrimonio, ella sola distincta y perfetamente en lengua francesa, con larga circunlocución, pronunció las palabras del matrimonio de su parte. Las cuales, por causa de la relación de su autoridad y comisión eran muy largas, todavía las pronunció sin género de turbación ó interrupción. Lo cual no solamente causó gran admiración en los nobles y caballeros presentes oyéndola, sino también de tal suerte les regocijó, que de puro consuelo y alegría les salían las lágrimas de los ojos.

Después de pronunciadas estas palabras, el dicho embajador Barges, como procurador del dicho príncipe mozo, para la corroboración y confirmación del dicho contrato, no solamente firmó con su mano la escritura que contenía las palabras del matrimonio, por él y por la dicha señora María de su parte pronunciadas, sino también el dicho señor, en decente manera, besó la dicha señora María y puso una sortija de oro en su dedo y en testimonio del dicho contrato había presentes dos notarios por entrambas

partes, para hacer instrumentos del mismo; y todos los señores y señoras nobles oyendo y viendo estas premisas, allí fueron requeridos para testificarlo. Dicho esto, sonaron las trompetas, chirimías y otros instrumentos buen rato, en señal de regocijo deste noble acto y triunfo.

Luego Su Majestad, tomando al señor Barges, embajador principal, por el brazo, todos los otros embajadores acompañados con muchos señores y nobles, iban delante. Su Majestad se retiró á su lugar para oir la Misa mayor, la cual con mucha solemnidad dijo el obispo de Londres en su capilla. Habiendo Su Majestad entrado en su canapé, que estaba hecho de pura y fina tela de oro, los dichos embajadores fueron llevados dentro de la capilla, por donde estaba aderezado muy ricamente un lugar para ellos. Acabada la Misa mayor y cantado el *Te Deum laudamus* con grande alegría, los dichos embajadores se fueron luego á la recámara del rey, adonde Su Majestad de la misma manera que antes, tomó el dicho embajador señor Barges por el brazo y todos los otros embajadores yendo adelante, entró en su aposento con gran número de señores nobles y caballeros ricamente vestidos.

Aquel día, mandó Su Majestad que el señor Barges y el gobernador de Bresa comiesen con él á su propia mesa; los otros embajadores, retirándose á otro aposento cercano, adonde había gran abundancia para ellos de regalos y allí comieron muy honradamente servidos y acompañados, con muchos de los más grandes señores espirituales y temporales del reino.

No será menester contar en particular qué solemnidad y orden había, qué de regalos y variedad de platos y qué géneros de vinos, qué tazas de oro y plata con que Su Majestad fué servido este día. Una cosa sé de cierto, que no había salero ninguno ni plato en la mesa que no fuese de oro fino, grande y ancho y preciosamente guarnecido con piedras y perlas. Acabada la comida, estaban apercebidos

muchos grandes señores y valientes caballeros armados para justar en honra de la fiesta, para cuya vista Su Majestad con los dichos embajadores se llegó á su galería ricamente colgada, adonde también entraba mi señora Doña María, princesa de Castilla y la princesa de Valia, acompañadas con gran número de señoras y damas hermosas. Sería nunca acabar particularizar la braveza de los caballeros, la riqueza de las sillas en que iban los caballeros vestidos de brocado y seda y los caballos con campanillas de plata y muy ricamente enjaezados. Duraron las justas por espacio de tres días y cada día iban los señores y caballeros mudando vestido y aparejo más rico que otro.

Finalmente, el día postrero hubo torneo famoso, en el cual los dichos señores, caballeros y hombres de armas se portaron de tal manera, que ganaron así en las justas como en el torneo, grandes alabanzas de los naturales y extranjeros.

El dicho domingo á la noche, también en honra de la fiesta y triunfo, hicieron luminares y fuegos con gran artificio en muchos lugares de la ciudad de Londres, con otras demostraciones y señales de regocijo y alegría. Desta manera pasaron el tiempo hasta la noche, en la cual hubo muy sumptuoso banquete, adonde por un rato el Rey mismo se halló presente con los dichos embajadores, acompañados de muchas damas y en otro los dichos embajadores dieron preciosas y muy ricas joyas á mi señora la dicha Doña María, por prendas; una de parte del emperador, la cual contenía un muy grande y resplandeciente diamante muy hermoso guarnecido con grandes perlas; otra de parte del príncipe mozo, que era una C por Carlos, adornada con diamantes y perlas, en medio de la cual estaba escrito este mote: *Maria optimam partem elegit quæ non auferetur ab ea;* la tercera de parte de la duquesa de Saboya, en la cual había un lindo balas (1) guarnecido de

(1) Rubí balaje.

perlas. En este banquete no hubo salero, plato ni otra cosa sobre la mesa que no fuese de oro fino ó dorada. No faltaron saraos, máscaras, disfraces y entremeses con gran costa.

Aquella noche el señor Barges, por mandado y de parte del emperador y del hijo del rey el príncipe mozo, hizo instancia para que Su Majestad se sirviese de elegir y hacer al dicho príncipe caballero de su noble Orden de la Gartira (1), lo cual Su Majestad concedió de muy entera voluntad, y no solamente le eligió como caballero de la Orden, sino también estaba determinado dentro de poco tiempo de enviar al dicho príncipe la liga que llaman *gartir*, con todos los otros ornamentos que pertenecen á la dicha Orden.

Acabadas todas las materias tocantes á la comisión de los dichos embajadores y acercándose la Pascua de la Navidad, desearon despedirse de Su Majestad y volverse á su tierra. Y aunque Su Majestad gustaba mucho que quedasen más largo tiempo todavía, porque hacían gran instancia los despidió, dándoles muy grandes dones de plata rica, caballos, jacas, halcones y perros, con otros favores.

Y para mayor confirmación y aprobación del dicho matrimonio, el dicho príncipe mozo, después de la partida de sus embajadores, ha enviado muchas cartas firmadas de su propia mano, así á la Alteza del rey nombrándole y aceptándole por buen padre, con otras al príncipe tomándole por su muy querido hermano, como también á mi señora Doña María llamándola su mujer y compañera, con otros mil amores cuales se pueden imaginar.

(1) Jarretiera.

III

CARTA

QUE ENVIÓ UNA RELIGIOSA DE SANCTA ISABEL DE CÓRDOBA, DANDO RELACIÓN DE LO QUE HA PASADO CERCA DE MADALENA DE LA CRUZ DEL MISMO MONESTERIO PROFESA.

(Año 1544.)

Para decir yo á vuestra merced lo que me mandaba de Madalena de la Cruz, si todo lo que hizo se dijese, sería no acabar; mas diré á vuestra merced lo que yo ví y oí de ella y de un confesor y de su Provincial; como quiso Dios que esto se supiese bien sabrá y á todo el mundo era notorio, que no hay nada secreto en la vida así malo como bueno y aunque en algún tiempo lo esté, no puede durar. Vuestra merced sepa que esta religiosa há cuarenta años que es monja y con tanta fama y ensalzamiento como todo el mundo sabe y siempre entre las mujeres y frailes de su Orden ha habido grandes pareceres y contrarias opiniones y á ella le han hecho padecer grandes trabajos y de todo salía con honra, y desta causa ya confirmada su santidad, fué nueve años abadesa y estos postreros que los acabó agora há dos años, trabajó por tornarlo á ser y no pudo con las monjas, porque ya se había mostrado lo que era ella, visto que las limosnas que ha-

cían los Grandes á la casa, dábalo á quien quería y ellas no lo veían, más que lo sabían el abadesa y monjas; fué tanta cantidad, que lo acusaron á su Provincial y también otras muchas cosas de su vida, que les parescía ser más de demonio que de mujer, porque las monjas una noche vieron cabe su cama muchos cabrones negros y preguntando por ellos, respondió que eran ánimas que venían por limosnas; otra vez, ella estando en su celda y una monja con ella, vido á media noche un hombre negro con ella y la monja asombrada dió gritos y ella dijo:—*No hayais miedo, que es un serafinito que no os hará mal.*—La monja se salió fuera y díjolo á todas. De estas cosas, ha sentido mucho en esta visitación hecha su Provincial, repreendiéndola muy cruelmente y mandándola encarcelar; estando en la cárcel, adoleció de una llaga en la cadera, que llegó á la muerte y estando enferma, fueron una noche á maitines las monjas y halláronla en el coro hincada de rodillas, todas espantadas; fueron las carceleras á verla y halláronla en su cama y dijeron que cómo se había ido al coro estando coja y encerrada; ella dijo que no se había levantado de allí, que no era tal, y ellas dijéronlo á su confesor, y en esto el médico desahucióla, que moriría de aquella enfermedad, que confesase; ella dijo que le placía; vino su confesor, y asentándose cabe ella, comenzó á temblar; él dijo que la arropasen, que tenía calentura, que otro día volvería; otro día volvió y hizo lo mismo. Tornóse á salir; á la tercera, como andaban las cosas ya sobresalidas, volvió otro día el confesor con acuerdo que si hiciese lo mismo, que la conjurasen; la tercera vez hizo tanto y más que las otras dos pasadas; el confesor mandó salir las monjas y atóle los pulgares y conjuróla, y entonces respondió el demonio y dijo que él era un serafín de los que cayeron del cielo y que tenía debajo de su poder muchas legiones, y que él y otro su compañero acompañaban aquella mujer tantos años, y dijo:—No nos quitare-

mos de ella hasta que la llevemos, que es nuestra.—El confesor oído esto, llamó las monjas que estuviesen presentes, y díjole á ella:—¿Qué os parece, madre, de tan grandísimos males como había en vos?—Y ella como vido que ya era descubierta y que no podía negar, confesó por su boca toda la verdad; cómo desde niña los tenía y que desde trece años conoció ser malo; mas como la tenían por santa, no se quiso apartar de ello y que siempre tenía estos dos en su compañía, el uno para que estuviese con ella y el otro andaba por todo el mundo, publicando su sanctidad y ensalzándola delante de todos, y que éste era el que tomaba su figura, iba al coro por ella y la hallaban rezando, como ya dije, y otras cosas infinitas, que escribió el confesor muchos pliegos y envióĺos al Provincial. Vino aquí la Inquisición y no pudo ser tan secreto que no lo supiese, y el Provincial vino aquí antes de Pascua de Navidad; trujo Padres de su Orden para entender en este negocio y tornóse ella á ratificar ante los inquisidores, los cuales dijeron al Padre Provincial que mandase perdonar, porque este negocio á ellos cumplía, porque quien tenía hecho pacto con el demonio era herética, y que á ellos era dado este caso; los frailes acordaron de le tirar el hábito, y después desto hizo ella otra confesión, la cual es ésta que se sigue:—Conozco yo, Madalena de la Cruz, que he engañado á Dios y al mundo, y todas las veces que me arrobaba lo hacía fingido, y el grito que daba cuando me comulgaba, le daba por devoción de las gentes, y comía por los rincones hasta que me hartaba, y traía la muerte con persecuciones á todos los que no creían mi sanctidad, y porque veo que me muero no digo más, y protesto que si Dios me da salud, me confesaré muy á la clara.—Y firmó esto de su nombre, y el confesor llamó á la abadesa para la comulgar, y en entrando en la cárcel donde ella estaba, el confesor en nombre della pidió perdón á todas las monjas, y dijo:—Madres, si Judas pidiera

perdón, no se condenara;—y luego dióle el Sacramento y no dió el grito que solía ni se arrobó, y dijo á una que estaba á su cabecera:—¡Bendito sea Dios, que he ya comulgado como cada una de vosotras! ¡Oh! si me salvase;—y díjele yo:—Madre, limpiad vuestra conciencia, que Dios es misericordioso,—y luego fuése al convento y el confesor fuése á comer; yo quedéme aderezando para habella de olear y díjome Madalena que le trajese de comer, porque se sentía mejor y comió muy bien y con deseo de vivir; á la tarde tornó el confesor allá y confesó cómo era hija de sus padres, los cuales ella había negado por ser bajos, y cómo era engañada del demonio; esta confesión de mañana y tarde no lo dijo sino al confesor, que no quería ella que lo supiese otro, y mandónos entrar, que la viésemos firmar, y quedó así esto, hasta que el jueves, en la tarde, que vino el confesor, trajo consigo á fray Pedro de Vergara y entraron á verla; quedó el confesor con ella, y ella negó todo lo que antes había dicho y el padre salióse enojado, y nosotras, las que teníamos cargo della, y inducímosla con buenas palabras, y ella dijo:—Llama acá al padre, que le quiero á la clara confesar;—y el confesor fué avisado de letrados, que tomase su confesión delante de testigos, y mandónos á nosotras que estuviésemos apercebidas, y aquel día, viernes, manifestó cómo tenía familiar dende que fué de cinco años, y cuando le vía de esta edad, pensaba que era ángel, hasta que fué de doce años, que confesó ser demonio, y hizo pacto y convenencia con él y él prometió de sustentarla por gran tiempo en grandes honras, y este diablo trújole un negro desnudo, convidándola á deleites carnales, y ella, como le vió tan feo, huyó dél, y su familiar enojóse con ella y luego volvió á ella haciendo paces, y en este día que hizo estas paces, tuvo deleites carnales con él hasta el día que lo confesó, y en esto de carnalidades manifestó muy grandes cosas, las cuales verán en su sentencia; llamónos el confesor y leyónos

todo esto, y al hacer de la firma estuvimos presentes y pasaron cosas que no lo podré escrebir, y cuando hizo esta firma turbóse mucho y temblaba, y el padre conoció que tenía demonio que la poseía, y entonces díjole:—Haced esa firma bien hecha, que demonio teneis,—y díjole esto tres veces, y vimos todos que se turbaba el gesto de otro arte que solía tenello, y conjuróla el padre y respondió y dijo:—Pantonio me digo,—y habló en lengua caldea, y díjole el padre:—Mas ese familiar que te posee, ¿cómo se llama?—Respondió:—Demonio me llamo.—Bien sé que eres demonio; mas díme cómo te llamas,—y aquí pasaron grandes batallas para hacerle decir el nombre; echóle una estola al pescuezo y díjole muchas palabras, y él dijo:—Serafinito me llamo y soy de la orden de los serafines;—díjole el padre:—Pues hombre de bien sereis, decidme latines y respóndeme á todo lo que os preguntare; decid nombre de Jesús;—respondió:—*Ran, ran;*—ninguna vez lo dijo claro; díjole:—Decid Virgen María;—respondió:—Ni Virgen ni María,—poniéndole un crucifijo; no le veíase decir, que á todo esto yo estaba junto cabe ella y nunca meneó la lengua en todo cuanto habló, sino la boca llena de sarro, que era muy gran señal; aquí pasaron muy grandes cosas, como en la sentencia lo oirán, y dende allá adelante confesó aquel viernes hasta otro día sábado, en que descubrió cómo revolvía á las monjas con sus deudos, y cómo levantaba testimonios á los defuntos y á los vivos, y todo lo hacía porque la tuviesen por santa. El confesor vino y el Provincial y entró en la cárcel víspera de Pascua, y de que vido al Provincial hincóse de rodillas y dijo una antífona que comienza *Quare pacificus*, y otras muchas palabras muy buenas y testificó su confesión delante el Provincial y tres testigos, y luego salieron muy contentos porque se había confesado sin premio, y el día de año nuevo vino el Provincial y sus compañeros, y los inquisidores y el secretario de la Inquisición, y fueron á

una sala y allí iban las monjas una á una á hablar con el inquisidor; no se acabó aquel día, hasta otro; el miércoles, entre cuatro y cinco de la mañana, vino el alguacil de la Inquisición por ella; todas nos angustiamos mucho y ella tenía muy grande esfuerzo y muy poca vergüenza, y con ésta se quitó el hábito y el velo y se vistió una saya negra y salió con grande disposición, y dijo:—¿Queréisme, madres, abrazar?—y nadie la quiso abrazar, por su poca vergüenza; hubo muy grandes lágrimas, porque tanto tiempo estuvo el demonio en esta casa, y la habíamos tenido nueve años por abadesa; diez días á reo ha confesado en la Inquisición cosas gravísimas que espantan á todo el mundo, las cuales saldrán en su sentencia. No escribo della más, porque en esto se verá su gran desventura. Fecha en Córdoba á 30 de Enero de 1544.

IV

CARTA

ENVIADA POR UN CABALLERO NAPOLITANO Á UN SEÑOR DE ROMA, EN LA CUAL LE CUENTA UN NOTABLE CASO ACAESCIDO EN LA CIBDAD DE NÁPOLES ENTRE DOS DAMAS NAPOLITANAS, EN EL AÑO PASADO DE 1552.

A causa de haber estado ocupado en otros negocios, si bien tengo en memoria, habrá cerca seis meses que no he escrito á vuestra señoría; agora ofreciéndose un caso tan notable en esta cibdad, digno de ser sabido, no tan solamente en Italia, mas por todo el mundo, he acordado pagar la deuda de la obligación escribiéndolo á vuestra señoría, para que de su mano se divulgue, y fué ansí: Un caballero de linaje, llamado Fabio Zeresola, servía á dos damas, de las cuales él cordialmente era amado, sin saber la una de la otra, siendo muy grandes amigas. Suscedió que en unos desposorios de un principal caballero de aquí, donde se hicieron muchas y muy grandes fiestas, entre las otras hobo sarao y ayuntamiento de damas ricamente ataviadas, como se suele hacer en semejantes fiestas, y entre las otras fueron convidadas estas dos señoras, llamada la una Isabela de Carazi y la otra Diambra de Petinella, de casas bien conocidas. Como acudiesen á la fiesta los caballeros por gozar cada uno de sus amores,

vino también el dicho Fabio, y estando en la sala no descuidado de lo que convenía á semejante lugar, pero disimulado, porque veía estar juntas ambas á dos señoras consejando; donde forzada del fuego de Cupido y estimulada del verdadero amor que al dicho Fabio tenía, puso los ojos en él la señora Isabela y fué tan penetrativo aquel primer asalto, que sin poderse contener, junto con los rayos de sus ojos envió á su amante un ardiente suspiro, y como al verdadero amor jamás le faltan sospechas, aunque la saeta del sospiro iba encaminada á Fabio, hirió en el corazón de Diambra de Petinella, de donde fué forzada preguntar á la compañera la causa de tal sospiro; y como la señora Isabela pasase por alto disimulando, más ocasión daba á Diambra de preguntalle, y conjurándola le rogó encarescidamente le descubriese si vivía penada por algún caballero y si estaba allí en aquella sala entre los otros, haciéndole los protestos y seguridades que en semejantes casos entre verdaderas amigas se suelen hacer, y como sea muy natural que cualquiera amador huelga de ser interrogado, porque tenga ocasión de poder hablar y alabar las gracias de sus amores, sin más alargar comenzó la señora Isabela á abrir las puertas de su corazón diciendo así:—Sabed, mi carísima Diambra, que muchos días há que me sirve aquel caballero que veis allá vestido de morado entre los otros, que paresce el Sol con los otros planetas, tanta ventaja les lleva; las gracias y merecimientos del cual, para bien contallas, sería menester otra lengua más elocuente que la mía; han sido tantos y tales los servicios, que tan rendida tiene mi libertad, que no soy mía por ser toda suya.—Oídas por Diambra semejantes razones, aunque hablar en tal materia le era muy odioso, sacando fuerzas de flaqueza, la habló desta manera:—Amiga mía y señora Isabela, aunque en casos de amores dicen que es por demás dar consejos, porque desque amor está una vez prendido es muy malo de desasirse, todavía,

por lo que os quiero, no me puedo estar de deciros lo que en este caso siento, y es, que en los hombres es de tener poca fe, porque muy tarde tienen amor verdadero si no es á sus placeres ó intereses, y en vos se verifica el engaño claramente; este caballero que me habéis señalado, al cual conozco yo muy bien, que se llama Fabio de Zeresola ama de todo su corazón á una señora muy grande amiga mía, y por ella gasta cuanto tiene, y yo le he oído muchas veces decir que le ha de costar la vida ó se ha de casar con ella, de donde podéis colegir qué fruto sacaréis vos de vuestros amores.—Enojada Isabela que su amante quisiese á otra sino á ella, á Diambra con un semblante denodado se volvió y con injuriosas palabras le dijo que bien entendía sus intenciones, y que si era ella la tan querida de Fabio que lo dijese. De unas en otras, vino á tanto este diálogo de entre las dos, que Isabela arrojó un bofetón á Diambra, aunque no le alcanzó, y muy reñidas se partieron, yéndose cada una por su parte á su casa, donde sentida Diambra de lo pasado, determinó poner en riesgo de batalla su querella, y así hizo un cartel de desafío del tenor siguiente, el cual luego el otro día envió con un caballero á Isabela:

«Isabela, por cuanto vos pretendéis que Fabio por derecho de amor es vuestro y que os ama más que á mí, digo que mentís, sobre la cual querella determino verme en campo cerrado con vos, y daros á conocer cómo es mío y á mí más que á otra ninguna ama, castigándoos de las malas crianzas contra mí cometidas ó morir en tal demanda; por tanto, de hoy en seis días os esperaré en el campo, quedando á mí el cargo de hacerlo asegurar como conviene y á vuestra elección dejo las armas.—Hecha á veinte y cinco de Mayo año de mil y quinientos y cincuenta y dos.»

Recebido el cartel por la señora Isabela, aceptó el plazo y señaló las armas, que quería que fuesen armadas en blanco á usanza de guerra, con sus caballos encubertados

y sus lanzas y escudos, estoques y mazas herradas. La señora Diambra, alcanzó licencia del señor visorrey después de muy rogado, la cual dió de buena gana, por ver una cosa tan hazañosa, y en la plaza del Olmo mandaron hacer un palenque cerrado, donde á la jornada acudieron las dos señoras, siendo esperadas de todos los grandes señores, ansí españoles como italianos que en aquella sazón se hallaron en Nápoles, entre los cuales señaladamente estaban el señor visorrey y el ilustrísimo marqués del Gasto (1), el duque de Termes, Don García de Toledo, César de Piñarella y el Señor Borzeto con el príncipe de Sulmona, y otros infinitos caballeros que por no ser importuno dejo de contar, sin la gran multitud de las damas y señoras que por las ventanas y cadalsos para este efecto eran venidas; pasadas las dos horas después de mediodía, vinieron las dos señoras, muy poco antes la una que la otra; la una por la parte de Levante y la otra de Poniente, y hecha la debida cortesía á los circunstantes, impetrada licencia entraron en el palenque. Venía devisada la señora Isabela de azul y encubertado de terciopelo del mesmo color el caballo, y traía por cimera sobre el yelmo un muy riquísimo diamante. La señora Diambra vino toda de verde, mostrando la esperanza que tenía, y por cimera trajo una feroz serpiente de oro que se mataba á sí misma. Tomadas las lanzas en las manos, hizo señal una trompeta de guerra y arremetieron con tanto vigor la una para la otra, que era imposible creer tanto ánimo en femeniles corazones, donde se dieron tan grandes encuentros que cuasi pensaron venir las dos á tierra. Quebradas las fuertes lanzas, sin curar de los estoques, echaron mano á las herradas mazas y dábanse tan desmesurados golpes, que á los que las miraban, de una parte ponían compasión y de otra se holgaban de ver tanto esfuerzo en mujeres; duró una

(1) Vasto.

muy grande pieza sin que se conociese mejoría en ninguna; no pudiendo la señora Isabela ver durar tanto su enemiga en el campo, arremetiendo para ella le descargó un tan desmesurado golpe, que la mitad del escudo vino al suelo y una pieza del hombro; Diambra le acudió con otro en el brazo derecho, que ainas le hiciera perder la maza; acudiendo con otros Isabela, doblara Diambra los suyos con tal fuerza que turbado y fatigado el caballo de Isabela, tropezó y hobo de venir á tierra. Saltó de presto Diambra de su caballo diciendo:—Ríndete, Isabela, y confiesa que es mío el caballero por justo título;—y entre estas palabras, cayéndosele á Diambra el estoque, le tomó Isabela y con denodado corazón fué para su enemiga, hiriéndola malamente, y viéndose tan juntas se vinieron á abrazar, y con la ímpetu de la ira cayeron ambas en el suelo, aunque la Isabela se supo tan bien valer que presto fué encima de la otra, y cortándole las enlazaduras del yelmo para quererla degollar, se le rindió y le concedió que por derecho merecía el dicho caballero. El señor visorrey, viendo la cosa en tal trance, mandó cesar la lid y comenzaron á tañer las trompetas y añafiles que para el tal efecto eran allí traídas, y acompañadas de toda aquella corte de caballeros las sacaron del campo, y Diambra se fué á su posada, y á Isabela lleváronla al palacio del señor visorrey, donde fué muy bien recebida de muchas señoras que la estaban allí aguardando. Parescióme por ser esta cosa tan notable escrebirla á vuestra señoría, aunque *suscincte*. Reciba mi buena voluntad con aquel semblante que suele, cuya vida y estado nuestro Señor por muchos años acresciente. De Nápoles á seis de Junio año de mil y quinientos y cincuenta y dos.

V

NUEVAS

DE LO QUE ACONTECIÓ EN CÓRDOBA, AÑO DE 1554, DOMINGO ÚLTIMO DE DICIEMBRE Y LUNES PRIMERO DE ENERO.

Llovió tanto como en toda una semana, que no cesaba estas dos noches de los días que digo. Entre doce y una tronó muy recio, con recios relámpagos. Martes por la mañana á las seis horas hasta las ocho, que son dos horas, creció el río tanto, que en el Potro y Calcetonia anduvieron á barco; abrióse la Fuente Santa hasta abierto el arco de Nuestra Señora la de la Fuente y la imagen sacaron á barco; los frailes de Madre de Dios tomaron el Santo Sacramento y se subieron á la torre y los sacaron á barco y los pusieron en la Caridad. Entró el río en la iglesia de los Mártires por debajo de tierra, por las espaldas y subió arriba tres cuerpos que debajo de la tierra estaban y pescaron muchos peces en la propia iglesia, y del altar mayor tomaron una arquilla de San Nicolás; se llevó dos altares y queda la iglesia muy á peligro; entró por los tejares y llevó una parida en un colchón con su criatura y dejóla en el propio colchón encima de un tejado, echada como se estaba. Llevóse las puertas de la Arraholí y dejó un palo atravesado; subió por los molinos de Inqui-

ria el Dotor y abrióla toda y perdió 6.000 panegas de trigo; por la Alameda pasó y sacó todas las aves y conejos, que no dejó uno; á un hombre honrado que le llaman el *Pilero*, llevó 300.000 en pinos; á un jurado que le llaman *Paniagua* le llevó un hijo y seis hombres y 500 ovejas; á un caballero que le dicen Andrés Ponce 600 carneros y un potro y seis bueyes. A otro caballero que le dicen *Ojo de plata*, que mora á San Pedro, le entró y sacaron sus hijos muertos y no le quedó cosa que no se perdió. En la casa de Cuvillana, que es á la Candelaria, entró y les mojó, pero no llevó nada. En una casa á la ribera, entró, que no dejó á nadie en ella y sacó un arca de tres varas en largo llena de ropas, que jamás se había meneado de un lugar por ser grande y la sacó y dejó atravesada á la puerta. Llevóse 13.000 paños de los batanes; trajo infinita leña y bueyes y carneros y puercos, todo muerto y un caballo enjaezado y una cama verde de campo sin cuerpo en ella, sino armada y con sus cobertores; un novillo sólo vino vivo y ese se metió en la casa de las mujeres que moran cabe el río y á ellas sacaron á barco y los de los tejares trajeron acá á la cibdad á barco y por esto el señor Don Alonso de Córdoba el hijo de la señora Doña María dió barcos y cena á los que sacaron. Martes en la noche á las seis han parecido muchas gentes y muchachos que ha echado el río muertos; llevóse dos almiares de paja y iban encima cantando gallinas. El venir la creciente no duró más de dos horas, y dicen las gentes que á no romper por San Julián que se destruyera Córdoba. De la calle de Latonería se llevó muchos pedazos de casas y en dos casas metió dos costales de trigo y de otra sacó uno de harina. Un hombre hizo 40 pesos de los conejos que tomó, y cada uno que podía tomar algo con trabajo ó diligencia que hiciese, quedaba con ello; y otro dos carneros y los desolló y asó y los dió á comer á los de los tejares. En la ribera llevó á una desposada el cofre de sus

dones y la cama. Los dos días y noches que llovió, no cesaron los aires, tan recios que no había quien no temblase de verlos; y estos dos días y noches no cesaron de tañer las campanas de toda la cibdad, de día y de noche; y luego el martes de mañana sucedió lo sobredicho. En el coto de Almodóvar se ahogaron 400 yeguas; en el Alameda quedó asido á un árbol un buey y un carnero y un perro. El aldea del río quedó asolada; el lavadero de Aguilarejo se hundió y mató tres hombres. La parida que quedó en el tejado es ya difunta y su criatura. El inquisidor dijo, que vido venir por el río un caballero dando una voz y que acabó su ruido. El agua que entró dentro en la iglesia de la Fuente Santa, fué un estado y más fuera, cubrió la imagen que sacaron á barco y metió tres pilas en el patio. Toda la iglesia de San Nicolás ha desolado, porque la sumió y del cimenterio meten tierra para aparejar la gran falta que sumió. Una cuna llevó el río con un niño y aportó en Sevilla vivo; un chiflador, yendo huyendo del agua, se le asieron dos culebras una en cada brazo y se subió á un árbol á guarecer y todavía las culebras á los molledos revueltas y estuvo dos días con ellas en el árbol y así como él descendió se fueron su camino sin hacerle daño. En el Alameda se tomaron dos culebras que pesaron media arroba y las presentaron al obispo y el obispo á Don Juan y Don Juan al señor Don Alonso y de asco que la señora Doña Teresa hubo, ha estado muy mal de vómitos. En la Fuente Santa quedaron muchas culebras y ranas y sapos. En un cortijo metió tanta leña que dan por ella 1.000 ducados y el dueño del cortijo dice que es suya, el arrendador lo mesmo y traen pleito. A una señora que le llaman Doña Isabel Venegas, mujer de Cañaveral, le sacó dos tinajas de vino atapadas y sin perderse una gota las dejó en el Arenal. Muchas cosas dejo de poner, porque parece que es imposible y todo fué y es verdad.

VI

MEMORIA

DE LAS HONRAS QUE SE HICIERON EN ESTA CIBDAD DE TOLEDO, POR LA MUERTE DE EL EMPERADOR DON CARLOS NUESTRO SEÑOR, QUE ES EN GLORIA.

(Año 1558.)

Murió Su Majestad del emperador Don Carlos nuestro señor que es en gloria, en el monesterio de Yuste de la Orden de Sant Jerónimo, donde se había retraído, dejados todos sus reinos y señoríos al rey Don Felipe señor nuestro, en veinte días del mes de Setiembre de mil y quinientos y cincuenta y ocho años. Llegó á la sazón de Ingalaterra y Flandes, el arzobispo Don Fray Bartolomé de Miranda fraile dominico, á quien Su Majestad poco tiempo antes había dado el arzobispado de Toledo. En sabiéndose en esta cibdad la nueva de la muerte de Su Majestad, luego la cibdad puso luto y dió el Ayuntamiento luto á todos los oficiales de la justicia, corregimiento y alcalde mayor y alguacil mayor y á todos los regidores y jurados y escribano mayor y teniente de ayuntamiento y mayordomo y sofieles, los cuales luego salieron enlutados, cubiertas las cabezas con capirotes y lo mismo todos los caballeros de esta cibdad y dió asimesmo luto el Sancto

Oficio de la Inquisición, á los inquisidores y á todos los oficiales dél. Luego se hizo un novenario en la sancta iglesia de Toledo, en que cada día al fin de la misa mayor salían de las casas del ayuntamiento la justicia y regidores y jurados y los otros oficiales del ayuntamiento y venían por su orden en procesión en forma de cibdad con sus mazas delante, todos enlutados y cubiertas las cabezas, hasta en medio de los dos coros, donde se decía cada día un solemnísimo responso por toda la clerecía y cantores en canto de órgano, cosa muy solemne y nunca hecha hasta agora por muerte de ningún príncipe y acabado el responso se volvía por su orden. Puso luto toda la cibdad desde el mayor hasta el menor, hombres y mujeres, clérigos y seglares, dejaron toda la seda y vestidos de colores y plumas y todas las otras galas, mayormente, que también á la sazón habían muerto las dos reinas hermanas de Su Majestad, María y madama Leonor. Esta cibdad quiso hacer y hizo las honras de Su Majestad más aventajadamente de como se solían hacer y habían hecho por otros reyes y príncipes de estos reinos y así se hicieron mejores y más solemnes que los vivos vieron ni oyeron. Domingo en la tarde, á vísperas, trece días de Noviembre y lunes á misa, catorce del dicho año de 1558, en la sancta iglesia de Toledo, estando presente á ellas el dicho Don Fray Bartolomé Carranza de Miranda arzobispo de Toledo. Estas honras hizo la cibdad y ayuntamiento de ella á su costa y hizo para ellas un túmulo de cadahalso en medio de los dos coros de esta sancta iglesia, de madera, de tal manera obrado y fabricado como si allí se hobiera de quedar perpetuamente, con tanta obra al romano, que los nacidos no vieron otro tal para semejante acto, ni las pirámides antiguas, ni el sepulcro de Mabselo (1), ni otra obra alguna de que los escritores hacen grande memoria, se cree haber sido cosa tan

(1) Mausolo.

superba para tan poco tiempo; y en el mismo lugar y para el mismo efeto, se han hecho y visto otros túmulos y cadahalsos para honras de príncipes y prelados de esta sancta iglesia, especialmente uno que fué el mejor y más solemne, que hizo Don Juan Martínez Siliceo para las honras del papa Paulo tercio, que fué el que á él le dió el capelo de cardenal, mas aquél y todos los demás no tuvieron que hacer con éste, del cual, aunque en alguna manera se pueda hacer mención como aquí haremos, mas verdaderamente no se podrá decir ni pintar segund y como él estaba, visto por vista de los ojos, que cierto era cosa muy superba y de grand majestad.

Este cadahalso tenía cuatro suelos ó sobrados sin el remate de chapitel y sin el rodapié, que era lo que estaba sobre pies, cubierto con paño de luto hasta el primero suelo holladero, donde subían á decir los responsos y á este primero suelo se subía por sus escaleras; unas que salían del coro de los clérigos, por donde el cabildo y clerecía subía á decir los responsos sobre la tumba y otras que subían del coro del altar mayor por donde subían las Ordenes y las cofradías á decir sus responsos. En este primero suelo holladero del dicho túmulo había veinte y cuatro pilares, todos al romano, con sus basas y capiteles, sobre los cuales cargaba toda la obra de lo alto, con que se hacía una capilla mayor en el medio y á los lados otras cuatro capilletas con sus arcos y bóvedas de muy buena gracia, que de piedra muy bien labrada no se hiciera mejor obra, todo esto cubierto de luto y en medio de la bóveda de la capilla mayor, estaban unas armas grandes imperiales y por todas las bóvedas de todas las capillas, sembradas armas menores, que parecían muy bien á manera de filateras (*sic*); en medio de esta capilla grande estaba una grande tumba, cubierta con los paños ricos de brocado y con sus armas Reales que los Reyes Católicos de gloriosa memoria dejaron á esta sancta iglesia; encima de esta tum-

ba á la parte del coro de los clérigos, estaba un cojín de brocado y encima una gran corona imperial y un estoque dorado desenvainado, tendido sobre la tumba y alrededor de toda la tumba unas barandas negras con que estaba cercada; y todo este suelo alrededor tenía un antepecho ó corredor de barandas negras. En este suelo á las cuatro esquinas del cadahalso, estaban cuatro reyes de armas, hombres vivos vestidos de luto que la cibdad les dió para aquello sólo, cubiertas las cabezas con sus capirotes y vestidos unas cotas ó ropas de armas doradas y plateadas muy bien hechas, con las armas de Su Majestad y cada uno de ellos tenía una maza dorada en la mano. Sobre los arcos de este suelo, entre él y el segundo, estaban ciertos letreros muy bien escritos de letra gótica, sobre lienzos negros con letras blancas en latín, que contenían muchos loores de la vida, virtudes y hazañas de Su Majestad; de estos letreros muy bien guarnecidos en sus listones y tablas y pintados muy bien al romano, había á trechos por todo el cadahalso y abajo por los lutos veinte y ocho tablas ó piezas y los versos y prosa que contenían no se ponen aquí por evitar prolijidad, especialmente para los que no son latinos; en este mismo suelo, estaban en cuatro pilares otros papeles muy graciosamente escritos y pintados y cortados al romano, en que estaban también otros epitafios en latín.

En el segundo suelo, que también estaba todo alrededor con su andén de verjas negras, estaban en cuatro rincones que se hacían de las cuatro capilletas, cuatro figuras de gigantes con sus gestos muy tristes y llorosos, vestidos de luto y con unas banderas negras de tafetán con armas imperiales de un cabo y de otro en las manos. En este mismo suelo estaban en las fronteras á las cuatro partes del cadahalso, unos lienzos de historias ricamente pintadas para este caso, en que estaban pintadas las historias que Su Majestad hobo en su vida, que eran la ganada de las

Indias, la de Túnez y la Goleta, la de África, la prisión del rey de Francia en Pavía, la de Viena contra el Turco, lo de Alemania y la coronación de Su Majestad. En este suelo á trechos, había unos tondos redondos, y en cada uno de ellos estaban las armas y insignias de cada reino y señorío de Su Majestad y por todo cabo y en muchas partes puestas y sembradas armas imperiales, unas en lienzos y otras en papeles. En el tercero suelo, que también estaba cercado alrededor de andén de verjas negras, en los cuatro testeros fronteros, estaban pintadas unas grandes figuras del rey Don Felipe y del emperador Maximiliano, padre y agüelo de Su Majestad y del rey Católico y del rey Don Juan segundo, abuelo y bisagüelo de Su Majestad y sus títulos y nombres escritos sobre cada uno de ellos. En el cuarto suelo, que también tenía el mismo antepecho, estaban á los cuatro ángulos cuatro figuras grandes de mujeres, vestidas á manera de ninfas de blanco y sus tocas de luto, que eran cuatro virtudes y cada una de ellas tenía un angelito en la mano y los rostros muy graciosos; todo este suelo estaba sembrado de armas imperiales y rétulos, todo con muy buena gracia. Sobre este suelo, estaba un remate ó chapitel negro y por encima cargado de romano á manera de linterna y de esta misma manera estaban otros cuatro remates ó chapiteles en el segundo suelo, que eran remates de las cuatro puertas colaterales que abajo estaban, que tenían muy lindo donaire y gracias y hacían linda obra. Sobre este remate ó chapitel alto y sobre toda la obra, estaban unas muy grandes armas con sus águilas y coronas imperiales, á dos haces transparentes, que la un haz estaba contra la puerta nueva y la otra contra la puerta de la chapinería, las cuales tenían en sí gran grandeza y majestad y llegaban cuasi á las bóvedas de la iglesia y los otros cuatro remates ó chapiteles, los dos que estaban hacia los coros, tenían otras armas de la misma manera, aunque no tan grandes por estar más bajas, á dos haces, y

transparentes y los otros dos fronteros tenían unas cruces doradas, porque no quitasen la vista. Sobre el postrero suelo, junto y debajo del chapitel, estaban á los cuatro testeros colgadas de unas tocas negras, cuatro banderas grandes de tafetán negro de cada veinte varas, con sus armas imperiales de un cabo y de otro, y todo lo demás del cadahalso de alto á bajo, estaba lleno y colgado de banderas negras de tafetán, algo menores que las otras cuatro con sus armas imperiales de un cabo y de otro, que daban mucha gracia y gran majestad, en que había ochenta y tantas banderas todas en sus lanzas negras.

A las esquinas y medios y á trechos había, por todo el cadahalso y en los andenes de todos los suelos candeleros ó hacheros de madera negros, de á cuatro hachas cada uno, y en medio muchos rejones y puntas de hierro para candelas y lo mismo por otros maderos que estaban por estribos y también lo mismo había por las dos naves enlutadas, donde ardieron á vísperas y á misa más de cuatrocientas hachas y al pie de dos mil candelas; y esto todo, de tal manera que había por de dentro del cadahalso escaleras y subideros y en cada suelo, hombres que tenían cargo de encender y matar y despabilar, que parescía que ello mismo se hacía sin llegar naide á ello.

Estaban colgadas de luto dos naves, que son la que viene de la puerta de los Escribanos, que se dice del Juicio hasta la esquina del coro del altar mayor, y la otra que atraviesa desde la puerta de las Ollas, que es la de la chapinería, hasta la puerta nueva; estas naves estaban colgadas de lutos como dicho es y por los lutos, puestas muchas armas imperiales y encima muchas de las dichas banderas algunos letreros y á trechos los dichos hacheros de á cuatro hachas y por medio rejones de hierro, donde estaban muchas de las dichas hachas y candelas y de pilar á pilar, hombres en lo alto que encendían y mataban y despabilaban. Al cabo de esta nave, que es la desde la puerta del Jui-

cio, entre los dos pilares que están á la esquina del coro de los clérigos y el otro frontero, estaban hechas dos puertas ó arcos triunfales cubiertos de luto, mas mostraban su arte y molduras y encima en el medio de ambas puertas, estaban puestas unas armas y águilas imperiales transparentes y á dos haces y debajo un letrero con ciertos versos y en la frontera entre otros dos pilares, estaban otras semejantes armas y otro letrero. Así, entrando por la dicha puerta del Juicio, vista toda la nave á la larga así enlutada y llena de armas Reales y banderas y encima tanta cera, era cosa muy suntuosa y de grande auctoridad, porque aquello, ni los vivos lo vieron ni oyeron haberse hecho, porque en las otras honras de los otros príncipes y reyes y prelados solamente se enlutaba entre los dos coros y lo que junto con ellos está y no la dicha nave.

El Ayuntamiento y corregidores de él estaba enlutado y lleno de armas imperiales, cosa también nueva, y desde allí salió toda la cibdad, justicia y regimiento, regidores y jurados y los otros oficiales de la cibdad enlutados, cubiertas las cabezas, sus sofieles delante con sus mazas que la cibdad tiene y todos por su orden, según su antigüedad, Domingo á vísperas y lunes á misa, trece y catorce días del mes de Noviembre del dicho año de 1558 y entraron por la dicha puerta del Juicio y nave y pasadas las dichas puertas y arcos triunfales, luego allí junto al cadahalso delante de la puerta nueva, estaba hecho un palenque de madera, porque la gente que era infinita no llegasen ni entrasen adonde estaba la cibdad, y allí había bancos donde todos se sentaron y estuvieron asentados por su orden y antigüedad las vísperas y misa y todo el tiempo que duraron los responsos hasta ser acabados todos los oficios, con muy grande autoridad y majestad como esta imperial cibdad siempre tuvo y tiene. A estas honras vinieron á la dicha sancta iglesia como es uso y costumbre de venir siempre á semejantes honras de reyes,

príncipes y prelados todos los frailes de todas las Ordenes que hay en esta cibdad que son Jerónimos, Franciscos, Dominicos, Bernardos, Agustinos, Mínimos, Trinitarios, Carmelitas y de la Merced, y las cofradías de la Santa Caridad que es la más antigua y la más insigne de España y la de la Madre de Dios y cada una de estas Ordenes y cofradías, en las capillas que en la dicha sancta iglesia les fueron dadas y asignadas á las vísperas, dijeron sus vigilias, y otro día sus misas cantadas y al cabo de ambos días, fueron al cadahalso y sobre la tumba á decir sus responsos y entraban por la puerta pequeña del coro del altar mayor que está junto á las gradas del altar y salían por el dicho postigo y la que primero llegaba esa entraba y aguardaban las demás como venían, todo con gran suntuosidad y autoridad como en semejantes actos siempre se acostumbra hacer en esta sancta iglesia, y al cabo de todos subía el cabildo y clerecía del coro á decir su responso muy solemne. El Domingo dijo la misa el arzobispo de Toledo y predicó al Evangelio el Doctor Delgado, canónigo de la Doctoral y Teologal de esta sancta iglesia, cuyo sermón para los que le pudieron oir fué muy excelente, como él siempre lo suele hacer ordinariamente, pero era tanta la gente y bullicio y ruido en la iglesia, que no se podía oir.

Estuvo el Santo Oficio de la Inquisición, oidores y oficiales, todos enlutados á estas honras, las vísperas y misa, en el coro del altar mayor junto á la reja. Fué tanta la gente que á esto ocurrió á la sancta iglesia, así de dentro de esta cibdad como de fuera, que fué cosa de ver. Toda esta fiesta hizo y gastó la cibdad, sin que la iglesia gastase cosa alguna, según entiendo, y así en lutos como en todo lo demás se gastó gran suma de dineros. Plega á la Divina Majestad haya aprovechado como piadosamente se cree y tiene por cierto, que sí habrá, para gloria del ánima de Su Majestad.

VII

RELACIÓN

DE LA ENTREGA DE LA REINA NUESTRA SEÑORA EN RONCESVALLES.

(Año 1560.)

Su Majestad (1) llegó á Roncesvalles á los tres del presente mes de enero, y á los cuatro hizo tan mal día de ventisca y nieve que no hubo poder salir de allí aquel día, aunque en él envió el cardenal de Burgos á Don Pedro de Mendoza y á Don Hernando, sus hermanos, con buena compañía de caballeros á visitar á Su Majestad. El cardenal estaba aposentado en un lugar que se llama Espinal y el duque del Infantazgo en otro que se dice Caballeros de Roncesvalles, legua y media ó dos leguas hacia Pamplona, por dejar que en el Burguete, que está media legua del dicho monesterio, se aposentasen los criados de la reina, la cual envió á decir al cardenal y al duque que aquel día cinco quería partir de allí y que la entrega se hiciese en Roncesvalles, en una sala grande que hay allí harto capaz para ello, y ansí fueron luego el dicho cardenal y el duque adonde Su Majestad estaba, y el cardenal de

(1) Doña Isabel de Valois, hija de Enrique II de Francia.

Borbón, hermano de Mosiur de Bandoma (1), salió á recibirlos hasta la puerta del monesterio, donde ellos se apearon, y después de las cortesías, tomaron en medio del cardenal de Borbón y del duque del Infantazgo al cardenal de Burgos y así entraron hasta un aposento bajo, donde dijo el cardenal de Borbón al de Burgos y al duque, que él y su hermano el rey de Navarra habían venido allí con la reina de España Doña Isabel, para entregarla al rey Católico ó á quien él mandase, y que si ellos tenían bastante poder que se lo mostrasen y que se la entregarían. El cardenal de Burgos respondió que para aquello habían venido allí el duque y él, y mostraron el poder bastante y dieron traslado auténtico y firmado de sus nombres; lo dejaron por descargo del dicho Mosiur de Bandoma y su hermano; y hecho esto, todos tres con los que los acompañaban, subieron arriba á una sala donde la reina estaba y con Su Majestad Mosiur de Bandoma, el cual no salió á recebir con su hermano el cardenal, porque pensaba preceder al de Burgos, y siendo avisado dello por Lope de Guzmán, el dicho cardenal envió el ceremonial de Lausac, para que viese y diese á entender á Mosiur de Bandoma, que su lugar era el primero después del más antiguo cardenal, y por no se satisfacer desto ni venir en diferencias, se quedó con la reina según está dicho. Besaron la mano á Su Majestad todos los caballeros del acompañamiento del cardenal y del duque, y cuando el fué á hacerlo, la reina se le levantó y se detuvo un poco antes que se la diese y al cardenal nunca se la quiso dar, aunque él lo porfió harto; díjole el cardenal que Su Majestad fuese muy enhorabuena venida á éstos sus reinos, los cuales la aguardaban con mucho deseo de conoscerla por su reina y señora, y que él en nombre dellos daba muchas gracias á Dios por habérsela dado, y particularmente las daban él y el duque, por ser de los

(1) Vendome.

primeros vasallos que besasen sus Reales manos y la acompañasen y sirviesen en esta jornada. Su Majestad respondió con mucha gracia, que ella era muy contenta de haber venido á ellos y que tenía mucha obligación al rey su señor por haber enviado tales personas como las de ellos á recebirla y acompañarla; y dicho esto, añadió, que cuando allá se despidió de su madre, que le mandó que se despidiese del rey de Navarra y del cardenal de Borbón su hermano, que eran sus tíos, á la francesa, y que por obedecerle lo hacía así, y luego fué para Mosiur de Bandoma, el cual quitada la gorra se puso de rodillas y la reina le besó, y después al cardenal por lo mismo y se humilló aunque no de rodillas, y despedido dellos la tomaron en medio el duque y el cardenal de Burgos que la llevaba de la mano, yendo al lado derecho y la llevaron á la litera y al subir ayudó el duque del Infantazgo que tuvo las tablas, y fueron aquel día al Espinal, donde llegó Su Majestad media hora con sol y allí fué proveída y servida del cardenal lo mejor que se pudo, y el príncipe de la Roja Surio (1) y todos los caballeros franceses cenaron con el cardenal en una mesa, y en otras siete ú ocho, los otros criados de la reina y con ellos algunos de los caballeros que iban en su acompañamiento. Hubo bien que cenar y muy buenos vinos y muy buen entretenimiento de música y de conversación á la española y á la francesa, y paresció que quedaron todos muy contentos los unos de los otros. El cardenal de Burgos envió cada dos caballos á Mosiur de Bandoma y al cardenal, que eran muy buenos de obra, de color y de cuerpo, y á decirles que por estar en aquella esterilidad y con tiempo tan breve y no les poder servir con otra cosa, les enviaba aquellos caballos, que era de la mejor fruta que nacía en España, en señal del deseo y voluntad que tenía para servirles; y aquellos señores estimaron en mucho el

(1) Roche-sur-Yon.

presente y dieron dos muy buenas cadenas á los que los llevaron, y el cardenal de Borbón envió al de Burgos dos hacaneas y el de Burgos le volvió á enviar una caja con muchos guantes y pañizuelos y otras labores delicadas, para que se partiese con la reina de Navarra su cuñada, y dió al que trujo las hacaneas, otra tan buena cadena como la que ellos dieron al que llevó los caballos.

VIII

RELACIÓN

DE LAS BODAS DE LOS REYES DON FELIPE II Y DOÑA ISABEL, CELEBRADAS EN GUADALAJARA EL AÑO 1560.

Desde Madrid escribí á v. m. cómo el Rey partía el lunes á veinte á Guadalajara, aunque á tiento, por haber pasado otros días que también se creía fuera la partida. Vino á Alcalá tarde, donde no le hicieron rescibimiento; estuvo allí el martes hasta las doce del día; confesó y comulgó; mandó que llevasen su cama á un lugar una legua de aquí y que no fuesen con él sino los Grandes solos, y ansí los demás se vinieron á Guadalajara, donde ha habido estrechura de aposentos, pero no tanto como se pensaba. Todos creyeron que Su Majestad había de entrar hoy á las ocho de la mañana, pero hízolo mejor, que se partió luego por la posta y con el almirante y conde de Benavente, marqués de Villena, prior de Sant Juan, Don Diego de Córdoba y Don Juan Asencio, llegó á las ocho de la noche á palacio y apeóse en una puerta falsa y con una hacha se subió arrebozado á su aposento, donde le dieron de cenar los criados de la princesa, y cuando la reina y la princesa salieron á cenar en público, como lo han hecho después que están aquí, las vió pasar por una puerta falsa de su aposento, en el cual se estuvo cabe la reina en

verla más, hasta las once que todos se trujeron á dormir, y se puso la guarda; y esta mañana á las ocho, fué el duque de Alba á palacio y de todos los mayordomos, que los que aquí hay son Gutierre López, Don Juan Manrique, el marqués de las Navas, ninguno llevaba bordadura, ni el duque de Alba. El rey se levantó á las ocho y media y tardó en salir hasta las once; á las diez vino el príncipe de la Rocha (1) delante todos los franceses que aquí hay; ninguno entró bordado, ni de manera que sea menester hacer mención dél; fuése á la sala donde había de ser el desposorio, que era en el aposento de la reina; luego á cabo de un poco, entró el Cardenal y con él muchos caballeros bien aderezados y con cadenas de oro, pero no bordados, y si alguno hubo no se dejaron ver; entró con su señoría Don Hierónimo con calzas y jubón pardo recamados de plata y un capotillo de terciopelo negro con muchos botones de oro y perlas; á la mano derecha del Cardenal, venía el obispo de Pamplona y á la izquierda el vizconde de Chelbos y fuése á la dicha [sala] donde entró el príncipe de la Rocha. El duque del Infantazgo vino tras él y acompañábanle muchos caballeros y señores bien aderezados y con muchos bordados; Grandes, había el marqués de Villena y el duque de Nájera y el conde de Benavente á la mano derecha, y á la izquierda, el almirante y toda la casa de Mendoza sin faltar nadie, y Don Diego de Córdoba hijo del marqués de Comares; el duque se entró en el aposento del rey y salió á cabo de un cuarto de hora delante de todos los caballeros y señores, y tras ellos los mayordomos dichos con sus bastones, y luego el duque de Alba y tras él todos los Grandes. Al lado derecho venía con el rey el duque de Branzuic, y á la izquierda el duque del Infantazgo, y detrás el prior Don Antonio; vinieron á la sala por el corredor adelante, donde

(1) El mismo Roche-sur-Yon.

estaba un sitial de brocado y debajo un estrado con dos gradas y dos sillas; en la una, estaba asentada la reina y en la otra la princesa; había otras dos, la una para el rey y la otra para el Cardenal y para los demás Grandes sillas rasas; tardóse un gran rato en llegar en donde estaba la reina, por la mucha gente que había y luego hizo el Cardenal el desposorio, y pasóse á la capilla á vestirse para la misa y la bendición. El rey se estuvo en pie con la reina y la princesa hasta que el Cardenal estuvo á punto, y salieron por el corredor á la capilla, porque esta sala estaba en medio del aposento del rey y de la dicha capilla; todos por la orden que á la entrada, excepto que todos los Grandes iban delante del duque de Alba y él junto al rey y quitada la gorra. Al lado derecho de Su Majestad salió el príncipe de la Roja y á la izquierda el duque del Infantazgo y luego la reina con la princesa de la mano; llevaba la falda la condesa de Ureña; todas las damas francesas con las españolas mezcladas, vestidas como dice en la memoria que va con ésta. En llegando á la capilla, estaba el Cardenal á la puerta y pasaron los padrinos, que fueron la princesa y el duque del Infantazgo, y echó sus bendiciones acostumbradas el Cardenal á la reina, y Su Majestad pasó sin ellas como viudo; dijeron la misa rezada y el rey y todos estuvieron de rodillas; la princesa junto á la reina y el duque un poco atrás del rey. Acabada la misa, el rey y la reina y la princesa y las damas, se pasaron á otra pieza, mientras se aderezó aquélla para la comida. A cabo de un poco salieron, y estaba un dosel de brocado y hecho un estrado con cuatro gradas y en él tres sillas y bancos á la redonda; sentóse Su Majestad á comer; la reina á la mano derecha y la princesa á la izquierda y los Grandes en sus bancos; junto á la princesa el duque del Infantazgo y luego el conde de Benavente, el marqués de Villena y los demás todos á este lado; al de la reina estaba el príncipe de la Roja y el embajador de

Francia y no más. Sirvió el marqués de Sarriá y todos los criados de la princesa, y á la mesa tres damas, en medio Doña Isabel Manrique y Laatilo y á la parte de la reina Doña María de Aragón y al lado de la princesa el duque de Alba; estuvieron allí en pie con su bastón; los mayordomos del rey, aunque no sirvió ninguno, ni los de la Princesa hicieron diferencia de como solían. Sirvióle al rey la copa Don Pedro Manuel y á la reina madama de Monpensier su parienta, con el estar de rodillas y todas las cerimonias que se acostumbran; á la princesa sirvió Doña Ana Fajardo; duró la comida dos horas, porque cuando acabaron eran más de las tres; el Cardenal se fué en dejándolos á la mesa y algunos de los caballeros que lo acompañaban con él, y otros se quedaron á ver la comida; en quitando la mesa se levantó la reina y hizo al rey una reverencia muy baja, y él se levantó y quitó la gorra y la tomó por la mano y se fueron á su aposento y con ellos la princesa y todas las damas, y los Grandes se fueron luego á comer y lo mismo las damas con Doña Isabel Manrique; venían Don Francisco de Mendoza el indio y al otro el marqués de Montesclaros con muy ruínes pies y entrambos muy bordados, aunque Don Francisco traía todo el oro del Perú á cuestas en cadena y bordados; y el rey se estuvo allí un rato y luego se pasó á su aposento y quedaron solas la reina y la princesa y ordenaron de jugar á *la primera* y terciaba madama de Claramonte (1) que dicen ser su privada y el enano del rey.

A las siete de la noche salió la reina con la princesa de la mano á la sala donde comieron y todas las damas detrás y se asentaron, la reina en la silla que el rey estuvo á la comida y la princesa en la que había tenido de antes; á cabo de un rato salió Su Majestad de su aposento y la reina le dejó la silla y se pasó á la suya; el príncipe de la Rocha

(1) Clairmont.

y el duque del Infantazgo se sentaron con él á la comida y algunos Grandes en los bancos del estrado; otros estuvieron en lo bajo con las damas. Comenzó Don Diego de Córdoba el sarao y sacó á Doña Ana Fajardo; danzaron una *pavana* y *una alta* y tras él salió el Duque y danzó una *alemana* con Doña Isabel Manrique; luego bajó el duque del Infantazgo y danzó otra con madama de Monpensier y tras ellos salieron todas las damas españolas y francesas á danzar el *alemana;* el duque de Francavila con Doña María de Aragón, el de Villena con Doña Ana Fajardo, el conde de Módica con Doña María Manuel, el conde de Rivadavia con la señora Doña Marcalona (1), que á dicho de todos es la más bien vestida de todas; Don Luis Méndez con una francesa y otros muchos con españolas y francesas, que anduvieron danzando esta *alemana* harto revueltos. Después salió Don Diego de Córdoba y danzó una *gallarda* que duró un rato y tras él salió una dama italiana y un italiano y danzaron otra; luego salió el duque de Francavila con Doña María de Aragón y danzó una *pavâna* con la gracia y buen donaire que hace otras cosas; tras él volvió á salir el duque de Branzuic con Doña Isabel Manrique á danzar *un pie de gibao* y el marqués de Villena y todos como á la *alemana*, aunque el del Infantazgo no bajó y danzó el almirante con madama de Monpensier. Acabada esta danza, estuvieron un poco tañendo y tornó á subir Don Diego de Córdoba con la hacha y sacó á Doña Ana Fajardo y á Doña María de Aragón y á ésta dió la hacha; ella sacó al marqués de Zenete y al príncipe de la Roja y dióle la hacha; ella sacó al duque del Infantazgo y á Su Majestad y dióle la hacha y quitóle la gorra muy baja y danzó con ella, y luego sacó á la reina y subió arriba á la silla por ella y danzaron un poco, y sacó á la princesa Su Majestad sin subir en lo alto como por su mu-

(1) ¿María Colonna?

jer; Su Alteza bajó, y dejaron la hacha y fuéronse á cenar á otra pieza donde estaba puesto otro dosel, y Su Majestad y la reina y su hermana se estuvieron hablando un rato hasta que vino la cena, que sería cerca de las nueve, y antes de las diez se había acabado la cena, que se sirvió como la comida, y se había retraído el rey á su aposento y la reina al suyo; enviaron por el Cardenal para que les bendijese la cama, porque madama de Claramonte no quiso que se acostasen sin bendecilla, lo cual hizo el obispo de Pamplona por estar el Cardenal acostado. Los vestidos que sacaron las damas y los señores, no he podido escribir, pero en suma diré lo que llevaban Sus Majestades. El rey sacó jubón y calzas blancas cuajadas de oro de canutillo y piezas de martillo, ropa francesa de terciopelo morado, toda llena del dicho oro y muchas piedras por toda ella; dicen que pesaba un quintal y seis libras *(sic)* y que es la más rica que se ha visto, gorra negra y plumas blancas. La reina salió vestida á la francesa con una saya de tela de plata muy ancha y ropa de lo mismo aforrada en lobos cervales, y su chapirón de terciopelo negro con muchas piedras y perlas, y por joyel una cruz de diamantes muy rica. La princesa sacó una saya de raso negro con una guarnición dorada de cordoncillos de seda, aderezada con botones grandes de moras; en la cabeza muchas piedras y perlas muy ricas. El duque del Infantazgo, calzas y jubón blanco, recamadas de oro de canutillo, ropa de terciopelo morado á la francesa con dos fajas anchas, por guarnición lo mismo, bordaduras, plumas blancas y negras.

IX

MEMORIA Y RELACIÓN

DE UN EXTRAÑO CASO AGORA ACONTECIDO Y DESCUBIERTO, DE UNA MALA Y CRUEL MUJER DE LA VILLA DE ROA, QUE ES 18 LEGUAS DE VALLADOLID.

(Año 1560.)

Yo el Licendiado Orozco, vecino de Toledo, en quince días de Octubre deste año de mil y quinientos y sesenta años, recebí una carta del Bachiller Navarro, clérigo canónigo de Roa, teólogo predicador y canónigo de la Teologal, hombre muy verdadero y á quien se debe dar toda fe y crédito, mayormente, porque lo que él en la dicha carta dice es ya notorio ser y pasar ansí y en el Consejo Real de Su Majestad se dió de ello entera relación, y se cometió al Licenciado Alvargarcía de Toledo, alcalde de la Chancillería de Valladolid, para que fuese á hacer justicia, y entre otras cosas que en la dicha carta se contienen, dice un capítulo de ella así:

«De esta tierra, lo que podré hacer saber á v. m. es una cosa muy nueva que en ella ha acontecido y porque sé que v. m. es tan curioso en leer y saber cosas memorables, contaré el caso que agora pasa en particular y es, que en

un lugar que se llama por nombre la Orra (1) que es media legua de esta villa de Roa y es de la jurisdición de ella, había una mujer que se llamaba por nombre Teresa Delgado; era viuda, y tenía por costumbre de acoger algunos huéspedes en su casa, que es el lugar de cincuenta ó sesenta vecinos, no muy pasajero, y de los que á ella le parecía, teniendo lugar, mataba y dentro de su casa los enterraba, y los que hasta agora se han visto y hallado muertos en su casa son siete, seis hombres y una mujer. El caso por donde se vino á descubrir fué, que una mujer montañesa que se llamaba Elvira andaba por esta villa y su tierra vendiendo lienzos, y la noche que se quedaba en el lugar que tengo dicho, tenía por posada la casa de aquella mujer Teresa Delgado y andando ciertos estudiantes un día ribera del río, toparon con las sayas y tocados de esta Elvira montañesa y dieron noticia de ello á la justicia y todos creyeron y tuvieron por cierto, que aquella mujer se había echado en el río, y desesperado y con este prosupuesto anduvieron la á buscar dos ó tres días y no hallaron sino unos corpezuelos suyos que sacaron del río y con este pensamiento que estaba en el río, pasaron seis ó siete días; unos decían que ella se había desesperado; otros que no, sino que su marido había venido de la montaña y la había muerto y echado en el río, y al fin, pasando seis ó siete días, andan, pesquisan en la posada que aquella montañesa tenía en esta villa y decían que desde tal día que había ido á la Orra no había más parecido, y fueron á la Orra y súpose que aquella montañesa había estado allí y había emplazado á ciertas personas que le debían dineros, de lienzo que les había fiado, y que ella durmió tal noche en casa de aquella Teresa Delgado y luego no faltó quien dijo que de aquella Teresa Delgado había sospecha que había muerto á su propio marido cinco ó seis años había, y con algunos indicios

(1) Pueblo de la provincia de Burgos.

y sospechas, fué el corregidor de esta villa á casa de esta mujer, la cual en este tiempo diz que había ido en romería al crucifijo de Burgos, y comenzando á buscarle y catarle la casa, debajo de la cama á la cabecera, debajo de un poyo toparon con un hombre muerto que estaba poco gastado, y con esto viniéronse aquel día porque era tarde; y otro día volvieron y hallaron en una cocina junto á la cámara un poyo grande y recién revocado con barro, y sospechando, cavaron y sacaron un brazo de la montañesa y luego sacaron todo el cuerpo, y tenía un cordel echado á la garganta y un gran golpe en las sienes y unas tijeras metidas por los oídos, y presúmese que primero le dió una porrada con que la aturdió y después le echó el cordel y para acabarla de matar le metió las tijeras. Cavan más bajo y hallan dos cuerpos de hombres, uno más comido que otro pero ambos cuasi enteros, y con esto viniéronse aquel día; y como esto se divulgó ó pregonó, iban gran parte del pueblo á caballo y á pie, hombres y mujeres, á ver tan gran maldad, y tornan á cavar adonde hallaron un muerto á la cabeza de la cama y hallan otros dos cuerpos de hombres muertos y ninguno acabado de gastar del todo, por manera que allí hallaron seis; vuelven otro día y comienzan á cavar toda la casa y no hallaron más y van á una bodega soterraña y allí hallaron otro cuerpo de hombre muerto, mozo, que en su rostro parecía de quince ó diez y seis años y no se ha hallado más después acá; nótase desta los modos que tuvo para encobrir á lo menos los tres muertos y el primero de todos se cree que fué su marido, porque há cinco ó seis años que hay fama y se cree que ella lo mató y hay falta, y miércoles de la Semana Sancta cuando él faltó, vino aquella mujer á esta villa dando voces á la justicia y diciendo que su marido había salido de su casa la tarde antes y que en un monte que estaba cerca, ladrones le habían muerto, que no parecía y que los fuesen á prender; y así por mandado de la justicia fueron cinco ó seis hombres á buscar los ladro-

nes y no hallaron rastro y gastaron cinco ó seis mil maravedís de la Cámara y volviéronse y desto hobo alguna sospecha después en el pueblo que ella le había muerto, porque después traían los hijos los vestidos del padre y pasóse esto. Otro día vino á posar á su casa un ceronero que andaba á buscar cerones y una noche entró á dormir en su casa y á la mañana después que le debió de matar, tomó un macho que este ceronero tenía y encojóle y echóle cojo como estaba de su casa que lo vía todo el pueblo y decía que aquel hombre se había ido y le había dejado aquel macho cojo hasta que volviese, y desde á pocos días estuvo el macho bueno, porque decían que le había atado á la mano una cerda y que le hacía cojear, que es un engaño y flor de gitanos; en fin, llevó á vender el macho á Aranda de Duero, cuatro leguas de allí, diciendo que no venía su dueño y en fin le vendió y se aprovechó de los dineros y decía después á los del pueblo como maravillándose:—Válame Dios, cómo no viene el ceronero por los dineros de su macho;—y así se cree y tiene por cierto que aquél es uno de los muertos. El otro ardid que tuvo, fué en la muerte postrera de esta Elvira montañesa, que después de haberla muerto tomó los vestidos y vino desde su pueblo á esta villa y va fuera de la villa buen rato y en un soto el más escuro que había, que se llama por nombre el Soto Escuro y junto á la ribera del río, puso las sayas de la montañesa, como las dejaba una mujer en el suelo cuando se desnuda y las deja en hueco hechas campana y tomó los tocados altos de la montañesa y púsolos á una parte y echó un corpezuelo de ella en el río, para que cuando la buscasen, hallasen seña alguna, como la hallaron, y desde las sayas iba señalando unas pisadas hasta llegar al río y hizo señal como que se escurría por allí abajo; y desde allí vínose á esta villa á la posada donde la montañesa solía posar y donde tenía su hato y su arca y preguntó á la huéspeda ¿dónde está Elvira la montañesa? y dícenle que no sa-

bían y ella dijo, ya yo le pagué lo que le debía y me dió unas llaves de su arca para que le sacase no sé qué, y era que en aquella arca tenía la montañesa sus dineros y queríalos sacar, mas no la dejaron abrir el arca diciendo que viniese ella y con esto se fué á su lugar y de allí en romería al crucifijo de Burgos y en este tiempo descubrióse como lo tengo contado. Enviaron luego tras ella á Burgos y hay algunos que dicen que la vieron en Sant Agustín; en fin, aunque han puesto diligencia nunca hasta ahora ha parecido. Tenía esta mujer un hijo mozo en su casa y fué con ella á Burgos y volvióse con los carreteros; no faltó quien le dijo que habían escalado su casa y él hizo que se quedaba atrás antes que entrase en el pueblo y huyó y anduvo dos ó tres días por allí cerca hasta que le prendieron. No confiesa nada ni le han dado tormento hasta agora; créese por cierto que él sabe á lo menos de esta muerte postrera de la montañesa, porque le vieron hacer barro con que se embarró el poyo donde estaba enterrada la montañesa y en Burgos vieron á él y á la madre contar un talegón de dineros. Lo que á todos espanta es la crueldad de esta mujer; lo primero ser mujer y viuda y sola y en un lugar poblado de cincuenta vecinos y en casa junto á otras, por espacio de cinco ó seis años matar siete personas y enterrarlas dentro de su casa y dormir sobre ellos y entre ellos su marido, comer en la cocina sobre los otros, que en cámara y cocina habrá ocho pasos en largo y otros tantos en ancho y tantos días y no turbarse después de matallos, en las trazas y embustes que hacía; yo creo que á v. m. y á todo el mundo parecerá cosa de admiración y si mejor v. m. se quisiere informar el portador de la presente que es un hidalgo y hombre de fe y de creer, podrá á v. m. dar más larga relación.—De Roa y de Octubre quince de mil y quinientos y sesenta años.»—*El Bachiller Navarro, canónigo.*

X

RELACION Y MEMORIA

DE LA ENTRADA EN ESTA CIBDAD DE TOLEDO, DEL REY Y REINA NUESTROS SEÑORES DON FELIPE Y DOÑA ISABELA Y DEL RECEBIMIENTO Y FIESTAS Y OTRAS COSAS, AÑO DE 1561.

Estando concertado casamiento entre el invictísimo rey Don Felipe, nuestro señor, y Doña Isabela, hija del Cristianísimo rey de Francia, para pacificación de la cristiandad y paz y concordia entre éstos tan altos y tan poderosos reyes, determinó Su Majestad de hacer Cortes y junta de todos sus reinos en la cibdad de Toledo, la cual los reyes de España siempre tienen guardada para estas necesidades y casos semejantes, donde se hicieron las fiestas de la venida y casamiento, y habiendo Su Majestad enviado por la reina hasta la raya de Francia, á Don Francisco de Mendoza y de Bobadilla, cardenal y obispo de Burgos y al duque del Infantazgo, los cuales fueron y vinieron con la autoridad y suntuosidad que á tales personas y para tal aucto pertenescía, Su Majestad envió desde Valladolid, donde á la sazón estaba la Corte, sus aposentadores á Toledo, á hacer el aposento para Sus Majestades del rey y reina nuestros señores, y para el príncipe nuestro señor, heredero en los reinos y señoríos de Su Majestad y

para la princesa, hermana del rey nuestro señor, reina que fué de Portugal, y para todos los príncipes y grandes señores y perlados que á las Cortes y fiestas se habían de juntar, y comenzóse á hacer el aposento en Toledo desde diez días de Octubre de mil y quinientos y cincuenta y nueve años, y para este efecto sólo de ver los alcázares y aposento que en ellos había, estando el rey nuestro señor en Aranjuez, entró en esta cibdad muy de madrugada antes que amaneciese ni fuese visto, viniendo con él solamente el conde de Benavente y el duque de Arcos y Don Luis de Haro y otros algunos pocos caballeros, y anduvo y paseó todos los alcázares y vistos se mandó allí aposentar, y dió orden á los maestros y personas que tenían cargo de las obras de los dichos alcázares, de lo que en ellos se había de labrar, aderezar y atajar para el dicho aposento, y mandó librar para ello los dineros necesarios y luego se partió cuasi sin ser visto y se tornó á Aranjuez, y así en los dichos alcázares con la mayor priesa del mundo, se hicieron y aderezaron infinitas cosas de puertas, escaleras, chimeneas, atajos, cocinas y casas para leña, y se aforraron de ladrillo y yeso todas las obras de los dichos alcázares por lo bajo, como fué la puerta y los pilares y basas y corredores y otras cosas, porque siendo como todo es nuevo y no acabado, no se destruyese con las hachas como suelen hacer los pajes ordinariamente, y en las dichas obras y en un aposento que se hizo para el duque de Alba debajo de la escalera principal, en el cuarto que cae sobre Sancta Leocadia, se gastaron muchos dineros hasta que el aposento quedó á propósito, tanto, que aunque todos los cortesanos se tenían por mal aposentados en esta cibdad, por no estar los aposentos de las casas hechos á propósito de Cortes, con todo eso los reyes y príncipes estaban excelentísimamente aposentados, porque era una de las mejores casas que Su Majestad tiene en todos sus reinos.

ENTRADA DEL REY DON FELIPE SEGUNDO

NUESTRO SEÑOR EN TOLEDO

Entró el rey de propósito en Toledo para ser recebido en ella, domingo veinte y seis días de Noviembre del dicho año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, viniendo desde Aranjuez; venían con él infinitos Grandes y señores así naturales como extranjeros, de los cuales abajo se hará más larga relación; especialmente traía consigo á Don Juan de Austria, su hermano, hijo bastardo del emperador Don Carlos, su padre, y al príncipe de Parma su primo, ambos mochachos de poca edad; venían con él el duque de Branzuic, príncipe y gran señor en Alemania, que por no más de servir á Su Majestad y andarse en su Corte vino y está en España, el marqués de Pescara y el marqués de Masa y otros infinitos que en la presencia del rey se ofuscan y esconden. Hízose á Su Majestad en esta cibdad un muy solemne recebimiento, aunque lo más y mejor quiso que se quedase y hiciese para el recebimiento y entrada de la reina, y así se hizo, porque aunque el recebimiento que á Su Majestad se hizo fué grande, muy mejor y más se hizo á la reina cuando después entró. Hizo la cibdad á su costa un arco muy grande triunfal fuera de puerta de Visagra, en la plaza que dicen del Marichal porque siendo él corregidor en Toledo, hizo allanar allí unos cerros y muladares muy grandes que allí estaban y hizo aquella plaza que fué muy excelente obra. Este arco era un grande edificio y muy alto como un grande castillo y hecho de infinita madera y encima de lienzo, el cual dicen haber costado cinco mil ducados; esto no estaba acabado cuando Su Majestad entró, mas acabóse para cuando después entró la reina. Tenía tres puertas y arcos; la una puerta y arco de en medio grande y las de los lados me-

nores. Por la de en medio entraron Sus Majestades. Tenía grandes pilares y basas y capiteles, todo al romano, de muy excelente trazo; muchas historias en cada paño pintadas de muy buena mano, de poesías y fábulas y muy buenos rétulos y epítetos que por causa de no dar fastidio aquí no se ponen, mas remítome á la obra que sobre esto compone el maestro Alvargomez por mandado de la cibdad, que fué el que ordenó las letras de este arco. Había en el dicho edificio, dos estatuas grandes de bulto á los lados debajo del arco grande, que eran ciertas Diosas y en lo alto por la parte de afuera, estaba una grande figura asentada en un trono con una sierpe revuelta al pescuezo, que decían Genio, metida en un cimborrio redondo. Encima de todo el edificio, por remates había unas grandes jarras como grandes tinajas y muchos escudos de armas de Castilla y de Francia y muchos castillos dorados y flores de lis de bulto; parecía edificio perpetuo de piedra. A este arco fué tomado á Su Majestad por la cibdad el juramento que los reyes suelen hacer cuando entran nuevamente en alguna cibdad, especialmente en esta imperial cibdad de Toledo que tantos privilegios tiene, donde Su Majestad juró sobre una cruz de oro y un libro misal, de guardar los privilegios y ordenanzas, buenos usos y costumbres de esta cibdad segund que otros reyes lo suelen hacer. Estaba otro arco triunfal muy excelente y de mucha arte obrado á la puerta del Perdón de la Sancta Iglesia de Toledo, con muy excelentes historias de pincel de muy buena mano, el cual se hizo en tiempo del cardenal Don Juan Martínez de Siliceo arzobispo de Toledo, para el día que recibió el capello de cardenal y teníale la Iglesia guardado por sus piezas, salvo que se añadieron encima grandes armas Reales y éste se estuvo allí puesto y cubierto de lienzos hasta que entró la reina, y á la sazón se añadieron encima escudos de armas Reales y en medio un grande fondo con la historia de Santo Ilefonso, como nuestra Señora le

vestía la casulla, obra harto curiosa y de ver, como de esta Sancta Iglesia de Toledo. Sobre la puerta de Visagra estaba toda la música de ministriles desta Sancta Iglesia, que á la entrada tocaron maravillosamente. Salió fuera de la cibdad por el camino por donde Su Majestad venía, una capitanía de soldados que eran los carpinteros, albannies y yeseros ricamente ataviados y especialmente el capitán, en que gastaron muchos dineros y Su Majestad mostró contentamiento en los ver. Salieron muchas danzas y muy buenas de espadas y de danzantes y especialmente una de indios que la Sancta Iglesia había sacado en una fiesta, que era de muchos y muy al propósito vestidos y todos ansí soldados escaramuzando, como las danzas bailando, regocijaban muy bien la fiesta. Salieron todos los pendones de los oficios que son muchos, en su orden por sus antigüedades, todos acompañados de muchos oficiales cada uno de su oficio. Salió primero la Sancta Hermandad vieja de esta cibdad, que es cosa de mucha auctoridad en que iba delante su harpón que suele sacar en sus justicias y en semejantes actos, que es un pendón Real verde que llevaba al cabo un harpón, con treinta y dos ballesteros, todos vestidos de verde con sus monteras y sus ballestas y carcajes y tiros, por su orden y todos los hermanos á caballo muy bien ataviados y detrás los dos alcaldes y cuadrillero mayor con sus varas de justicia en las manos. Luego salió el Sancto Oficio de esta cibdad con su guión y pendón del Sancto Oficio, el cual llevaba Juan Angel ginovés, como familiar, muy ricamente ataviado con rica librea y muchos mozos de la misma y todos los familiares del Sancto Oficio cabalgando á caballo, con sayos de terciopelo y cadenas de oro y unos escudos dorados con las armas Reales en los pechos y al fin los inquisidores y así fueron á besar la mano á Su Majestad, el cual á ningún clérigo ni hombre de orden la daba. Luego salieron los monederos todos á caballo y sus sayos de terciopelo y

cadenas de oro y al cabo el tesorero de la casa de la moneda, que era Garcilaso de la Vega y el alcalde de la casa con su vara de justicia y fueron á besar la mano á Su Majestad. Luego salió la Universidad y colegio de Sancta Catalina, todos los maestros Licenciados y Doctores cabalgando con sus insignias magistrales y doctorales, en orden por su antigüedad y al cabo el Rector y Maestrescuela y Patrón del Colegio, llevando delante de sí sus bedeles y mazas hasta llegar á besar la mano á Su Majestad. Salió el colegio de los escribanos públicos de esta cibdad, cabalgando muy bien ataviados con sus cadenas de oro, cada uno por su antigüedad hasta besar las manos á Su Majestad. Salió la capilla Real de los Reyes nuevos, que es en la Sancta Iglesia de Toledo, con su postero y maza delante como le tienen estando en sus horas, vestido de terciopelo azul que la capilla para este efecto le dió y todos los capellanes cabalgando por su antigüedad y al cabo Don Alvaro de Mendoza capellán mayor, hasta llegar á besar la mano á Su Majestad, á los cuales por ser sacerdotes no la daba. Salió el cabildo de la Sancta Iglesia de Toledo por su orden; delante sus dos pertigueros cabalgando con sus ropas largas de carmesí pelo y con sus varas de plata en las manos y sayos y gorras de terciopelo negro que la Iglesia les dió para este recebimiento y luego los capellanes del coro y luego los racioneros y luego los canónigos y luego las dignidades, que no había arzobispo porque estaba preso como es notorio y así en orden salieron hasta besar las manos á Su Majestad, y con cada congregación de éstas que así salieron, Su Majestad hablaba muy humanamente, especialmente con quien le hallaba y hacía alguna plática, como fué el inquisidor Don Diego Ramírez, inquisidor de Toledo por el Sancto Oficio de la Inquisición, y el Maestrescuela por la Universidad, y Don García Manrique, canónigo y tesorero en la Sancta Iglesia de Toledo, por el cabildo de ella y el cape-

llán mayor de la capilla Real por la capilla, y á todos oía Su Majestad muy humanamente y respondía graciosamente. Salió al cabo la cibdad de Toledo; delante sus sofieles con sus mazas Reales como Toledo las tiene, muy bien vestidos con ropas y sayos y calzas y gorras y zapatos de fina grana y carmesí de pelo que la cibdad para esto les dió, allende del vestido que de lo mismo cada año les da, y todos los alguaciles y alcaldes ordinarios de esta cibdad, todos muy bien ataviados cada uno lo mejor que podía; luego el mayordomo de Toledo y el escribano mayor y su teniente con ropas de jurados; llevaba el escribano mayor la cruz y su teniente un libro misal para tomar el juramento acostumbrado á Su Majestad, á la puerta; luego iban los jurados en dos hileras, cada uno en su lugar por sus antigüedades; llevaban los jurados calzas de seda de punto blancas y jubones de raso blanco y zapatos de terciopelo blanco y encima ropas rozagantes de terciopelo carmesí aforradas en raso blanco, con sus mangas anchas y gorras y vainas de carmesí, y espadas doradas y plumas blancas y coloradas, de librea harto galana y costosa; luego iban los regidores por la misma orden y llevaban calzas de seda de punto moradas y cueras de raso morado y zapatos y vainas y gorras de terciopelo morado y ropas rozagantes encima del mismo terciopelo, aforradas en raso amarillo y encima del hombro unos capirotes con sus roscas como colegiales, del mismo terciopelo y aforro y esta librea de regidores llevaban el corregidor y alcalde mayor y alguacil mayor, librea harto vistosa y costosa, las cuales les dió la cibdad para este recebimiento; al cabo iban el marqués de Falces y conde de Santisteban, corregidor de Toledo y el Licenciado Villanueva su Alcalde mayor y el alguacil mayor y el conde de Fuensalida como alguacil mayor de Toledo y Don Hernando de Silva como alcalde mayor de la Mesta, todos con sus varas de justicia en muy buena orden y con gran suntuosidad, y así salieron fuera

de la cibdad á besar la mano á Su Majestad y habiéndolo hecho, se volvieron todos hasta la puerta de Visagra, donde se apearon todos para tomar á Su Majestad debajo del palio y allí Su Majestad hizo su juramento, y venía Su Majestad en un caballo blanco, vestido honestamente con un sayo de terciopelo negro y un capote de paño y un chapeo de agua y lana *(sic)*; mostróse muy contento y alegre á todos, de que todos recebían grandísima alegría. Venían con Su Majestad como dicho es, muchos caballeros así naturales de estos reinos como extranjeros y delante venían los alguaciles y alcaldes de Corte y dos maceros con sus mazas Reales y dos reyes de armas con sus cotas de armas Reales y sus atabales y trompetas y el conde de Oropesa junto delante de Su Majestad, descubierta la cabeza, con un estoque dorado desenvainado en la mano y delante su guarda española y tudesca, y detrás su guarda de á caballo, todos á caballo con sus celadas y lanzas y sus penachos negros, porque traían luto por la muerte del emperador y de las reinas madama Leonor y María que poco había que habían muerto y por el rey de Francia, padre de la reina nuestra señora, que en una justa que en su tierra hacía por las paces con el rey nuestro señor y por este casamiento, justando fué herido con una astilla de una lanza por la vista, de que murió, y por esto como dicho es venían de luto.

A la puerta de Visagra, como dicho es, se apearon todos los jurados y regidores y allí estaba aparejado un rico palio de brocado morado con su rico fleco y veinte y cuatro varas doradas en que estaba puesto, y todos los jurados y los otros oficiales de la cibdad pasaron adelante, y así á pie, fueron por su orden quitadas las gorras y descubiertas las cabezas, y veinte y cuatro regidores tomando las varas del palio y descubiertas las cabezas, llevaron á Su Majestad debajo del dicho palio, yendo Su Majestad cavalgando en su caballo y mirando á unas partes y á otras y hacien-

do á todos con su vista mucho favor, especialmente á las damas, porque á ciertas partes les quitó el chapeo, y así subió por la calderería y herrería y torno de las carretas y lencería y calcetería y Cuatro calles y lonjas, hasta entrar por la puerta del Perdón de la Sancta Iglesia de Toledo, donde á la puerta del Perdón, habiéndose apeado, y estando hecho allí un altar, hizo el juramento acostumbrado y fué recebido en procesión y hizo oración en el altar mayor y tornó á salir por la puerta nueva, donde tornó á cavalgar y fué por la tripería y Plaza mayor y zapatería de obra gruesa y Plaza de las gallinas y barrio de Rey y Zocodover hasta entrar en los alcázares. Su Majestad y muchos señores y caballeros que con él venían de camino, se apearon con sus espuelas calzadas en la Sancta Iglesia de Toledo. Es costumbre muy antigua y cosa muy usada y guardada, que las espuelas de las personas que entran con ellas calzadas en la Sancta Iglesia, son de los clerizones y sus derechos, y así las piden y toman á todos hasta que se las pagan. Los clerizones llegaron á Su Majestad graciosamente y aquellos caballeros prometieron de se las dar, y aun dicen que Su Majestad sonriéndose, dió por su fiador á un caballero de aquéllos; y otro día, Su Majestad les mandó dar por sus espuelas quinientos reales y los otros caballeros les dieron cada uno ciento, por manera que les valieron las espuelas á los clerizones, de aquella entrada más de mil reales; y cierto la costumbre es buena, porque donde la sacratísima Madre de Dios puso corporalmente sus pies, no conviene entrar alguno calzado de espuelas; ni aun zapatos se habían de meter dentro, sino que todos debíamos entrar en ella descalzos, y así antiguamente cuando más devoción había en los cristianos, por cualesquiera tierras que veían ir á alguno de Toledo, si con los zapatos que llevaba había entrado en esta Sancta Iglesia, aunque fuesen hechos pedazos se los tomaban y les daban otros nuevos por ellos.

Esa noche que Su Majestad entró, hobo luminarias en la iglesia mayor y en la cibdad y ayuntamiento y en todo el pueblo y mucho regocijo. Todas las calles por donde Su Majestad pasó, estaban ricamente entoldadas, y así al campo como por las calles y ventanas, salió aquel día toda la gente de la cibdad y en todo cabo había tan gran concurso de gente, que era cosa maravillosa de ver, y para dar gracias á nuestro Señor. Estaba este día que Su Majestad entró, como dicho es, todo entapizado por donde pasó; especialmente estaba la calle de la Lonja junto á la Sancta Iglesia, entapizada de la tapicería de la Iglesia nueva y vieja, y andaban y se tocaban todas las campanas de ella como era razón. Para estos gastos que la cibdad hizo para el recebimiento de Su Majestad, dió licencia á la cibdad para atributar ó vender de los propios de ella hasta en cuantidad de quince mil ducados, los cuales dió el secretario Diego de Vargas, por mil ducados de renta cada año que la cibdad le vendió, situados en cierta renta de la cibdad. Después de esto, para el recebimiento de la reina, Su Majestad dió licencia á Toledo para atributar ó vender hasta en cuantidad de otros doce mil ducados, los cuales dieron Francisco de Medina y otras personas, por renta á respecto de quince mil el millar, sobre la renta del peso y otras rentas de la dicha cibdad. Al otro día siguiente después que entró Su Majestad en Toledo, que fué Lunes veinte y siete días del dicho mes de Noviembre, entró el príncipe Don Carlos nuestro señor, sucesor de estos reinos, al cual salió á recebir y besar la mano toda la cibdad, mas no se le hizo recebimiento como á rey ni entró debajo de palio, mas entró con él toda la Corte, y venía enfermo de cuartanas y muy flaco. El día de Santa Lucía, Su Majestad envió al marqués de Villena que estaba en esta cibdad, como á marqués de Moya que es, una copa de oro con su sobrecopa, que podía valer según dicen trecientos ducados y aquel día había servido el marqués á Su

Majestad de copa y es privilegio de los marqueses de Moya otorgado por los reyes antepasados, que aquel día sea suya la copa con que Su Majestad bebe, por cierto servicio que sus antepasados hicieron á la Corona Real de Castilla y así se ha guardado siempre, que los marqueses de Moya estando aquel día en la corte hayan la dicha copa; la cual le llevó Don Luis Méndez de Haro, hermano del marqués del Carpio, privado de Su Majestad, acompañado de muchos de la guarda de Su Majestad y mucha música de trompetas y atabales y ministriles, y de esta manera, Don Luis llevaba la dicha copa en la mano, descubierta, y entrando al marqués de Villena que estaba en sus casas y quería comer, Don Luis le dijo que Su Majestad enviaba á su señoría aquella copa en reconoscimiento de los servicios que los marqueses de Moya sus antepasados habían hecho á la Corona Real de Castilla y el marqués quitó su gorra y tomó la dicha copa y la besó y puso sobre su cabeza y dijo que besaba los pies de Su Majestad por la merced que le hacía en le querer guardar sus prerrogativas y preeminencias y que él esperaba hacer á Su Majestad servicios, por los cuales, sin ser marqués de Moya, Su Majestad le hiciese mercedes, y así luego se asentaron á comer con él todos aquellos caballeros que allí venían y con él estaban y les hizo un solemne banquete y dió á Don Luis Méndez de Haro que le trajo la dicha copa, quinientos ducados y dos caballos muy buenos, y á toda la otra gente de la guarda de Su Majestad y música que con el dicho Don Luis había venido, mandó repartir otros quinientos ducados. Este marqués de Villena entró en la corte muy pujante, y se mostró mucho así aquí en Toledo, como en Guadalajara en las bodas de Su Majestad y por el camino y dando muchas libreas y haciendo grandes banquetes y gastos y aderezando como labró y aderezó las casas que en esta cibdad tenía muy viejas y muy maltratadas, y aderezándolas de ricas tapicerías y aparadores, y

trajes riquísimos de su persona, en que gastó mucho y ganó mucha honra. Juntáronse á Cortes los procuradores del reino para ellas llamados y el marqués de Mondéjar presidente del Consejo Real, en las casas arzobispales, en la sala grande de los concilios; estaba toda la casa entapizada de la tapicería antigua de la Santa Iglesia de Toledo; la cabecera á la parte de la tribuna, y en la mitad de la sala de una parte y de otra, bancos para se asentar los procuradores y un paño verde sobre todos, y frontero de la cabeza un banco pequeño donde se asienta Toledo y en medio una mesa con una sobremesa verde, donde el secretario escrebía, y duraron estas Cortes tanto que al tiempo que esto escribo, que eran ya pasados diez meses, no eran acabadas; la resolución de ellas, acabadas se publicará. Teniendo nueva el rey nuestro señor de la venida de la reina, se partió de Toledo á diez y ocho días del mes de Enero de mil y quinientos y sesenta años, y en Guadalajara, jueves primero día de hebrero de dicho año, Su Majestad se casó con la reina Doña Isabela nuestra señora, hija del cristianísimo rey de Francia, en el palacio y casa del duque del Infantazgo, siendo padrinos el dicho duque y la princesa; desposólos y velólos el cardenal y obispo de Burgos Don Francisco de Bobadilla, donde celebraron sus bodas y estuvieron ciertos días con grandes fiestas y regocijos, y luego se partieron para Alcalá y dende á Madrid, donde hobo grandísimos recebimientos y fiestas á la reina y príncipe y princesa, reina que fué de Portugal y madre del que es agora rey, y entre tanto que la reina nuestra señora entraba en Toledo, Su Majestad se anduvo holgando y cazando por sus bosques hasta que supo ser entrada en Toledo. La princesa se vino adelante y entró en Toledo lunes doce días de hebrero, acompañada de muchos caballeros y damas y fué muy bien recebida y aposentada en los alcázares, donde le estaba hecho el aposento. Para la venida de la reina, que había de venir al lugar de Bargas, que es le-

gua y media de Toledo, para desde allí ser recebida, se hizo un camino cerca del hospital de Sant Juan, extramuros de esta cibdad, que baja á la Vega y se alcanzó toda la plaza del Marichal y se aderezó todo el camino hasta el lugar de Bargas, quitando tropiezos y allanando barrancos, en que la cibdad gastó hartos dineros.

ENTRADA DE LA REINA NUESTRA SEÑORA

EN TOLEDO

Entró la reina nuestra señora en esta cibdad de Toledo, martes 13 días de hebrero de mil y quinientos y sesenta años, en cuya entrada y recebimiento se hicieron muchas cosas muy notables y dignas de memoria y de mucha costa, porque así lo quiso el rey nuestro señor, por ser la primera entrada, y en todo trabajó mucho el marqués de Falces y conde de Santisteban corregidor de Toledo á la sazón. Para esta entrada y recebimiento, vinieron de los lugares comarcanos infinitas gentes, unas á lo ver y otros forzosamente compelidos para regocijar la fiesta y así vinieron muchas danzas de mozas y mozos con sus tamboriles, danzando, y otras danzas de espadas y de gitanas y de otras invenciones segund que por sus lugares mejor lo habían podido ordenar; toda esta chusma, salió aquel día desde la mañana por el camino por donde la reina había de venir, danzando y bailando y con mucha grita, y así llegaron hasta donde la reina venía y volvieron delante danzando y regocijando mucho la fiesta hasta entrar por la cibdad. Salió de Toledo una boda de aldea de mucha gente, todos caballeros en asnos y borricas, de la forma que en la montaña de Avila y en otros lugares suelen ir de un lugar á otro, con sus gaitas y tamboriles y otros instrumentos, en que iban muchos en forma de hombres y otros de

mujeres con sus niños, todos ataviados de diversas maneras y trajes aldeanos muy graciosos y al natural en su ordenanza; llevaban la novia y el novio y el padrino y el cura y sacristán del lugar y los alcaldes, con tales atavíos y máscaras que hacían reir á todos, y á la verdad era cosa de ver y bien de reir; esta boda salió también por el camino adelante por donde la reina venía hasta llegar á ella. Salieron de Toledo cuatro carros triunfales, cada uno de cuatro ruedas, como coches, muy lindamente hechos y pintados al romano con muchas aves y pinturas de muchas maneras á lo antiguo como se pintan en los triunfos, y las mulas que los tiraban iban muy encubertadas de telillas de diversas colores y enramadas, que no parecían ser mulas sino otros animales. En uno de estos carros, iba mucha música de ministriles y ciertos niños que cantaban muchos villancicos y coplas á propósito de la venida de la reina para paz de la cristiandad. Tras este carro, salió una danza de folías, que eran unos muchachos muy bien ataviados de mujeres, de diversos colores de tafetanes y rasos tocados muy ricamente y con sus guirnaldas de yedra como ninfas; á éstos llevaba sobre los hombros unos hombres grandes con un artificio de palos, por manera que las folías iban sentadas sobre sus hombros como en sillas y los hombres que las llevaban iban también muy bien vestidos de lo mismo, que serían todos veinte y cuatro, y éstos iban bailando y las folías cantando canciones al propósito y tañendo con unas sonajas en las manos y panderos, cosa muy graciosa y de ver. En otro carro iban otros muchos niños vestidos al desnudo y con unos arcos y saetas, y llevaban colgado al dios Cupido y danzando y tirando á son con sus arcos y cantando otras canciones. Tras este carro iba otra danza de ninfas vestidas de ropas de tafetán azul guarnecidas con felpa blanca y sus guirnaldas, y en las manos unos ramos de clavellinas de seda, y otros tantos galanes vestidos de lo mismo, que serían veinte y cuatro, dan-

zando muy graciosamente. En otro carro iban unas niñas muy bien ataviadas, cantando, y tras esto una danza de indios, en que iban más de cuarenta con su pendón delante y todos vestidos de rasos colorados, verdes, amarillos y azules, vestidos y enmascarados y tocados y calzados muy al natural de indios, con un tamboril, danzando y tañendo con sonajas y panderos y jugando con una pelota muy grande del grandor de dos cabezas, hecha de cuartos de colores; era danza mucho de ver que esta Santa Iglesia había sacado antes en sus fiestas, aunque se reformó de personas y vestidos. En el otro carro iban más niños á manera de gente de guerra, también cantando, y tras ellos también otras muchas danzas así de las aldeas como de la cibdad; con grandísimo tropel y ruido iba otra danza de salvajes, unos vestidos de verde con sus guirnaldas y otros de cáñamo, y entre éstos unos niños con unos arcos, vestidos de tafetanes colorados, hacían sus mudanzas al son de su tamboril. Salieron en danzas como en manera de procesión los niños de la doctrina, con su pendón delante, y todos vestidos de ropas nuevas hasta en pies, de paño colorado y los medios con bonetes colorados y los otros medios con bonetes morados, cantando muchos villancicos y coplas á propósito de la fiesta, y luego chiflaban con unas pajarillas de agua y con ellos una dancica de salvajes. Salió otra danza de niñas de la doctrina, asimesmo cantando y danzando, y llevaban un castillo muy bien hecho de cuatro torres y otra mayor en medio; cualquier cosa de éstas era cosa de ver. Salió una capitanía de niños de las escuelas, á los cuales los padres y madres habían vestido y aderezado muy bien de calzas, jubones y muchos de ellos llevaban sus arcabucicos y otros azagayas por picas; llevaban su capitán y su alférez con su bandera y sus dos atambores de librea; iban muchos alguaciles y otra gente guardándolos; era cosa de ver tanto niño y tan bonitos y tan bien aderezados y con tanta orden y seso como si fue-

ran soldados viejos y para dar gracias á Dios. Salieron ocho banderas de soldados, las seis de los oficios de esta cibdad y otra de gente de Fonseca y otra de gente de Camarena; los boneteros de esta cibdad sacaron una bandera, que fueron los delanteros, como más copia de ellos y oficio muy señalado en esta cibdad; otra banda sacaron los sastres y calceteros y jubeteros y roperos, y aunque todos á una mano, los oficiales de cualquier oficio salieron excelentemente ataviados, esta capitanía de los sastres salió riquísimamente ataviada; otra bandera sacaron los carpinteros y albannies y yeseros; otra bandera sacaron los armeros, espaderos, malleros, esmoladores de espadas y todos los oficiales tocantes á las armas; otra bandera sacaron los zapateros, chapineros y agujeteros, zurradores y oficiales de cuero; otra bandera sacaron los herreros, caldereros, cerrajeros y latoneros; iban entre ellos la mayor parte de arcabuceros y los otros piqueros; salieron, como dicho es, todos á una mano, tan bien aderezados de jubones y calzas y cueras y gorras y penachos y cadenas de oro, que todos gastaron para esto sobre sí grandísima suma de dineros; mas principalmente en esto se señalaron los capitanes y alférez y los otros que tenían algún cargo, que sacaron tales atavíos de sedas y oro y brocados y bordados y recamados y chapados, que fué cosa de ver y aun de reprender, porque algunos se empeñarían para tener bien que pagar después, aunque para capitanes y alféreces eligieron los más ricos que mejor lo podían hacer; las banderas de Fonseca y Camarena, también traían muy buena gente y muy bien ataviada, aunque no tan bien como la toledana; hízose de toda la gente un muy hermoso escuadrón y salieron á la vega á esperar á la reina; dicen que serían hasta seis mil soldados.

Salieron para escaramuzar con esta gente de pie, hasta ciento y dos de caballo en ocho cuadrillas, todos á la jineta muy ricamente vestidos, cada cuadrilla de sus colores de sedas y brocados y bordados y recamados con sus

lanzas y adargas, de que era capitán el marqués de Falces y conde de Santisteban, corregidor de Toledo, que en todas estas fiestas trabajó mucho; y todo esto andaba viendo y mirando el rey nuestro señor disfrazado con otros caballeros, según dicen, porque yo no le ví, á lo menos si le ví no le conocí, y así es de creer, porque no era cosa de dejar de ver, y era grandísimo favor que Su Majestad daba á esta cibdad y á su fiesta. Salió primero á besar las manos á Su Majestad de la reina nuestra señora, la Sancta Hermandad vieja, de la mesma forma y por la orden que salió al rey nuestro señor, según arriba es dicho, con su pendón real y treinta y dos ballesteros vestidos de verde con sus ballestas y tiros y todos los hermanos cabalgando muy bien aderezados con sayos de terciopelo y cadenas y capas de terciopelo negro con unas guarniciones de franjones de oro y verde, y los alcaldes y cuadrillero mayor con sus varas de justicia con mucha auctoridad: éstos fueron los que más adelante y más lejos salieron y besaron la mano á la reina, y se volvieron. Luego salieron los oficiales de la casa de la moneda muy bien aderezados, cabalgando, y al cabo Garcilaso de la Vega como tesorero, y el alcalde de la casa con su vara de justicia. Salió la Sancta Inquisición, Don Diego Ramírez y el Licenciado Briceño, inquisidores, con su guión y pendón del Santo Oficio, el cual llevaba Juan Angel, ginovés, vestido de brocado y tela de plata y cuatro mozos con él con librea de blanco, y todos los familiares á caballo, muy bien ataviados con sus sayos de terciopelo y cadenas de oro, y cada uno llevaba un escudo de armas Reales dorado en los pechos, y así llegaron á besar la mano á la reina, la cual tampoco dió á los clérigos. Salió la capilla Real de los Reyes nuevos de la Sancta Iglesia de Toledo con su maestro delante con su maza, vestido de una ropa larga de terciopelo morado que para esto la capilla le dió, y todos los capellanes por su orden, y al cabo el capellán mayor, y así llegaron á besar la mano,

aunque no se la daba como dicho es. Salió la Universidad y colegio de Sancta Catalina, de la forma que arriba es dicho que salieron al rey nuestro señor, y luego todos daban la vuelta. Llegó la reina nuestra señora á la venta de Lázaro Buey, adonde se apeó de una litera en que venía y subió á una hacanea blanca; venía vestida á la española, de una saya de tela de plata con infinita pedrería y perlería y un chapeo de copa alto de lo mismo; venía muy alegre riendo y hablando con el cardenal de Burgos y con el almirante y conde de Benavente y otros caballeros que con ella venían riquísimamente ataviados, y así llegó á la Vega, yendo delante las danzas bailando hasta donde estaban los carros triunfales y las otras danzas é invenciones susodichas, y allí le cantaron y danzaron, y pasando adelante estaban los soldados hechos un escuadrón, y entonces salieron los de caballo que estaban en un recuesto hasta Sancta Susana y arremetieron á los soldados de dos en dos, y dieron la vuelta alrededor de ellos y escaramuzaron un rato y los arcabuceros dispararon reciamente, todo al tiempo que Su Majestad llegaba, y hecha la escaramuza los de caballo se vinieron á la cibdad, porque era el corregidor y muchos regidores y jurados que habían de salir á besar la mano á Su Majestad y recebirla á la puerta, y los soldados se quedaron en el campo y después entraron en buena ordenanza, y la reina nuestra señora se vino por el camino nuevo que le habían hecho hacia el hospital de fuera, donde junto al hospital estaba hecha una fuente de vino y una grande figura de Baco por donde salía el vino, y un bosque hecho de ramos, donde se gastó mucho vino y hobo grande chacota de gente y se emborracharon muchos que también hacían fiesta. Fué tanta la gente que á esta entrada salió, así de esta cibdad como venida de las aldeas, que todo el camino desde Bargas y la Vega y plaza del Marichal estaba tan lleno, que era cosa espantosa de ver y para dar gracias á Dios. Salió el cabildo de la Santa

Iglesia de Toledo en su orden, como arriba dicho es que salieron al rey nuestro señor, sus dos pertigueros delante, cabalgando con sus ropas de carmesí y sus varas de plata en las manos, y luego los capellanes y luego los racioneros y luego los canónigos y luego las dignidades, y llegaron á Su Majestad á besarle la mano y dieron luego la vuelta para la recebir en la iglesia con procesión. Salieron todos los Consejos Reales de Su Majestad, que por la gran multitud de gente y por los auctos y fiestas no podían ir con tanta orden y concierto como pudieran, y en fin todos le besaron la mano. Salió al cabo la cibdad de Toledo y su ayuntamiento, corregidor, alcalde mayor, regidores y jurados y los otros oficiales; iban delante muchos alguaciles, y luego los dos fieles con sus mazas, vestidos de ropas de damasco carmesí y gorras y calzas y zapatos de terciopelo carmesí; luego el mayordomo de Toledo, y escribano mayor y su teniente, y luego los jurados en orden en dos hileras, cada uno en su lugar por su auctoridad, y luego los regidores y justicia; llevaban los jurados y mayordomo y escribano mayor y teniente, calzas y jubones de raso amarillo y zapatos y vainas de terciopelo amarillo y ropas largas de terciopelo morado aforradas en felpa amarilla y gorras del mismo terciopelo, librea harto vistosa y costosa; llevaban los regidores y corregidor y alcalde mayor y alguacil mayor, calzas y jubones de raso blanco y zapatos y vainas de terciopelo blanco, ropas rozagantes con capirotes y roscas de brocado aforradas en felpa encarnada, suntuosísima librea, y éstas y las de la entrada del rey nuestro señor y todo lo demás, á costa de la cibdad. Salieron á la plaza del Marichal á besar la mano á Su Majestad, con grandísima auctoridad, representando la grandeza y majestad de esta cibdad, que en esto y en todo lo demás siempre ha hecho y hace ventaja á todas las de España. Antes de la puerta de Visagra estaba el suntuoso arco que arriba es dicho, por donde Su Majestad pasó, y

allí veinte regidores á pie y descubiertas las cabezas con sus ropas de brocado, tomaron un palio de brocado muy rico y con veinte varas doradas que tenía, metieron á Su Majestad debajo dél, y así entró por la cibdad y subió por la puerta de la Herrería, donde estaba hecho un arco triunfal muy bien hecho y de muy buenas figuras y molduras y letras al propósito de su traza; encima de este arco estaba una figura grande de busto que de una vasija echaba agua de sí, y éste era el río Tajo con ciertas letras, de donde podemos decir que habemos visto al río Tajo sobre los muros de Toledo; había allí un bosque de árboles. Otro arco quedaba á la puerta de la Calderería, de muy buena traza y letras, todo al propósito de la bienaventurada venida de Su Majestad á España para paz y sosiego de la cristiandad; luego llegó al torno de las Carretas y volvió por Sant Nicolás y por la ropa vieja y por el mesón del Vino y por el adarve de los Husillos hasta Sant Vicente y á la Inquisición, y allí á la puerta de la Inquisición estaba hecho un cadalso sobre el que estaban cinco figuras grandes de bulto: la una era *Taciturnitas*, que tenía el dedo puesto en la boca, y la otra era *Integritas* y tenía cortadas las manos, y las otras de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel y del emperador Don Carlos nuestros señores, los cuales ordenaron y trajeron el Sancto Oficio de la Inquisición, en que hay todo secreto y toda integridad y justicia, y en un lienzo del dicho cadahalso estaba pintada la figura del Sanctísimo Sacramento del altar y ciertos doctores santos á la una parte y á la otra. Luego fué Su Majestad por la calle adelante hasta la plazuela del Conde de Orgaz, donde estaba hecho y plantado un gracioso bosque de muchos árboles que en el invierno conservan su hoja, como son olivas y encinas y madroños y laureles, todos plantados en el suelo que parecía haber allí nacido, y en medio del bosque estaba una como ermita con ciertas gradas, y por las paredes encajadas ciertas

figuras de bulto y algunos tableros de pincel, y en medio una grande figura y estatua de mujer desnuda, que parecía mirar á Su Majestad y extender la mano á ella, y por encima de las paredes de las casas del conde de Orgaz, estaban unos encañados muy bien hechos con muchos ramos por de dentro y muchas naranjas en ellos, que verdaderamente parecía un verjel de naranjos allí nacidos, todo tan bien puesto que era cosa de ver. Luego Su Majestad fué por la cárcel Real y pasando por ella, le fueron dadas algunas peticiones de parte de algunos presos que en ella estaban, y Su Majestad mandó llamar al corregidor de Toledo, el cual allí venido en presencia de Don Diego de Córdoba, caballerizo de Su Majestad, y de Hernán Darias de Saavedra, capitán de la guarda española, y de otros muchos caballeros, regidores y jurados que allí iban, mandó al dicho corregidor que soltase todos los presos que estuviesen por delitos y no hobiese parte, y cuanto á los presos por deudas, que Su Majestad lo enviaría á proveer con su limosnero, por virtud de lo cual, el dicho corregidor el jueves luego siguiente quince días de hebrero fué á visitar la dicha cárcel y presos de ella con el licenciado Villanueva su alcalde mayor, y habida información de lo que Su Majestad había dicho, mandó soltar y soltó de ella sesenta presos por crimen en que no había partes, unos por muertes y otros por heridas y otros por otros delitos, los cuales fueron en procesión á la Sancta Iglesia de Toledo con sus candelas de cera encendidas, acampañados de muchos oficiales de la justicia y otras personas, dando gracias á nuestro Señor por las mercedes que le había hecho y rogando por la salud y vida de Su Majestad que los mandó soltar. Luego Su Majestad fué al cobertizo del Conde de Cifuentes y por la calle del Canónigo Mariana, y salió á la plazuela de Sant Salvador, donde en un cadahalso alto estaba una figura y estatua grande de yeso sentada en un trono, la cual era España, con un escudo en la mano

y encima un ángel y debajo de sí tenía otra figura que era la Media, y muchas armas de coseletes y capacetes de las tierras y gentes que había así sujetado y batallas que había vencido, que mostraba grande auctoridad. Luego fué Su Majestad por la portería de la Trinidad y por las casas de Luis Gaitán y Gómez Carrillo y á la puerta de la cárcel de Corte, que era en las casas que fueron de Zúñiga y agora son de Martín Pantoja, frontero de las de Gómez Carrillo, estaban sacados muchos presos puestos en unas gradas con sus grillos y cadenas, los cuales es de creer que también darían gritos y peticiones á Su Majestad, pero de lo que allí pasó no se tiene noticia. Luego Su Majestad fué á la plaza del Ayuntamiento y entró por la puerta del Perdón en la Sancta Iglesia, donde dejó el palio y entró sin él; á la puerta del Perdón, estaba el arco triunfal de que arriba se dijo. Fué recebida Su Majestad en la iglesia con grandísima suntuosidad, tocando todas las campanas y con procesión entera de todo el clero y con la cruz y manga de plata y con mucha música de ministriles que estaban enfrente á las espaldas del coro. Estaba toda la iglesia por los pilares, llena de hachas de cera encendidas, porque ya anochecía. Entraron con ella el cardenal obispo de Burgos, que la traía á su lado, y el almirante y el conde de Benavente y otros muchos señores y caballeros ricamente vestidos, y por las bóvedas altas de la iglesia, hubo gran tronería de cohetes en unas ruedas y un castillo entre los dos coros. Salió la danza de los gigantes, vestidos de nuevo y añadidos otros dos para esta fiesta; salió otra danza de folías que eran los clerizones; iban en hombros de otros hombres que los llevaban vestidos como mujeres, con unas ropas blancas de lienzo, cantando muchos villancicos y coplas á propósito de la fiesta, que era cosa muy regocijada y de ver. Salió otra danza de portugueses, todos muy ataviados al natural, tañendo con muchos instrumentos y otras danzas y juegos, que se hun-

día la iglesia, donde había infinitísima gente, é iban delante los de la guarda de Su Majestad haciendo lugar, que era bien menester. Hecha su oración, Su Majestad tornó á salir por la misma puerta del Perdón, y los regidores tornaron á tomar el palio, y todos los regidores y jurados que no llevaban las varas del palio, tomaron hachas y con ellas encendidas iban delante por su orden, como hasta allí habían venido sin ellas, y otros muchos pajes de Su Majestad llevaban también hachas blancas encendidas, por manera que como ya era noche, parecía que se ardía toda la cibdad, y así fué Su Majestad por la Lonja y por las Cuatro calles, donde á la puerta del Alcana estaba sobre un cadahalso una figura grande de Lucrecia romana, como se metía el cuchillo por los pechos, la cual figura hicieron los plateros á su costa, porque por su arte fueron relevados de no salir en zuiza, y por lo mismo y por sus artes, fueron relevados y excusados de salir en zuiza los canteros y pintores y entalladores y escultores, porque así expresamente lo mandó Su Majestad. Luego fué Su Majestad por la calcetería y lencería y Calle ancha, que es la de los guarnicioneros, donde al cabo de la calle, á la entrada de Zocodover, estaba hecho un arco triunfal muy grande y suntuoso y muy graciosamente y con muy buen arte hecho, el cual hicieron á su costa los tejedores de seda y los otros oficiales de ella, en que creo que también contribuyeron los del Alcana y guarnicioneros de seda, por no salir en zuiza como los otros oficios, el cual dicen haberles costado mil ducados y más, y aun si Su Majestad pasara de día por él, tenían concertado de echar desde él mucha cuantidad de dineros en reales, lo cual cesó por pasar de noche y por excusar el ruido y escándalos que por tomar el dinero hobiera; este arco estaba al romano, muy bien hecho y con muchas historias y figuras por todo él, con sus letras á propósito de cada figura, que por excusar prolijidad aquí, no se ponen de este arco y de los demás. Luego Su Ma-

jestad fué por Zocodover hasta subir á los alcázares, y á la subida estaban tres figuras de estatuas muy grandes como gigantes; la una era de Hércules y la otra era de Gerión, y ésta tenía tres cabezas, y la otra era de Caco, con una letra que hacía mención de cómo estos tres habían sujetado á España tiránicamente. Había este día por las calles y ventanas, allende de la del campo, infinitísima gente, que no se podían valer, y todas las calles y partes por donde Su Majestad pasó y todo Zocodover, estaban entapizadas y colgadas de muy ricos tapices y colgaduras, que era cosa de ver, y todo según dicho es, dicen haberlo visto el rey nuestro señor andando disfrazado y disimulado. En llegando Su Majestad al patio de los alcázares, bajó el príncipe Don Carlos nuestro señor y se fué para ella y le pidió la mano, y ella y él se hicieron tantas cortesías, que andaban cerca del suelo entramos; ella no le quiso dar la mano, mas abrazóle y besóle en el carrillo, y así se tomaron por las manos y se subieron á su aposento. Esta noche, hobo en el Ayuntamiento y por toda la cibdad muchas luminarias y danzas y mucho regocijo. Otro día, miércoles, salió por la cibdad la capitanía de los soldados sastres y calceteros y jubeteros y roperos, y fueron al Alcázar y dieron vuelta por toda la cibdad, y esta noche también hobo luminarias en el Ayuntamiento y por toda la cibdad. Otro día, jueves quince de hebrero, salieron todas las capitanías de todos los oficios y la de los niños de las escuelas, que no era menos de ver, y todos fueron á los alcázares y dieron vuelta por ellos, y Sus Majestades y los príncipes los estuvieron mirando desde el Corregimiento, y todos dieron vuelta á la cibdad y regocijaron el pueblo tirando infinitos tiros de arcabuces, por manera que los oficiales de esta cibdad que en estas zuizas salieron, holgaron muchos días y gastaron muchos dineros, todo de muy gran voluntad por servir á Su Majestad. El sábado siguiente en la noche, hobo grandes luminarias en la iglesia mayor y en el Ayun-

tamiento y por toda la cibdad, con todas las campanas de la iglesia. Otro día, domingo, también hobo luminarias en la iglesia mayor y cibdad y se tañeron las campanas. Jueves, veinte y dos de hebrero del dicho año de sesenta, fué jurado el príncipe Don Carlos nuestro señor en la sancta iglesia de Toledo, por los grandes y caballeros y prelados y procuradores de Cortes de todas las cibdades, villas y lugares de estos reinos que tienen voto en Cortes, que estaban en Cortes ayuntados; dijo la misa el cardenal de Burgos con muy gran solemnidad; hízose un gran cadahalso á las espaldas del coro de los clérigos frontero de la puerta del Perdón, todo entoldado de la cama rica de brocado y de otros muy ricos paños de brocado de la sancta iglesia de Toledo, donde acabada la misa en el altar mayor se fueron al dicho tablado, en el cual estaban arrimados á un altar frontero el cardenal y los que con él habían asistido á la misa, y debajo de la cama de brocado, á un lado hacia la claustra, estaban sentados el rey nuestro señor y el príncipe y la princesa, y junto á ellos los príncipes de Austria y de Parma en sendas sillas rasas y el licenciado Martín Chaca, del Consejo y de la Cámara de Su Majestad, leyó la forma del juramento y llamó por su orden; juraron los perlados que allí se hallaron, que eran el cardenal de Burgos y el arzobispo de Sevilla y el arzobispo de Granada y el obispo de Avila y el obispo de Pamplona, los cuales luego fueron al príncipe á le besar la mano y él no se la dió, y comenzó la princesa, la cual le fué á besar la mano, y el príncipe se levantó y quitó su gorra y la abrazó, y lo mismo hizo Don Juan de Austria, hermano de Su Majestad, hijo del emperador Don Carlos, y el príncipe le abrazó, y luego el rey nuestro señor se levantó y también abrazó á Don Juan de Austria su hermano, y luego llegaron el conde de Benavente y el marqués de Villena y otros grandes que allí estaban y iban á besar la mano al príncipe, y después todos los otros caballeros de título y después los

procuradores del reino, primero Burgos y al cabo Toledo, y así no tenía Toledo su banco y asiento á los lados donde los otros procuradores, sino enfrente del cadahalso, como tiene su asiento en Cortes, frontero del que preside. Salieron este día que el príncipe nuestro señor se había de jurar, desde los alcázares á la sancta iglesia de Toledo, cabalgando, el rey nuestro señor y el príncipe y la princesa y los príncipes de Austria y de Parma y todos cuantos grandes y caballeros había en la corte, que eran cuasi cuantos hay en el reino, infinitos extranjeros riquísimamente vestidos de tantas sedas y brocados y bordados y recamados y chapados y tanta pedrería y tanta gala, que cosa en el mundo no podía ser más rica ni de más majestad; iban el rey y los príncipes en caballos, y la princesa en una litera, á la mano derecha del rey nuestro señor, y detrás las damas de la princesa muy ricamente vestidas y acompañadas de caballeros, que fué cosa de grande majestad y mucho de ver, y visto, no había más que ver junto en toda España de galas; fueron recebidos en la iglesia con muchas danzas: esa noche hobo grandes luminarias en el Ayuntamiento y mucha cohetería. Y entre todos los caballeros que aquel día más galán y más rico salió, aunque todos salieron muy ricos, fué el marqués de Villena; sacó un capote de muy rico brocado, con muchas y muy ricas perlas y piedras, y el caballo extrañamente ataviado á la estradiota, con una gualdrapa de terciopelo negro con una muy ancha y rica bordadura de oro, y de la misma forma la llevaban otros caballeros, y calzas y jubones riquísimos. El primero domingo de Cuaresma, que fueron tres días de Marzo del dicho año, hobo un torneo de pie en palacio; hízose un cadahalso en el patio para la reina y princesa y príncipes; torneó Su Majestad y ochenta caballeros; Su Majestad y el conde de Benavente y Don Diego de Córdoba, caballerizo de Su Majestad, y Don Luis Méndez de Haro, fueron mantenedores; todos los ca-

balleros iban ataviados de muy ricas libreas, ellos y los padrinos y atambores y pífanos y muchos arcabuceros que llevaban delante; fué un torneo muy suntuoso y muy costoso; fué la folla mucho de ver, porque después de haber todos torneado particularmente, se dividieron en dos partes, la una de un cabo y la otra de otro, y tornearon de lanzas y después de espadas y despartiólos un fuego de cohetería que se pegó á la tela por gentil artificio, que se quemó y los despartió; fué tanta la gente que por las calles á ver entrar los torneantes y á palacio acudió, que fué cosa espantosa. Domingo, diez días de marzo del dicho año, se hizo un torneo de caballo á la puerta Visagra, en la plaza del Marichal, que para aquello fué limpia y muy allanada, y alrededor de toda ella se hicieron tantos tablados que la cerraron toda y quedó dentro una plaza tan grande y tan cuadrada que era cosa de ver; en medio de ella hacia la parte de la Vega, sobre la caída del muladar, hizo la cibdad para la reina y princesa y príncipes y damas un tablado, que era una casa muy bien hecha y cubierta á dos aguas y con su ventanaje, y junto á él otro para muchos caballeros, y en todo lo demás se dieron sitios para la cibdad y para la Inquisición y para los Consejos y para la Universidad y para otros caballeros y señores y personas particulares, donde todos hicieron tablados, y quedó la plaza hecha un cuadrado y entoldada toda como lo estuvo ricamente; fué cosa maravillosa de ver. Estaba la puerta de Visagra y todo el muro y cerca llena de tiros pequeños de artillería, y dentro de la cibdad en el mesón del Miradero, y sobre el antepecho de encima de la Herrería y á la puerta de Perpiñán, había muchos tiros gruesos del marqués de Villena y de otras partes que para esto se trajeron, y desde allí disparaban, que parecía que la cibdad se hundía de truenos desde que se comenzó el torneo hasta que se acabó. El torneo fué de dos bandos, en cada uno de los cuales había cuatro cuadrillas; el un bando, que sería

de ochenta, en que salió el rey nuestro señor, salió de terciopelo amarillo sobre ropas de armas y sillas y guarniciones y cubiertas de caballos, en que iban los privados y de la boca de Su Majestad, el prior de San Juan Don Antonio de Toledo y el marqués de Cenete, el duque de Branzuic, el duque de Nájera, Don Juan de Austria y el príncipe de Parma, y otros muchos; llevaban un estandarte de blanco y pardo, sus trompetas y atabales y ministriles con libreas de amarillo; este bando salió del hospital de San Juan, donde se armó Su Majestad, y entraron por el camino que viene de Sancto Eugenio, donde muchos también se armaron. El otro bando, que serían otros tantos caballeros, donde venía el Marqués de Villena, salió de dentro de la cibdad por la puerta de Visagra y entró en la plaza con grande tropel y ruido de música, vestidos y aderezados sus personas y caballos de terciopelo azul, y trompetas y atabales de la misma librea; eran otras cuatro cuadrillas; traían el estandarte colorado; Su Majestad y todos los demás tornearon muy bien; puédese con verdad decir que en este torneo, así en los caballeros que en él tornearon, como en los que se hallaron á ver, había y estaba toda la flor y nobleza y caballería de España y aun de otras partes, pues había muchos príncipes y grandes señores extranjeros, como eran los príncipes de Parma y de Sulmona y Branzuic y otros infinitos alemanes, franceses, ingleses, flamencos y de otras muchas naciones, y donde salieron los mejores caballos y armas del mundo, y fué tanto el concurso de la gente que era cosa maravillosa; tanto que para esta fiesta y para las demás que fuera de la cibdad hobo, fué necesario para poder entrar y salir la gente, de mandar abrir, y se abrió, la puerta Vieja que tantos años há que estaba cerrada, que es entre la de Visagra y del Cambrón, y cae en la calle que baja de Santiago hacia el muro, que fué gran remedio para salir y entrar, y acabada aquella necesidad se tornó á cerrar.

En veinte de Marzo del dicho año, el conde de Benavente envió una colación á la reina y á las damas, en que iban trescientos platos, los cuales llevaban primeramente pajes en las manos, descubierto todo lo que cada uno llevaba, por su orden como en procesión; el primero y delantero plato era de un castillo grande de alcorza dorado, y después muchas conservas y frutas y confituras en platos y en cajas, y truchas y lenguados y empanadas y muchos pipotes de diversas maneras de aceitunas y muchas ensaladas y platos de naranjas y limas cortadas á las mil maravillas, y al cabo una grande empanada larga, que debía ser de una grande trucha, y detrás muchos y diversos frascos de diversos vinos; y como iba el presente por la calle y con tanta gente, era cosa de ver: no paró en esto, que después, muchos Grandes y caballeros hicieron grandes fiestas y dieron grandes colaciones á las damas, por huertas y casas de placer donde cada día iban, y sabe Dios, si aquellos días había en esta cibdad infinitos pobres que morían de hambre y no tenían un bocado de pan á que abrir la boca.

En veinte y ocho de Marzo del dicho año, murió en esta cibdad el marqués de Cenete, hijo mayor y sucesor del estado del duque del Infantazgo, que tanto á Su Majestad había servido en esta jornada; fué su muerte de achaque de una caida que dió de un caballo ensayándose para el torneo, de que hizo poco caso y al fin murió dello, de que Su Majestad y toda la corte hizo gran sentimiento; como era razón, posaba en las casas de Don Francisco de Rojas, á Sant Andrés, y desde allí fué llevado su cuerpo á la Iglesia mayor de esta cibdad, para desde allí esa noche llevarse, como se llevó á Guadalajara; acompañó su cuerpo el Cabildo de la Sancta Iglesia de Toledo y toda la clerecía y todas las órdenes y monesterios de frailes de esta cibdad, y las cuatro cofradías más principales que son las más antiguas y preeminentes: la Sancta Caridad con su cruz y ci-

rios y otros clérigos, y la Madre de Dios y su cruz y clérigos y cirios y cetros, y la Vera Cruz y las Angustias; dióse infinita cera de hachas y candelas á las cofradías y frailes y clérigos; acompañóle toda la corte de caballeros y señores y cortesanos; fué puesto su cuerpo sobre una tumba entre los dos coros, donde se le dijeron los oficios muy solenemente á canto de órgano, y allí fué dejado y esa noche llevado á Guadalajara; *requiescat in pace.*

En dos días de Abril del dicho año, se corrieron doce toros en la plaza del Marichal, fuera de la puerta de Visagra, donde fué el torneo de á caballo; hobo un solemnísimo juego de cañas de cien grandes y caballeros, la flor de España, en que hobo cuatro cuadrillas riquísimamente ataviadas de muchas sedas y oro y plata y bordados y recamados, en que entró Su Majestad y todos los príncipes y Grandes que había en la Corte, en que dicen haberse gastado cien mil ducados; salió la reina nuestra señora y la princesa y damas y señoras á la fiesta, extrañamente ataviadas; estuvo la plaza y tablados como estuvo para el torneo, ecepto que para esta fiesta enchicó algo la plaza, porque se atajó un pedazo por hacia la puerta de Visagra y otro pedazo hacia el hospital, y quedaba todavía grandísima plaza y muy cuadrada y muy buena. Domingo, veinte y ocho de abril del dicho año de 1560, murió Don Diego Tavera, obispo de Jaén, en el hospital de San Juan, fuera de la puerta de Visagra en Toledo, donde posaba, que fundó su tío el cardenal Don Juan Tavera, arzobispo de Toledo; dió mucho pesar su muerte á toda la corte, por ser tan mozo y tan valeroso perlado.

Otras muchas fiestas de toros y juegos de cañas ha habido en esta cibdad de Toledo después que Sus Majestades están en ella; mas no es de hacer mención de aquéllas donde Su Majestad y grandes no entran, como se dejan de contar otras muchas cosas que cada día acontecen en la corte, que sería largo de escrebir. Domingo, 8 de sep-

tiembre del dicho año, día de Nuestra Señora, hobo un muy famoso torneo de pie, de ochenta caballeros, sin otros muchos que salieron por padrinos, en el patio de palacio, en que todos salieron riquísimamente ataviados con excelentes libreas de sedas de muchos colores, en que salieron seis cuadrillas en que hobo muchos caballeros extranjeros italianos, flamencos y de otras naciones. Sacó el rey nuestro señor una cuadrilla en que salieron el príncipe Don Juan de Austria y el príncipe de Borma (1) y otros caballeros privados de Su Majestad; mantuvieron tres caballeros flamencos, Mos de Verlamón y Mos de Mingoval (2) y Mos de..... (3) muy bien, y aunque todos salieron muy galanes y muy costosos, los extranjeros salieron más bravosos, porque una cuadrilla de ellos sacó un carro triunfal de la Fama, y delante mucha música con sus libreas, y en las cabezas unas cabezas y caras de leones dorados y muchos pajes con rodelas y celadas, y calzado á lo antiguo poético, y detrás otros muchos caballeros de la librea, con unas celadas plateadas con unas sierpes y grande penachería, y encima unas ropas como capellanes, muy largas, cosa muy suntuosa; y en otra cuadrilla de extranjeros salieron dos caballeros muy bien dispuestos, el uno de los cuales era Don Juan de Avalos, hermano del marqués de Pescara, con mucha música de atabales, delante los cuales eran unos mochachos hechos sátiros, y luego dos doncellas y ninfas vestidas de blanco y tocadas al romano, y en las manos sendas flechas grandes, y luego el dios Cupido que traía atados con dos cadenas á aquellos dos caballeros, armados de armas negras y calzas y zapatos blancos y muy grandes, y muchos penachos blancos. A la fiesta salió la reina y la princesa y el príncipe, con todas sus damas riquísimamente ataviadas; la reina y la princesa y

(1) Worms.
(2) Longueville.
(3) Ilegible en el manuscrito.

el príncipe, estaban en un tablado todo colgado de brocado, sentadas en sillas las damas, y otras muchas señoras y caballeros en otros tablados junto, y por todo el palacio había infinitos tablados y había infinita gente; todos lo hicieron muy bien, y el príncipe de Parma, siendo tan niño, quebró de los tres golpes todas sus tres lanzas y fué cosa de ver y así llevó la joya; cuando pasaba Su Majestad en ordenanza, se levantaba siempre la reina y princesa y príncipe, y Su Majestad hacía su sentimiento, y lo mismo hacía á los jueces, que fueron Gutierre López de Padilla y otros. Acabóse la folla con cierta cohetería que quemó la tela y los despartió.

Domingo 25 de agosto, hobo en Zocodover toros y juego de cañas de sesenta caballeros, en seis cuadrillas de sedas de colores verde, blanco, amarillo, azul, colorado, negro; salieron á las fiestas los reyes y príncipes.

Domingo 11 de agosto, se comenzaron á juntar los comendadores de Santiago á capítulo en el monesterio de San Juan de los Reyes, donde estuvo y asistió el rey nuestro señor sin salir del dicho monesterio en los seis días, haciendo como Maestre de la Orden lo que convenía. Dende á tres días, se juntaron los de Calatrava, el primero día en el cabildo de la Sancta Iglesia de Toledo, y después en la capilla de Don Pedro Tenorio, en la claustra de ella, y los de Alcántara en la iglesia parroquial de San Juan Baptista, donde hicieron sus capítulos.

Viernes 4 de octubre, hobo en el patio de palacio un torneo de pie de los pajes de Su Majestad; no fué cosa tan notable que se deba hacer particular mención.

XI

FIESTAS

QUE SE HICIERON EN BAYONA, CUANDO ESTUVO ALLÍ LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS, MUJER DE FELIPE II.

(Año 1565.)

Con dos frailes de la Victoria, que venían de tener capítulo, escribí á vuestra señoría haciéndole saber lo que pasaba, y holgaría saber si vuestra señoría lo recibió, y lo que pasa es, que aquí se hizo una sortija de seis cuadrillas, una del rey de Francia, de catorce gentileshombres; tras el rey entró la cuadrilla del príncipe Delfín, con ocho gentileshombres con vestidos á la antigua con telas de oro y plata; la del rey entró tela de oro y plata de diferentes colores, y vestidos al traje de las naciones que se saben; luego entró Mos de Guisa con seis gentileshombres vestidos de oro y seda, y luego Mos de Anamur (1) con otros seis, vestidos como mujeres francesas con telas de plata sembradas de botones de oro, y luego entró el duque de Longavila (2) con otra cuadrilla de seis, vestidos de una invención extraña que parecía bien, á manera de mariposas;

(1) Nemours.
(2) Longue-Ville.

luego entró un hermano del duque de Mantua con siete, vestidos de tela de plata toda bordada de hilos de oro, encubertados los caballos, y con unas cañas muy largas con un cohete de un lado y otro, y corrieron los caballos poniendo fuego á los cohetes y rompiéronlas en el suelo corriendo todos; corrieron muy bien y en caballos muy buenos; dieron el precio de la sortija á Mos de la Jatie y esta noche hubo sarao. Martes á 29 de Junio, Mos de la Jatie, gentilhombre de la cámara del rey, dió el premio que le habían dado de la sortija á Doña Madalena Girón, una sortija de un diamante que valía mil ducados. El duque de Alba apadrinó al rey; salió vestido con calzas blancas y jubón de raso blanco vetados de oro y plata, y casaca de tela de oro encarnado y sombrero de terciopelo encarnado y muchas plumas blancas; salieron con él otros siete grandes del reino, vestidos de la misma manera que el duque, haciendo el oficio de maestre de canto; los nombres son el duque de Alba, el condestable de Francia (1), el duque de Monpienser, el príncipe de la Roca (2), Mos de Bursiysi (3), Pierres y Musiur de Lans; los nombres de los demás no se me acuerda.

El día de Corpus Christi, donde se vieron muchas muestras de trajes, este mesmo día, no salió hasta que se acabaron los oficios el príncipe Vandoma, con más de trescientos caballeros de su casa, y pasando el Santísimo Sacramento por su casa, cerraron las ventanas, y estábanse reyendo de verles quitar las gorras y hacer reverencias á las cruces, y aquí hubo caballeros que dicen vieron tirar unos guantes desde una ventana á una cruz. Este día en acabando de comer, dió el duque de Alba el Tusón al rey de Francia, delante de las reinas y todos los caba-

(1) Duque de Montmorency.
(2) Roche-sur-Yon.
(3) ¿Bussy-d'Yse?

lleros de la una Corte y de la otra, después de haber hecho una plática muy larga, que la sustancia es la que aquí va: Yo vengo de parte del rey de España mi señor, á dar á Vuestra Majestad la Orden del Tusón, porque entiende que en Vuestra Majestad estará muy bien empleada y honrada, como siempre lo ha estado en otros príncipes y reyes y grandes que lo han tenido, y en los predecesores de Vuestra Majestad que han sido della, que será para bien y aumento de la cristiandad; y ansí le respondió el rey que la tenía en mucho, y dicho esto le dió la patente y su canciller la leyó, y acabada de leer, el duque de Alba le desnudó y le puso el hábito con que la había de recibir, y le echó el Tusón al cuello y le bendijo en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y acabado esto se fueron á vísperas con las reinas. Este día santiguó el rey á más de mil personas.

Esta noche, acabando de cenar, hubo un torneo en una sala grande que tiene treinta y ocho pasos en largo y veinte de ancho, con corredores á la redonda bajos y altos con sus barandas delante; dentro cinco ó seis gradas; á la una parte desta sala estaba el estrado para los reyes, que subían á él por ocho gradas; á la otra parte desta sala, frontero del estrado, estaba un castillo y dentro una dama encantada, y este castillo guardaba el duque de Anamur y otros cuatro caballeros, y cuando venía alguno á combatir, tocaban un cuerno y salía un enano del castillo á preguntar qué querían, y respondíanle que batalla; y luego salía un caballero á combatir, y rompiendo la pica y en combatiendo con la espada, entrábase el que había combatido al castillo, y luego salían dos diablos con dos hachas encendidas con fuego de pólvora que se acababa presto, y á defender la entrada del castillo otro caballero, y él entraba tras de ellos hasta que le prendían; algunos subían hasta el castillo y luego entraban en una rueda que la traían á la redonda, y luego allí los prendían; los que sa-

caban cuadrillas, pasaban más adelante hasta ponerse en una puente, y allí salía un gigante á combatirse con ellos con una maza y con un escudo, y en dándole tres golpes con la maza, se hundía la puente con los caballeros, y así los prendían. Entró el duque de Alba en poniendo las reinas en unos corredores altos, con doce grandes de este reino haciendo oficio de maeses de canto, vestidos con calzas de terciopelo carmesí, bordadas, con tela de plata aforradas, y jubones de raso carmesí con el mismo bordado, y mucetas de terciopelo carmesí guarnecidas de tela de oro con pasamanos de oro, y sombreros de terciopelo carmesí con muchas plumas y con sus bastones en las manos, con seis atambores y dos pífanos muy bien vestidos, y luego entró Mos de Guisa con una cuadrilla de diez caballeros muy bien armados y con calzas blancas de terciopelo recamadas de oro y rasos de tela de oro turquesado con cañones de lo mismo, con los más lindos penachos que se han visto, puestos sobre unos dragones de plata de martillo. Luego entró otra cuadrilla del duque de Longavila, con la más linda invención que hasta hoy se ha visto, con un dios Júpiter delante y un carro donde venía el dios de Amor, con todos los triunfos de Petrarca, y venía cada uno metido en una nube, la cual nube era hecha por el más lindo artificio que se ha visto, á manera de peñascos, de tela de plata retocada con muchas labores, y con cada uno destos venía otra manera de nube con todas las flores que se pudieron imaginar, hechas de seda, y por cada flor destas salían hombres de diferentes colores. Estas nubes eran de tela de plata y tela de oro verde, matizadas con muchas cosas; con esta cuadrilla salió la diosa Venus, cantando estancias en francés, y en tocando con una vara que traía una flor de lis, en cada una de estas nubes, echaba muchas llamas de fuego artificial de mucha olor, y ansí salía de cada una de estas nubes un caballero armado, con las más lindas calzas y plumas sobre las ce-

ladas, y guarnecidas de las mismas plumas, y en medio de todo el ave fénix que se ardía: desta cuadrilla salieron ocho, y ansí tomaron luego sus picas en las manos y pasearon la sala; á todos paresció la más linda entrada que pudo ser.

Entró luego una cuadrilla del que llaman aquí rey de Navarra (1), con doce gentileshombres, calzas de terciopelo naranjado recamadas de plata de cañutillo con rasos de tela de plata, con muy buenas armas y muchas plumas encima de unas cabezas de dragones; pareció muy bien; en esta cuadrilla entró luego otra del heredero del duque de Mantua, con otros doce gentileshombres con calzas de terciopelo carmesí, recamadas con muchos escarchados de oro y plata, con tafetanes de tela de oro y plata, con muy lindas plumas sobre un águila que se comía el corazón: pareció muy bien esta cuadrilla, así por las buenas armas y aderezos como por ser todos muy gentiles hombres. Luego entró el rey de Francia y el duque de Orliens (2) su hermano, con él, y sacó en su cuadrilla veinte caballeros de los grandes y príncipes de España y Francia, muy bien armados, con calzas blancas bordadas de plata y oro, la bordadura muy ancha con tafetanes de tela de oro y verde y blanco emprensado de Milán, con penachos blancos sobre unos dragones grandes de plata de martillo: fué muy vistosa y lucida cuadrilla, y ansí todos por su orden combatieron hasta que fueron todos presos en diferentes grados, como está dicho, hasta que vino el duque de Orliens, y en el paso de la puente tuvo batalla con el gigante y le derribó, y á la hora cayó una nube que quitó la vista á todos, y por tan buen artificio, que tomó al duque y le subió en el cielo del castillo; y luego torneó el rey con el que defendía el castillo, é hizo lo que los demás, porque salie-

(1) Más tarde Enrique IV.
(2) Orleans.

ron los diablos con grandísimo fuego y él pasó por medio dellos con grande estruendo de cuchilladas hasta que subió por una escala, y en el paso de la puente tuvo batalla con el gigante, al cual hizo muestra de velle muerto, y luego llegó y dió de cuchilladas en un túmulo donde había una figura de bulto que sobre él estaba, que luego se deshizo, y salieron muchas llamas de fuego de muchas colores, y tras esto hubo muchos relámpagos y truenos en todo el cielo de la sala, por donde se deshizo el encantamiento, y pasado esto salió la dama que estaba encantada, que era una dama de la reina madre, muy hermosa, y otras tras ella que le traían la falda; éstas salieron muy ricamente aderezadas, á la cual el rey tomó de la mano, con la espada siempre desenvainada y paseó el castillo, y luego salieron por diferentes partes del castillo los caballeros que fueron presos, con la mayor armonía de música y con todos los géneros de instrumentos que se saben, y ansí abajados del castillo á la sala, dieron vuelta con la armonía que tengo dicha, y con esta orden salieron de la sala y se acabó por la mejor orden que nunca se ha visto.

La víspera de San Juan, fué la reina con su madre y hermanos y todos estos señores de la una Corte y de la otra, y la reina madre los convidó por el río arriba á una legua de aquí, en una barca de la mejor invención que se ha visto, porque cupieron al pie de ochocientas personas, sin otras trescientas barcas que salieron en seguimiento, con muchas músicas, y á media legua, en un lado del río, salió una ballena artificial y salieron á ella doce galeotas de soldados arcabuceros y gente con harpones; anduvo la batalla muy buena y muy de ver, y echó mucho vino tinto de sí á manera de sangre, y pareció muy bien. Más adelante, estaba un castillo con cuatro torres de fuego artificial de muchos cohetes; estaba sobre dos barcas; éste no hizo nada porque se guardó para la vuelta; á otro tiro de

ballesta, sobre el río, estaba una tortuga hecha al natural, y encima seis caballos marinos, las colas encrespadas, y de la mitad arriba, salían unos hombres selváticos, las carnes de fuera de la cintura arriba, con bandas de tela de oro encarnado; éstos eran seis menestriles, con cornamusas y sacabuches; fué una música muy buena y muy pelegrina, y la tortuga sacó la cabeza y con los pies bogaba, y más adelante, estaba un carro que le traían cuatro caballos marinos sobre unas nubes; iba encima deste carro una barca, llena alrededor de telas de oro y plata, con una silla muy alta con mucha riqueza, en que iba el dios Neptuno vestido de tela de oro y plata, con una horquilla dorada en la mano, que detenía los caballos, el cual hizo un parlamento á la reina, en francés; más adelante, entrando por un brazo del río donde la reina tenía aderezada la fiesta, estaba á un lado el dios de las músicas, sobre tres delfines muy bien hechos con grandísimo artificio, y él muy bien aderezado con una ropa larga de tela de oro y una muceta de tela de plata, muy ricamente tocado, y una vihuela de arco encima de los delfines, cantando estancias con otros violones que estaban en una enramada, y muy lindas voces que respondían; más adelante, salieron seis sirenas con muy grande artificio, con cada dos colas retortijadas, y en medio un muchacho desnudo de la cintura arriba, con muy largos cabellos de oro; venían cantando; fué cosa de ver, venir por el río abajo; el desembarcar fué en un bosque, el más lindo del mundo y de más linda arboleda; allí salieron veinte damas vestidas de raso blanco, tocadas á lo pastoril, con diez garzones muy gentiles hombres vestidos de ropillas y zaragüelles y calzones, con mucetas de tafetán blanco á lo pastoril, con unas guadañas en las manos aforradas de raso blanco y los hierros plateados, con mucha armonía de música de muchos instrumentos; éstos llegaron al desembarcadero bailando al modo pastoril; más adelante, en un prado, estaban doce

damas vestidas de tela de oro y plata con los más lindos tocados del mundo y mucha pedrería; estaban vestidas á la hungarisca, con doce galanes con los mejores vestidos que se pueden imaginar, con calzas de diferentes maneras, y salieron danzando de las manos y ofrecieron sendas cestillas á la reina y á las damas, de muchos brinquiños de oro y plata; más adelante, un prado arriba, iba el camino entre dos acequias de agua, hasta dar en una enramada que la reina madre tenía para este efecto, de cien pasos en largo y otros ciento en ancho, toda redonda á manera de chapitel, toda llena de ventanas redondas, y en medio de esta enramada había un árbol verde, donde salía una fuente con cuatro caños que caían en una pila grande, hecha de conchas de grandísima invención. En esta enramada, había una mesa frontera della, con un dosel de tela de oro y verde que decía con la enramada, y á los lados de una banda y otra, llenas de músicas, con sus asientos; en la mesa principal se sentó la reina madre con sus cuatro hijos, y en las otras mesas se sentaron cardenales y grandes de España y Francia y damas y señoras y marquesa de Cenete y duquesa de Osuna y condesa de Urueña y condesa de Módica, y todos entretejidos unos con otros; fué el banquete muy soberbio y rico, y muchas maneras de pescados y de muy grandes empanadas de salmones y sollos y de muchas cosas de la mar; cada mesa destas tenía sus servicios aparte; en otras enramadas con puerta á la enramada principal, estaban treinta pajes de la reina y el rey, vestidos de hábito pastoril de tafetán amarillo, sayos y calzones, con medias gorras de raso carmesí; éstos traían la cena hasta llegar á la enramada, y de allí salían todas las damas y galanes que tengo dicho que salieron bailando á recebir á Sus Majestades en los prados y bosques, y las damas ponían servicios y quitaban platos, y los galanes daban de beber, sin otras damas que entretenían las mesas. Acabado todo esto, entraron doce

violones vestidos de raso amarillo, y tras éstos doce damas vestidas á la turquesa, con todas las telas de oro y plata que se pueden imaginar, de diferentes colores, con muy lindos tocados de perlería y piedras, y de los tocados salían unos penachos riquísimos, con una niña, pequeña dama que iba tañendo un laúd en medio de todas y cantando una estancia en francés; estas damas llevaban unas máscaras negras y bailaron un baile que duró media hora, y después se quitaron las máscaras, y éstas eran las damas las más hermosas que la reina madre había escogido para este efecto. Esta cena y máscara se acabó á la una de la noche, y á la vuelta volvió de manera que hubo grandes desgracias y caídas de damas y señoras y de particulares. Hasta el embarcadero y á vista del lugar, hubo muy gran salva de artillería, y lo mismo hicieron las compañías de la guarda del rey.

El día de San Juan, en la tarde, hubo una fiesta sobre el agua de diez galeotas de una parte y diez de otra, todas muy llenas de gallardetes y banderas de diferentes colores, y había una nave en medio del río; las diez galeotas defendían la nave y las otras diez la querían tomar; andaba la batería de una parte, y de otra respondían los baluartes y artillería que había dentro de la tierra; pareció muy bien y fué muy reñida la batalla, y la nave se defendió muy bien.

Lunes siguiente, se hizo un torneo delante de la plaza del castillo, y antes que fuesen las reinas á las fiestas, hubo sarao en acabando de comer, y allí vino una dama con embajada, vestida muy ricamente de tela de oro y plata, con un cartel en la mano representándoseles el torneo, y desde allí fué la reina con sus hijos, cardenales, obispos y señores grandes á ponerse en sus tablados, que estaban ricamente aderezados. Estaba la plaza muy desembarazada de gente, con veinte ó treinta capitanes de guarda. Estaba cerrada esta plaza alrededor con una valla, y alre-

dedor desta valla, había seiscientos arcabuceros, sin otros doscientos alabarderos. Había dos puertas á manera de entrada de una ciudad, que no se abrieron hasta que vinieron doce padrinos con seis trompetas, vestidos de damasco verde y amarillo, con cubiertas los caballos de lo mismo; los padrinos eran los susodichos, el duque de Alba y el condestable de Francia y los otros señores que siempre han salido en las fiestas pasadas; entraron vestidos de calzas de terciopelo turquesado barreado de oro, con rasos de tela de oro turquesado, jubones de raso turquesado barreados de oro, casacas ó sayos á la francesa de tela de oro, con sombreros de terciopelo turquesado con muchas plumas y cordones de oro. Pasearon la plaza y luego se abrió una puerta de aquéllas y entró por la plaza un carro triunfal con cuatro caballos blancos, todo lleno de despojos de guerra y arneses, que iban alrededor del carro muy lucidos, con las cuatro virtudes encima, que era de ver; sobre este carro una ninfa muy bien vestida, que era la diosa de las armas; casi venía en el aire, con una hacha ardiendo en la mano, y en las espaldas de este carro, venía una fuente con tres caños que le salían por la boca, y así venía el carro lleno de estos rostros mascarones que echaban agua por todas partes; venía el carro lleno de violones muy bien aderezados, con botones de seda y oro y guirnaldas de flores; la diosa venía cantando en francés y paró delante de la reina, y allí salieron cuatro franceses que venían en las cuatro esquinas del carro, dando á entender á qué venían, y les pusieron unas escaleras por donde subieron al cadahalso de la reina, y así llegó uno de ellos á la reina de España de parte del rey de Francia, y dió una cadena á la reina, de muchas piedras y diamantes con un joyel muy rico, y ansí los otros farautes fueron haciendo lo mismo con las damas, y los farautes daban cadenas de parte de los caballeros que salían en la cuadrilla del rey y pedían empresas; ellas daban, algunas ban-

das, y otras, ventalles. Acabado esto, se puso el carro en la misma parte donde se entró, y luego entró el rey de Francia con su cuadrilla, que fueron nueve padrinos, todos vestidos de raso carmesí barreado de oro, y cada padrino destos llevaba á su lado unos niños con los escudos de cada uno de la cuadrilla. Tras éstos entró el rey muy bien armado, manejando muy bien su caballo, con cubiertas de terciopelo carmesí recamadas de oro y plata con muchos florones, que se descubría poco campo de terciopelo; ansí entraron tras él de dos en dos manejando sus caballos, y el duque de Alba al lado del rey con todos aquellos señores, y dieron vuelta á la plaza, y luego se cerró la puerta por donde él entró, y se arrimó el carro á la misma puerta, y el rey y su cuadrilla se pusieron al lado del dicho carro; luego se abrió otra puerta frontera desta, por donde entró otro carro que llamaron el carro del Amor, que le traían otros cuatro caballos blancos cubiertos de tela de oro verde, con cuatro medallones grandes que echaban grandes llamas de fuego por la boca. Este carro, venía lleno de ministros de Cupido, muy bien vestidos de tela de plata con guirnaldas y flechas y aljabas y grandes aparatos de llamas, que se venía ardiendo todo el carro; encima de todo, casi en el aire por lindo arte, venía Cupido con su flecha cantando en francés, y respondíanle en bajo en el mesmo carro con muy buenas voces y violones, y acabado esto, saltaron cuatro de aquellos Cupidos y fueron á madama Margarita, hermana de la reina; de parte del duque de Orliens, su hermano, le dieron una cadena de la mesma manera que la de la reina, y ella le envió un favor que fué un ventalle, y así los otros Cupidos fueron dando cadenas á las otras damas y fueron pidiendo favores, y acabado esto y apartado el carro, entró el duque de Orliens con su cuadrilla con ocho trompetas, vestidos de damasco verde y amarillo, encubertados los caballos, y llevó delante nueve padrinos, y cada padrino llevaba un

pajecico con el escudo de cada uno en caballos saltadores; todas las cubiertas y calzas eran de terciopelo verde bordado y recamado de oro, tela de oro encarnada, y los vestidos de los padrinos de la misma manera; dada la vuelta, se apartaron á la parte por donde habían entrado, y se cerró la puerta de la misma manera, y luego comenzó el torneo y combatieron los dos hermanos, y luego comenzaron de entrarse de dos en dos, y de tres en tres, y dé cuatro en cuatro, y de uno en uno, y luego combatieron al cruzado por la misma orden, que fué cosa de ver y de nueva invención, y luego hicieron la folla, cosa bien de ver; y hecho esto, que no hubo ninguna desgracia, porque los caballeros y caballos eran tan buenos que guardaron tan bien la orden en que estaban enseñados, luego al anochecer salió una bola muy grande, en una maroma que estaba atravesada por mitad de la plaza, con un fuego artificial que duró más de una hora, con grande estruendo y cohetes que echaban por toda la plaza, y á la misma hora comenzaron á disparar por todas las puertas de la plaza morteruelos grandes, con bolas grandísimas de fuego artificial, que en el aire y caídas en la plaza, echaron muchos cohetes de sí; y al salir, salían con tanto estruendo como pieza de artillería grande. En esta mesma hora, dispararon el artillería mesma de la ciudad; fué fiesta que á muchos metió en trabajo este estruendo y fuego que andaba por la plaza y ciudad, y ansí salieron muchas capas quemadas; fué fiesta que jamás se ha visto otra tal. Otro día se combatió un castillo en el agua, con muchas galeotas y muchos artificios de fuego. El rey de Francia ha hecho grandes regalos porque los ha convidado á cenar uno á uno cada noche á su mesa. También hago saber á vuestra señoría, que dicen que viene el príncipe Condé con ocho mil infantes y dos mil caballos; dicen que vendrá embajador primero, y el rey ha mandado cortar la cabeza á quien quiera que viniere. Aquí está aparejada una comedia; dicen que es

cosa muy de ver, y la reina se huelga mucho con su madre; no hay nueva de salir de aquí, aunque algunos dicen el martes que viene, y por estar el mensajero de priesa no digo más, sino que la reina parte el viernes que viene.— De Bayona, á 27 de Junio de 1565.

XII

RELACION

DEL BAUTISMO DEL PRÍNCIPE DON FERNANDO.

(Año 1571.)

Parió la reina Doña Ana al príncipe Don Fernando, en Madrid, martes por la mañana, entre dos y tres horas, día de Santa Bárbara, á 4 de Diciembre, año de 1571.

Bautizóse el dicho príncipe Don Fernando, domingo á 16 de Diciembre, á las tres de la tarde, en la iglesia de Sant Gil, que está cerca de Palacio, y para esto, se hizo un pasadizo desde una ventana del aposento de las infantas, por encima del foso, hasta la puerta trasera de Sant Gil, de muy fuerte madera y cubierto de tablas, y las tablas cubiertas de cazín colorado y amarillo, á bandas, y el un lado del tablado entapizado, y el cielo dél por de dentro, ni más ni menos, con muy rica tapicería de seda, oro y plata, y también la una acera, entapizada por de fuera hacia abajo con muy rica tapicería, y cubierto el suelo de alfombras del dicho tablado, y los pilares del tablado todos guarnecidos de tela de oro y plata; era de ancho el tablado de doce pies, y de largo ciento y diez pasos, y á la puerta de la iglesia se venía á hacer un crucero, el cual estaba, ni más ni menos, aderezado como el pasadizo. La iglesia

estaba toda entapizada ricamente, y toda entablada con cuatro escalones en alto, y en medio de la iglesia un estrado de un grado en alto, sobre el cual estaba una pila de plata, y encima de la pila un cielo de una cama riquísima. Entrando en la iglesia, sobre la mano derecha, encima del tablado, estaban todos los Consejos por su orden, arrimados á la pared. Y la pared frontera, que era sobre mano izquierda, entrando en la iglesia, quedó desembarazada para ponerse las damas, como se pusieron. En la mesma acera, sobre mano izquierda, estaban puestas unas cortinas con su cielo, muy ricas, enfrente de la pila, adonde después desenvolvieron y empañaron el dicho príncipe para baptizarle; las cuales fueron la princesa de Portugal, su tía y su ama, y la comadre.

La orden que se tuvo en la iglesia fué la siguiente:

Salieron á la hora que arriba dije, toda la caballería del aposento de las infantas, y detrás de los caballeros, venían los intitulados, que eran muchos, y luego venían detrás dellos los cuatro maceros con sus mazas de plata dorada, y detrás de los maceros venían los grandes, que eran los siguientes: el duque de Francavila y el duque de Gandía, el prior Don Antonio de Toledo, caballerizo mayor de Su Majestad, y el conde de Alva de Liste; el marqués de Aguilar y el marqués de Mondéjar. Detrás de los grandes, venían luego tres reyes de armas, el más anciano en medio, revestido con sus cotas bordadas, detrás de los cuales, seguían los grandes que traían las insignias, de tres en tres en hilera, en esta manera; venía luego el primero, detrás de los reyes de armas, antes que los grandes que traían las insignias, un poco á un lado, el marqués del Adrada, como mayordomo mayor de la reina. La orden que traían los grandes que llevaban las insignias era ésta: venía primero el duque de Osuna en medio, que traía una fuente muy rica, y en ella un mazapán de alfeñique, á modo de corona real. Venía á su lado derecho el duque de

Nájera, que traía otra fuente muy rica, y en ella puesto un salero alto, muy rico, labrado todo de piedras y perlas. Venía al lado izquierdo del duque de Osuna, el duque de Sesa, que traía otra fuente muy rica, y atravesada sobre ella una toalla muy rica, labrada de oro y plata, de cadeneta de matices. Venía á su mano derecha el conde de Benavente, que traía otra fuente muy rica y cubierta de otro frutero muy rico, y sobre él un cirio de cera blanca, pintado galanamente y con las armas reales. Venía al lado izquierdo del duque del Infantado, el duque de Medina de Rioseco, que traía otra fuente, con un aguamanil muy rico y una toalla muy rica, sobre el aguamanil atravesada. Venían todos estos grandes, y ansimesmo el duque de Béjar, que traía el príncipe en brazos, descubierto. Detrás destos tres grandes, venía el duque de Béjar, descubierto como digo, y vestido de una ropa corta á la francesa, de brocado de tres altos, aforrada en martas cebelinas, el cual traía el dicho príncipe en sus brazos. Venía á su lado derecho del duque de Béjar, el nuncio del Papa, y á su lado izquierdo el embajador del Emperador y detrás del nuncio, venía el embajador del rey de Francia, y detrás del embajador de Venecia, y al otro lado, venía detrás del embajador del emperador, el embajador del rey de Portugal. Venía detrás del duque de Béjar, la princesa de Portugal, hermana del rey nuestro señor; y á su lado izquierdo el príncipe Vencislao, hermano de la reina, porque Alberto, el otro hermano, estaba malo, y un poco á un lado venía el marqués de Sarriá, como mayordomo mayor de la princesa de Portugal, y á par dél, Don Juan de Ayala, como ayo de Vencislao; y tras de la princesa, grande número de damas suyas y de la reina, y otras muchas señoras muy ricamente vestidas. En esta orden fueron hasta la puerta de la iglesia, adonde los salió á recebir el cardenal Don Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza, presidente del Consejo Real, con cuatro obispos, todos revestidos de

pontifical y sus mitras, que fueron el electo de Córdoba, confesor de Su Majestad, y el de Segorbe y un fraile jerónimo, obispo de Cartagena en Indias; y el otro Don Diego de Pazos, obispo de Sicilia, con todo el clero; hizo el oficio el cardenal, como se acostumbra; fué su padrino el príncipe Vencislao, ayudándole á sostener, el duque de Béjar y la princesa de Portugal su madrina. Y acabado de baptizarle y hechas las ceremonias acostumbradas, se tornó á palacio por la mesma manera que la venida, trayéndole el duque de Béjar en los brazos, como antes. Las insignias que traían los grandes se quedaron en la iglesia, y los grandes que las traían se pusieron con los grandes, delante los reyes de armas, y no venía nadie entre los reyes y el príncipe, sino el marqués de Ladrada, como mayordomo mayor de la reina. No se publicó nada, porque Su Majestad lo quiso estorbar; en una ventana de las del aposento de la reina, que caía sobre el pasadizo, estaban las infantas Doña Isabel y Doña Catalina, con algunas damas, y Luis Vanegas, caballerizo mayor de la reina, con ellas; hubo grandísima gente en la plaza y muchos coches de damas, y muchas danzas que habían venido de las aldeas, y aquella noche un buen regocijo de á caballo, una cuadrilla de jinetes y otra á la brida con tablachines, como quien lo vió y se halló presente, y serví como rey de armas en este dicho bateo.

XIII

LAS VISTAS

DEL REY DE PORTUGAL Y EL DE CASTILLA EN NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE, AÑO 1576, DICIEMBRE.

Muy ilustre señor.—Habiéndome vuestra merced mandado que encomendase á la memoria las cosas más notables que se ofreciesen en esta jornada que Su Majestad hace, á verse con el serenísimo rey de Portugal en Guadalupe, no osé fiarme de la mía, que no es la mejor del mundo, y he dado en otro inconveniente mayor, que es poner á vuestra merced en las manos, cosa escrita de las mías, que por ir con tan ruín orden y estilo, le ofenderá más que por ventura le ofendiere, si en algunos ratos de los pocos que vuestra merced tiene desocupados, se lo refiriera de palabra; mas temí de no poderlo percibir todo, así por la grandeza y multitud de lo que ha pasado, como porque contándoselo á vuestra merced con el respeto que se le debe, pudiera ser olvidárseme algo, y por ventura lo más importante, y no me parece fuera de propósito, comenzar en el apercibimiento que por mandado de Su Majestad estaba hecho en esta casa, para aposentar á Su Alteza; lo uno, porque es lo primero que yo he visto, y lo otro, porque quede este cuidado echado aparte.

Señaló Su Majestad por aposento de Su Alteza, la hospedería de esta casa, suficiente para posar en ella qualquier gran príncipe, si se puede decir que haya cosa que lo sea acá en la tierra, para la presunción portuguesa. Hay en ella, lo primero, una sala de treinta pasos de largo y diez de ancho, y estaba colgada con diez paños de Su Majestad, de seda y oro riquísimos; la historia era de Noé, con su arca, diluvio, aves y animales, cosa muy para luz, y con la claridad que en la sala había, salían mejor que ningunos otros de los que estaban colgados, porque en los demás aposentos hay alguna falta de luz; había en ellos un dosel de buena labor, oro y plata sobre terciopelo morado, y un escudo de armas de Su Majestad.

A la mano izquierda, está una cuadra de ciento cuarenta y un pasos, aderezada con paños de oro y seda. La historia, era de los siete pecados mortales, que nunca los he visto buenos sino en esta tapicería, y éranlo también una silla y dosel que había, de aguja y oro, donde estaban en lo largo de él dibujados los gigantes que hicieron guerra á los dioses, precipitados de las torres por donde intentaran subir al cielo, y Faetón que caía hecho pedazos con carros y caballos; en lo que vuelve del dosel, estaba un Júpiter airado, arrojando rayos tan ricos y con tantas piedras y cosas preciosas, que si acertaran á caer en casa de algún pobre hombre, le pudieran matar muy bien la hambre; estaban escritos en los lados del dosel estos versos, que por parecerme bien los puse aquí:

Quanto gravior offensa Deorum
tanto nullæ adversus Deos vires,

y bajo estaba otro que decía:

Discite justitiam moniti et non temnere Divos.

Entrase luego á la antecámara de Su Alteza, la cual estaba aderezada de unos pañicos de hasta seis, de caída,

todo de seda y oro; la historia era, aquellas transmutaciones que cuentan de Neptuno con la diosa Pomona, cosa bien para ver, y no lo era menos el dosél que aquí estaba, que fué de la princesa, dado que no había en él historia, sino unas arquitecturas, y en lo alto un paramento tan bueno, que no poco le deseé yo para la capilla de mi señora Doña María que está en el cielo, y á fe que con el de acá, se pudiera hacer harta parte del de allá.

Luego se ofrecía la cámara del rey de Portugal, aderezada de los mismos paños del Vertuno, y con una cama, silla y dosel de plata y oro rizado, harto costosa en extremo y agradable á la vista; hácenle fiesta con ello, por haber sido de su madre.

Hay luego un tránsito para la pieza del Gran Capitán; estaba colgada de los mismos paños que la cámara y antecámara; había en él un aparador con un dosel bueno y rico, pero no como los pasados; era á piezas de terciopelo carmesí y brocado.

La cámara que aquí llaman del Gran Capitán, estaba señalada para el camarero del rey, y colgada con unos paños de la princesa, de oro y seda; la historia, de los siete pecados mortales, como la cuadra, y á mi parecer, eran los mejores, que aquí había cama de brocado carmesí, colcha y sobremesa de lo mismo; llegado aquí Su Majestad, mandó que esta cama se quitase, por desembarazar aquel aposento, y porque en la cama, que era buena, acaeció cierta desgracia que adelante se dirá.

A la mano derecha de la sala, hay una cuadra buena, con una chimenea y un corredor para espaciarse, colgada de unos paños de seda y lana, que fueron del emperador; la historia, eran las siete virtudes, pareciéndome muy bien, y es cualquiera tan grande como el mayor de los que la iglesia tiene. Por ella se entra á un aposento que dicen del infante, y estaba aderezado con paños de oro y seda buenos; la historia era la peregrinación de San Pablo, y el

dueño de lo que aquí había, la marquesa de Mirabel; posó aquí Cristóbal de Tabora, y durmió en una cama carmesí.

Este es el aderezo que en la hospedería había para el rey y sus más privados; fuera de éste, estaba la celda que el prior tiene junto al Capítulo, que es la mejor de la casa, entapizada maravillosamente, para que los dos reyes se viesen allí á solas.

Sin esto, había en el patio de la enfermería diez y seis celdas alegres y buenas, muy bien aderezadas, para los otros caballeros de los que vinieron con Su Alteza. Señalósele por cocina suya, la de la enfermería, que cae muy á mano, aunque la costa fué toda de Su Majestad.

Anticipóse un aposentador de Su Alteza á venir á ver el aposento de su rey; y como llegó á la hospedería y vió el aderezo tan rico que en ella había, preguntó á unos alabarderos castellanos, qué hacían allí, y dijéronle que guardaban aquellos aposentos para el rey de Portugal, y él replicó:—*Ainda vos digo que naom dexeis entrar se non fore á ó fillo de Deus,*—y el dicho se ha reído; pero en castigo de esta presunción, entró un gato en la cama que estaba más adentro de la del rey, y como no hallase cosa más acomodada, se ensució, de manera, que en ninguna de las del mundo se pudo aprovechar de aquella cama, á lo menos en aquel aposento, porque era muy claro y no lo fuera menor el defecto que había en ellos; mandó Su Majestad que la pasasen á otro más obscuro y allí estuvo algo disimulada; han quedado los portugueses de esto, tan corridos, como si se les hiciera una muy gran afrenta, y no lo han estado menos los criados de Su Majestad, á cuya cuenta estaban estas cosas, y así se lo dijeron el día que llegó aquí, luego en comiendo.

No quiso el rey nuestro señor, que el conde de Fuensalida, ni los aposentadores que aquí estaban, señalasen para nadie aposento, hasta que él por su propia persona lo hiciese, y con esta determinación entró aquí dos días an-

tes que Su Alteza, que fué jueves 20 de Diciembre, como á las once del día; venía en coche y apeóse de él á la entrada del lugar, y subió en una jaquilla; vino acompañado del duque de Alba, prior Don Antonio, marqués de Aguilar, marqués y conde de Pliego, conde de Buendía, Don Rodrigo Manuel, capitán de la guarda; los de la cámara, Don Pedro, su hermano el adelantado Don Rodrigo de Mendoza, Don Diego de Córdoba, Don Diego de Acuña, Don Cristóbal de Mora, Don Fernando de Toledo, sobrino y báculo del prior de San Juan, Don Luis Manrique, limosnero de Su Majestad, Don Íñigo de Mendoza, capellán de Su Majestad, los dos Santoyos, el secretario Mateo Vázquez y el conde de Fuensalida, que acá estaba; saliéronle á recebir el prior y convento fuera de la iglesia, hasta unas gradas que bajan hasta la plaza, adonde estaba una alfombra grande, y en ella dos almohadas que pudieran ser mejores; llegó el prior y dióle á besar una cruz que tenía *lignum crucis*, y noté que cuando Su Majestad se quiso hincar de rodillas á adorarla, dió del pie á las almohadas y hincó las rodillas en la alfombra. Contemplativos, dijeron haberlo hecho por no ser buena; pero yo no creo que fué sino con mucha devoción, que tal mostró cuando se arrodilló. Llegáronle los frailes en procesión hasta la primera grada del altar mayor, y allí estaba puesto un buen sitial de brocado y dos almohadas, en que hizo oración á Nuestra Señora. Acabada de hacer, llegó el prior de esta santa casa, y con él todos los priores que lo son en otras siendo hijos de ésta, á besar á Su Majestad las manos, y estaban aquí porque particularmente fué orden de Su Majestad, que en esta sazón ningún fraile profeso de aquí, faltase de este convento. Salió uno luego á decir misa á Su Majestad; oyóla devotísimamente, y en acabando subió por la escalera de la sacristía á otra que está detrás del coro, y por ésta á su aposento, que está de esta suerte. Tienen los frailes un callejón, por donde van á la torre de las cam-

panas, y en él seis ó siete celdas, que las ventanas de ellas caen al cuerpo de la iglesia, y la postrera, que es en la que Su Majestad tiene la cama, cae en el crucero de la misma iglesia, de manera que desde su cama ve á Nuestra Señora, y por esta excelencia escogió aquí su habitación; digo, pues, que este callejón se atajó con tres tabiques, y en cada uno su puerta á trechos, hasta que la postrera estaba junto á la de la celda en que Su Majestad dormía, y las demás celdas que estaban antes que ésta, tenían hechas en ellas puertas, que se podían andar de una en otra hasta la de Su Majestad; de la primera de éstas, tenían llaves los de la cámara, y los demás que habían de negociar, entraban por las tres del callejón que dije. Aquí comió luego Su Majestad, y en comiendo, bajó sin quitarse las espuelas á ver la hospedería y los aposentos de la enfermería, y él ordenó quién había de posar en cada aposento, y así, se escribieron luego los nombres de los caballeros portugueses en las puertas de los aposentos. Los grandes y caballeros que con él vinieron, tenían ya hecho aposento en la casa, repartidos en las celdas, junto á la de Su Majestad, y estaba la suya y las de los caballeros bien compuestas y con mucha curiosidad, pero no con tanta como las de los huéspedes portugueses.

Quiso estar esta misma tarde en Vísperas, y así vino á ellas al coro con harta llaneza, porque sólo venían con él Don Rodrigo de Mendoza y Don Diego de Córdoba; sentóse á la cuarta silla, más baja que la del prior, y allí le tenían puesto el dosel y almohadas, en que hizo oración á Nuestra Señora.

Mandó que las Vísperas fuesen de canto llano todas, y que á la *Magnificat* se dijese un *fabordón*, que cantan todos los frailes de memoria, y que la cantase alguien al órgano; acabada, que fué algo tarde, Don Rodrigo tomó un candelero de plata con una vela, y le alumbró hasta su aposento; iba parlando con el prior de aquí. Viernes

día de Santo Tomé, que fueron 21, Su Majestad oyó Misa mayor en una tribuna que estaba aderezada para este propósito, en una silla de damasco carmesí.

A la tarde oyó Vísperas desde su celda, por una ventana que cae al cuerpo de la iglesia, y tenía casi el medio suyo sacado fuera de la ventana; los grandes y caballeros que con él venían, estuvieron en el coro.

Despachó á Don Diego de Córdoba en su coche, para que viese si en el camino por donde Su Alteza había de venir, hallaba disposición para que se hiciese una plaza donde él pudiese salirle á recibir, y, en fin, le pareció que media legua de aquí se podría haber, y así, se llevaron luego los peones que parecieron ser menester para que desmontasen y allanasen el sitio que Don Diego señaló.

Este mismo día, hubo algunas diferencias entre el convento y los caballeros que aquí estaban de Talavera, sobre si Su Alteza había de almorzar en la venta de los Palacios, que es adonde el convento tenía hecho que lo aposentasen, ó si desde Madrigalejo había de venir sin parar á la venta de Puertollano, que es dos leguas de aquí, donde Talavera le tenía una soberbia comida, y al fin los religiosos se fueron á Su Majestad con esta diferencia, y despachó luego un correo pidiendo al rey, que en ninguna manera dejase de aceptar el ofrecimiento de los frailes, y que luego después viniese adonde ellos de tal manera le esperaban.

No será muy fuera de propósito (aunque haya alguna digresión) poner en este lugar la relación de las jornadas que Su Alteza hizo desde que salió de Lisboa, que fué martes 11 de Diciembre de 1576, según me han referido personas fidedignas que venían en servicio de Su Alteza, y cuentan que pasó así.

Martes 11 de Diciembre.—Este día partió Su Alteza de Lisboa, en una muy hermosa galera que le trajo hasta una punta del puerto, que está á dos leguas del de Lisboa y una

de Aldea Gallega, y allí le recibió un bergantín, y metió consigo á algunos fidalgos, y los que no cupieron se entraron en otros bajeles de remo y vela, y con buen frío llegó Su Alteza á Aldea Gallega á las cuatro de la tarde, y alojóse en un razonable aposento, aunque no los había buenos en la villa; hallóle bien aderezado de unos doseles de brocado y terciopelo carmesí, con una cama toda de tres altos muy buena, y silla con sobremesa de lo mismo; cenó en siendo de noche, sirviéndole muchos servicios de carne; los caballeros que le acompañaron, cenaron juntos en una mesa que llamaron estado y tratáronlos muy bien; eso que no lo fueron en las posadas, que las había ruínes y con muchas estrecheces; pero los regalos suplieron la falta que en esto hubo.

Miércoles 12.—Oyó por la mañana misa Su Alteza y luego almorzó, ó hablando propiamente comió, porque eran más de las diez; y en comiendo la gente que con él venía, partió de allí como á las once, y corrió la posta hasta un lugarejo que se llama Landera, que dista cinco leguas de Aldea Gallega, de hasta diez y ocho ó veinte casas. Salióle á recibir el cura y la gente del lugar, con la cruz. Su Alteza hizo oración en la iglesia, y acabada, se fué á una bien ruín posada, que estaba colgada de doseles de brocado y terciopelo, con cama, silla, y sobremesa de lo mismo; cenó Su Alteza con el orden que el día antes, y así lo hicieron los caballeros de su compañía.

Jueves 13.—Por la mañana oyó misa y almorzó como el día pasado, aunque algo más de mañana, porque partieron á las ocho y fueron á dormir á Montemayor, que es una buena villa, siete leguas de Landera, que á la cuenta de las de Castilla, son muy buenas nueve, y allí se aposentó Su Alteza en mejor aposento que los pasados. Hallóle aderezado de brocado y terciopelo carmesí, como en Aldea Gallega; la razón es, que su Alteza no tenía más que dos aderezos y servíase con ellos á tercero día, y esto mismo

hacía de dos aposentadores; saliéronle á recibir, media legua del lugar, la justicia y gente más principal de él.

Viernes 14.—Después de oir misa comió Su Alteza, aunque de viernes, carne; y los caballeros de su casa muchos pescados frescos y buenos y en gran abundancia, y esa misma había en la gente de menor cuenta. De aquí partió Su Alteza temprano por llegar á Ebora, y púsose á caballo á las ocho y llegó á esta ciudad, que es de las más principales de su reino, así de nobleza como de edificios y monasterios sumptuosos, especialmente la Compañía de Jesús, casi á las cuatro; saliéronle á recibir el obispo y muchos clérigos á quien el rey dió la mano; recibióle luego la ciudad con vestidos ordinarios; besáronle la mano y acompañáronle hasta la entrada del lugar, donde le aguardaba el cardenal infante su tío y algunos clérigos y seglares á caballo; besóle el cardenal la mano y algunos de los que con él estaban, y todos le acompañaron hasta palacio, el cual estaba aderezado con el aparato verde. Cenó Su Alteza y sus criados, con el orden que ya he dicho.

Sábado 15.—Oída por Su Alteza misa, almorzó de carne, y los caballeros que le acompañaron pescado, por no usarse en Portugal comer grosura, y á las nueve partió para venirse á Estremoz, que está dos leguas de aquí; le recibió alguna gente de caballo, que acompañaban al corregidor con bien poco sentimiento de alegría; tuvo buen aposento, con colgadura carmesí; cenó carne, y los demás muchos pescados frescos, aunque treinta leguas del mar; pensó Su Alteza quedarse aquí el domingo, y después acordó otra cosa.

Domingo 16.—Hecho lo ordinario, que era oir misa y almorzar con Su Alteza, se partió para Elves, que es una bonita ciudad, seis leguas de Estremoz; salióle á recibir la ciudad y justicia de ella, á quien dió la mano; y casi media legua, salieron un tropel de quinientos hombres de á caballo, sin infinita gente de pie y gran suma de mujeres; pero

lo que agradó á Su Alteza, fué un escuadrón de hasta cuatrocientos hombres con sus picas, puestos en un llano muy en orden; sin éstos, había otros ciento cincuenta arcabuceros y ballesteros que á la llegada del rey le hicieron salva disparando los arcabuces y acompañáronle hasta la puerta de la ciudad, en donde se quedaron, y Su Alteza entró con su corte; estaba el lugar aderezado y colgadas las ventanas, lo mejor que cada uno podía; llegó Su Alteza á palacio y ya estaba colgado de verde, y á los demás dieron las mejores posadas del lugar; á la hora que Su Alteza acostumbra, cenó de carne, muy poco, que nunca cena más que dos ó tres platos; esta noche, tuvo Don Juan de Silva un gran banquete de los caballeros castellanos que se habían adelantado á servir y acompañar á Su Alteza desde Badajoz, á quienes regaló y acarició el embajador infinito.

Lunes 17.—Estuvo Su Alteza todo éste en Elves, y comió y cenó carne, aunque fué víspera de Nuestra Señora; los que con él vinieron, comieron pescado.

Martes 18.—Día de Nuestra Señora de la O, después de haber Su Alteza oído misa y comido, caminó para la ciudad de Badajoz, primer lugar (de los de cuenta) de Castilla, y en el término que divide los dos reinos, estaba el correo mayor de Castilla, Reimundo de Tarsis, con ciento cinco caballos de posta, los cuales se repartieron, dando á cada caballero los que hubo menester, según la calidad de la persona, y yo he sido informado que venían bien necesitados de hallar buenas cabalgaduras y aderezos de ellas, porque en Portugal le habían tenido tan malo, que corrieran en la compañía del rey más de diez hombres echados los cojines sobre una manta y sin ningún género de freno en el caballo; con los que aquí tuvo el correo mayor se repararon, y corrió Su Alteza hasta tres tiros de piedra antes de la puente de Badajoz, adonde le esperaba el obispo con algunos clérigos; pidieron todos á Su Alteza la mano y no se la dió al obispo, pero no le hizo cortesía, y

á los otros por hacérsela se la dió; hízole una buena plática, y el rey le respondió en agradecimiento, y esto hecho, el obispo subió á caballo y se fué á vestir de pontifical para recibirle en la iglesia, y en partiéndose él, llegó el corregidor y ciudad, que por todos serían veintidós personas, todos en muy buenos caballos, con gualdrapas de terciopelo negro, vestidos de ropas de terciopelo carmesí forradas de raso amarillo, calzas y jubones amarillos con botas blancas, todos ellos besaron al rey la mano á pie, y luego subieron en sus caballos para acompañarle hasta la ciudad; á la puerta de ella, tomaron un gentil palio de tela de oro, sobre veintidós varas, y debajo de él recibieron á Su Alteza á caballo, y con él entró su caballerizo mayor á pie, al lado izquierdo; acompañaron también al rey la guardia de Badajoz, que son seis arcabuceros y piqueros, de por mitad. Llegó el rey á la iglesia, donde halló al obispo y cabildo que le esperaban; el obispo tomó una cruz, y adorada por Su Alteza, entró y hizo oración en la iglesia, y saliéndose de la ciudad, pasó por la cárcel, y á vista suya, soltaron noventa y dos presos sin partes, algunos de los cuales estaban sentenciados á galeras y otros á ahorcar.

El palio con que le recibieron se entregó luego á Cristóbal de Tabora, caballerizo de Su Alteza, á quien de derecho le venía, y él prometió de darle á Nuestra Señora de Guadalupe, como después lo hizo.

Corrió Su Alteza hasta Talaveruela, villa de Su Majestad, adonde estaban ya los aposentadores de Castilla, y por ellos halló Su Alteza aderezado aposento, con unos tapices de seda y oro singulares, cámara y recámara de brocado verde carmesí de tres altos; cama, silla y sobremesa de lo mismo, y una riquísima colcha; los caballeros hallaron aderezadas sus posadas de buenos paños ordinarios, pero los aposentos suyos, de terciopelo carmesí, y algunos de brocado, tan bien puesto y colgado, y las camas, sillas y bufetes con tanto ornato, que los portugueses admira-

ban mucho; y acaeció aquí, que entrando un criado del conde de Portalegre á solicitar el aposento de su amo, y viéndole tan puesto en orden, admirado dijo:—*Consagro á os Evangellos q̄ naom pode aquí dormir se nam Deus.*

Regalóseles de manera á los portugueses, que se dejaron infinitas cosas en las posadas, y parece ser que el comprador del rey estaba muy advertido que no tomase nada sin pagarlo, é importunándole el embajador que no lo pagase, jamás se pudo acabar con él, si no fuese con condición que se tomasen á buena cuenta trescientos reales, que el embajador mandó que se recibiesen por acabar con él, y aquella misma noche, se gastó en la cena de Su Alteza y de los que con él venian (sin encarecimiento) más de cuatrocientos escudos, y á la mañana, hablando el rey con el embajador, le dijo que en ninguna manera se dejasen de tomar dineros, y Don Juan le desengañó; y en fin, Su Alteza tuvo por bien, que de ahí adelante, lo que se gastase fuese por cuenta de Su Majestad, y volviéronle sus trescientos reales. Cenó Su Alteza aquella noche, de mano de los cocineros castellanos, y agradóse tanto de ello, que mandó que siempre le guisasen ellos, y por hacerlos lisonja, cenó más de lo ordinario; el estado y toda la gente fueron muy regalados.

Miércoles 19.—A la mañana, oída misa y comido, partió Su Alteza de Talaveruela para Mérida, adonde llegó á las dos de la tarde: salióle á recibir el vicario de allí y pidióle la mano; diósela Su Alteza por dar lugar á que la ciudad llegase, los cuales venían hasta doce regidores, vestidos como en Badajoz, de ropas de terciopelo carmesí forradas en raso amarillo, calzas y jubones de raso blanco; pidiéronle todos la mano y él, por no desconsolarlos, se la dió; á la puerta de la ciudad le metieron en un palio de brocado, de labores maravilloso, el cual sustentaban doce varas que ellos llevaban; entró en él Su Alteza, como en Badajoz, con su caballerizo al lado, y así fueron hasta la

iglesia, donde hizo oración, y de allí al aposento que se le tenía hecho, que estaba colgado de brocado turquí y una hermosa cama de tela muy recamada; el palio dieron al caballerizo mayor.

Jueves 20.—A las nueve partió de Mérida para venir á Medellín, y en un lugarejo que hay en medio, de bien pocos vecinos, salieron á recibirle cuatro hombres, los tres con picas y el otro con arcabuz; llevaron su bandera y tamboril, de lo que el rey gustó mucho. En Medellín le tenía el conde un muy escogido recibimiento, con muchos toros y juegos de cañas, palio y otras cosas que él tenía prevenidas, ninguna de las cuales gustó Su Majestad que se le hiciese, por ser lugar de señorío, y porque no pareciese que sus vasallos se señalaran tanto como él; finalmente, el conde le salió á recibir con su hijo mayor y algunos caballeros deudos y amigos suyos, y pidiéndole la mano, el rey no se la dió, pero tampoco se descubrió; el conde nombró á cada uno de los que le acompañaban, y llegando su hijo, dijo:—Éste es Don Juan, mi hijo mayor;—y á un caballero de su compañía le pareció que había dicho poco, y adelantóse hacia el rey y dijo:—El señor Don Juan es hijo mayor de Su Señoría;—los que con el rey venían lo rieron no poco, y el conde se corrió harto más; llegaron luego dos truhanes que el conde llevaba, en dos muy buenos caballos y bien aderezados, y díjoles que se llamaban *los Leales*, y á él le parecieron bien, por ser de buen talle; y mandóles pasar delante, y al partir para hacerlo, al uno se le reparó el caballo, y al arrancar revolvióse un poco y hizo polvo, de suerte que dió con ello en los ojos del rey, y él enfadado de esto, dijo:—*Apartaivos, o este home non e leal;*—pasaron por la puente de Medellín, que es muy buena, y estaba en ella algún número de gente que había salido á ver al rey; apeóse en casa del conde, donde le tenían hecho aposento en un buen cuarto de la casa, y la sala estaba colgada de una gentil tapicería

de oro y seda; cuadra, antecámara y cámara de brocado, con muy buenos doseles; durmió Su Alteza en una extremada cama que fué de su madre la princesa; cenó muy bien y bebió con nieve, y así lo hicieron los caballeros que le acompañaban, á quien causó tal desconcierto de estómago, que se hubieran de morir, y así les ha quedado por adagio la nieve de Medellín. Todos fueron bien aposentados y proveídos.

Viernes 21.—Comió el rey allí, y partió á las ocho para Madrigalejo; salió acompañando á Su Alteza el conde, y á la partida le hizo el rey una gran cortesía, con que se saldó el descuido de la primera; llegó el rey á un pueblo que llaman Lobón, y soltaron en él á trece presos; había en el camino infinita gente, deseosos de ver al rey. Cuando Su Alteza llegó á tierra de Villanueva de la Serena, le salió el vicario de aquel lugar á recibir, con doscientos arcabuceros y otros tantos jinetes, con lanzas y adargas, que fué un vistoso recibimiento, acompañándole hasta tierra de Madrigalejo. Llegó allí Su Alteza á las cuatro de la tarde, y halló un mediano aposento, cubierto de brocado, que fué en el que murió su tercer abuelo, el Rey Católico; teníanle aparejada cama de brocado carmesí y verde, con dosel, silla y sobremesa de lo mismo. Todos sus caballeros fueron muy bien aposentados, y estaban sus posadas colgadas de tela de brocado y camas muy singulares; cenó Su Alteza muy bien y los que con él venían. Toda la demás gente fueron muy bien tratados y regalados, porque realmente, después que Su Majestad les hizo la costa, anduvo todo muy sobrado y con mucha abundancia, y es menester advertir, que á ninguno de estos aderezos con que á Su Alteza recibieron desde Badajoz, no se ha tocado, porque se quedaron así para la vuelta.

Sábado 22.—Partió Su Alteza bien de mañana y en ayunas, de Madrigalejo para la venta de los Palacios, donde habían de oir misa y comer, como adelante se dirá.

Este día, á las ocho, llegó á Su Majestad Don Cristóbal de Mora, por la posta, pidiéndole de parte de Su Alteza, fuese servido que su entrada se difiriese para otro día, que era domingo, porque habiendo de partir de Madrigalejo, donde había dormido, que es ocho leguas de aquí, hacíasele mucha jornada para tan pequeño día, mayormente, habiéndose de detener en la venta de los Palacios con los frailes, y en la de Puertollano con Talavera, y el mismo Don Cristóbal volvió con orden de que en ninguna manera dejase de venir, y que en las estaciones abreviase las que pudiese, las cuales fueron así. Un día antes de éste, partieron del convento cuatro religiosos más antiguos y de más canas y autoridad, juntamente con el mayordomo mayor de esta casa, y llegaron á los Palacios para servir el almuerzo del rey. Llegó allí como á las diez del día, y dicha misa, se le dieron muy regalado de carne, y á los caballeros de pescado, con muchas truchas que por este propósito les envió el duque de Béjar; holgóse con ello, según los mismos me han referido. De allí vino á Puertollano, que es una ruín venta, pero para esta ocasión bien aderezada por el regimiento de Talavera; había á la entrada de ella un arco de madera, pintado, lo más curioso y bien enramado que ellos pudieron, con yerbas apacibles y olorosas, y gran cantidad de gallardetes y banderolas con las quinas de Portugal, y adentro una sala colgada de tapices, y sobre ellos, mucho brocado y un muy buen dosel.

Salióle á recibir de aquí el alcalde de la Hermandad vieja de Talavera, con el cuadrillero mayor vestido de terciopelo verde y pasamanos de oro, y llevaron ochenta cuadrilleros con ballestas, vestidos de paño también verde, casi media legua de la venta; besó al rey la mano y vino acompañándole. Como á un cuarto de legua más acá, le recibieron Don Luis de Loaisa, Don Cosme de Meneses y Hernando Girón, caballeros y regidores de Talavera; hi-

ciéronle su arenga, y mostró holgarse con ellos, y así no les dió la mano, aunque se la pidieron, que no se ha de tener en poco, según lo que Su Alteza gusta de darla. Entró en Puertollano á las dos, y al entrar del arco, le recibieron con mucha música de ministriles, y apeado, se sentó á comer en extremo regaladamente, mas por ende azas (*sic*) de carne; todo lo que tardó en comer le dieron música, unas veces tañendo instrumentos bajos, otras cantando cosas que para aquel propósito tenían estudiadas. Aquí llegó un correo, que Su Majestad había salido ya de Guadalupe, y así subió luego á caballo y comenzó á decir *vía*, que era el término con que significaba que se diesen prisa, y con no poca comenzaron á caminar.

Venía Su Alteza muy á la ligera (á lo que los portugueses dicen), y viniendo por la posta, traía cuatrocientos cincuenta de á caballo, sin infinita gente de á pie. Los principales que con él venían eran, el duque de Avero, que es toda su privanza, el conde de Portalegre, mayordomo mayor, el conde de Sortella, guarda mayor, Don Juan de Silva, embajador de Su Majestad, Don Francisco de Portugal, que es de la cámara, Manuel Cuaresma, Pedro de Alcazoba; estos tres son del Consejo de Estado y Hacienda; Luis de Silva, de la cámara, Don Luis de Tayde, Don Juan Mascareñas, Don Vasco Cotinho, de la Cámara y Francisco de Sa, estos cinco son del Consejo de Hacienda con los otros tres; vinieron sin éstos otros caballeros de diversos oficios, Don Diego López de Lima, de la cámara, Cristóbal de Tabora, de la cámara, y su privado y caballerizo mayor Alvaro Pírez, su hermano Francisco Barreto, veedor, Francisco de Tabora, repostero mayor, D. Luis Meneses, copero y alférez mayor, Miguel de Mora, secretario, y Lucas de Andrade, muy su favorecido, y otros treinta ayudas de cámara, sin otra mucha gente. Llegó con la prisa que dije, adonde Su Majestad le esperaba, en el pedazo que ya conté que Don Diego de Cór-

doba había hecho desmontar; estaba sentado en su coche, y todos los grandes y caballerizos que con él iban, en pie, junto á la portera de Su Majestad. Comenzáronse á apear caballeros portugueses, pero esperando á su rey, no se movían; pasó Don Juan de Silva, se apeó, y fué á besar á Su Majestad las manos al coche, y él le abrazó y le tuvo echado un rato el brazo al hombro; habló un poco con él y apartóse, porque ya el rey se apeaba en el mismo camino, y estaría Su Majestad fuera de él como treinta pasos.

Al punto que Su Majestad vió que su sobrino se quería apear, salió del coche y caminó como veinte pasos, que ya Su Alteza había andado los otros, y llegaron acompañados cada uno con los de su parte, á juntarse, con los sombreros en la mano, y á mucha prisa se abrazaron y estuvieron así algún espacio; después de esto, apartados ya, pero descubiertos, habló el rey de Portugal el primero buen ratico, y Su Majestad le respondió muy riéndose y con grandes muestras de contentamiento. Don Juan de Silva llegó á Su Majestad, y le dijo que los grandes y caballeros que con Su Alteza venían, deseaban besar á Su Majestad las manos si les daba licencia. Su Majestad se apartó á una parte y Su Alteza á otra, cubiertos; púsose el embajador junto á Su Majestad para decirle los que llegaban, y llegaron de esta suerte: el primero llegó el duque de Avero, á quien Su Majestad abrazó, quitando el sombrero; detrás el conde de Portalegre, mayordomo mayor, y hízosele la misma cortesía; el tercero fué el conde de Sortella, y aunque Su Majestad se cubrió más presto, también le habló descubierto; á los otros caballeros se le tuvo puesto, mas en el semblante mostraba holgarse con ellos. Don Cristóbal de Mora se puso al lado de Su Alteza, y el primero que llegó fué el duque de Alba, el segundo el prior de San Juan, el tercero el marqués de Aguilar, y á estos tres abrazó, con el sombrero quitado; á todos los demás le tuvo puesto, salvo que á los que llegaron de título, echaba mano á la falta

por la frente y levantábale un poquito; finalmente, los de la Cámara llegaron, á quien recibió con buen rostro.

Acabado esto, Su Majestad le ganó la mano siniestra, y tomándole á la derecha (aunque lo porfió un poco) se fueron al coche, y al entrar del estribo, se rogaron también; pero Su Majestad dió en acariciarle, de suerte, que holgó de rodear por fuera de todo el coche y pasarse al otro estribo, y á esto todo esperó Su Alteza sin entrar, y fué tanto, que Su Majestad entró primero; mas bien se echó de ver por qué lo hizo, que fué por tomar el asiento de la izquierda y que el rey fuese siempre á la derecha. Vinieron desde allí parlando con grandes muestras de venir contentos, y casi á las cuatro entraron en Guadalupe; llegados á la plaza donde se habían de apear, cada uno salió por su puerta del coche, y Su Majestad con su cuidado de llevarle á mano derecha; subieron la escalera, y llegando al lugar donde dos días antes Su Majestad había adorado la cruz, Su Alteza la adoró; bien es verdad que si Su Majestad no se hincara de rodillas, él la adorara en pie; mas como lo hizo así, luego él también se humilló, y los frailes en procesión los llevaron á hacer oración al altar, como Su Majestad la había hecho. Advierto que entre los caballeros castellanos y portugueses hubo también grandes recibimientos, y así el de Alba tuvo el mismo cuidado de honrar al de Avero, que Su Majestad había tenido con su sobrino, y el prior de San Juan, al de Portalegre, y todos los demás, á quien tenían obligación de regalar. Hecha oración, antes que Su Alteza se levantase, Su Majestad bajó dos escalones y le esperó en el lado, y entraron en el claustro, y llegaron á hospedería, que era el aposento de Su Alteza, y en dejándole en su cámara, Su Majestad se volvió á la suya, recibiendo en el camino á algunos portugueses que no le habían hablado.

Diósele esta noche una sumptuosa cena, aunque no cenó casi nada; segundóse con otra á los del estado de Su Al-

teza, no menos buena, y en oyendo cantar á unos músicos que Su Alteza trae de cámara, se fueron acostar.

Antes que pase más adelante, será bien decir de la disposición que es Su Alteza, y de la manera que entró vestido, y es así que la tiene muy gentil, de buen rostro blanco y colorado, ojos pequeños y garzos, la barba que es poco bermeja, y no digo rubia porque no lo es, la boca no grande y bella, cejijunto y bien fornido, y que finalmente todo él tira á la casa de Austria; será de edad de veintitrés años; entró vestido de herreruelo y ropilla de herbaje forrado en felpa y hecho muy á la castellana, habiéndose llevado sastres de Castilla para este propósito; los demás portugueses vienen de ropa negra guarnecida de terciopelo negro, botas y lechuguillas las mayores que en mi vida he visto, y dieron en este extremo por salir de otro, que es traerlas en su tierra muy pequeñas, y asentábanles tan mal, cuanto mi Dios lo remedie. Juntamente con esto, usaban de unas gorras de rizo, muy desproporcionadas de grandes, como hombres que se las ponen á deseo; y de otros trajes que ví y noté no oso hablar, así porque hay aquí mandato de Su Majestad porque no se murmure de ninguna cosa portuguesa, como porque temo quedar con vuestra merced en opinión de maldiciente.

Domingo 23.—Su Majestad se levantó á las siete y pidió un confesor, y se confesó con Fray Alonso de Sevilla, religioso de esta casa, y hecho esto, se bajó á la sacristía, y en una capilla dentro de ella, que llaman de los Angeles, estaba ya vestido Fray Juan del Corral, prior que fué el tiempo pasado de este convento, y le dijo misa; como acabó de consumir, antes de las abluciones, Su Majestad se levantó de un estrado carmesí en que estaba hincado de rodillas, y se llegó á la grada del altar, y comulgó con tanta devoción, que á los que lo vieron no les quedó poca; traía puesta una capa muy larga de raso, y caperuzos que llaman de cuartos, que es un mediano luto. A esta hora,

que serían ya cerca de las nueve, Su Majestad fué al aposento de Su Alteza, y juntos vinieron á la cortina que estaba ya puesta entre la primera reja de la capilla mayor y la que está junto á las gradas del altar; era de tela de oro carmesí y goteras de brocado; había en ella dos sillas de brocado y un sitial, con otras dos almohadas para hincarse de rodillas; Su Alteza venía vestido de raja forrada en felpa, gorra de rizo y una gran encomienda de Christus en el pecho y una banda de abalorio al cuello, y ha sido el vestido más ordinario que aquí ha traído. Y es cierto, que fué muy para ver el cuidado que Su Majestad tenía de que su sobrino estuviese siempre al lado derecho, pues con no estar sentados frontero del altar, sino al lado, estando el de Portugal más allegado y luego el de Castilla, siempre que Su Alteza se iba á hincar de rodillas, pasaba por delante del rey nuestro señor, y le volvía las espaldas, y Su Majestad iba tras él para arrodillarse también. Detrás de la cortina hubo un banco cubierto con una alfombra, donde estuvieron sentados el duque de Avero, prior de San Juan y marqués de Aguilar; no estuvo allí el de Alba, por andar indispuesto; todos los otros caballeros portugueses y castellanos estuvieron arrimados á los reyes, en pie y descubiertos la misa y sermón, el que hizo maravilloso Fray Juan de Santa Cruz, residente en la casa de Salamanca. Volvió Su Majestad con el huésped hasta su aposento, y el uno y el otro comieron retirados.

Díjome Don Diego de Córdoba, hablando este día con él sobre la junta de Su Majestad y Su Alteza, que supiese que no se había de llamar así, sino Majestad, y que el rey se lo había llamado, y mandado á todos los de su casa que lo hiciesen así, y no se ha excedido punto de esto, aunque yo en lo que escribiese no se lo llamase por no variar de lo que tengo escrito, y porque el decírselo aquí fué de emprestado, y en Toledo sería llamárselo muy á trasmano, fuera de que causaría confusión tanta majestad, en una rela-

ción, donde por fuerza hase de nombrar tan cada paso. Su Alteza reposó un poco la comida durmiendo, y en despertando, entró el prior de esta casa con hasta veinte religiosos, á besar las manos, y dió muestras de holgarse de verlos; luego subió acompañado de su corte y criados al aposento de Su Majestad, y estuvieron hablando solos bien dos horas; al cabo de ellas, se volvió con los que había ido y con algunos de los caballeros de la cámara.

Hecha diligencia por saber el intento que Su Alteza tiene en esta junta, quién dice que viene por su devoción á tener novenas que les tenía prometidas, quién que á conocerse con su tío y á visitarle; unos que á concertar casamiento con la hija mayor de Su Majestad, otros, que son los que más delgado hilan, que aconsejarse con él sobre la guerra que piensa hacer en África. Porque parece ser que un yerno del rey de Argel, ha usurpado el nombre de jerife, y con gente que se le ha llegado y el socorro que su suegro le ha hecho, ha vencido en batalla campal al verdadero jerife de Marruecos, y para solidarse y perpetuarse en el nuevo reino, hase favorecido del gran turco, cuya hechura es su suegro, y hale enviado gran cantidad de turcos, y éstos se van apoderando de la tierra, de manera que en ninguna fortaleza hay alcaide que no sea turco, demás de que han procurado con gran instancia de hacer dos fuertes en África, junto al mar, de donde reciben no pequeño daño los que en aquella parte tiene Su Alteza, que son, Tánger, Argila (1), Azamor y otras fortalezas, y previniendo el daño que se le podía seguir si los turcos cobrasen fuerza y se enseñoreasen de la costa de África (aunque sea con alguna suya), pasar á ellos y atajar el cáncer antes que el negocio sea incurable. Para jornada de tanta importancia, y donde él propuso ha de ir en persona, hale parecido (no sin mucha consideración) de dar cuenta á Su

(1) Arzila.

Majestad, pidiéndole su parecer y consejo, para seguirle en todo, como el más acertado. Esto es lo que en suma he podido averiguar de esta jornada; vuestra merced crea lo que fuere servido, que á obscuras hablo yo, como todos los que aquí lo platican, y éste es el negocio, que si no es por conjeturas no se puede saber, y así no lo escribo con más certeza que como cosa de adivinación.

A las cinco de la tarde, fué el duque de Alba al aposento de Su Alteza y estuvo con él hasta las siete; muy en puridad, no sé si después, *parturiunt montes*.

Su Alteza se levantó á las diez y fué á oir misa al altar mayor; no le acompañó Su Majestad ni casi ningún caballero castellano. Volvióse á su aposento, y estuvo despachando algunas horas, hasta que llegó la hora de comer, que fué bien tarde; y en acabando de reposar, quiero decir, dormir un poco (que es muy ordinario por él), Fray Alonso de Talavera, prior de esta santa casa, y con él los más ancianos, hicieron á Su Alteza un presente digno de quien lo hacía y para quien era; contenía las cosas siguientes: seis gamas muy gruesas, tres venados bien grandes, dos jabalíes escogidos, cien perdices, cien gallinas, doscientos conejos, cien palomas, por caza; cuatro docenas de perniles añejos, una arroba de manteca de vacas, otra de diacitrón de lo más transparente, dos de confitura, cada una de su manera, cien cuerdas de uvas largas, maravillosas, seis canastas de camuesas, otras tantas de manzanas, y lo que el rey estimó en más fué un cacharro el más curioso y bien hecho que en mi vida vide, y con él seis docenas de pares de guantes, y habíaseme olvidado seis cueros de vino de Ciudad Real, que les costó la arroba á veintiséis reales; y este descuido, no me le eche vuestra merced como á músico, sino téngame por disculpado, como á quien bebe agua.

A las tres, bajó Su Majestad por el huésped á su aposento y lo llevó á vísperas al coro (á la mano derecha, y así

se entienda siempre que se hablare, en estar juntos los dos reyes), en medio dél; se separaron un poco y Su Majestad se detuvo, y así el rey pasó hasta la escalerica por do sube el vicario, y allí esperó para hacer comedimiento á Su Majestad, y él le echó el brazo para detrás y le llevó para adelante, y al subir la escalera, como Su Majestad quedaba en lo bajo, hubiérale de sacar un ojo con la contera de su espada, si Su Majestad, previniendo lo que pudiera acaecer, no le pusiera la mano derecha en ella hasta que subió; y allí hubo otro comedimiento sobre tomar la silla, y también Su Majestad le dió con el brazo para adelante, y así tomó la primera de las dos, que estaban aderezadas con almohadas de brocado, y frontero, un sitial de tres altos, bien rico. Habían acompañado á los dos reyes, infinitos caballeros; pero en llegando al coro, todos se quedaron, y sólo entraron con ellos el conde de Pliego y el de Fuensalida, con sus baquetas de mayordomos, y con ellos entró un caballero portugués, comendador de *Christus*, mayordomo de Su Alteza, y llevaba, en señal de serlo, una caña de las bajas y ordinarias. Entrados en las sillas, Su Alteza se halló tan embarazado en la estrecheza de la silla, que acordó de quitarse la espada, y para hacerlo, volvió un poco las espaldas á Su Majestad; después de quitada, como vió que aún se le quedaba en las manos y no tenía á quién darla, salió del sitial, y comenzó á cecear con tanta prisa, que estuve mil veces movido á salir de una silla que no estaba muy lejos, y ver lo que quería; pero quitóme de este cuidado el fidalgo de la caña, que á mucha prisa volvió y subió donde Su Alteza estaba, y después de habérsela tomado y arrimádola á otra silla junto, le dió unas Horas curiosamente doradas y guarnecidas; al primer salmo se sentaron, y estuvieron así oyendo las vísperas, que se dijeron bien y con mucha solemnidad, hasta que á la *capítula* se levantaron. Fué cosa maravillosa de ver, con el cuidado que Su Majestad estuvo hablando con

él, casi no sentado en la silla, sino arrimado al pilar de la mano izquierda, por tenerle vuelto el rostro. Pero no lo fué menos el desasosiego que Su Alteza tenía, porque no le rodeaba fraile que no volvía los ojos y el cuerpo á mirarle, y más se notó esto, cuando al cuarto salmo cantó un músico de su cámara, de que él gusta, y lo hace en extremo bien, que entonces fué su inquietud de manera, que á todos pareció que no era rey, sino un hombre particular y portugués.

En diciendo el prior la *capítula*, Su Alteza debía de estar gastado, como ellos, con la conversación de Su Majestad, y acordó de llamar á un fraile, el que más á mano le cayó, que fué Fray Pedro de Borox, y vuelve tan de propósito las espaldas á Su Majestad como si no estuviera allí; verdad es que lo que tenía que preguntarle eran cosas de gran peso é importancia, pues cuando menos era, que cómo se llamaban los cuatro frailes que le habían salido á recibir á Madrigalejo, y de dónde eran naturales, y cuánto había que tenían el hábito y otras cosas tan impertinentes como éstas; finalmente, el descuido pasó tan adelante, que dijeron todo el himno y parte de la *Magnificat*, volví el rostro y víle despartir del fraile, pero no va nada, que lo há con quien no echa de ver estas cosas, y ya que las entiende, no las siente. No sé si ésta fuese la causa de no estar en Completas, aunque estaba concertado que las habían de oir, y Don Luis Manrique me lo había dicho así, y para ellas teníamos gran música de sus cantores con vihuelas en un coro, y nosotros con un clavicordio en otro más; todo se quedó, y no cantamos nada, como los reyes se fueron. Estuvieron los que se llaman grandes, sentados todos juntos, castellanos y portugueses, en un banco fuera del coro, y el zorro viejo del duque de Alba, solo en una silla carmesí; detrás del banco, había otros con alfombras, do se sentaron muchos caballeros, y entre ellos doce comendadores de *Christus* con sus hábitos,

que son de paño blanco, y así Dios me salve que si las gorras fueran caperuzas, que me quitaban el deseo de ver pobres del mandamiento el Jueves Santo.

Subiéronse juntos los reyes al aposento de Su Majestad, y estuvieron en él hasta que fué bien noche, que entonces Su Alteza bajó á su aposento, con intento de ir los dos á maitines, que por esta ocasión se habían de decir á las nueve, teniéndose en esta casa costumbre de que sean á las doce. A las ocho tañeron á ellos, y á las nueve se comenzaron, y asistieron á ellos los reyes de la manera que á las vísperas; bien es verdad que Su Alteza continuó en ellos el desasosiego comenzado, y casi no tuvo atención á ninguna cosa de las que en ellos se dijeron, con haber buenos villancicos, y dos representaciones agradables de unos seisecicos de Plasencia. De otra suerte estuvo rezando Su Majestad en unas Horas, con tanta quietud y sosiego como si fuera hombre pintado, y cuando se ofrecía algún villancico ó representación, cerraba sus Horas y escuchaba con mucha atención; pero Su Alteza, comenzaba luego á hablar con él tan alto, que aunque cantaban, se oía algo de lo que decía, y de no estar él atento y estorbar que Su Majestad no lo estuviese, han estado los frailes tan corridos, que se lo dijeron al duque de Avero, para que se lo afease. En diciendo el *Te Deum*, se comenzó la misa del gallo, y oyéronla en las mismas sillas, hasta los *Sanctus*, que se bajaron á otro sitial y almohadas que les tenían puestas en la primera reja del coro, y admitió Su Majestad que se les pusiesen, porque desde donde estaban no podían bien ver el Sacramento. Envió luego á mandar con el limosnero, que no comenzasen laudes hasta ser ellos idos, porque no pareciese que se iban habiendo horas en el coro, y así se hizo, y ellos se fueron á dormir. Este día ofreció á Nuestra Señora Cristóbal de Tabora, caballerizo de Su Alteza, el palio con que le recibieron en Badajoz, y en su lugar dije de lo que era.

Martes 25, día de Pascua.—Su Majestad se levantó, y envió un recado á Su Alteza para que viniese á la procesión, y vino á ella tan tarde, que ya Su Majestad había bajado de su aposento al claustro bajo á esperarle y aún no había venido, ni llegó en un muy buen rato, y Su Majestad le esperó con una flema como si estuviera muy á su gusto; y acuérdome que pasando á esta sazón un caballero portugués, veedor de Su Alteza, de quien ellos hacen gran caudal, y viendo esperar á Su Majestad, preguntó qué hacía allí, y respondiéronle que esperaba al rey de Portugal, y él respondió muy hinchado:—*Eso le cumpre.*—Según lo que Su Alteza tardó, no es mucho que yo haya tardado en traerle á la procesión; él, pues, la anduvo con Su Majestad, y acabada, se entraron en la cortina que les estaba puesta abajo; traía este día vestido un capotillo y ropilla, de telilla de seda negra buena, el capote forrado en martas, gorra de rizo y calzas de terciopelo negro, con telas de brocado, y sus botas, por no perder el natural de portugueses; dicha la misa, se entraron por el claustro y subieron al aposento de Su Majestad, y allí comieron juntos en público; mas son los aposentos tan pequeños, que casi nadie podría entrar en ellos, y levantadas las mesas, se entraron los dos en otra celda más adelante, donde hay un corredorcico de sol, razonable, y allí estuvieron hasta las dos, que á esta hora se bajó Su Alteza á reposar un poco. A las tres vinieron á vísperas al lugar que han tenido siempre, y con las ceremonias que otras veces, se sentaron á oirlas; acabadas, se fueron, y Su Majestad salió con él hasta dejarle en la escalera que baja al claustro; de allí se subió á su aposento, y desde él, por una ventana, oyó Completas. A las cinco de la tarde, llegó aquí por la posta el duque de Pastrana, hijo de Ruigómez (1), por embajador de la reina nuestra señora, y con un presente suyo para Su

(1) Ruigómez de Silva.

Alteza; posó juntó al aposento del rey, en uno que tenía Sebastián de Santoyo. A las seis fué al aposento de Su Alteza el duque de Alba, y estuvo con él hasta cerca de las ocho.

Miércoles 26, segundo día de Pascua.—Los reyes asistieron á la misa en su cortina, sin haber novedad que fuese de notar; oyeron en ella sermón, del mismo que les había predicado el domingo pasado; pero fué sin comparación muy mejor, con haber sido el otro muy bueno. Acompañóle Su Majestad hasta una escalera que se aparta para su aposento, y allí se despidió y subió á comer. A las tres subieron al aposento de Su Majestad el duque de Avero y el conde de Portalegre, y estuvieron con él mucho rato, y en este entretanto, entretuvieron á Su Alteza unas muchachas del lugar, danzando razonablemente, y mandólas dar cien reales. A las cuatro, bajó el duque de Pastrana á besar á Su Alteza las manos y á recitar su embajada; acompañáronle todos los caballeros castellanos que aquí se hallaron, si no fueron el duque de Alba y el conde de Buendía, que por no saber la hora á que había de ir, no fueron con él, y si no es así, yo les oí disculparse con esto. Dióle el duque el presente que le traía, y aunque he hecho diligencia por saber, particularmente, la cantidad de lo que era, no me han sabido dar más razón de que contenía muchos damascos, terciopelos y telas de seda de diferentes labores y colores, algunas camisas muy ricas y curiosas, ciertas docenas de pares de guantes aderezados de ámbar; singularmente, coletos ó cueros del mismo aderezo, y de flores, almohadas, cofias, lienzos tan escogidos que no hay más que pedir, y otras infinitas cosas de valor y curiosidad. Mientras esto pasaba, oía vísperas Su Majestad en su oratorio, hincado de rodillas, y dígolo así, porque subiendo al órgano, hablé con el conde de Buendía, y preguntándole por él, me respondió lo que he dicho; no hubo en este día otra cosa notable, que yo supiese.

Jueves 27 de éste y tercero día de Pascua.—El rey de Portugal, envió á decir á Su Majestad que le suplicaba le perdonase el no oir misa á la cortina con él, porque se había sentido indispuesto, y por esto oiría una misa rezada, y así Su Majestad bajó á la capilla y oyó la misa muy devotamente. El de Portugal, subió al coro de los frailes á oirla, en uno de dos altares que allí tienen colaterales, y los criados portugueses, á cuyo cuidado estaba el aderezo de capilla, colgaron la cama de un brocadete, más vistoso que rico, y pusieron un sitial con un doselico pequeño de muy gentil brocado, y almohadas de lo mismo.

Sacaron la plata de capilla, que aunque las piezas eran pequeñas, pareciéronme muy bien hechas y mejor doradas, y especialmente me aficioné á dos candeleros que traían, de la más gallarda hechura que he visto jamás, y de muy poca costa; mostráronme también cierta hechura de campanilla que ellos estiman en mucho, y á mí no me pareció bien, ni tiene buen sonido. Noté también, que tomaron sobrepellices un tesorero que Su Alteza trae y un capellán suyo, de muy diferente manera que las que nosotros usamos; pero no me parecieron mal, porque son muy honrosas y no de mala hechura. Cansáronme mucho tres mozos de capilla que sacaron este aderezo y sirvieron la misa en cuerpo, sin sotana, con grandes lechuguillas; y tras esto, una como sobrepelliz, sin mangas ni por dónde sacar los brazos, y cuando van de hacer alguna cosa, alzan la sobrepelliz al hombro como capúz y descubren todo el cuerpo, que para quien está acostumbrado á la policía de esa santa iglesia, parécele ya esto de perlas. Dijo la misa Fray Simón de Lisboa, hijo de Don Fernando, arzobispo que fué de aquella ciudad y tío de su padre del rey; oyóla con devoción, rezando siempre en unas Horas, y aunque la acabaron antes que la mayor, siempre estuvo de rodillas hasta que en el coro acabaron, que entonces bajó, y ya que tenía por huésped á Su Majestad, le quiso hacer lisonja

de ir por él á la cortina, y es así, que el de Portugal vino á la mano derecha hasta entrar en la hospedería, que allí, como estaba en su casa, se quedó dos pasos atrás, y hurtando á Su Majestad el lado, le llevó hasta la mesa al derecho, y aunque al sentarse se rogaron un poco, finalmente Su Majestad se dejó tratar como huésped y comió á la mano derecha. En comiendo, se retiraron al aposento del Gran Capitán, y de ahí á un poco, se subió Su Majestad arriba, dando lugar á que el de Portugal reposase; que como atrás referí, es cosa que hace cada día.

El duque de Alba dió en regalar á los caballeros de Portugal este día, y los llevó á comer al de Castilla, donde fueron regalados extraordinariamente, y no es de maravillar de esto, que como mayordomo mayor y duque de Alba, cuando quiere puede mucho. Quedaron los portugueses tan contentos del regalo con que el duque los trató, que nunca acababan de celebrarle y respetarle, y esto hace más que otro ninguno su rey, por tenerle en idea de un gran personaje; y en no teniendo ocupación, luego envía por él, y gusta infinito de hablarle dos y tres horas, y este día estuvieron juntos desde las cuatro hasta las siete.

Viernes 28, postrero día de Pascua.—Los dos reyes oyeron misa mayor en la cortina, y fué toda de canto llano, sin música ni órgano, por ser día de los Inocentes; después de ella, salieron juntos hasta la escalera del aposento de Su Majestad y allí se despidieron, y á su hora comieron carne ambos.

Los caballeros portugueses quedaron deseosos de regalar un día á los castellanos, y hízoseles tan bien, que habiendo la noche antes llegado veinte acémilas de pescados frescos de Portugal, quisieron que el convite fuese este día, y así comieron juntos y los sirvieron con gran abundancia de pescados de todas suertes, cuyos nombres no sé, aunque estoy cierto que no se han visto jamás en Guadalupe.

A las dos bajó Su Majestad al aposento de Su Alteza,

por una puerta secreta, y estuvieron hablando solos casi hasta las cuatro; este mismo tiempo se entretuvieron los caballeros portugueses y castellanos en oir los músicos que Su Alteza trae de cámara, que cantan singularmente para aquel menester, que para la iglesia no valen mucho.

Ido Su Majestad, llegó el duque de Pastrana á despedirse de Su Alteza, para irse á otro día, y el rey le hizo mucha cortesía y le abrazó y despachó, dándole entre otras cosas escogidas, un diamante de extraña grandeza, y el valor es tal, que por no parecer cronista arrojado, no oso decir el nombre que le ponen; pero los que menos han dicho, son cien mil ducados; sin éste envía otros dos para las infantas, que difieren algo en los precios, como ellas en las edades. Sin esto, dió al duque de Pastrana una daga de maravillosa hechura, de vaina toda de oro, con piedras de mucho valor, y el puño de perlas gruesas y algunos diamantes y rubíes, que le apreciaron en tres mil escudos; llevósela un mozo de la cámara de Su Alteza, y dióle el duque una cadena de oro de trescientos escudos; lo que con ellos le envió á decir fué, que se alegraría mucho de que el duque se aficionase tanto de la daga, como Su Alteza lo había quedado de él. Este día, envió á la condesa de Medellín ciertos pares de guantes adobados y un muy rico rubí.

Dió á Su Alteza deseo de ver esta santa casa, y con este intento, salió de su aposento acompañado del prior y dos frailes que se la enseñasen (ya bien tarde), y holgóse de ver el refectorio, que fué la primera pieza que le enseñaron, y pasaron á ver la botica, al cuarto de la enfermería; le pareció bien, y conociósele en las muestras que hacía con el rostro, porque de palabra jamás lo oyeron, que no les habló ninguna. Sintióse Su Alteza cansado, como bendito sea Dios es algo abultado, y no quiso por este día ver más casa, sino volverse á la suya, donde de ahí á un poco, cenó como había comido, y á su hora se entró á dormir,

sin haber en este día otra cosa de importancia, mas de juntar antes de cenar á consejo, para señalar embajador que fuese á dar el pésame á la emperatriz, su tía, y no se resolvieron, aunque estuvo la diferencia entre solos dos caballeros de los que vinieron con él.

Sábado 29.—Su Majestad no fué á misa, y subió Su Alteza á oirla en el altar del coro, donde la oyó dos días antes; díjosele con el mismo aderezo, así de cama como de capilla, y el mismo Fray Simón de Lisboa. En acabándola de oir, llegaron dos ó tres negociantes á hablarle, y oyólos de buena gracia, pero siempre estuvieron de rodillas y él en pie; hecho esto, se bajó á su aposento, y volvió á juntar consejo para resolverse en quién sería embajador, y señalaron á Cristóbal de Tabora, caballerizo mayor, que es muy honrado caballero, mas no sé si la aceptó.

Comió Su Alteza más tarde este día que otros, por la ocupación del consejo que he dicho, y los caballeros de su estado tornaron otra vez á convidar á los de Castilla, por la abundancia de pescados que les sobraron el día pasado.

A las dos bajó Su Majestad al aposento de Su Alteza, y estuvieron solos hasta las tres; y á esta hora, salieron juntos para ver lo que al de Portugal le faltaba de andar por la casa, y fueron de uno en otro oficio, mirándolo todo, y contándole Su Majestad de él, como si fuera religioso de esta casa; acompañáronlos todos los caballeros de Portugal y algunos castellanos. Volvió con Su Alteza, el rey nuestro señor, hasta la puerta de la posada, y allí pasó Su Alteza cuatro ó cinco pasos, como quería acompañar á Su Majestad, y él le tiró la capa para detenerle.

A las cuatro de esta misma tarde se fué el duque de Pastrana con doce postas; acompañáronle cuatro caballeros de Castilla, que por esta ocasión no fueron con Su Majestad á ver los oficios; llegaron con él hasta salir del lugar.

Domingo 30.—Oyeron misa juntos en la cortina y despidiéronse para sus aposentos en la escalera que suelen despedirse, y á las dos subió Su Alteza al aposento de Su Majestad á consulta; entraron en ella con el duque de Avero, conde de Portalegre, conde de Sortella; y con Su Majestad, el duque de Alba, prior Don Antonio y marqués de Aguilar, y estuvieron juntos bien hora y media. Al cabo de ella, salieron los reyes juntos y bajaron á ver el sagrario y las reliquias, que gustó Su Alteza de verlas, y no le ha parecido bien de Guadalupe otra cosa, por estar tan aficionado á las de Belén (que es monasterio real de esta Orden en Portugal), que en ninguna manera sufre que haya monasterio mejor que él. Acompañaron á Su Alteza algunos caballeros castellanos á la vuelta para su aposento, y entre otros, fué de título el conde de Fuensalida, que iba cubierto mientras el rey no le hablaba, y no sé si de industria, porque no se cubriese en parte tan pública, le fué hablando continuamente, que apenas le dejó tomar con la caperuza posesión de la cabeza. Estuvo después el duque de Alba con Su Alteza, á la hora ordinaria, como una y media, y es el caballero de los castellanos que más ha visitado á Su Alteza, como ya dije en otra parte.

Lunes 31.—Su Majestad no bajó este día á misa, por tener muchas ocupaciones, y oyóla el rey de Portugal de la suerte que atrás queda referido; díjosela Fray Simón, que ha hecho siempre el oficio de su capellán, y por ser portugués ha gustado Su Alteza dél; de manera que cuando anduvo viendo la casa, en ninguna celda quiso entrar sino en la suya, y ha tenido el fraile por gran favor que le deshizo la cama.

Acuérdaseme de un donaire que le pasó á un caballero castellano con otro portugués, el día que he dicho que Su Alteza vió la casa, y fué que como se paseasen los dos juntos por el claustro, y el rey pasase á ver el refitorio, el castellano, echándole de ver antes, advirtió al otro di-

ciendo:—Aquí viene el rey;—el portugués volvió á mirar y dijo:—¿Qué rey?—El otro replicó:—El de Portugal;—y el portugués dijo:—*De oje perdiante nan le chameis se non Deus de a terra.*

Su Alteza acabó este día de ver el sagrario, porque el pasado le había visto muy de paso, y en el entretanto se hizo hora de comer, y teníanle puesta la mesa en un corredor más adelante de la sala principal de su aposento, que estaba entapizado con cuatro paños de oro y seda muy escogidos y bien ricos: la historia, eran aquellas figuras del Apocalipsis, tan bien hechas cuanto podían ser los tapices; eran tan grandes, que aunque el corredor lo era, sólo cuatro le henchían; dícenme que son ocho, y que los usa Su Majestad en su capilla la Semana Santa. Había colgado un dosel de tela de oro y bordado singularmente con muy escogidas labores. Sin haber en él más que una sola figura, y era la *Liberalidad* que estaba harto bien hecha, no sé si estos guardajoyas del rey se le pusieron maliciosamente, viendo que hace ocho días que está aquí y no ha hecho ninguna; pero no es de maravillar, porque es orden de Su Majestad, que no dé Su Alteza nada á ningún criado suyo, y así se volverán con la *Liberalidad* pintada; y dado que á la partida usó de alguna, en respecto de lo que de él se esperaba, no fué nada.

A las tres subió Su Alteza á vísperas, y á la puerta del coro llegó Su Majestad y entraron juntos en él á oirlas; al subir de la escalera hubo un poquito de cortesía, y al entrar de la silla; pero Su Majestad le ayudaba con el brazo á que subiese primero y á que se sentase; hablaron un poco, y Su Majestad tomó sus horas para rezar, mas con tanto cuidado, que jamás faltó de descubrirse al *Gloria Patri:* todo lo que Su Majestad rezó, anduvo Su Alteza mirando á una parte y á otra, con más inquietud de las que suelen tener las personas reales, y aun después de haber dicho la *capítula*, que estaban en pie, se salió de su silla y

miró las dos más cercanas á ella, con tan poca consideración de que estaba Su Majestad al lado, que á todos nos ofendió en gran manera. Acabada la oración, subió Don Luis Manrique á saber si oirían Completas, y Su Majestad le dijo que no; y así, acabadas las vísperas, se bajaron cada uno por su escalera, y llegaron juntos á la que se aparta al aposento de Su Majestad, y allí se despidieron.

Llegó aquí un correo de la reina vieja de Portugal, pidiendo á Su Majestad soltase al duque de Maqueda, y Su Majestad holgó de condescender á su petición, con ciertas condiciones en provecho de la hija de Don Bernardino de Cárdenas, que hasta ahora no son públicas: creo que hasta que ellas lo sean no se libertará al duque; concertóse también el casamiento del duque de Feria con Doña Isabel, hermana del de Maqueda.

Martes 1.° de mes y día de año nuevo.—Después de haber dos frailes andado la procesión, bajó Su Majestad y fué por el rey de Portugal á su aposento, y juntos vinieron á la cortina; oyeron misa y sermón, que hizo Fray García de Toledo. Su Alteza no debía de haber dormido mucho, porque lo que había de gastar en oirle, lo echó en dormir. En acabando la misa, salieron juntos por el claustro, y se fueron al refitorio á comer con los frailes; sentáronse en la mesa traviesa solos, y entraron á verlos comer los criados del uno y del otro rey, aunque á la mesa no sirvió sino Don Rodrigo de Mendoza, que hacía el oficio de trinchante; diéronle á cada rey un fraile que le sirviese, que fueron, Fray Simón de Lisboa, al de Portugal, y Fray Melchor de Cabra, al de Castilla. Regaló Su Majestad al prior con algunos platos que le mandó, y los caballeros castellanos también á los frailes que tenían por amigos. Fué cosa muy para ver, entrar el duque de Alba con tan honradas canas, su bastón de mayordomo mayor al hombro, y los dos condes de Pliego y Fuensalida, como ma-

yordomos, delante de la comida, que á mi juicio, ninguna cosa fué tan para notarse. Y no lo fué menos que, acabada la comida, el de Portugal se fué á su posada, y el de Castilla continuó el camino que los frailes llevaban á dar las gracias, y entró con ellos solo en el coro, y estuvo hincado de rodillas el mismo tiempo que los religiosos tardaron en darlas; de allí se fué á su aposento á despachar negocios, que no se le han ofrecido pocos, especialmente con un correo que vino aquí de Italia.

A las tres de la tarde subió Su Alteza al aposento de Su Majestad, y estarían juntos como hasta las cinco, sin haber otra persona con ellos.

Dió Su Majestad á un loco de Requiem que traía Su Alteza, una cadena de oro que pesó cuatrocientos escudos, y á seis músicos de cámara de Su Alteza, dió cien ducados á cada uno. Su Alteza, hizo merced á cada alabardero de los que aquí vinieron con Su Majestad, que serían veinticuatro, de darles veinte escudos por hombre. A los porteros dió á cien ducados, al dependiente mayor, doscientos, y otros tantos al contralor, y también hizo merced á otros oficiales de Su Majestad, y aunque no estoy cierto en la cantidad, estoy en lo de que no fué mucho. A Don Diego de Córdoba dió una cadena de más que mil escudos, porque le fué á llevar unos relojes y arnés que Su Majestad le enviara. A los dos condes de Pliego y Fuensalida, les dió otras dos cadenas muy escogidas; los religiosos de esta casa, le suplicaron les concediese las demandas en su reino (que el cardenal infante les había quitado), y él se las concedió por cuatro años, con cierta declaración que los de su Consejo harían en Lisboa, y así les mandó que acudiesen allá, y ellos están tan desengañados de la estrecheza de su condición, que la que en Lisboa se les pusiere, será tan áspera, que tengan por acertado el apartarse de esta demanda.

Revalidóles una gracia que los reyes sus predecesores

les hicieron, de cincuenta arrobas de azúcar en la isla de la Madera, y por hacerles merced, mandó que se les diese puesto en Lisboa; y de esto dió su provisión, tan de mal talle y ruín y obscura letra, que más parecía pedazo de testamento hecho en tiempo de Laín Calvo, que albalá real del *Deus de á terra*.

Han quedado los frailes tan corridos de ver sus esperanzas frustradas, que apenas alzan los ojos del suelo; pero es la fuerza el hacerlo, porque se le han dejado los portugueses tan sucio, que no hay parte (aunque no fuese menester) que no la hayan hecho necesaria. Y siéndolo muy en extremo para los enfermos, una cisterna de agua llovediza que está en la enfermería, cercada de rejas de hierro, y que temiendo lo que sucedió, le habían enlosado la boca con dos losas y mucha cal, acordaron los pajes de los caballeros portugueses que posaban en aquel cuarto, de destaparle y orinarse en ella, y aun no sé si más; y esto de tal suerte, que por lo mucho que se ha visto de fuera, se juzga lo que sería dentro. Juntamente con esto, han padecido los frailes terribles infortunios y grandes demasías; porque como la casa ha sido franca para que todos, á cualquiera hora pudiesen entrar, no los han dejado dormir con el ruido que traían, no sólo para ir donde les importaba, sino haciéndole de industria por molestarlos. Acaeció alguna noche, cerrar por de fuera una hilera de celdas, y cuando los frailes habían de ir á maitines, haber de dar muchas voces para que los abriesen; en las sogas que aquí tienen puestas á las escaleras, para que se afirmen en ellas, hicieron una travesura indigna de decirse y de la santidad de aquella casa. Y esto fué en lo que llaman convento, que por ser cosa sagrada, lo respetaron más; que en lo que es casa y oficios de ella, no había poder andar sino con las faldas en la cabeza, que será un muy buen quebradero de ella para los frailes, el ponerlo en la razón que ellos lo suelen tener. He puesto estas inmundicias todas juntas,

por no acabar en tan ruín materia, y he dejado la ida de Su Alteza y el despedirse Su Majestad, á la postre, sólo porque le tenga esta relación bueno, ya que los principios y medios no hayan sido tales.

Miércoles 2 de Enero de 1577.—Levantáronse los reyes tan de mañana, que á poco más de las siete estaban en la cortina oyendo misa; díjosela Fray Simón de Lisboa; iban ambos vestidos de camino, y acabada, salieron por la puerta de la iglesia á la escalera que sube de la plaza, donde dije que cuando entraron hicieron adoración á la cruz, y al pie de ella, se separaron algo, apartados para que los caballeros se despidiesen; llegaron á Su Alteza, el prior Don Antonio, á quien habló descubierto, y tras él, todos los de la cámara y los que han acompañado á Su Majestad; recibióles de buena gracia, con su sombrero puesto; el duque de Alba se había despedido la noche antes, y por esto no le acompañó, y el marqués de Aguilar tuvo una calentura que fué causa de que no le acompañase, no embargante que se fué de ahí á cuatro horas con Su Majestad. Al rey nuestro señor llegó el duque de Avero, y hablóle Su Majestad con el sombrero en la mano, con grandes muestras de regocijo; todos los demás caballeros portugueses llegaron á besarle las manos, y Su Majestad los echaba los brazos á los hombros. Hecho esto, Su Alteza llegó á tomar su posta y túvole el estribo el correo mayor de Castilla. Su Majestad subió en un caballo pequeño, briosico, y al tomarle, diéronsele á la mano derecha del rey de Portugal, y sin esperar á que Su Alteza pasase delante, él se fué por las espaldas del rey y le cogió á la mano derecha. Llegaron juntos casi media legua de aquí, algo antes de lo que cuando vino le salió á recibir, y habiendo hablado en el camino con mucha prisa, allí se abrazaron á caballo, y Su Majestad se volvió al monasterio, y el rey de Portugal se fué á comer al Rincón, donde los frailes le tenían aparejado un gran banquete, creo yo que por alargar la

esperanza, por si en aquella granja suya les quisiera dar lo que aquí no les ha dado.

Vuelto al monasterio, Su Majestad mandó llamar al prior, y dijo que se le diesen trescientos ducados, para dotación de aceite con que ardiese el fanal de la galera capitana del armada que venció el señor Don Juan, y tiénenle puesto en medio de la iglesia, que no parece mal.

Comió Su Majestad, y en el entretanto que sus criados se aprestaban para la partida, se bajó á la sacristía y estuvo rezando á Nuestra Señora hasta la una, que fué hora de partirse; acompañáronle el prior y algunos religiosos ancianos, hasta el principio de la escalera de la plaza, y allí le pidieron todos la mano y él no la dió á ninguno, pero recibíalos con muy alegre semblante. Llegó adonde le tenían una jaquilla pequeña y subió en ella, teniéndole el estribo Don Diego de Córdoba. Fué á dormir Su Majestad á Halia, que es dos leguas de Guadalupe, con intento de tener los Reyes en Santa Catalina de Talavera.

Todo el tiempo que el rey de Portugal estuvo en Guadalupe, que fueron diez días, cuales se cuentan desde sábado 22 de Diciembre hasta miércoles 2 de Enero, Su Majestad le hizo la costa de comida y gasto de caballos y acémilas, á él y á todos los que con él vinieron, teniendo casa diputada en el lugar donde fuesen á tomar raciones todos los portugueses, y no cualesquiera, sino de muchas aves, cabritos, perdices, conejos, terneras, venados, carneros, y tanta cantidad de vino, que los hartaran aunque fueran flamencos ó alemanes, y ellos se aprovechaban tan bien de esta largueza, que acaecía tomar uno tres y cuatro raciones y vender por cuatro reales lo que él no compraba con veinte.

De cebada hubo alguna falta al principio; mas la diligencia de los ministros de Su Majestad, hizo que se apareciesen mil fanegas de ella en un momento, y en todo ha habido tanta abundancia y se ha dado con tanta sobra, que

los portugueses van admirados, y entre otras cosas curiosas, lo van de una, que es haber visto el cuidado que se tuvo de regalar al rey con aguas cocidas, que, como no bebe vino, se le servían de canela, de anís, de limones, de hinojo, de azúcar que llaman dulce y otra que dicen mixta, que es de infinitas cosas; y así lo escribo más por curiosidad que por grandeza.

Finalmente, digo que si Su Alteza no es muy mal contentadizo, no se puede quejar de que Su Majestad no le ha tratado lo más amigablemente que él pudiera imaginar, honrándole y acariciándole con las mayores muestras de gustar de ello que se pueden creer, y eso mismo han hecho todos los caballeros castellanos con los portugueses, si no ha sido el marqués de Pliego, que desde que entró no se ha levantado de una cama, con la gota, y aún se quedaba en Guadalupe.

XIV

RELACION

DE TODO LO SUCEDIDO EN LOS CASAMIENTOS DE LOS SEÑORES DON RODRIGO Y DOÑA ANA DE MENDOZA, HIJA Y HERMANO DEL SEÑOR MARQUÉS DE CENETE Y DUQUE DEL INFANTADO, QUE SE CELEBRARON EN LA CIUDAD DE GUADALAJARA Á 20 DE ENERO DE 1582 AÑOS.

Habiéndose tratado de asentar y capitular el dicho casamiento con intervención de la Majestad del rey Don Felipe nuestro señor, y estando concordados en ello, tomó Su Majestad á su cuenta en suplicar á Su Santidad concediese dispensa para él, y así en su nombre se pidió; y estando capitulado todo lo que cerca dello convino, se suplicó á Su Majestad diese licencia y facultad para otorgar las escripturas necesarias conforme á lo capitulado, así para lo que toca á la dote de dicha señora Doña Ana, como también para las demás sus hermanas, y para otras cosas que por el bien y conservación de la casa se trataron y capitularon; y habiéndose concedido estas facultades, partió el dicho señor Don Rodrigo de la ciudad de Lisboa, donde estaba sirviendo á Su Majestad, á los 20 de Octubre de 1581, y vino á la villa de Madrid, adonde estuvo aguardando orden para concluir y efectuar lo que restaba para el dicho casamiento, y habiendo estado allí hasta los 14

de Diciembre del dicho año de 1581, se acordó que viniese al monasterio de Benalaque, para que allí se viesen los dichos señores y comunicasen á boca lo que toca á lo susodicho, y ordenasen lo que más se debía hacer; y así vinieron á juntarse en el dicho lugar el dicho día, habiendo partido de Madrid el dicho señor Don Rodrigo por la posta, y el dicho señor duque, de Guadalajara, con poco acompañamiento, porque para poderse ver y tratar sin cumplimiento, pareció que convenía ansí; llevó con sí el dicho señor duque á mi señora Doña Juana, su hija menor, para su entretenimiento y regalo, y al marqués de Montesclaros, niño, y cuatro ó seis criados de respeto; y porque el señor duque había salido tarde á causa de su indisposición de cuartana, no llegó tan temprano como el dicho señor Don Rodrigo á Benalaque, y ansí le vino á recibir, pasado del monesterio un cuarto de legua, en la campaña, donde se apeó el dicho señor don Rodrigo, y llegó á la litera á pedir la mano á su hermano, de quien fué recibido con muy gran contentamiento, y volvieron á Benalaque, donde les estaba aparejada comida, y así comieron juntos en el dicho monesterio. Este día vino el señor Don Rodrigo muy galán, con un vestido, sayo y bohemio de gorgorán pardo, guarnecido de pasamanos de oro, calzas encarnadas, con jubón de tela; y habiendo comido, se quedaron solos en la pieza donde habían comido, donde estuvieron hasta que fué hora de partir de allí; y aunque estaba acordado que el dicho señor Don Rodrigo se volviese á dormir á Azuqueca, y desde allí otro día á Madrid, hizo instancia con su hermano, le permitiese llegar á Guadalajara, para ver á mi señora la duquesa, que aquel día había estado indispuesta; y sin sacar resolución ninguna ni declararle con esto voluntad, salieron para partir á un tiempo; y habiéndose puesto el dicho señor duque en su litera, el señor Don Rodrigo á caballo, partieron juntos la vuelta de Guadalajara, hablando en sus negocios y

de otras cosas, y divertidos de lo demás, vinieron á llegar á Guadalajara, donde entraron este mismo día, anochecido; y habiendo tenido dello aviso mi señora la duquesa, porque se lo dijeron que se apeaban, salió de su aposento con sus dueñas á los recibir, hasta la cuadra de la alhania, y allí los aguardó en pie, que subieran por la escalera del caracol nuevo; y habiendo subido, llegó el dicho señor Don Rodrigo á pedir las manos á mi señora la duquesa, y luego se entraron al aposento de Su Excelencia, y mandó que llamasen á las ilustrísimas señoras sus hijas, que saliesen á ver á su tío, y así salieron, aunque dello estaban bien descuidadas; salió primero mi señora Doña Mencía, y luego mi señora Doña Isabel, y luego mi señora Doña Ana, y luego mi señora Doña Luisa, á todas las cuales, como iban saliendo, llegó á pedir las manos, y de todas fué recibido, con muy gran demostración de contento; y así se quedaron en la misma pieza delante de sus padres. A este tiempo, llegó mi señora la marquesa de Montesclaros, que había estado en casa de la de Cogolludo, y el dicho señor Don Rodrigo la salió á recibir fuera de la misma pieza, y con mucho contentamiento, se entraron adonde los dichos señores duque y duquesa y sus hijas estaban. Otro día siguiente, fué día de cuartana, y el dicho señor Don Rodrigo asistió á servir á su hermano en ella, y otro día, se acordó que se hiciesen las publicaciones del santo Concilio, para este casamiento, las cuales se comenzaron, día de Nuestra Señora de la O, en la iglesia de Santiago; y á este mismo tiempo se hicieron también en Madrid en la parroquia de San Juan, donde el dicho señor Don Rodrigo tiene su casa y continua habitación, y porque á las que se hicieron en Guadalajara se hallaron presentes todos los dichos señores, se dirá la autoridad y ceremonias con que se hicieron. Salieron á la misa mayor los ilustrísimos señores duque y duquesa, Doña Ana, Doña Mencía y Doña Isabel, y Doña Luisa y Doña Juana sus hijas, y el dicho señor Don

Rodrigo y mi señora la marquesa de Montesclaros, todos los cuales estuvieron juntos en la tribuna de su capilla, por el pasadizo de su casa; díjose la misa mayor con mucha solemnidad y música de canto de órgano y ministriles, y con cuatro clérigos con capas de coro y cetros, y habiendo dicho el Evangelio y Credo, bajó el preste del altar, que fué el cura de la dicha iglesia, y acompañado de toda la clerecía y seis hachas que habían entrado al Evangelio, se puso en el púlpito, que estaba muy bien aderezado, con un dosel y sitial de brocado, y allí hizo la primera publicación, haciendo mención de la dispensa que Su Santidad había concedido para este casamiento, en lo tocante al deudo en primero y segundo grado; y porque desta no se ha hecho mención hasta aquí, diré, que habiendo sido Su Majestad servido de significar al dicho señor Duque, que serviría de que se hiciese este dicho casamiento, y el dicho señor Duque obedecido en ello, quiso favorecerlos con tomar á su cuenta el despacho de la dispensa para él, y así mandó al abad Briceño, su embajador en Roma, que de su parte hiciese instancia y suplicase á Su Santidad el despacho della, en lo cual se puso diligencia; de manera que la dispensa llegó á Guadalajara á veintiocho días del mes de Mayo de 1581, la cual invió desde Lisboa el dicho señor Don Rodrigo, que allí había venido, á manos de Su Majestad, y desde Madrid la trujo á Guadalajara Sancho López de Frías, mayordomo del dicho señor Don Rodrigo, el cual, por la posta, llegó este dicho día antes de mediodía, y fué recibido con muy gran contentamiento; y para demostración dél, los caballeros de la casa de Su Señoría, ordenaron una fiesta de máscara, que aquella noche se hizo á caballo, con hachas y muchas luminarias, en la plaza y ventanas de la casa de Su Excelencia, que fué mucho de ver; y también solenizaron esta fiesta los herreros y demás oficiales, porque con una compañía de arcabuceros hicieron la fiesta en la misma plaza, que para

todos fué muy de ver. Hecha como está dicho la primer publicación por el cura, tocaron los ministriles, y á este tiempo, el dicho señor Don Rodrigo se levantó de la silla en que estaba, al lado de su hermano, y se le echó á los pies pidiéndole las manos, y luego fué á mi señora la Duquesa á besárselas, y de la misma manera lo hizo mi señora Doña Ana, y luego los dos se las pidieron el uno al otro, y cada uno se volvió á su lugar, y la misa se prosiguió con mucha solemnidad. La segunda publicación se hizo día de Santo Tomé, con la misma orden y solemnidad, y á otro día se fué el dicho señor Don Rodrigo á Madrid, para acabar de ordenar lo que más estaba para el efecto del dicho casamiento; y domingo siguiente, que fué víspera de Pascua de Navidad, se hizo la tercera publicación con la misma solemnidad que las demás.

Ordenóse que para el día de los Reyes siguiente, se celebrase este casamiento, y así se fueron previniendo todas las cosas necesarias para ello, con presupuesto que había de ser para este día, para el cual también se previnieron de llamar á los señores y caballeros, deudos y amigos desta casa, para que se hallasen presentes á estas bodas, entre los cuales se pidió al ilustrísimo almirante de Castilla y duquesa de Medina de Rioseco, su mujer, hermanos de los dichos señores duque y duquesa del Infantado, que viniesen á ser padrinos destas bodas; y á los que más se escribió fué al marqués de Mondéjar, y á sus hermanos Don Francisco y Don Enrique, Don Juan, Don Pedro González y Don Bernardo, capiscol y canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, al cual se le dió el hacer oficio de cura; al marqués de Cañete, Don García y Don Rodrigo su hermano, al conde de Pliego, Don Pedro Lasso de la Vega; demás de los cuales, se ofrecieron á venir, el duque de Francavilla y otros muchos señores, caballeros, deudos y amigos de la casa, los cuales escribieron á punto, para venir para dicho día de los Reyes, como estaba acordado, y

por ofrecerse muchas cosas que para el dicho efecto eran necesarias, y ser el tiempo tan corto y de aguas, no pudo haber lugar de proveerlo, y así se acordó de dilatarlo hasta los 20 de Enero de 1582, de lo cual se dió segundo aviso á todos los dichos señores y caballeros; y porque para este tiempo se ordenaron fiestas de juegos, de cañas y toros, y para ellas no estaba acomodada la plaza, por el terrero que tenía hacia la parte del adarve, se puso diligencia en allanarla y quitarle, y habiéndolo comenzado los oficiales y maestros de obras de Su Excelencia, se movieron los concejos de la tierra de Guadalajara á servirle con cantidad de gastadores; y así vinieron los primeros el concejo del lugar de Marchamalo, con más de cien gastadores en orden de su capitán y atambor, y hicieron su entrada por la plaza, dando vuelta á ella, y luego tocaron arma y arremetieron al terrero, en el cual trabajaron todo el día, sin querer llevar sueldo ninguno, y por esta misma orden vinieron los concejos de Cabanillas, Valdaveruelo y Chilueches, cada uno por sí, y juntos Iriepal y Taracena, los cuales trajeron consigo á su rey pájaro, y entraron con mucha orden con una escuadra de arcabuceros, haciendo salva á la casa, y tras ésta otra escuadra de gastadores, y luego el rey pájaro con su estandarte, y una escuadra de piqueros, y por retaguardia, otra escuadra de gastadores con mucha orden; y así fueron dando vuelta á la plaza, y tocando arma, arremetieron al terrero donde trabajaron muy bien, y luego el rey, plantó su real autoridad y música de su atambor y trompetas que consigo traía, y así por esta orden los mismos concejos fueron viniendo algunos días, hasta que acabaron de allanar la plaza y quitar el terrero.

Vino el señor Don Juan para que proveyese de prevenir la despensa y botillerías de lo necesario, con mucha abundancia, para lo cual se ordenó á los concejos de los Estados de Su Excelencia, que acostumbran á traer presente, que los suspendiesen hasta que se trujesen al tiempo del casa-

miento, y que demás de ello, se pusiese diligencia en cazar perdices, de manera que se proveyesen las que fuesen necesarias, ordenando á cada concejo en la forma siguiente: Colmenar Viejo, cincuenta pares; Galapagar, veinte pares; Porquerizas, treinta pares; Manzanares, veinte pares; Guadarrama, treinta pares; Guadalajara, doce pares; Jadraque y su tierra, treinta pares; Hita y su tierra, cien pares; Valdeolivas, treinta pares; Alcocer, treinta pares; Salmerón, treinta pares; el sexmo de Durón, sesenta pares: ordenóles que las que excediesen de las que suelen traer, se pagarían á dinero. Demás de lo cual, se ordenó que se trajesen de Buitrago cien cabritos, cuatro terneras y dos vacas, una carga de perazas y otra de camuesas, y que esto se trajese comprado por el dinero á costa de Su Excelencia; y habiendo dado este aviso al corregidor y mayordomo de Buitrago, y teniendo noticia de ello la villa y tierra, se determinaron de servir graciosamente con ello á Su Excelencia, y de la misma manera lo hicieron todos los demás concejos, á quien se ordenó lo de arriba, porque procuraron con mucho cuidado cumplir y aventajarse en los presentes, con mucho amor y voluntad; y así fué, viniendo toda esta provisión por la orden que se les dió, á los 18 de Enero del dicho año de 1582.

Demás de lo cual, todo se proveió de comprar cabritos y caza en mucha abundancia, y aves y pesca, y se ordenó al corregidor de Arenas, que de Talavera procurase haber una carga de espárragos, que por ser en tal tiempo, fué cosa de mucho regalo, y inviase natas de las que allí se hacen, y al de San Martín se ordenó también, que procurase haber algunos jabalís y los inviase, el cual puso en ello diligencia; y teniendo noticia desto el marqués de Villena, hizo matar dos jabalís en su dehesa y los invió al duque mi señor, y el mismo corregidor invió otro. Ordenóse en Saldaña y Santillana á los criados que allí tiene Su Excelencia, que proveyesen de cecinas de vaca, gan-

sos y lenguas de vaca, perniles de tocino, piezas de vaca, y así se hizo cantidad de todo ello, y ni más ni menos se proveyeron escabeches de la montaña, y se previno si había salmones y otros pescados frescos, de los cuales se trajeron todos los que se pudieron haber, y ostras frescas. Trujéronse escabeches de ostras y besugos y otros pescados; proveyóse de mucha cantidad de vino de Santorcaz, Ciudad Real, Illana y Guadalcanal; esto sólo para el servicio de la mesa de Su Excelencia, y para las raciones, se proveyeron de mucha cantidad de otros vinos; proveyeron asimismo de pan, trigo, cebada en mucha abundancia, y ordenáronse las casas del duque mi señor y mi señora, para que se sirviesen, en esta forma:

Casa del duque mi señor; Mayordomo, Alonso Méndez; la copa, Don Apóstol de Castilla, el mozo, y maestresala, Don Iñigo de Arellano, en la toalla; Don Juan de Mogrobejo, Contreras, Hernando Arias, Palomoque, el secretario Cristóbal Rodríguez, Liaño, Lorenzo de la Guerra, Bartolomé Gallego, Cañizares, Temporal, Montalvo, veedores de la mesa; Baptista asista á la mesa; Durango en la cocina, para inviar lo que pidieren; para inviar la vianda que se pidiere, Luis García de Heredia, Juan López, Juan de Tavira; veedores de cocina, Juan González y Cristóbal de Agüero; cocineros, Masedio Gutiérrez y otros de los de Madrid; al tinelo, González.

Todos los cuales han de asistir á la mesa, para asentar la vianda y tener cuidado del servicio.

Botiller secreto, Salcedo, con ayudas, que son, Alcocer y un criado del señor Don Diego de Acuña; al bufete de la copa de Su Excelencia, Navarro, con un lacayo del señor Don Juan, y ha de asistir allí Alonso de Aranda, de Jadraque. Mesas de las copas; en el corredor de la huerta dos mesas; en el corredor del patio tres mesas; reposteros de plata, Trillo, y á buscar ayudas á su propósito; reposteros de estado, Juan de Nicolás, Castillo, Sierra, Anto-

nio, flamenco; para poner las mesas, el barrendero de la casa, el francés, Martín y su hijo y otro mozo; panaderas de botillería, María del Postigo, Juana Díaz, Alentisque, Mari Santos; repostero de ropa blanca, Salinas. Casa de mi señora la duquesa: Hernando de Guzmán, mayordomo; Pedro de Barreda, maestresala; Martín de Mondragón con la toalla; Alderete, Hernando de Espinosa, Juan de Salcedo, Martín de Salcedo; éstos han de asistir la vianda; asistentes á la mesa, Medrano, Loaisa, Cortinas, Villa Sirga; gentilhombre de la copa, Luis Carrillo; veedores de la mesa para subir el manjar, Pedro de Heredia, alcaide del veedor que asiste á la cocina; Diego de Santa Cruz, mayordomo, para que invíe la vianda por la orden que se le pidiere; cocineros, maese Cristóbal, maese Juan y otros de los de Madrid, con sus ayudas; cotiller, Inistar y otro; reposteros de estrado, Antonio y Felipe Bosque; para tener cuenta con las ropas, Juan Blas Mejía, de Jadraque; repostero de ropa blanca, Salinas con las ayudas que tomare; reposteros de plata, Trillo con las ayudas que quisiere; botiller secreto, Bazari y una ayuda.

Ordenada la casa en esta forma, comenzaron á venir los señores y caballeros para hallarse á este casamiento, y porque los señores Don Enrique y Don Pedro González de Mendoza, hermanos del marqués de Mondéjar, estaban de camino para Roma, y por no perder la ocasión de su viaje, les fué forzoso partirse; luego vinieron á los 17 de Enero, de camino para Roma, y significaron el cuidado con que iban de no poderse hallar presentes á este casamiento, y así pasaron adelante, habiendo dormido aquella noche en Guadalajara; y los que más vinieron fueron en esta forma:

Jueves 18 de Enero, entró el conde de Pliego acompañado de Don Luis de Mendoza, su tío, y su casa con sesenta criados; salióle el duque mi señor á recibir hasta fuera del lugar, que fué acompañado del señor Don Juan de

Mendoza su hermano, y de sus criados y algunos caballeros de Guadalajara, y por llover mucho no pudo ir á caballo, y así le fué forzoso ir en la carroza, y encontrándose, se apeó el conde, y el duque le pidió se entrase con él en la carroza, y así lo hizo, y se vinieron juntos hasta que le dejó el duque mi señor en su aposento, y allí reposó, hasta que á la hora de cenar subió arriba y vió á mi señora la duquesa; entró al anochecer este mismo día, jueves, en la noche, Don Alvaro de Mendoza, castellano de Castilnovo de Nápoles; posó en casa de mi señora la marquesa de Montesclaros. Viernes siguiente 19 de Enero, fué día de cuartana, de cuya causa Su Excelencia no se levantó ni pudo salir á recibir á los demás que entraron, que fueron el duque Francavila, que entró por la posta con treinta caballos y sus criados, y todos muy bien aderezados con cadenas de oro; entró poco después de mediodía, y luego subió á ver al duque mi señor y á mi señora la duquesa, y de allí le llevaron á su aposento, que era el de Don Diego de Zúñiga; demás trujo otros ciento y veinte criados. Entró el marqués de Mondéjar este mismo día, acompañado de los señores Don Bernardino, Don Francisco y Don Juan sus hermanos, y con sus criados y mucha gente de Mondéjar, que serían hasta ciento y setenta hombres de á caballo con trompetas y ministriles, y dieron la vuelta á la plaza tocando los instrumentos, y á la postre, veníanel marqués en una litera carmesí, y en ella venía Don Bernardino su hermano con él, y los dichos señores sus hermanos; junto á él, al apear, salió el señor Don Juan de Mendoza, hermano del duque mi señor, á recibirlos, acompañado de los criados de la casa de Su Excelencia, y luego subieron á verle y de allí se bajaron á su aposento; posaron el marqués y el señor Don Bernardino juntos, en el cuarto bajo que cae sobre el corredor nuevo de la huerta, y los señores Don Francisco y Don Juan, posaron en casa de mi señora la marquesa de Montesclaros. Este mismo

día, entraron el marqués y marquesa de Cañete, acompañados de los señores Don García y Don Rodrigo de Mendoza sus hermanos, y con cien criados; salió mi señora la duquesa á recibirlos hasta la puerta del aposento de Santiago, donde los tenían aposentados, acompañada Su Excelencia de mi señora la marquesa de Cogolludo y Montesclaros y Doña Mariana Bazán y Doña Mariana de la Cerda y Doña Mariana de Mendoza y Doña Leonor de Zúñiga y Doña Catalina de Arellano, su hija, y Doña Isabel de Mendoza; y habiéndolos recibido, entraron en su aposento, donde mi señora la duquesa los dejó, quedando en él mi señora la marquesa de Montesclaros con la de Cañete, y quedando desta manera, se volvió mi señora la duquesa á su aposento, donde estaba el dicho señor duque en la cama con la cuartana. Al tiempo de anochecer, entraron este mismo día los ilustrísimos señores almirante de Castilla y duquesa de Medina, su mujer, y Don Luis de Córdoba y Doña Ana Enríquez, su hija y yerno, y Don Diego Enríquez, hijo segundo del dicho almirante, con veinte criados, á los cuales salió á recibir mi señora la duquesa hasta la puerta de la escalera, acompañada del duque de Francavila y marqués de Cañete, conde de Pliego, Don Juan y Don Francisco de María, hermanos del de Mondéjar, Don García y Don Rodrigo de Mendoza, hermanos del de Cañete, y Don Bernardino de Mendoza y otros muchos caballeros, y de las marquesas de Cogolludo, Cañete y Montesclaros, y Doña Mariana de la Cerda y Doña María Bazán y Doña Mariana de Mendoza y Doña Leonor de Zúñiga y Doña Catalina de Arellano, sus hijos, y Doña Isabel de Mendoza y Doña Catalina de Guevara, mujer de Don Alonso Manrique, mayordomo mayor de Su Señoría Ilustrísima, y allí fueron recibidos con mucho contentamiento de todos; y aunque quisiera mi señora la duquesa, dejar á sus hermanos en el cuarto de los *Salvajes*, donde los tenían apo-

sentados, ellos no lo consintieron, sino que se fueron juntos á ver al duque, que, como dicho es, estaba en la cama con su cuartana. Allí estuvieron un rato y luego se fueron á su aposento, de donde vinieron á la hora de cenar, y habiendo dado de cenar al Duque, todos estos señores que está dicho, se fueron á cenar juntos á la *Sala de las visitas*, y esta noche no hubo más que sola esta mesa pública, porque el de Pliego y el de Mondéjar y el de Francavila, cenaron en sus aposentos retirados sin subir allá arriba. Este mismo día entró Don Diego de Acuña, gentilhombre de la cámara de Su Majestad, en una litera, acompañado de sus criados, y se fué derecho á su aposento sin ver al Duque, por venir impedido de su gota. Sábado siguiente, que fué día de San Sebastián, comieron juntos todos estos señores en la *Sala de las visitas*, y á las dos de la tarde, se fueron á entrar con el señor Don Rodrigo, los señores Don Luis de Córdoba y Don Francisco y Don Juan de Mendoza y Don García y Don Rodrigo de Mendoza, los cuales le encontraron una legua de Guadalajara, y luego llegó un criado del señor Don Rodrigo, á dar aviso cómo ya estaba tan cerca, que Su Excelencia ordenase á la hora que mandaba que entrase, el cual volvió con orden que aguardase hasta que le saliese á recibir; y así salió luego acompañado del almirante, Duque de Francavila, Marqués de Mondéjar, Marqués de Cañete, Conde de Pliego, y Don José y Don Luis, hijos de Don Pedro Gómez, Don Alonso de Arellano, señor de Clavijo, y Don Francisco de Mendoza, señor de Yunquera, y Don Fernando de Figueroa, Don Luis de Silva, Don Alonso de Arellano, su cuñado, Don Pedro de Mendoza, tío del de Yunquera, y Don Pedro de María, el maestresala, Don Lope de Torres, Don Francisco de Zúñiga y su hija, y Don Apóstol de Castilla, Don Alonso Manrique, Don Juan de Mendoza, y el señor Don Juan y Don Bernardino de Mendoza, y todos los caballeros de Guadalajara y de la

casa de Su Señoría Ilustrísima, y con mucha autoridad salieron á recibirle hasta la puente, donde se encontraron. Venía el dicho señor Don Rodrigo por la posta con hasta cincuenta caballos, acompañado del Conde de Melgar, Don Pedro Laso de la Vega, Don Rodrigo Laso, su hermano, Don Juan Niño, Don Juan Zapata, hijo del de Barajas, Don Sancho de la Cerda, Don Alonso de Mendoza, señor de Griñón, Don Juan Hurtado y Don Pedro Hurtado y su hijo Don Francisco de Cisneros y Don Benito, su hijo, Don Felipe de Herrera, Don Pedro de Bobadilla, Don Andrés de Acuña, y los que hemos dicho que salieron de Guadalajara á encontrarse con él. Había salido delante el señor Don Rodrigo, á recibirle, una compañía de mosqueteros, y con ellos Juan de Moraza á caballo y armado con el estandarte de la casa, y habiendo hecho los mosqueteros la salva, y ni más ni menos con tres piezas de artillería que estaban en Castel de Judíos, llegó Moraza con su estandarte y se le entregó pasada la puente, haciendo una plática en demostración del contentamiento con que era rescibido en esta casa. Llegó el señor Don Rodrigo á verse con el duque mi señor, se apeó de su caballo y llegó á pedirle las manos; á este tiempo se apearon el de Mondéjar y el de Francavila, y habiendo besado las manos á su hermano, y siendo rescibido por todos los demás con mucho contentamiento, se pusieron á caballo y fueron entrando con mucha orden y autoridad, llevándole en medio el almirante y el de Mondéjar, y al tiempo de apear, fueron rescibidos con mucha música de ministriles y trompetas y atabales, y en apeándose, se entraron á quitar las botas y se vistieron para el desposorio; estando vestidos todos estos señores, salieron las señoras á la sala del *Linaje*, donde estaba puesto un grande estrado debajo del dosel, las cuales fueron mi señora la duquesa del Infantado, duquesa de Medina de Rioseco, Doña Ana Enríquez, su hija, marquesa de Cogolludo, marquesa

de Cañete, Doña Mariana Bazán y Doña Mariana de la Cerda y Doña Mariana de Mendoza, Doña Isabel de Mendoza, Doña Leonor de Zúñiga, Doña Catalina de Arellano, Doña Catalina de Guevara y Doña María de Moncada, y puestas en el estrado, aguardaron entrasen todos los señores al desposorio, y aunque estaba resuelto que viniese por los corredores de la casa, hubo tanta gente que no se pudo entrar por allí, y así fué forzoso venir por la parte de dentro á la cuadra de la alhania, y de allí, salir al corredor de la puerta y venir á entrar á la sala del *Linaje*, donde como dicho es, estaba el estrado de las señoras, en el cual estrado estaba Don Diego de Acuña, sentado á una parte, por su impedimento, y el señor Fray Antonio de Mendoza, provincial de Castilla, y Fray Antonio Manrique y el señor Don Bernardino de Mendoza: entraron todos estos señores muy galanes, y el señor Don Rodrigo salió de blanco, calzas y cuera y bohemio de tela de plata, bordado y aforrado en lobos cervales, y todos los demás cosa muy grande, telas y bordaduras y mucha riqueza de oro y perlas y otras joyas muy ricas, entre los cuales, el duque de Francavila sacó un vestido de calzas, casaca y bohemio de tela de plata, todo cuajado y bordado de aljófar y perlas y muy rico, y el marqués de Mondéjar salió de blanco con bohemio forrado en lobos, y de la misma color salieron todos los demás señores y caballeros; y habiendo llegado al estrado, se leyó por un notario apostólico el Breve de la dispensación que Su Santidad concedió para este casamiento, para que constase á todos de ello, y luego el señor Don Bernardino de Mendoza, capiscol y canónigo de la Santa Iglesia de Toledo; hizo el preste de Guadalajara los desposorios con la solemnidad que se requiere, y hecho esto, el desposado tomó su lugar con mucho contentamiento de todos; se tornaron á sentar en el mismo estrado las señoras y los grandes, para quien se pusieron bancos en el estrado y para los demás en la sala.

Salió á representar Ganasa el italiano una comedia, la cual oyeron con mucho aplauso, y por haber tanta gente no se pudo representar en el tablado que para ello estaba hecho; acabada la comedia se pusieron las mesas en la sala del *Linaje*, para los señores y caballeros, y en la de las *Vistas*, las de las señoras, en la cual cenaron el almirante y el señor Don Luis de Córdoba, su yerno, Don Luis Enríquez, hijo del almirante y el marqués de Montesclaros y el desposado y todas las señoras, como está dicho; en la mesa de los caballeros cenaron el marqués de Mondéjar, el Ilustrísimo del Infantado, el conde de Pliego, Don Francisco de Mendoza, hermano del de Mondéjar, Don José, hijo de Don Pedro Gómez, Don Pedro de Mendoza, Don Luis, hermano de Don José, Don Benito de Cisneros, Don Juan Hurtado, señor de Fresno, Diego López de Zúñiga, Juan de Zúñiga, Don Pedro de Bobadilla, Don Francisco de Guzmán, Don Andrés de Atienza, Don Fernando de Figueroa, Don Alonso de Arellano, Don Rodrigo de Mendoza, hermano del de Cañete, Don Diego de Acuña, el duque de Francavila, el marqués de Cañete, Don Juan Zapata, hijo del de Barajas, Don Bernardino de Mendoza, hijo del de Coruña, Don Juan Niño, Don Alvaro de Mendoza, castellano de Nápoles, Don García, hermano del de Cañete, Don Alonso de Mendoza, señor de Cubas y Griñón, Don Juan Hurtado, hijo del señor de Fresno, Don Francisco de Mendoza, señor de Yunquera, Don Juan de Mendoza, hermano del de Mondéjar, Don Pedro Laso de Vega, Don Rodrigo Laso, su hermano, Don Alonso de Arellano, Don Felipe de Herrera, Don Lope de Torres, Don Sancho de la Cerda, Don Pedro de Mendoza, tío del señor de Yunquera, Don Luis Carrillo, tío del de Pliego, Don Antonio Polo, señor de Escariche, Don Luis de Villa; á la otra cabecera Don Francisco de Mendoza, Don Francisco de Cisneros. Acabada la cena se fueron todos acostar, y el señor Don Rodrigo durmió en

la cuadra de la *Linterna*, en una cama que le estaba hecha para esta noche.

Domingo siguiente, salieron á las once del día todos los galanes y damas susodichas, acompañando á los novios, los cuales iban vestidos, mi señora Doña Ana con saya de raso encarnado, toda bordada de oro, y la llevaba la falda el marqués de Montesclaros, y á mi señora la duquesa, Don Diego de Mendoza, y el señor Don Rodrigo, con calzas y jubón de tela encarnada y capa de terciopelo, y fueron á la iglesia del señor Santiago, la cual estaba muy bien aderezada, colgada de damasco carmesí y hecha una calle todo el cuerpo de la iglesia, y en la capilla mayor había tres sitiales de brocado, uno á las gradas del altar mayor para los novios; éste era de tela encarnada, y otro para los señores, á mano derecha, y otro para las señoras, á mano izquierda; á la puerta de la iglesia, salió el dicho señor Don Bernardino de Mendoza, capiscol y canónigo de Toledo, con ocho clérigos vestidos con sus capas de coro, y allí les echó las bendiciones nupciales; y al entrar hubo tanta gente, que con mucha dificultad se pudo entrar á la capilla mayor. Fueron padrinos el almirante mi señor y la duquesa de Medina, su mujer; díjose la misa con mucha solemnidad y música, y hubo tanta gala en los señores y caballeros y damas, que fué cosa muy para ser vista; estuvieron en la tribuna del pasadizo, mi señora la marquesa de Montesclaros, y mi señora Doña Isabel, y Doña Mencía, y Doña Luisa, y Doña Juana, hijas del duque, y la señora Doña Francisca y Doña Ana, hijas de la de Montesclaros. Acabada la misa se volvieron á casa, donde estaban puestas las mesas por la misma orden que la noche de antes, y así se les dió la comida con mucho concierto; este día no se halló á las bodas Don Pedro de Bobadilla, porque estuvo indispuesto y sangrado. A la tarde hubo carrera delante de palacio, y corrieron todos estos señores caballeros con mucha gallardía, y se

holgaron mucho. A la noche representó Ganasa el italiano, con que se entretuvieron hasta que fué hora de cenar.

Otro día, lunes, fué día de cuartana, con lo cual no pudo haber mucho entretenimiento, porque todos estos señores atendieron á la salud de Su Excelencia. A la tarde representó Ganasa en el patio, para que lo pudiese gozar toda la gente, que era mucha la que de la ciudad y de su tierra acudió y la que vino de Madrid, Toledo, Salamanca, Toro, Sigüenza y otras partes, así de caballeros y señores principales que vinieron embozados, como de otra gente común, que de día y de noche llenaban la casa, que estaba muy bien aderezada de telas de oro y tapices y camas ricas. Martes siguiente, salieron los señores á misa al pasadizo de su casa, y luego se fueron á comer por la orden que los días de atrás, y á la tarde hubo comedia en la sala del *Linaje*, que duró hasta las ocho de la noche, y acabada se entretuvieron los señores caballeros rifando algunas cosas, y luego se les dió de cenar por la orden que los demás días. Miércoles siguiente, no se pudo dar la comida de los señores por la orden que los días de atrás, porque muchos de ellos habían de jugar á las cañas este día, y ansí comieron algo más temprano que solían y en diferentes mesas; las señoras comieron en la suya por la misma orden que los demás días, y luego se comenzó á poner la plaza y ventanas de la casa y caballería, las del artillería, con mucha gente y muchas señoras y gente principal; y á las tres de la tarde se empezaron á correr los toros, que han sido muy buenos. Corridos los cinco, entró el juego de cañas, con seis cuadrillas de á seis cada una, que las sacaron Don Diego de Mendoza, sobrino del duque, Don Francisco de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, Don Jerónimo de Mendoza, heredero del conde de Coruña, Don Francisco de Mendoza, señor de Yunquera, Don Fernando de Figueroa, el conde de Melgar, los cuales sa-

caron sus cuadrillas de las colores siguientes: Don Diego de Mendoza, de blanco, tela de plata prensada, Don Francisco de Mendoza, blanco y negro, Don Bernardino de Mendoza, azul y blanco y encarnado, Don Francisco de Mendoza, verde y blanco, Don Fernando de Figueroa, amarillo y blanco.

Entraron primero en la plaza, en cuadrilla de Don Diego de Mendoza, Don Luis Enríquez, hijo del almirante, y el marqués de Montesclaros; y luego entró todo el juego por orden, y habiendo hecho la primera entrada, se pusieron los puestos y salieron de la plaza, el uno, por la parte de la puerta hasta la puerta de la Feria, y el otro por la parte de Santiago; y habiendo mudado caballos y tomado adargas y cañas, entraron todos á un tiempo, unos por una puerta y otros por otra, á galope, y habiendo dado la vuelta á la plaza, se plantaron en sus puestos y comenzaron á trabar el juego de rodeo, y como hubieron jugado un rato, salió un toro al despartir, y todos los caballeros se estuvieron en la plaza corriéndole á caballo, y lo mismo hicieron los otros dos que quedaban, con lo cual se gastó todo el día, de manera que la fiesta se acabó de noche. Estuvieron á ella los novios en una ventana, y todas las demás señoras en las otras; y los señores y caballeros, y Su Excelencia con ellos, estuvieron en un tablado que se hizo en la delantera de la casa, á la puerta de las bóvedas. Esta noche se pasó la noche con solemnizar la fiesta que aquel día se había hecho, de que todos quedaron muy contentos. Comenzóse á tratar de hacer otra fiesta de toros, y luego de cañas y torneo de á pie dentro de casa, y por ser el tiempo tan diverso, no pudo haber lugar al concertarse; y así tantos días que estos señores y caballeros estaban fuera de sus casas, no pudieron aguardar á que abonase y se pudiera efectuar.

Jueves siguiente salieron de Guadalajara el marqués de Mondéjar y el duque de Francavila, cada uno por sí,

por la orden que vinieron, y también se fueron este día Don Sancho de la Cerda y Don Juan Zapata. Este día fué de cuartana, y los demás señores y caballeros que quedaron se entretuvieron, y á la noche se despidieron de Su Excelencia, Don Pedro Laso y Don Rodrigo Laso, su hermano, Don Juan Niño y Don Pedro de Bobadilla, que todo este tiempo había estado malo, y Don Diego de Acuña, todos los cuales se fueron á otro día, viernes, el cual día le pasó entreteniéndose con Su Excelencia y con los novios. Sábado siguiente, salieron á misa á San Francisco, acompañados de los padrinos y del conde de Melgar, y Don Luis de Córdoba y su mujer, y del conde de Pliego, y marqués y marquesa de Cañete, y Doña Mariana de Bazán, y Doña Mariana de Mendoza, y la marquesa de Cogolludo y Don Bernardino de Mendoza, y todos los caballeros de Guadalajara, que todos fueron tan galanes como el día de la boda; y habiendo venido de misa, comieron todos los huéspedes en una mesa, sin haber otras. Después de comer, partieron de Guadalajara el almirante y mi señora la duquesa su mujer, y el señor Don Luis de Córdoba y su mujer, y el conde de Melgar y Don Diego Enríquez, su hermano, y sus casas y criados á dormir á Alcalá; y á otro día siguiente se fué el conde de Pliego, y el marqués y marquesa de Cañete se quedaron en Guadalajara. A todos estos señores y caballeros y su gente, casas y criados, y á todos los demás que en esta ocasión se hallaron en Guadalajara, y muchos caballeros embozados que vinieron á ver la fiesta, se les aposentó muy bien, y se les dió raciones muy cumplidas todos los días que estuvieron en Guadalajara; de manera que cada día se dieron más de 3.000 raciones, para lo cual todo hubo muy bastante recaudo y provisión en las despensas y botillerías; y para esta ocasión sirvieron los concejos de la tierra de Su Excelencia, que son comarcanos, con 50 pavos, 650 perdices, 140 conejos, 300 cabritos, 20 terneras, 400

capones, más de 1.000 gallinas y 50 liebres, demás de lo cual se proveyó, como dicho es, de mucha más cantidad que esto, para que hobiese bastante recado, y todo fué menester según la muchedumbre de gente que hubo y raciones que se dieron, como dicho es, fueron en gran cantidad.

XV

DESPEDIDA

DE FELIPE II Y DE LA INFANTA DOÑA CATALINA.

(Año 1585.)

Jueves á 13 de Junio, en acabando de comer, Sus Altezas se fueron para su padre, como tenían de costumbre, y estuvieron con él hasta las cuatro y media de la tarde, que se fueron á merendar á su aposento, y debió ser justamente á despedirse á solas. A esta hora, Su Majestad, con capa y gorra, se fué á un pasadizo que cae á la mar, donde habiendo estado un poco, envió á llamar á Sus Altezas; al salir de su aposentó, fué tanto el lloro de las damas que se quedaban, de las que se iban, y la prisa á despedirse de Su Alteza y las unas de las otras, que parecía día del Juicio, y en Sus Altezas se echaba bien de ver la pena por más que disimulasen, porque iban hinchados y encarnizados los ojos de llorar. Como llegaron donde estaba Su Majestad, vino luego el de Saboya, y á cabo de media hora que estuvieron en buena conversación, enviaron á llamar las dueñas de honor y damas que habían de ir á Saboya; entre tanto, el Príncipe de Genavois y Don Amadeo, entraron á despedirse de Su Majestad y tomar su licencia cada uno; y el príncipe fué el primero que fué á besar la

mano á Su Majestad, que le acarició como suele, y honrándole y haciéndole toda merced, y lo mismo á Don Amadeo, porque con muchas muestras de amor le habló y favoreció. Acabado esto, volviéronse por la misma puerta que entraron, acompañados del señor duque de Saboya, que fué con ellos hasta la sala; volvió Su Alteza, y fué á pedir la mano á la infanta Doña Isabel, por la despedida, la cual, con muy buen semblante, le abrazó, disimulando lo más que pudo que sentía la partida, y haciéndose una reverencia se despidieron, yéndose la infanta Doña Catalina con su padre y marido á embarcarse por otro pasadizo más bajo, donde llegaba la galera, quedando su hermana con harta ternura, dando la mano á las damas que iban con Su Alteza, que con muchas lágrimas se despedían, dejando su servicio; y llegando á quince pasos de la galera, el de Saboya se hincó de rodillas á pedir la mano á Su Majestad, el cual, quitada la gorra, le abrazaba y levantaba, y el duque porfió tanto á besarle la mano, que lo hizo con muchas lágrimas y llanto, que mostraban bien el amor concebido á tal suegro; y yendo á hacer lo mismo la infanta Doña Catalina, queriendo Su Majestad estorbárselo, la abrazó, y porfiando Su Alteza, se la cogió y besó con tal lloro y lágrimas, que enterneció á Su Majestad, de suerte que se le arrasaron los ojos de agua; y por no hacer más extremo, la dejó sin hablar más palabra, volviéndose á las damas, que cada una de por sí fué á pedir la mano á Su Majestad, á quienes recebió con la cortesanía y buena gracia que suele, aunque en tal tiempo estando con mucha ternura. A este tiempo, todos los caballeros de la cámara fueron á hablar á la infanta Doña Catalina, porque de su marido ya estaban despedidos, con tantas lágrimas y pena que no se puede encarecer; al fin se embarcaron, y no salieron luego más que un tiro de arcabuz, porque aguardaron á un tiempo hasta cerca de la una de la noche; al pasar del golfo, una nao les hizo la guía; hase tenido dos

veces nueva de su buena salud; es la postrera, de la llegada á Rosa, y según el temporal que llevaban, deben ya estar en Trocín.

Viernes á 14, salió Su Majestad de Barcelona á dormir á una casa de recreación que llaman la Torre de Llobregat, donde se detuvo hasta domingo en la tarde, que fué á Sant Cugat en el monesterio de frailes benitos claustrales, cuyo es el dicho lugar. Lunes fué á dormir á Horriel, y martes, las jornadas hacía Su Majestad cortas, por andar achacoso de la gota y hacer poco ejercicio, que por casa andaba con báculo, y haber el dicho domingo tenido cámaras, que hizo diez, y no comer lunes siguiente hasta la noche, y por la gran calor sobrevenida; habíanse de alargar [las jornadas] por el deseo que Su Majestad tenía de llegar á Monzón y acabar las Cortes, que se teme sean largas. Había Su Majestad de llegar á Monzón á 28, y á 29 se habían de proponer las Cortes.

XVI

RELACIÓN

Y MEMORIA SUMARIA DE LO ACONTECIDO EN BAYONA (GALICIA) ESTE AÑO DE 1585.

A 7 de Octubre llegó Francisco Draques, cosario inglés, con veintiocho naos gruesas á las islas de Bayona, puerto de mar diez y ocho leguas de Orense, dos leguas de las mismas islas; y aún no era bien sabida su venida, cuando la mesma noche á las ocho horas, con veinticuatro lanchas llegó á Nuestra Señora del Burgo, que es como arrabal de la mesma villa, y echó en tierra mil y quinientos hombres. Luego fué sabido por Pedro Bermúdez de Santiso, capitán por Su Majestad en aquella villa, el cual había seis días que era llegado allí desde Lisboa con orden de Su Majestad, y á la hora se recogió con ciento cincuenta soldados que tenía dentro la villa que se llama Monte real, dejando desamparado el arrabal y pescadería, que es muy mayor que la misma villa, porque la gente que la habitaba, unos huyeron y otros se recogieron con el capitán. Pedro Bermúdez envió un hidalgo con dos compañeros, y un inglés de los que tratan en este reino, con bandera de paz al inglés, diciéndole que él había sabido que su merced estaba en aquel puerto, que le suplicaba se vi-

niese á la villa á recibir algún servicio y regalo. El Francisco Draques replicó que Bermúdez no estaba allí; y certificado dello por el inglés que iba en compañía de nuestro embajador, preguntó cuánta gente tenía y se le respondió, que doscientos y cincuenta soldados; replicó que no era posible tener más de ciento, y con esto los invió. Luego Draques invió un capitán suyo con bandera de paz á Pedro Bermúdez, diciendo que él había venido por mandado de la serenísima reina de Ingalaterra su señora, sobre aquella fuerza de Bayona, á deshacer la que Su Majestad del rey nuestro señor había hecho á los ingleses en los haber aprisionado y tomado sus haciendas, que le pedía luego se los entregase libremente, y si no, que con cincuenta naos gruesas que traía, asolaría y echaría por tierra aquella villa y puerto. Replicóse por Pedro Bermúdez, que Su Majestad no había hecho ninguna fuerza ni agravio á los ingleses, ni estaban presos ni tomadas sus haciendas, antes andaban libres cobrándolas y beneficiándolas, como ellos lo podían decir, y que siendo esto notorio, y la reina inglesa hermana de Su Majestad, no podía creer que viniese con semejante demanda; que le suplicaba otra vez viniese á aquella villa á recibir servicio y regalo, y que si todavía se determinaba en seguir el propósito declarado, le hacía saber, que él era uno de los menores capitanes que tenía Su Majestad; mas con todo eso estaba defendiendo aquella fuerza con dos mil hombres, con los cuales y su justicia, y con defender la fe y honra de Dios, esperaba en su Divina Majestad defendella de todo el poder del mundo; y queriendo replicar el capitán, le mandó que no hablase más y se fuese, si no quería que le hiciese colgar de una almena. Vuelto el inglés á su capitán con este recado, hacía tan áspera y brava tormenta, con aire, agua y escuridad, que no teniéndose por seguro el inglés, acordó volverse á su armada y naos, que como digo estaban dos leguas de allí, y lo hicieron dejando que-

mada una imagen muy antigua de Nuestra Señora y otras imágenes, y quemada una casa, y con la priesa se quedaron sin poder embarcar dos mancebos ingleses, los cuales fueron hallados por la mañana entre unas peñas, y los llevaron á Pedro Bermúdez; tiénese por milagro la tempestad de aquella noche, porque á no hacella, robaran, quemaran y asolaran á la villa vieja de Bayona, sin ninguna resistencia porque no la había. Luego nuestro capitán dió aviso al señor obispo de Tuy, que andaba media legua de allí visitando, y á los demás señores y lugares cercanos, para que le favoreciesen con gente y bastimentos para ella, y por otra parte á Su Majestad y al señor cardenal que estaba en Lisboa. Al aviso y orden de Bermúdez, acudieron á Bayona á 8 y 9 de Octubre muy cerca de cinco mil hombres; Don Diego de Córdoba, capitán de Su Majestad en Camiña, lugar de Portugal, fué con su compañía de ciento cuarenta mosqueteros y arcabuceros; el señor obispo de Tuy, Don Bartolomé de Molino, invió cuatrocientos; Don Diego de Acuña, yerno de Don García Sarmiento, señor de Salvatierra, mil quinientos hombres arcabuceros y piqueros muy en orden; los demás se descolgaron de aquellas sierras y lugares á cien vecinos. Dióse orden á 9, de alojar y repartir por aquellas aldeas y lugares toda esta gente, y nuestro capitán, con Don Diego de Córdoba y Don Juan Maldonado, capitán por Su Majestad en aquella villa, natural de Salamanca, se estuvieron á la mira de lo que el enemigo pretendía hacer, sin descuidarse sólo un punto, antes con ánimo y deseo de venir á las manos con el enemigo. La armada enemiga, temiendo algún revés causado por el bravosísimo tiempo y tempestad que hacía, acordó acogerse como lo hizo á la ría de Bouzas y Vigo, que está tres leguas de Bayona, con veintisiete navíos, y otro que tomaron de aceites que había llegado de Sevilla, dejando una en las islas por espía y atalaya; esto fué miércoles 9 á la noche. Jueves 10 de Octubre, sabido por

nuestro capitán lo dicho, á las diez de la noche salió de Bayona, y en su compañía Don Diego de Córdoba con su compañía de ciento cuarenta mosqueteros y arcabuceros, y con cuatrocientos arcabuceros de las compañías y gente de Don García Sarmiento y con la gente del obispo de Tuy, toda escogida, y antes que amaneciese llegaron á Vigo, que son tres leguas, y en muy buena orden comenzaron á caminar hacia la armada enemiga que estaba en el Cabrón de Teis. Este mismo día jueves, sabiendo los enemigos que en aquel valle de Teis había ganado vacuno, con cuatro lanchas saltaron en tierra algún número de gente para llevarlas. Sabido por algunos de los de nuestro campo, se desgarraron dél por orden del capitán treinta arcabuceros soldados viejos de la compañía de Don Diego de Córdoba, y viendo los enemigos, comenzaron á escaramuzar con ellos de tal manera, que de la armada enviaron socorro y lanchas; mataron los nuestros dos, y un soldado de los nuestros, viéndose con uno rostro á rostro, encararon los arcabuces y no tomaron lumbre, y con las espadas se afirmaron, y el nuestro pasó de una estocada á su contrario, y con el cuchillo de la vaina se puso encima dél, y le cortó la cabeza, y estándosela cortando, los enemigos de las lanchas le tiraron al nuestro muchos cañonazos, mas plugo á Dios que no le acertaron, y en la punta del cuchillo trajo la cabeza á Vigo, y el capitán le señaló de ventaja seis escudos; los enemigos entraron en la iglesia y quemaron la imagen de San Salvador y llevaron la campana. Pasando el miércoles por Vigo el enemigo con su armada, tomó un barco que allí estaba tres días con la riqueza de la iglesia de aquella villa; estimóse en cinco mil escudos, y otros dicen mucho más. Estando junta la armada enemiga en el puerto de Teis, y nuestro capitán en Vigo con toda su gente, que serían cinco mil hombres bien puestos, se dió orden de componerlos, y á 11 del presente y á las dos de la noche, á la orilla del mar, en una montañita frontero

del enemigo, sin ser sentidos se embarcaron ciento y ochenta arcabuceros y mosqueteros de la compañía de Don Diego de Córdoba y de la gente de Don García Sarmiento. El sábado siguiente 12, salió Bermúdez acompañado de muchas personas principales de Vigo, y después de haber formado escuadrón arriba en el monte, y dejando abajo en el arenal seis banderas en orden, mandó al capitán Don Juan Maldonado se quedase en el campo formado, y él con Diego de Acuña y Diego Sarmiento, Benito de Barros y Don Lope García Sarmiento, y Don Juan Saravia, tesorero de Tuy, y el cauónigo Manuel Pereyra y otros muchos caballeros de la tierra, se puso á la orilla del puerto donde estaba la armada, y luego invió recaudo al enemigo diciendo que él estaba allí, y que quería saber dél qué era lo que pretendía, ó quería más de lo que había dicho, y á esto vino una lancha de la armada adonde estuba Pedro Bermúdez, y lo que resultó fué, que Pedro Bermúdez se embarcó en la dicha lancha con todos los dichos y muy poco á poco se fué hacia la armada. A esta sazón salió de la capitana el enemigo en otra lancha, y muy poco á poco se vino hacia donde estaba la de nuestro capitán, y poco lejos de la armada se juntaron las dos lanchas, y se hablaron, y porque el enemigo dijo que quería hablar con nuestro capitán á solas sin testigos, le rogó se pasase á su lancha, y ansí lo hizo puntualmente con el dicho tesorero, y Pedro Ortiz de Ecija y el administrador Martín Aragonés y los dos capitanes, hablaron solos.

Lo que resultó fué, que el Francisco Draques había de volver todo lo que había tomado, que era la plata y ornamentos de Vigo y todo lo demás que está dicho, y que en lo que él pretendía de que se restituyese á la reina de Ingalaterra sus vasallos y haciendas, que pues aquello no se podía hacer sin orden de Su Majestad, que en el entretanto que se le diese parte y escribiese á la reina de Ingalaterra, no haría daño con su armada en este puerto ni

reino, y acabada esta resolución se dieron rehenes; de nuestra parte se dieron dos caballeros, que fueron Don Gabriel de Quirós y Sotomayor y Juan Sarmiento, y por el enemigo se entregaron dos hombres, al parecer honrados, y otro mozo. Con lo dicho se deshizo el campo, y salieron los de la emboscada y se fueron todos á sus casas, digo los de la tierra, y el capitán Bermúdez se fué á Bayona con los rehenes domingo siguiente. Estando la armada en el puerto de Teis, subieron dos lanchas, digo tres, con ciento y cincuenta hombres por la ría arriba, para saquear á Redondela que está legua y media de allí; sabido por los de la villa, huyeron luego, y las monjas que hay allí; y al tiempo de entrar por la ría junto á la villa, la mar iba baja y encallaron las lanchas, y con miedo de perderse dieron la vuelta sin hacer efecto, permitiéndolo Dios, porque si fueran, asolaran el lugar, que será de quinientos vecinos. Las lanchas dieron la vuelta; fueron á la isla de San Simón, que está de allí medio cuarto de legua, con sólo un monasterio con seis frailes franciscos, los cuales en aquel punto se habían metido en un barco, y cuando salieron á tierra ya los escopeteaban; en efecto, se escaparon, y ellos fueron al monasterio y quebraron la campana y la llevaron, y otras cosas. El Santísimo Sacramento llevó un fraile en la manga con la custodia, y con esto se volvieron á su armada. A 15 del dicho, habiendo pasado lo dicho, el enemigo, no cumpliendo lo que se había tratado, como sin fe y sin ley, tomó junto á Vigo una nao de bacalao. Visto esto por Pedro Bermúdez, le invió á decir con Don Juan Maldonado que restituyese la riqueza de Vigo y las naos que había tomado; la respuesta fué que prendió al Don Juan Maldonado y á los que con él iban. Visto esto por Pedro Bermúdez, tornó á mandar que volviese la gente, lo cual se hizo, y á los 17 salió el enemigo del puerto de Teis, preso el capitán Maldonado y los otros, y se pasó á las islas de Bayona donde había estado. Al punto,

nuestro capitán repartió la gente que le había venido por estancias para la defensa. A 19 el enemigo tomó dos naos que venían del Brasil á la boca de las islas, y luego el mesmo día el enemigo invió á nuestro capitán todos los que tenía presos en su nao y los rehenes, con que se holgó harto, y á él se le inviaron los rehenes que tenía Bermúdez. A 24 alzó velas y se fué el enemigo no se sabe á dónde, y la gente se volvió á sus casas, salvo las capitanías de soldados viejos, que esos se están en Bayona con Pedro Bermúdez, al cual Su Majestad hizo capitán de guerra y le invió título.

XVII

RELACIÓN

DEL VIAJE QUE HIZO Á ROMA EL CONDESTABLE DE CASTILLA.

(Año 1586.)

Partió el condestable de Castilla de Nápoles por la posta, á prestar la obediencia por el rey Don Felipe su señor, á la Santidad de Sixto V, primero de Marzo año 1586, acompañado de Don Diego de Mendoza, marqués de la Valle, Don Octavio Garrafa, marqués de Ansi, Don Alonso Girón, hermano del duque y conde de Urueña, Fabricio de Sangro, Don Baltasar de Zúñiga, hermano del conde de Monterrey, Don Juan de Mendoza, hijo del conde de Castro, Don Juan Pacheco, hijo del conde de Montalván, Don Juan de Leiva, hijo del príncipe de Asculi, Don Gaspar de Sandoval, hijo de Don Hernando de Rojas, Don Alonso de Mendoza, hijo de Don Diego de Mendoza y nieto del marqués, Don Pedro González, castellano de Castilnovo de Nápoles, Don Luis de Velasco, hijo de Don Juan de Velasco, señor de Castrillo, y Juan Baptista Tassis, correo mayor en el dicho reino. Salió con él su suegro el duque de Osuna, virrey de Nápoles, hasta dejalle un rato fuera de la ciudad con todos los caballeros y señores della. Aunque el

nombre era de posta, no corrió, por ser mucho el número de la gente que iba con él. Durmió aquella noche en Capua, otra en Sessa, otra en Fondi, otra en Piperno, otra en las Casas novas, otra en Cisterna, donde fué hospedado de Honorato Gaetano, otra en Velitre (1), y desde allí fué otro día á comer á Grutaferrata, diez ó doce millas de Roma, abadía del cardenal Alejandro Farnesio, donde halló al conde de Olivares, embajador de Roma por Su Majestad, con muchos caballeros y señores romanos y de otras naciones. Comieron hospedados del dicho cardenal; acabada la comida, fué el condestable con el embajador en un coche á Roma, encubierto, á besar el pie á Su Santidad como se acostumbra hacer, y los caballeros que con él venían quedaron en Grutaferrata aquella noche, y otro día de mañana se pasaron á Mariño, lugar de Marco Antonio Colonna, á esperar orden de lo que habían de hacer, y allí estaba la casa del condestable hospedándolos; el condestable llegó á Roma á las cuatro de la tarde, y para esperar hora á propósito de hacer su visita, se entró en la viña del cardenal Granvela, y estuvo allí hablando con el embajador un rato; después, sabiendo que el Papa había salido de San Pedro á dormir á su viña, entraron á la ciudad con sólo un coche y dos criados suyos dentro, y se apearon en Santa María la Mayor cerca de la viña; y después de visitadas las reliquias que allí hay, se pasearon esperando que los avisasen de la llegada del Papa. Fueron allá media hora antes de la noche y entraron solos; hincó el condestable la rodilla en tierra, entraron en la cámara del Papa y cerca dél hizo otro tanto, y después le besó el pie, y hincado de rodillas le dió su embajada y una carta de mano del rey en creencia suya, mandándole luego levantar y sentar en un banquillo de espaldas á su mano derecha, y al embajador en otro á la izquierda, y respon-

(1) Velletri.

dió muy amorosamente á lo que le había dicho; y preguntándole de la salud del rey y de la suya, y atravesándose otras pláticas ordinarias, llegaba ya la noche y así se despidió el condestable, haciendo en levantándose la reverencia hasta poner la rodilla en el suelo, y al salir de la puerta otro tanto, y echándole el Papa la bendición á cada humillación, como lo había también hecho á la entrada. Acabado esto, que fué sábado á los 8 de Marzo, se entraron en el coche y se fueron á alojar á casa del embajador, donde entraron por una puerta falsa sin ser vistos, y en casa esperaban al condestable, el cardenal Gesualdo (1), el cardenal de Aragón (2), el cardenal Alejandrino, el cardenal Santa Severina, el cardenal Don Pedro de Deza, todos vasallos de Su Majestad, y Ranucio Farnesio, hijo mayor del príncipe de Parma y nieto del duque Octavio Farnesio, y su hermano Don Duarte y Marco Antonio Colonna, condestable de Nápoles, y su hermano Don Felipe Colonna. Hallólos el condestable á todos en el aposento de la condesa de Olivares, su prima, donde los habló á ellos y á ella; estuvieron media hora hablando, y siendo ya tarde, se fueron los cardenales y los otros caballeros, acompañándolos el condestable hasta dejallos en sus coches; y esto hecho, se volvió con su prima, y después de haber pasado gran rato en conversación con ella y su marido, y acabado de cenar, se recogió á su aposento. Otro día, domingo á 9 de Marzo, se estuvo en Roma sin salir de casa; mas vinieron á velle algunos cardenales y otros aficionados al servicio del rey. Concertóse la entrada para el lunes; dió el Papa consistorio para el martes á 11 del mismo, y así invió el condestable á mandar que todos aquellos caballeros y su

(1) Alfonso Gesualdo, cardenal de Santa Cecilia, obispo de Ostia.

(2) Simón de Taviglia d'Aragón, cardenal de Santa María de las Termas.

casa, que había quedado en Mariño, viniesen el lunes á mediodía á la viña del Papa Julio, de donde es costumbre hacer las tales entradas, y ansí lo hicieron; y en acabando de comer, salió allá el condestable con el embajador, tapados en un coche, y halló allí todos aquellos caballeros. Comenzaron luego á venir muchos obispos y otros perlados, caballeros y señores romanos, y las familias de los cardenales, y sus mulas aderezadas de pontifical, y aunque llovía mucho, estando ya junta mucha gente, se pusieron á caballo. Es la viña más de un tiro de arcabuz fuera de la ciudad, y salieron della acompañados de toda esta gente y la guardia del Papa. Iba el condestable con el embajador á su mano izquierda, y detrás dellos todos los arzobispos y obispos, de dos en dos por su antigüedad, delante del condestable; iban los caballeros que con él vinieron mezclados con los de Roma, y más adelante la familia del condestable. En este orden fueron hasta la puerta del Pópulo, y fuera della cosa de treinta pasos, hallaron la casa del Papa y los patriarcas, y parando allí, hizo el maestro de casa del Papa un razonamiento, diciendo al condestable el contentamiento que Su Santidad tenía de su venida y cómo le enviaba allí su casa para recibille. Respondió el condestable á todo, y hecho esto, tomáronle el maestre de casa á la mano derecha, y el patriarca de Constantinopla, que es el primero, al lado izquierdo; el embajador se quedó detrás, en medio de dos patriarcas los de más dignidad después del de Constantinopla, y desta manera entraron por la calle del Pópulo con mucha agua y mucho acompañamiento, y fueron á dejar al condestable en casa del duque de Urbino, donde posaba el embajador, y en llegando á ella, paró á la puerta, hablando al maestro de casa, á los patriarcas y perlados, que se fueren desde allí. Hubo gran gala en los que venían con el condestable, aunque el mal día no la dejó lucir mucho.

Otro día lunes, á 10, á las nueve de la mañana, vinieron

acompañar al condestable todos los perlados, señores y caballeros de Roma, las guardias del Papa y su sobrino Miguel de Montalto, capitán dellas, al cual, por ser de edad de diez años, y el agua y frío muy grande, hizo meter en un coche y irse delante á palacio. Salió de la posada el condestable y á su lado izquierdo el embajador, delante los señores y caballeros, detrás los perlados, y así fueron hasta palacio, no faltando las lluvias ordinarias; llegaron muy mojados, y entretanto que el Papa bajaba á la sala regia, los llevaron á los aposentos que en él tiene el cardenal Savelli (1); de allí á un rato vinieron los maestros de ceremonias, y al condestable y al embajador juntos como habían venido, tomaron en medio los dos primeros patriarcas, y así los llevaron á la sala del Consistorio, y era la que llaman *Regia*, donde el Papa estaba sentado en la forma sólita, y los cardenales de un lado y otro en sus bancos, y al entrar en aquella plaza que hacen los bancos de los cardenales, pusieron la rodilla en tierra, habiendo antes de entrar en ella pasando el condestable á su mano derecha al embajador, por advertir los maestros de ceremonias, que el otro era el más digno lugar, por caer más cerca del banco de los cardenales, que está á mano derecha del Papa. Desta manera fueron caminando, y al llegar á unas gradas del solio donde estaba el Papa, hincaron segunda vez la rodilla en tierra, y subió el condestable y besó el pie al Papa y después la mano, ceremonia deste acto. El Papa le tomó el rostro con las dos manos y le llegó el suyo á un lado y á otro lado. Hizo el condestable un razonamiento sin levantarse, á propósito de la obediencia que venía á dar, y acabado, dió al Papa una carta de Su Majestad de mano del secretario y el poder que llevaba de Su Majestad para su comisión. Recibiólo el Papa y diólo á un secretario; levantóse el condestable y

(1) Jacobo Savelli, arzobispo de Benevento.

llegó después el embajador á besar el pie y la mano; luego se fueron en el orden que habían tenido: el condestable á la parte del banco que está á mano derecha del Papa, el embajador á la otra, y así llegaron adonde estaba una tarimilla de más de un palmo de alto, donde habían de estar mientras se hacía la oración, y subiendo en ella, se puso en ella el condestable á la parte del banco arriba dicho, el embajador á su mano derecha, y era lugar menos digno, y el que había de orar á la mano derecha del embajador; sucesivamente todos sobre la misma tarima; leyó luego el secretario del Papa la carta del rey y el poder arriba dicho, y después desto comenzó la oración el doctor Esteban, canónigo y dignidad en Segorbe, á quien lo había cometido el condestable por ser eminente en la lengua latina: es verdad que pensó el condestable hacer por su persona una oración que llevaba hecha; mas pareciéndole á él y á algunos cardenales, confidentes y pláticos destas materias, que si el Papa no respondía personalmente era indecente cosa orar él, lo dejó de hacer, y también por salir del ejemplo de la república (1), cuyos embajadores hablan por su persona, aunque no les responde sino el secretario del Papa. Hizo su oración el doctor con gran atención y lágrimas del Papa y el Colegio, y movió mucho ver su humildad, porque de parte del rey se les ofrecían al Papa sus reinos y su persona, habiendo pocos días antes los venecianos estado cortos y casi descomedidos, así en las humillaciones de sus personas como en los ofrecimientos de Su Señoría. Acabada la oración, respondió á ella el secretario del Papa, y luego el fiscal de la Iglesia pidió que se le diese testimonio de aquel acto, como se hizo. Bajó el condestable después desto del lugar que tenía, y en la misma orden en que entró la primera vez, volvió á entrar á besar el pie al Papa, y así llegó ha-

(1) Venecia.

ciendo las mismas humillaciones que antes; es costumbre esta segunda vez que se vuelve al Papa, hallarse con el embajador algunos cardenales, criados ó vasallos protectores de los reinos de los reyes, ó por algunas otras obligaciones: para esto llamó el condestable á San Jorge, como decano, porque Farnesio (1) y Savelli, que estaban malos, no pudieron hallarse en Consistorio, y así fué el que á falta dellos era decano, y siempre el tal es de los llamados, y Jesualdo, como protector de Nápoles; Aragón, por hijo de criados, como por viceprotector de Flandes en ausencia del cardenal Colonna (2); Alejandrino (3), por orden del rey y por haberse llamado otras veces; á Cesis (4) por viceprotector de Castilla, en ausencia del cardenal de Médicis (5); á San Sixto (6), como viceprotector de Portugal, en ausencia de Farnesio; á Sesa, por español y criado; á Montalto, por sobrino del Papa, y siempre los tales se llaman; aunque pudieran llamarse otros muchos, se dejó de hacer, porque éstos eran los que más sin quejas de los otros podían ser escogidos; antes que el condestable bajase del lugar donde se oró, envió á pedir á los dichos cardenales que se hallasen con él, por el maestro de ceremonias, y así se levantaron de sus bancos y fueron al solio del Papa, donde se halló el condestable; cuando llegó, volvió á besar el pie y la mano al Papa; hizo el Papa la misma ceremonia de tomar el rostro del condestable con las manos y llegalle al suyo, que la primera vez había hecho, y luego pidió licencia el condestable al Papa para que los caballeros que con él venían y su familia le besasen el pie, y así lo hicieron, diciendo el condestable el nombre de cada uno al Papa

(1) Ranucio Farnesio, arzobispo de Nápoles.
(2) Marco Antonio Colonna, arzobispo de Tarento.
(3) Alejandro Peretti, sobrino de Sixto V, vicecanciller.
(4) Pedro Donato Cesi, obispo que fué de Narni.
(5) Alejandro de Médicis, obispo de Pistoya.
(6) Jorge Radzivill, polaco, coadjutor de Viena.

como iban llegando; acabado esto, que duró gran rato, se levantó el Papa, tomándole el condestable la falda; desta manera bajó el Papa su solio y se puso en una silla, donde le llevaban lacayos en hombros; el condestable y el embajador le acompañaron hasta su aposento, y en dejando la silla le volvieron á tomar la falda; llegó á una cámara grande donde está puesta una mesa tan grande como una cama, para poner las vestiduras que el Papa se quita, y sentándose junto della le desnudaron, hallándose delante los cardenales, condestable y embajador; levantóse en tomando sus vestidos ordinarios y entró á un aposento más adentro, y allí estuvo en pie hablando á solas con ellos, y queriéndose el condestable despedirse, le mandó que él y el embajador se quedasen á comer con él; así lo hicieron, y el Papa y ellos acompañándole, subió á su aposento por una escalera falsa; mandó entrar allá el condestable, y estuvo un gran rato también en pie, hablando con él y el embajador, estimando y loando la religión del rey y la humildad con que le escribía y se le había dado la obediencia de su parte. De allí á un rato, les dijo que fuesen á unos aposentos que les tenían para esto, á enjugarse del agua que había caído, y salieron de su cámara, y á poco espacio de tiempo los llamaron á comer, y saliendo el Papa á la cuadra donde estaba la mesa, llegaron con la fuente y jarro para que se lavase las manos; antes de sentarse, tomó el condestable la toalla y echósela luego; sentóse el Papa, y el condestable se lavó antes de sentarse, y también el embajador; sentáronse luego en otra gran mesa, tan apartada de la del Papa, cuanto por una y otra podía pasar una persona. Mandó cubrir el Papa al condestable en sentándose, luego al embajador, y así comieron, hablando algunas veces el Papa con el condestable, después de haber leído un rato un capellán, como suele hacerse entre religiosos; la bebida trujo al condestable un criado suyo y al embajador otro, sin hacer ceremonias. Aca-

bada la comida, antes de alzar los manteles se lavó el Papa, y el condestable se levantó á echarle la toalla, y luego se volvió á su asiento á lavarse las manos. Los asientos que tuvieron eran dos banquillos de espaldar; alzaron la mesa y quitaron la del condestable, pasándose él y el embajador en los mismos banquillos junto al Papa, que se quedó en su asiento con la mesa delante; estuvo gran rato hablando con el condestable en las pláticas pasadas, y al cabo de hora y media se fué á su aposento, y el condestable á su posada, después de haber visto á su hermana del Papa, que estaba en un aposento del palacio. En la conversación deste día, volvió el Papa á encarecer la humildad del rey, y dijo al condestable:—Señor condestable: no puede dejar de mover á lágrimas y confusión, ver al condestable de Castilla, en nombre del mayor rey del mundo, hincado de rodillas delante de un pobre labrador, que si bien ha habido otros tan pobres y bajos, ninguno se ha visto que lo sea más.—Desde el día siguiente, comenzó el condestable hacer las visitas de cardenales; la primera fué la del decano; las otras como venían comodadas, si bien siempre se hacía cada día alguna de los más antiguos que faltaban; agradecíanlas de parte del rey y también la brevedad de la elección de Su Santidad, y el haber puesto los ojos en una persona de tantas partes, y dábales cartas del rey en creencia suya, en esta conformidad. Aquella noche del dicho día de la obediencia, vino nueva de la muerte del obispo de Veste en el reino de Nápoles, y luego envió el Papa al condestable la provisión dél en el doctor Esteban, que hizo la oración.

Demás de los cardenales de quien fué visitado y visitó el condestable, hizo visita al embajador del emperador y al de Venecia y al hijo del príncipe de Parma, á Marco Antonio Colonna y su madre la señora Felice, y á Virginio Ursino; no había otro embajador de rey demás de los dichos; mas considerando el condestable, que el duque de Saboya se podía tener en cuenta de hijo de Su Majestad,

y habiendo venido dos días antes, nuevas del parto de un hijo á la duquesa de Saboya, la mañana que se partió, salió antes de comer en un coche con sólo el embajador, como encubierto, y habiendo oído misa, al volver á la posada se entró por casa del embajador de Saboya, y le dió la nueva buena del hijo de su amo.

Estuvo en Roma el condestable hasta un día después de Pascua, que partió de allí, volviendo á Nápoles por el camino que vino á Roma, aunque no haciendo las mismas jornadas. No fué convidado en Roma, por ser Cuaresma y comer carne; sólo el día de Pascua le dió á comer Médicis en su viña, y el Sábado Santo, Farnesio en una de las nueve iglesias que llaman las Tres Fontanas, abadía suya, y el segundo día de Pascua, vino Ranuzio Farnese á comer con el condestable.

XVIII

RELACIÓN

DE LOS INSULTOS Y CRUELDADES QUE LOS MONTAÑESES EJECUTARON EN PINA, CUYO CAUDILLO FUÉ LUPERCIO LATRÁS; ESCRIBIÓLA JERÓNIMO DE BLANCAS, CORONISTA DEL REINO DE ARAGÓN.

(Año 1588.)

Ya que Miguel Barber y Antón Martón, ayudados de muchos catalanes y montañeses, salieron con su empresa de destruir el lugar de Codo, volviéronse á Quinto, que era su común guarida, y allí comenzaron á tratar lo que harían, porque aún no mostraban tenerse por contentos con lo hecho. Sucedió que á esta sazón, yéndoles mal en Ribagorza á los fieles del duque, que los de la tierra, que eran sus contrarios, con espaldas de ministros del rey, á lo que se decía, con gran número de lacayos los tenían sitiados en el castillo de Benabarre. Lupercio Latrás, hermano del señor de Latrás, que era de los que favorecían al duque, bajó de allá en busca de toda esta gente para procurar en ella de alzar el cerco. Este caballero, ya años antes había andado en cuadrilla por las partidas de las montañas, entre Jaca y Sangüesa, con ocasión de unos bandos

de entre unos Pérez de Hecho y otros de la Valle; y aunque había inquietado harto aquella tierra, pero no se decía dél ni de sus lacayos que hubiesen acometido casos feos, sino sólo contra sus enemigos, que el hacerse dar provisiones en los lugares por donde pasaban, ni el tomarse de los ganados que topaban algunas reses para su mantenimiento, fuesen de quien fuesen, no se tenía entre ellos por cosa mala, y si alguna vez robaban á algunos, procuraban de hacerlo de manera que, ó el Lupercio no lo entendiese, ó en fin, pudiese disimularse con algún color, y así con esto, vino á sustentarse con reputación algunos días, con harto número de lacayos, y sólo en lo público hacía mal y perseguía á los que tenía ya por declarados enemigos, y fuera dellos, si con otros topaba, tratábales á su manera con gentileza y cortesía. Pero no podía él llevarlos siempre tan arrendados, ni era hombre de tanto discurso, que á ratos no se desmandasen los suyos á cosas que daban en rostro, y que por ellas no mereciese el Lupercio como principal caudillo ser procesado, como en efecto vino á serlo. Ya entonces, como se recataba de la justicia y tenía más de quién guardarse, reforzó su cuadrilla, acogiendo en ella personas que se valían á todas manos, hurtando y robando, y aun matando á muchos por robar. Con esto, vino á tener aquella partida de tierra tan alterada, que pareció á los ministros del rey, que para su quietud era el mejor medio procurar de sacar á Lupercio de España y á algunos de su cuadrilla, perdonándolos y inviándolos adonde sirviesen al rey. Hízose así, y el Lupercio fué contento dello y sus deudos también, señaladamente su hermano, á quien ofendía mucho esta vida que Lupercio llevaba, de la cual, aunque lo había procurado por diversos caminos, nunca había sido poderoso de sacarlo. Al fin Su Majestad lo perdonó y á los que con él fueron, dándoles orden pasasen á Sicilia, donde en llegando lo hicieron capitán de infantería. Allí estuvo como dos ó tres años; des-

pués, con los tercios que trajeron de Italia para lo de Portugal, vino él también con su compañía, y estando con ella en Lisboa, como tuvo nueva de lo que por acá pasaba, y que al pobre duque de Villahermosa, conde de Ribagorza, de quien él y su hermano el señor de Latrás y todos los suyos se habían preciado de muy servidores, se le habían desvergonzado tanto sus propios vasallos, y fuera de algunos lugares, los demás se le habían rebelado y públicamente peleaban contra algunos que le eran fieles, y que entraban cuadrillas de catalanes, de unos caballeros de Lérida que decían los Valles, y del Miñón, dándole no afamados enemigos suyos, y los llevaban á mal andar, sin más, y sin tomar ciencia del general (que en la milicia se tiene por mal caso) secretamente se salió de Lisboa y vino á Aragón, que antes estuvo en Ribagorza que apenas se supiese que estaba en Portugal. Otros, refieren que vino con otros desinios bien diferentes, de un casamiento suyo que deseaba hacer con cierta dama de aquellas montañas. Como quiera que fuese, él llegó por acá á tiempo que estaban las cosas de Ribagorza más gastadas, y que los fieles del duque, que el principal dellos era el señor de la Pinilla, su grande amigo, y á quien él respetaba mucho porque tenía voto en el casamiento que él pretendía, estaba cercado conforme al sitio de gente de las cuadrillas de los Valles y del Miñón, dentro del castillo de Benabarre, y se decía que padecía grande falta de bastimentos, señaladamente de agua, que con la grande seca se le habían ya agotado los aljibes. Y así el Lupercio, con la aceptación que todos los montañeses tenían de su persona, se ofreció de bajar por éstos que por acá andaban y de subirlos á Benabarre, que realmente éste fué el intento que lo trajo, y con él llegado á Quinto, donde como dicho es se habían retirado, hablóles y persuadióles subiesen con él á Ribagorza, que el duque y sus valedores, aunque sus enemigos eran muchos, con solos los montañeses que

allí estaban pensaban ser poderosos para hacerlos alzar del cerco, facilitándoles la empresa, que tampoco les fuera muy difícil, porque á la querella de destruir á Codo había bajado gran muchedumbre de lacayos, que no parecía sino que se habían despoblado las montañas. Tan capital odio habían concebido los montañeses á aquel lugar, y tan acertada cosa hiciera el virrey para apagar este fuego, en haber hecho en ellos algún castigo. Desta suerte, estaban ya en Quinto, con los que habían bajado de nuevo con Juan de Agnet de la Val de Serrablo, más de cuatrocientos, y allende de eso, de Zaragoza y de otros lugares de cristianos viejos, les llovían gente de bellacos y vagamundos que verdaderamente ponía cuidado. A todos estos procuró Lupercio de atraer á sí, para que subiesen con él. Y afirmóse que se lo ofrecerían, con tal que los dejase primero asentar algo más la mano á los moriscos. Y bien se entendió que sus desinios eran dar en algunos lugares del virrey que contra él daban todas sus quejas, así de no haber querido castigar los de Codo, como de que él secretamente fomentaba los rebeldes de Ribagorza. Y así por eso, como porque también á Lupercio con oir la querella contra los moros, le cuadró y se le asentaron mil vanidades en la cabeza, no sólo no se les desaconsejó, antes se les ofreció de acaudillarlos, y que él quería ser el primero en aquella empresa. Con esta resolución, determinaron de inviar algunos á acometer á Sástago, lugar del virrey, de hasta trecientas casas, todas de moriscos, y no lo acertaron, porque según la fortaleza y sitio del lugar, todos fueron bien menester, señaladamente, que con la venida de los montañeses, de muchos lugares de moriscos pequeños de aquella comarca se habían recogido allí y hechos fuertes, y así eran muchos y estaban apercebidos, que el alcaide que allí tenían era hombre plático y les había puesto muy en orden. Llegados, pues, á Sástago algunos de los montañeses, que los más no quisieron como eran po-

cos y con poco concierto, conocieron luego su desatino, porque emprendiendo á querer entrar, á pocos lances hubieron de retirarse con poca reputación y con algunos muertos de los suyos, de los cuales fué uno el Ayneto, que de muy animoso y valiente adelantábase más que los otros á querer entrar por las tapias de un corral, y le dieron con un bote de lanza y lo tendieron en tierra, donde acudieron gran número de moriscos y le acabaron, ejecutando en él extrañas crueldades; entre otras, se dijo, que cociéndolo ya después de muerto, en aceite, para que no se corrompiese, lo enterraron hasta la cintura, dejándole el cuerpo de fuera, y que teniéndolo así algunos días, mofaban dél escarneciéndolo como si fuera vivo. Esto es cierto, que no sólo los de Sástago, pero generalmente todos los moriscos del reino triunfaron deste suceso, y aunque hubo muertos de los del lugar, ellos lo disimularon de manera que nunca se pudo averiguar que tantos fueron. Visto por los montañeses el poco fruto que desta jornada habían sacado, indináronse más y deliberaron de dar todos sobre los moriscos de Pina, que, como se ha dicho, sus desinios eran hacer de hecho en cosas del virrey. Esta villa es donde suelen tener continua residencia los condes de Sástago, distante de Zaragoza seis leguas; será de cuatrocientas casas, de las cuales más de las ciento eran moriscas; las demás de cristianos viejos, y entre ellos hay muchos hidalgos y hombres de hacienda y muy honrada clerecía. Los moriscos vivían á la una parte de la villa que llamaban la Parroquia, apartados de los cristianos viejos, de suerte que con ir todos á una iglesia, que es la parroquial, parecían en lo demás pueblo de por sí. Contra éstos se movieron los montañeses, tomando por ocasión que habían intentado de cortarles la sirga de la barca de Quinto, que era su común paso, y el más necesario de todos para éstas sus empresas; otros decían que no tanto por eso, cuanto por entender que trataban de levantarse y de dar aquella

misma noche en los cristianos viejos de la misma villa de Pina, que días había, se avenían muy mal los unos con los otros. Y no era esto postrero tan sin fundamento, que no hubiese algunas evidencias dello, y dichos de los mismos moriscos, que hacían estar á los cristianos viejos muy cuidadosos. Deliberados, pues, los montañeses de acometer todos, juntos vinieron sobre Pina, martes á 26 de Abril deste mismo año 1588; así, á las dos horas después de mediodía, serían más de cuatrocientos de á pie y diez y ocho ó veinte de á caballo. No estaban los de Pina tan desapercebidos, así los cristianos viejos como los nuevos, que no estuviesen bien á punto, porque á más de la misma gente del pueblo, que es harta, había el virrey pocos días antes inviado ciento cuarenta soldados de Zaragoza, arcabuceros y mosqueteros, para su defensa, y venían por caudillos desta gente Agustín Alberto de Cuevas, Cibrián de Mur y Tomás Catalán. De los cristianos nuevos había más de ducientos hombres de pelea, buena gente y ejercitada á tirar la escopeta, que ya días había que todos los moriscos se iban adiestrando en ello, y con esto y con que estaba Pina cercada, parecía que estaba bien proveída para defenderse y ofender. Estaban muy descuidados de que los montañeses viniesen, á lo menos aquel día, antes en cierta manera asegurados de que no vendrían, porque habiendo inviado los cristianos viejos á nombre de la villa, diversos recaudos sobre esto á Lupercio, de palabra y por cartas se les había ofrecido, y así, aunque tuvieron noticia de lo que sucedió en Sástago, y sabían que andaban por allí muy sobresalidos los montañeses, con todo esto, los de Pina estaban sin recelo hasta que los tuvieron sobre sí, que fué desta suerte. Como su querella era de hacer guerra á los moros, llegados á Pina, acometiéronla por la puerta que llaman del Pino, que es la parte donde residían los moriscos, los cuales, puesto caso que sabían la palabra y ofrecimientos que Lupercio había dado generalmente á

toda la villa, de que no les enojaría en ninguna cosa, no se fiaron tanto en esto que no estuvieron muy sobre aviso, y así pudieron muy fácilmente resistirles la entrada por allí, ayudados también de algunos cristianos viejos que en este trance les valieron. Los montañeses que esto vieron, dieron vuelta y entraron por la parte de la cristiandad vieja, donde hallaron poca ó ninguna resistencia con obras. Bien es verdad que con ruegos y palabras, por gran rato los cristianos viejos, y entre ellos muchos de los clérigos y casi toda la gente principal, procuraron que se saliesen, y hicieron mucha instancia en ello, acordándoles las ofertas hechas. Pero ninguna cosa bastó para detener los montañeses, y claramente decían que no tuviesen cuidado, que ningún daño les harían, que solamente venían contra los cristianos nuevos, porque verdaderamente eran moros. Con esto, fácilmente se inclinaron los cristianos viejos á dejarse vencer y á no estorbar la entrada, mayormente, que luego Lupercio Latrás y Miguel Juan Barber, que eran los caudillos, y tras ellos la demás canalla, comenzaron á voces gritando á apellidar ¡viva la fe de Cristo y mueran los perros moros! también á esto, el poco calor que los caudillos de la gente que el virrey había inviado de Zaragoza dieron, que no solamente no hicieron ademán de resistir, antes bien, retiráronse al homenaje del castillo sin hacer armas; dejaron á los que habían traído de Zaragoza sin ningún orden, y así, facilísimamente olvidados de á lo que habían sido inviados, que era á resistir los montañeses, se les pusieron al lado y fueron los que después hicieron más daño en los moriscos, porque para sus mosquetes y arcabuces de munición no había cosa que se les parase delante. Lo que no era así á las armas de los montañeses, que los más no tenían aún espadas, y los pocos que llevaban tiros de fuego, eran de unos pedreñales cortos que luego se calentaban y se podía aguardar casi á veinte pasos. En fin, en comenzando á apellidar ¡viva la fe de Cristo!

en un punto se vió la plaza llena de montañeses y catalanes y de los soldados de los caudillos, que para conocerse se pusieron una insignia ó devisa de papel blanco á manera de cruz en los sombreros y bonetillos. Desta suerte comenzaron á dar en los moriscos, entrando por su barrio, en el cual aquella tarde ganaron algunas casas, matando en ellas algunos, aunque pocos. Donde más daño recibieron fué que, habiéndose recogido muchos dellos con sus hijos y mujeres á casa de un morisco llamado Alejandre el Micho, y haciéndose allí todos fuertes, los montañeses les dieron fuego, y se averigua que murieron allí más de sesenta personas, ejecutando fuera destos en algunos otros que daban en sus manos, algunas crueldades, hasta que ya la noche les departió, á cuya causa cesó por entonces el combate. Mas el siguiente día, miércoles, á 27 del mismo mes de Abril, en amaneciendo, con una rabia y furor infernal volvieron los montañeses á dar tras los moriscos, quemando casas, rompiendo puertas y haciendo pedazos á los que cogían, y desta suerte los llevaban hasta retirarlos en una plaza que ellos tenían, valiéndose de los mismos agujeros que los moriscos habían hecho de unas casas en otras para ayudarse, que por allí mismo se las fueron ganando hasta venirlos á arrimar en la plaza, sin que por ninguna destas cosas los moriscos desmayasen ni perdiesen el ánimo, que verdaderamente, tantos á tantos bien se supieran defender de los montañeses. Como esto duró gran rato, llegó la nueva de lo que en Pina pasaba á los moriscos de Gelsa, lugar de Don García de Villalpando, hijo de la hermana de la virreina, que confina con Pina y es todo de cristianos nuevos, donde á la sazón estaba el mismo Don García, cuyo era también el lugar de Quinto, y habíanle dado palabra los montañeses, que no enojarían á ningunos vasallos suyos con que él los detuviese y no les diese lugar que les contrastasen sus desinios, y así, el Don García los estaba deteniendo en Gelsa

para que no saliesen á socorrer á Pina, diciéndoles que se perdería, y que con esa condición sola que guardasen, era cierto que los montañeses no les harían ningún daño, que por librarlos á ellos los había él mandado recoger en Quinto, y habían visto que al pasar Barber y los demás cuando estuvieron con él en Gelsa, le habían asegurado desto. Pero ninguna destas razones bastó, ni el ponérseles delante en un caballo atravesado en la puerta del lugar, porque no obstante eso, á su pesar salieron hasta ducientos arcabuceros, todos gente moza muy lucida, y á gran paso; puestos á punto, tiraron la vía de Pina en favor de los cercados; serían ya las diez horas antes de mediodía. No hubieron caminado mucha tierra, cuando luego fueron vistos por las atalayas que los montañeses tenían en el campanario de Pina, y dando aviso como venían los moriscos de Gelsa, salieron contra ellos muchos de los montañeses y de los cristianos viejos de Pina, porque temieron si llegaban á poderse juntar con los cercados, habría para todos, mayormente si los moriscos de por allí cerca hacían lo mismo, que podían facilísimamente en una hora juntarse dos ó tres mil moros, y era sin duda, que viéndose superiores no se contentarían en descercar los cercados, sino en dar en los montañeses y en los cristianos viejos de Pina, á los cuales ya pesaba de haber dado lugar tanto á los montañeses, de quien no había mucho que fiar, que acabados los moriscos no las hubiesen también con ellos, y así por todas partes venían los cristianos viejos de Pina á verse en grande conflicto, y por esta razón habían retirado todas sus mujeres y hijos á la iglesia, y allí los tenían, y parte de sus bienes. Viéndose en este conflicto, acordaron, como se ha referido, de salir con algunos de los montañeses á estorbar que los de Gelsa no llegasen á Pina, como los estorbaron fácilmente. Porque los de Gelsa, en ver venir gente contra ellos luego desmayaron, y vueltas las espaldas, aunque habían venido con harta diligencia, con

mayor se volvieron á su lugar, de que no poco contento recibieron los cristianos viejos de Pina, y más cuando hacia el mediodía vieron entrar nuevas cuadrillas de montañeses, porque vinieron á temer muy de veras á los moriscos. Los montañeses que vinieron en favor de Lupercio y Barber fueron el señor Antón Martón de Sallent y un tal Onta y otros caporales, que con la misma querella que los primeros, habiendo bajado de las montañas, se habían entretenido en la comarca de Codo y aún no habían ajuntádose en Pina con los otros. Estos, pues, como entraron en Pina, viendo que en dos casas de Lope y Alejandre Zanzala estaba toda la fuerza de los moriscos, y que éstos se defendían muy á su salvo, inventaron muchos pertrechos y ingenios de carros cargados de sacas de lana, guarnecidos con trillos á la redonda; con éstos, llevándola delante como de trinchea, fuéronseles entrando poco á poco y ganando algunos puestos: con todo esto, los moriscos les daban bien que hacer, que cuando más no pudieron, dieron en derribar las escaleras de las dos casas donde estaban, cortándolas por medio, para que aunque les ganasen los bajos, pudiesen ellos defenderse en los altos, como lo hicieron con mucho valor y concierto. Y no pudiendo á esta causa los montañeses ganarles la casa de Lope Zanzala, diéronle á fuego, y eso obligó á los que la defendían á dejarla, y pasándose todos á la del Alejandre, que está en la cantonada, donde se hicieron fuertes, peleando como gente desesperada que sabían que viniendo á manos de los montañeses, habían de morir hechos pedazos, y desta suerte se defendieron todo aquel día, hiriendo y matando á algunos de los montañeses, que no todos cargaron allí, porque muchos iban por otras partes haciendo carnicería en los tristes moriscos. Y sucedió que habiéndose metido hasta treinta dellos, entre hombres y mujeres, por un caño secreto que iba por dentro de la cristiandad nueva á regar unos huertos, y siendo avisados algu-

nos de los montañeses, fueron allá y sacáronlos del caño, y traídos á la plaza con grandísima crueldad, en un punto los hicieron piezas á puros alfanjazos, ejecutando en ellos las mayores crueldades que se pueden pensar. Y no paraba en dar tras los moriscos, que montañeses hubo que buscaban los caudillos que habían traído la gente de Zaragoza por orden del virrey, y uno dellos, para librarse tuvo necesidad de irse al monesterio que allí hay de frailes franciscanos, y raerse la barba y corona y ponerse en hábito de fraile con unos grandes anteojos, hablando en italiano por no ser conocido, y con todo eso pasó harto riesgo de serlo; los otros estuviéronse en la fortaleza y allí se escaparon. Destas cosas estaban los cristianos viejos tan amedrentados, que aunque les llegaron de Castejón, la Almolda y Monegrillo hasta ciento sesenta hombres de socorro, con los cuales pudieron haciéndose todos á una, ser de algún efecto, á lo menos para excusar algunas crueldades, se estuvieron quedos á la verdad; ya entonces no fuera sazón, porque los montañeses, con los valedores que de refresco les habían venido, pasaban largamente de setecientos, y estaban ya tan apoderados de la villa, que pudieran fácilmente alzarse con ella y saquearla, como ya hubo algunos que lo asomaron. Pero los demás no acudieron; antes se resolvieron de proseguir la guerra contra los moriscos, y aunque se defendían valentísimamente, ya algunos comenzaron á desmayar del todo, tentando de salirse huyendo; mas como tenían puestas guardas los montañeses, daban en sus manos y luego los mataban; solos dos quedaron vivos, porque entendieron eran de rescate, que fueron el tiniente que llamaban Abroz y Juan de Zanzala, que rescataron sus vidas con muchos ducados. Y de la misma suerte, rescató la suya Lope Zanzala en seiscientos ducados, aunque después hubo de dar más en manos de los montañeses, y pasó harto riesgo que esta segunda vez no le matasen. En todo este discurso de tiempo, los

moriscos, que se habían hecho fuertes en la casa de Alejandre Zanzala, se defendieron tan bien, que ninguna cosa pudieron ganarles los montañeses, antes murieron algunos dellos en la pelea. Y viendo esto, y que era ya gran noche y la hacía muy escura y que se había levantado grande viento, á cuya causa, los moriscos que tiraban de mampuesta por ventanas, troneras y mil agujeros que habían hecho en las paredes, les hacían mucho daño, cansados ya los montañeses de pelear, tomaron un cuerno, que era señal de retirarse, amenazando que el siguiente día, jueves, no habían de dejar á ningún morisco vida. Retirados los montañeses, tuvieron los más de los moriscos, orden, valiéndose de la grande escuridad que hacía, de con sus mujeres y hijos salirse por entre los huertos y irse al lugar de Gelsa, donde se escapaban los que quedaban. Venido el día siguiente, jueves 28 de Abril, como se vieron que eran muchos menos y que no serían suficientes para defenderse, no se atrevieron hacer aquel viaje, antes se fueron derechos al monesterio de los frailes franciscanos, antes del día dos horas, y entrados dentro rompieron un tabique que sale á la portería, para meterse por allí, teniendo aquel puesto por más seguro. Los frailes, como sintieron este ruido y entendieron que eran moriscos, creyendo que los iban á degollar, repicaron las campanas del monesterio, y al mismo tiempo también sonaron las de la villa, que fué causa para que en un punto se alborotasen todos y saliesen á ver lo que era, que ya la noche antes, cuando se habían retirado los montañeses, tuvieron gran recelo de que una gran multitud de moriscos, que pasaban de ochocientos, de los lugares de Sástago y de Gelsa y otros de contorno, se estaban, según decían, aprestando para venir en socorro de los cercados de Pina, y así, creyeron que el repicarse las campanas sería esto, que los frailes debían estar cercados y pedían ayuda, y aun llegó nueva á la plaza que estaban degollados. Fué cosa extraña el grande te-

rror y espanto que esto causó, por ser antes del día y hacer grande viento y escuridad, que parece que daban feredad de suyos. Pero luego se supo lo que era, porque se cogieron dos de los moriscos que habían sido los inventores desto, y en un instante los hicieron piezas. Con esta ocasión, el Miguel Joan Barber entró dentro el monesterio, y topándose allí con cuatro mujeres moriscas, llevóselas á su posada, y agradándole la más moza, que decían la hija de la Chacha, reservóla para sí, que la una era la madre propia; allí, en su presencia, á golpes y cuchilladas la mató, aprovechándose después de la hija, que la tuvo muchos días consigo. Pasado esto, ya que amanecía, juntándose los montañeses para proseguir el combate y cerco de la casa del Alejandre, no hallaron con quién pelear, porque los más se habían huído á Gelsa y los otros al monesterio, y escondídose por otras partes, y así comenzaron á ir en busca, de la propia suerte que si fueran á caza, no perdonando á nadie, ni á mujeres, ni á niños aunque fuesen de teta, que quitándolos de los pechos de las madres, á cuál, tomándolo de los pies le daban calabazadas por las paredes, á cuál abrían por medio con los alfanjes, y con ellos mataban después las propias madres, á cuál despedazaban; y de los grandes, á los que cogían, desnudándoles en cueros vivos, traían á la plaza, que estaba llena de cuerpos muertos, y allí, probándose á quién daría mayor golpe, les daban terribles cuchilladas, á unos de alto abajo, partiéndolos, á otros dándoles de medio á medio por el cuerpo, descubriéndoles las entrañas; otros, echándolos por las ventanas, morían reventados; otros, que se habían subido al campanario del monesterio, despeñándoles de ahí abajo; finalmente, ningún género de crueldad pudo imaginarse que no lo ejecutasen, hinchendo la plaza, las calles y las casas y hasta la iglesia de cuerpos muertos, dejándolo todo teñido en sangre, que era la mayor lástima del mundo, y á buena cuenta fueron más

de trescientas personas las que así murieron, exceptados tres ó cuatro que guardaron para rescate, como se ha dicho. Acabado esto ya, cuando no hallaron en quién ejecutar su rabia, juntáronse á hacer la partición de lo que habían robado, en lo cual Lupercio Latrás había hecho el principal oficio. Porque es cierto, que él jamás peleó por su persona sólo en las crucijadas de las calles; no tanto animando á sus lacayos, cuanto encaminándolos á que lo que hurtaban y sacaban de las casas de los moriscos llevasen adonde él señalaba, que ya había quien lo recogía, á fin de que no le echasen dado falso y viniese todo á su poder. Y no se contentaron con lo que allí robaron, que montaba una gran suma, sino que se hicieron traer todos los averíos gruesos y hasta los ganados menudos de los tristes moriscos, que eran muchos, para llevárselos, entre los cuales acertaron á haber algunos de los de Aguilar, que pensando tenerlos más seguros, los habían juntado con los de Pina, y todos hicieron un camino, porque el día siguiente, que fué viernes á 29 de Abril, Lupercio y toda su compañía, como ufanos y triunfando de la victoria, cargados de despojos muy en sana paz se salieron de Pina y se fueron al lugar de Castellón de Monegros, que dista tres ó cuatro leguas, donde haciendo alto se detuvieron tres días en hacer la partición, y la hicieron tan de propósito y con tanto sosiego, como si tal no hubiera acontecido. Que verdaderamente, si bien se considera, concurrieran en este hecho circunstancias que admiran; por una parte, ver que hombres tan particulares y que realmente los más eran canalla, y casi todos no llevaban armas que importasen, emprendiesen tan de asiento casos tan graves, á vista y en el riñón de todo el reino, y por otra parte, que una villa tan populosa, siendo de un caballero tan principal y poderoso, que á la sazón se hallaba en el supremo cargo de visorrey, tantos días padeciese tan grandes infortunios, que desde la *Torre Nueva* de Zaragoza, subían gentes á ver el

humo de las casas que se quemaban, y que la propia gente que ya antes había ido para su defensa, y lo que más es, los propios caudillos, que eran hidalgos y hombres ejercitados en la milicia, no tuviesen valor, ni los cristianos viejos de la misma villa, para hacer rostro á los montañeses, que era cierto, que de por sí, por poca resistencia que hicieran, fueran bastantes para defenderse y ofendellos; sino que parece que á los cuitados moriscos que padecieron, todo se les ajuntó para su perdición, que ni el hijo ni el hermano del virrey, ni ninguno de los condes de Belchite y Fuentes, ni el señor de Quinto, que todos eran sus deudos, el que menos sobrino suyo ó de su mujer, ni ningún otro caballero del reino, que casi todos á aquella sazón se hallaban en Zaragoza, se meneasen un paso para tratar de irlos á socorrer, con írselo á ofrecer muchos y la misma ciudad con muchas veras, y que llegase el negocio á términos, que en la tabla de Zaragoza públicamente se sacó dinero para el rescate de los Zanzalas, y que de medio de los montañeses se despoblaron los lugares pequeños de los moriscos de por allí cerca, como fueron los de Nuez, Osera, de Villafranca y otros, que á carretadas se entraron por las puertas de la ciudad huyendo, y se metieron por casas de amigos particulares suyos, que cuando no fuera por lo que se debe á la justicia, por la piedad cristiana que no sufre aun á los infieles semejantes crueldades, y siquiera por el pundonor, que no se dijera que en las barbas de todos se cometían tan grandes insultos, debieran los caballeros hacer salida, á lo menos alguna demostración, que es, sin ninguna duda, que por poca que fuera bastara. En fin, son juicios secretos, que ni el virrey ni los diputados ni caballeros se supieron aliñar, sino que dejaron tan libres á los montañeses que si quisieran pudieran de la misma suerte dar en los cristianos viejos, como dieron en los nuevos, y salirse con ello; sólo esto sirvió, para que después la ciudad, viendo el poco ó ninguno remedio que á esto dieron

los ministros reales, y que de ahí tomaron ánimo á desmandarse tanto, no sólo los montañeses, sino aun los moriscos, que vinieron á hacer cuadrilla formada de los unos y de los otros, que quitaban verdaderamente los comercios y el poder trastejar las gentes, hubo de sacar su *privilegio de veinte*, con el cual se enfrenaron todos tanto, que en poco tiempo se volvió á la quietud y paz antigua. Pero Lupercio Latrás tampoco sacó lo que pretendió, que fué subir estos montañeses á Benabarre, porque ninguno dellos lo quiso hacer, antes bien, después que en Castellón hicieron su partencha, se deshicieron como humo; sólo quedaron Lupercio y Miguel Juan Barber, con algunos laçayos en cuadrilla, pero tan pocos, que no pudieron de por sí efectuar lo que pretendían en Benabarre. Ni sirvió esto sino para sólo daño de los de Pina y infamia de los montañeses y de su caudillo Lupercio, porque de allí adelante, ya se dió á todas manos de hurtar y matar, lo que hasta allí no había así usado y era tan ajeno de su buena naturaleza y sangre. Halláronse en las casas de los moriscos muertos muchos papeles y libros escritos en arábigo, llenos de mil torpezas y suciedades, y se inviaron al Santo Oficio, y realmente todos se entiende murieron en su mala secta y opinión de Mahoma.

XIX

RELACION

DE LOS DIEZ Y SIETE CRISTIANOS VIEJOS QUE LOS MORISCOS MATARON JUNTO LA VENTA DE LA ROMERA.

(Año 1588.)

Viernes á 21 de Octubre de 1588, después de mediodía, partieron de Zaragoza para la ciudad de Calatayud diez y siete personas de la dicha ciudad y comunidad, y entre ellos un fraile de la Merced, de edad de treinta años, que por ir con tanta compañía se detuvo en el mesón aguardando á los otros. Ese día llegaron á la Muela y posaron en dos posadas, y se concertaron que sábado á la mañana oyesen misa de Nuestra Señora y se partiesen juntos para bajar á la Romera, que se temía había salteadores por aquella comarca; oída misa, se pusieron en camino quince personas á caballo y dos estudiantes á pie; para ir de la Muela á la Romera, hay una bajada que llaman el Caracol, en la cual los dos que iban á pie se adelantaron de los que iban á caballo, harto trecho; el uno dellos se asentó al pie de una cruz que había en el camino, y el otro pasó delante y topó con diez ó doce bellacos, que estaban en el camino y entre unas sabinas echados; como los vió, volvió huyendo

para la compañía, y el que estaba asentado en la cruz hizo lo mismo; los bellacos comenzaron á gritarles que no huyesen, que eran guardas del conde de Aranda, cuyo era aquel término, que les acompañarían, y juntos todos, quisieron volverse á la Muela huyendo; los bellacos siempre gritaban que no huyesen, que guardas eran del conde, y los acompañarían y servirían en todo. Creyendo esto los caminantes, se hicieron todos una rueda juntos, y entre ellos, los de á pie, y los bellacos, se hicieron á dos bandas del camino y los tomaron en medio; púsose uno delante y dijo:—Mueran;—y en decir esto todos dispararon y derribaron diez ó doce del primer tiro, y otros que cayeron entre los muertos, los hirieron y mataron; los dos mozuelos de á pie, se escaparon de entre los muertos y dieron á huir, y los siguió un bellaco de aquéllos grande trecho, y echándose entre unos barrancos, el mozuelo saltó un barranco y el bellaco no osó saltar, y así se le adelantó y lo dejó, y fué á la Romera y avisó; de allí fué á Epila el aviso del caso, sábado á 22 de Octubre, entre ocho y nueve de la mañana; salió luego el Justicia de Epila con la más gente que pudo recoger por el pueblo, y llegaron al puesto donde decían, y hallaron en espacio de tierra, quince hombres muertos con las mayores crueldades que jamás se vieron, y entre ellos el fraile con un arcabuzazo por los pechos y hendida la cabeza por la corona y cortados los dedos de las manos, y quitada la cogulla y escapulario; otros tenían cortadas las lenguas y hendidas las bocas hasta las quijadas; otros las piernas cortadas; cortadas otros las manos, y todos tan mal heridos y tratados, que era un espectáculo terrible, y casi todos desnudos. Los de Epila dieron orden se llevasen á dicha villa en dos carros, y se descargaron en el hospital que está fuera de la villa. Dióse orden en buscar los malhechores por el término de dicha villa y no se hallaron; sólo que en una casa del monte de dicho Justicia de Epila, se halló sangre fresca sobre un banco y

una llave de pedreñal. A los cuerpos muertos se les hizo todo el aparato que pudieron, y al fraile, los racioneros de dicha villa lo enterraron en su entierro con mucha honra; el cuerpo de Francisco Tavira lo llevó á la Almunia Felipe de Zayas, su primo hermano; á los demás, los enterraron allí en Epila al tercero día del caso.

XX

CARTA

DE LUPERCIO LATRÁS, ESCRITA Á SU HERMANO PEDRO LATRÁS, EN LA QUE REFIERE SU VIAJE Á INGLATERRA, CON OTRAS COSAS QUE ALLÍ LE ACONTECIERON.

(Año 1589.)

Si yo hubiera venido por Francia, como estaba tratado con esos caballeros, y que tomara cartas de Musur de Muisens, nuestro deudo, y de Musur de Debesa y de otros deudos y señores de Francia y Navarra, para que Sus Majestades me las dieran de creencia, como me dieran para mi señora la reina de Inglaterra y señor rey Don Antonio (1), no me sucedieran los peligros que pasé por España hasta llegar á Portugal, y salida y embarcación de él, que es temeridat escribirlo ni pensar en ello, y tanto que no alcancé al señor rey Don Antonio, que fué camino en valde y de mucho peligro, y pudiera ser fuera vivo el rey de Francia si yo le hubiera hablado primero que le mataran, porque le atvirtiera de cosas que estuviera sobre sí y con mucho recelo, que bien sabe vuestra merced el clérigo que invió el vi-

(1) El prior de Ocrato, pretendiente á la Corona de Portugal.

rrey de Aragón, que se decía Mosén Salas, en hábito de soldado, para que me matase, y lo supe yo, y así hice de él lo que él había de hacer de mí, como fué público todo esto en España, al cual clérigo había prometido un obispado si me mataba; mas yo lo invié á Roma por la solución, así que eso sucedió y mi viaje hasta aquí pasó. Querer relatar á vuestra merced de que me embarqué en Lisboa en una nave francesa de Bretaña, donde estuve cincuenta días embarcado sin llegar á tierra ni poderla tomar, espanta; y fueron tan hombres de bien los bretones y tan compasivos, que dentro quince días se me comieron todo el refresco y cuanto había, y en aquellos quince días, los diez estuve tan mariado que no comí cuasi nada, y los cinco, que hubiera comido de pura hambre, aunque hubiera sido la más pestífera y hedionda cosa del mundo, ya no había nada sino pan y vino, y á los veinte días partimos el pan, por haberlo yo advertido y dicho muchas veces, por las necesidades que me había visto otras veces, y así se dió pan y medio por hombre, y de los veinte días hasta los treinta, un pan por día, que estrechamente había para armorzar ligeramente de un pan, y de los treinta días hasta los treinta y cinco, á tres cuartillos, y de los treinta y cinco hasta los cuarenta, á medio pan, y de cuarenta hasta los cuarenta y siete días, á cuartillo, y en este tiempo, algún día no comíamos sino dos ó tres habas, cocidas con agua de la mar para quitar el pellejo, ó asadas sobre las brasas, ó cuando mucho un grano de ajo; si pasábamos necesidat de hambre, no menos fué de sed, que no obstante que una nave francesa que topamos que nos vendió tres barriles de vino á peso de dinero, los cuarenta días ya no había ni agua, menos de mar, que bebíamos como purga, y los siete días pasamos con recoger una poca de agua de la que llovía, por las cuerdas del navío, amarga por la pez como hiel, y aquélla muy poquita, de manera, que ya no había hombre ni marinero que se pudiese enderezar de puro

flacos y transidos y desmayados, y á los cuarenta y un días nos proveyó Dios, que dimos con unos navíos de Gelanda (1), y nos vendieron pan y vino y carne. Antes deste tiempo, nos vimos con navíos de cosarios, así ingleses como franceses, reconocidos unos de otros, y de que nos defendíamos; nos dejaban hacer nuestro viaje, y después, cuando á la pura hambre, que topábamos navíos de mercaderes de Gelanda y Holanda y Irlanda, como queríamos llegar á ellos, pensaban que éramos navío de guerra y de ladrones; luego nos recebían con pieza, que el diablo no llegara á ellos; y entonces, que deseábamos topar cosarios para que nos tomaran presos y nos robaran, á trueque de no morir de hambre en la mar, no los hallábamos. Tras esto, los marineros quisieron matar al maestro de la nau mil veces, y al escribano, porque se engolfaron de manera, que á los veinte días que salimos de Lisboa nos hallábamos á más de ducientas y cincuenta leguas de Lisboa y á ducientas del cabo de *Finibus terræ* y á más de ducientas y cincuenta de Inglaterra, la vuelta de Terranova, y era camino y derrota que nunca marineros hicieron para hacer nuestro viaje, de manera, que después el viento y tiempo era tan fuerte y contrario, que ni en España, ni Francia, ni en Inglaterra, ni Escocia, ni en ninguna parte se podía tomar tierra, y tras eso que era lo peor, ya no sabían adónde se estaban los marineros, como perdidos en la mar. Así que, si no por mí, se hubieran muerto mil veces, porque todos tomábamos las armas; unos se sacudían, otros poníamos paz; yo pensé mil veces que las riñas volvieran sobre mí al fin, aunque los marineros no querían sino que yo consintiese que ellos los echaran á la mar, y muchas veces me lo persuadieron; al fin llegamos al cabo de los cincuenta días, entre Dobla (2), ques en Inglaterra, y Ca-

(1) Zelanda.
(2) Douvres.

les (1), á seis leguas, con grande deseo y contento de tomar tierra y descansar en Cales, porque en la nave de los bretones dormíamos siempre sobre la sal, y bañados, y borrascas que tuvimos, de manera que Dios libre á los enemigos, y la nave era vieja y toda abierta y pequeña; así que el descanso que tuvimos al fin de la jornada, dar entre tres navíos de la señora reina de Inglaterra, donde había en uno de ellos el teniente del almirante de la mar, que es de los prencipales de Inglaterra, y el teniente es un caballero muy prencipal, que se llama Enríquez Parma, el cual tenía un galeón con treinta y ocho piezas, todas gruesas, de bronce cuasi todas; había entre ellas, de las de Santo Domingo y de las que vinieron en la armada, que un castillo no está más bien artillado; estuve en éste, y después ya, en otro mayor, que espantaba sólo con la vista. Estuve cinco semanas, y ocho en la de Bretaña, que fueron trece semanas, sin tocar tierra; y como supieron venía de Lisboa aquel navío, vinieron luego marineros y soldados á bordo con barcas, y como supieron que había españoles, hicieron tan grande grita, diciendo:—¡España, España!—que yo pensé con aquellas últimas palabras nos acabaran sin escuchar más razones; después se amoderaron los marineros y soldados, topando algunos escudos y otras cosas y buscando todas las arcas de los marineros; así invió luego el teniente del almirante, por el escribano y por mí, y llegados á la nau del Parma, allí fué el día del Juicio, y tras mil preguntas me daba cada uno mil maneras de sentencias para mi muerte, entre otras que me habían de inviar al rey de España con el *Credo en Deu* en la boca; ya yo decía entre mí, que si el rey de España me pudiera haber como ellos á su mano, que él me despidiera con esa embajada días había, sin venir á Inglaterra ni á sus manos. Yo les daba siempre razón de quien yo era, y otras cosas, y que

(1) Calais.

iba á Londres; á la fin les hube de decir por lo que iba, que era hablar ciertas cosas y embajada al señor rey de Portugal, que convenía mucho á la señora reina por lo propio, y que les convenía mucho saberlo Sus Majestades, lo cual no podía decir, aunque me quitasen mil vidas, sino á Sus Majestades mesmas ó á persona que fuese de tanta confianza que Sus Majestades estuviesen bien seguros del secreto, y suplicaba al Parma, todos los días lo escribiese y diese noticia á la señora reina y rey Don Antonio, y no obstante todo esto, creo me echan á la mar ó me echan en cueros en esta costa de Francia, si no fuera por un inglés que me conoció, el cual llamaban el capitán Cáin (1), que fué forzado y espalder de la *Capitana de Lisboa*, el cual sacaron para una galera de la armada, y después tuvo suceso de irse á Inglaterra, al cual la señora reina, por sus servicios le ha dado un navío, y lo hizo capitán en la jornada de Portugal; y así éste fué tan hombre de bien, que me dijo lo escribiría á la señora reina y rey Don Antonio, y que tenía lástima de mí, que en otro hábito me había visto; y bien podía tener lástima, pues en siete semanas ú ocho, jamás me había puesto casi capa por no tenerla, y tras eso el dormir sobre las sirgas ó bajo las artillerías sobre la pez, y eso un rato á las noches, y otras veces al lado de un esclavo, el cual me abrigaba con su capa; los piojos, por otra parte, y suciedat que se me comían. En este tiempo fuimos á Diepar (2), una villa y costa de Francia, donde estaba el rey de Francia que hoy es con su gente, y al otro día llegó el duque de Mena (3) con los de la *Liga*, y los víamos escaramuzar; así, volvimos á Inglaterra, y en la hora, dentro tres ó cuatro días, le hizo socorrer la señora reina, de manera que fuemos con el soco-

(1) King.
(2) Dieppe.
(3) Umena.

rro á Diepar, y luego que llegaron los ingleses se retiró el de Guisa y la *Liga* á Ruan, que está á doce leguas de Diepar. Después vino el rey de Francia al navío que yo estaba, y me hizo llamar, y me conoció luego de cuando le ví en Neragüe (1), y le besé las manos, y me hizo mucha merced; habló con mí un rato á solas; ví también á Musur de Guitri y al conde de Rostogo, el cual dijo una gracia, entre otras razones, del rey de España muy al propósito, que la diré á la vista Dios queriendo, que es de reir; estuvieron otros grandes de Francia al navío, y todos querían hablar con mí, y en verdat que se dolían de verme de aquella manera otros que me conocían por el nombre; después creo vino orden de Londres, por la noticia que dió el capitán Cáin, y así á la hora me desembarqué, y fuí por la posta, con un capitán inglés y con un mozo, sino que los dos quedaron en el navío, y llegado á Londres, he estado en una casa con mucho regalo y contento veinte días; en este tiempo fuí de noche á una casa y besé las manos al señor rey Don Antonio, y me hizo mucha merced, y le dí la embajada de parte de esos caballeros y mía, y se holgó en extremo; y es un príncipe que es lástima vaya fuera de sus reinos con tanto trabajo, y pluguiera á Dios hace un año que yo le conociera, que quizá estuviera en Portugal pacíficamente y quizá nuestro rey no muy seguro en Castilla, pues es tan tirano que quiere conquistar todo el mundo y ser de todos reinos señor y rey absoluto, y pues es tan amigo de guerra hacer, que se harte bien; mas podrá ser que lo que no se ha hecho que se hará, quiriendo Dios, con el tiempo, pues á todo el mundo quiere perseguir con falsas informaciones, y con pregones sin ley, ni justicia, ni razón. Hay muchas cosas que no se sufre decirlas á papel ni por personas terceras, por el peligro de

(1) Nérac, ciudad situada en Béarne, antigua corte de los reyes de Navarra.

las cartas perderse; será, quiriendo Dios, con la vista; vuestra merced me haga merced hablar con esos caballeros, con el secreto y disimulación que se requiere, y darles cuenta de mi suceso, y que se guarden por amor de Dios, pues ven las mañas del rey, que con intereses y buenas esperanzas quiere matar á todo el mundo, como dicen ha hecho matar al rey de Francia; de lo demás, no pasen pena, que más vale morir en buena guerra que no que nos maten infamemente, hoy uno, mañana otro, y con apellidos tan falsos y infames, sin ley, ni razón, ni justicia. Yo llegué anteayer á 21 de Noviembre en Cales, sólo con paga por parte de la señora reina, para venir á Cales y volver á Londres, adonde he dejado los mozos, y así no sé cuántos días estaré en Cales sobre cierto negocio. Yo pienso que en volver á Londres, me hará merced la señora reina darme licencia y pasaje hasta la Rogela (1) ó Bordeus; habré de venir por la Francia, que por la costa de España no me encerraré más si puedo, como hice en Lisboa, sino que sea con poder de gente. A 14 de éste, unos marineros, más de ciento y treinta, que supieron que Draque había salido á ver unos navíos allí en Londres, fueron todos para él á mano armada para matarle, y le tenían la banda de tierra y de Londres, de manera que si no por un batel pequeño que se echó en él el Draque, lo matan sin remedio, y así todo, sólo á fuerza de remo se pasó á la otra banda del río. La señora reina los mandó luego tomar presos á los marineros; dícese los mandará castigar bien Su Majestad Serenísima. Es la más apacible tierra y mejor trato de gente, así hombres como mujeres, la inglesa, que en mi vida he visto, quitado los que van por mar, y la señora reina le hacen fama de la más discreta y válida mujer del mundo, y todos le sirven con un amor y voluntat que es maravilla; yo desearía que vuestra merced me hiciese pro-

(1) Rochelle.

veer el mejor caballo que hay en Castilla, ó un par, y que lo trujese mi primo el tío del señor de Cagicar, Juan de Bardají, ó su camarada Pedro, y que lo trujese á la Rogela ú Bordeus, y que llegados diesen noticia á los gobernadores destas dos villas, para si habían llegado ó si llegaban unos españoles de Inglaterra, les diesen noticia, porque si la señora reina me da licencia y pasaje por la mar, le he de servir con ese caballo ó caballos; aunque se detenga el navío un mes, yo se lo he de inviar que sea cosa buena, uno ó dos, y si no lo trae á estos dos puertos, á lo menos hasta Latrás, que de ahí yo lo inviaré; y tras eso no sé cómo saldré de dinero de Inglaterra; así, querría me trujese una póliza, con el caballo, de seguridat de algún dinero para pagar el flete del navío si será menester, y también para el camino y lo que se me puede ofrecer hasta llegar á Latrás ó á Colmenarejo, que allí no me faltará dineros, que mi madre me proveerá si Dios es servido; y del caballo y póliza, había de ser con brevedat en Bordeus ó la Rogela, que más vale me aguarden que no yo aguarde; así que vuestra merced, con la diligencia posible, provea en la hora; yo envío ésta por la vía de Bordeus, remitida á Musur de Muisens, á quien suplico la invíe á vuestra merced á Latrás ó á Huesca con hombre propio; otra invío duplicada, remitida á Sevilla, á un amigo mío; la invíe á Madrid y desde allí á Zaragoza, ó que la den en Madrid á Juan de Bardají para que la invíe á vuestra merced. El rey de Francia há pocos días, según se cuenta, saqueó el arrabal ó arrabales de París, y dicen que si no acude el duque de Mena con dos mil caballos y se echa en París, dicen que entraba el rey en París; y así se retiró el rey junto á París en una villa, no sé si con bien ó mal; los ingleses, que habían ido en su socorro habrá tres días, se desembarcaban en Inglaterra, que se volvían. A mi madre no escribo por no darle pena; vuestra merced me hará merced de escribirle cómo estoy bueno, y mucho á mi

contento, y que si Dios me da vida, yo besaré á vuestra merced muy presto los pies, y lo propio á mis señoras de Javierre y Latrás y señores sobrinos y sobrinas beso las manos, y á las dos camaradas que vinieron con vuestra merced, y á sus dueñas ó amas, y ya vuestra merced sabe que todo esto conviene que nadie lo entienda, si no, si mi ida ó tratos oliese el rey de España, ya vuestra merced sabe si haría diligencias grandes en prover á los pasos para prenderme, y Dios nos deje ver con bien.—En Cales á 23 de Noviembre de 1589.—Servidor y hermano de vuestra merced, *Lupercio Latrás.*

Aquí estoy en compañía de ingleses y flamencos y de italianos y bearneses y franceses y portugueses en una posada, y con todos me paso bien, bendito sea Dios, y brindamos muy bien. El de Sástago, yo pensé hartas veces que ya de mí le fuera buenas nuevas, pues con estar tan cerca como está de Su Majestad, le pasaba nublados y visiones diabólicas, que aún no ha podido perder el amor y cariño de sus moros, y ya no lo perderá jamás que Su Majestad lo mande estar cabe sí, aunque todos los frailes de San Lorenzo lo esconjuren todos días (1).

(1) Faltan dos líneas, por estar cortado el manuscrito.

XXI

RELACIÓN

DE LA SORTIJA QUE SE HIZO EN MADRID EN 31 DE MARZO DE 1590.

Estuvieron en esta sortija Su Majestad y Altezas en la primera ventana de la Armería, y en las demás ventanas las damas; hubo muchos tablados por muchas partes, y el tablado de los jueces, que fueron el condestable, el duque de Osuna y el duque de Sesa, estaba abajo de la ventana de Su Majestad. Empezóse la fiesta á las dos de la tarde y duró hasta la noche; y á un lado de la sortija, una campanilla que la había de tañer el que echaba la lanza por encima, y al otro lado un estafermo. Fué mantenedor el conde de Melgar, y por su ayuda Don Juan de Sandoval, vestidos de encarnado, pardo y plata; sacaron cuatro atambores, ocho trompetas, doce lacayos y los pajes en muy buenos caballos enjaezados y ocho padrinos y cuatro herradores, todos de su librea; entraron con sus herramientas doradas en las manos, las cubiertas muy galanas, con mucho oro y bordaduras.

Letra del mantenedor; diéronle el precio de más galán:

La victoria que alcance
Como exceso de ventura
Esta menor me asegura.

Letra de Don Juan de Sandoval:

Mi fé y fortuna acertaron
A emplearse
Donde no puede mudarse.

Aventureros: el marqués de Stepa y el del Carpio, Don Fernando de Luján y Don Diego de Ibarra; entraron vestidos de oro, morado y plata, con trompetas y atabales y cuatro padrinos.

Letra del marqués de Stepa:

Porque no cabe en divisa
La gloria de mi esperanza,
Pruebo sin ella mi lanza.

Corrió con Don Juan y perdió.

Letra del marqués del Carpio:

A probar la suerte vengo,
Que á Dios que por seguilla
No toque la campanilla.

Corrió con el conde y perdió.

Don Fernando de Luján, sacó una tarjeta de plata con nna muerte verde, de pies sobre un corazón abrasado en unas llamas.

Letra:

Fé viva, esperanza muerta
Y de la ausencia el tormento,
Acrisolan mi contento.

Diéronle el precio de mejor lanza de las damas. Corrió con Don Juan y ganó.

Letra de Don Diego de Ibarra:

Sombras muertas represento,
Porque las tengo en ausencia
Y la firmeza en presencia.

Corrió con el conde y ganó.

Don Diego Sarmiento, de oro y negro, y una tarjeta con muchas ondas y peñascos.

Letra:

Los tormentos que me aquejan
Más fuerte y firme me dejan.

Corrió con el conde y ganó.

Don Luis de Vargas y Don Luis de Salazar, entraron con cuatro trompetas y dos padrinos y dos gigantillos enanos, vestidos todos de velo de plata; sacó una tarjeta blanca y letras blancas con cifras doradas.

Letra de Don Luis de Vargas:

No sufre la fe colores,
Y aunque sin ellas escribo,
Bien se muestra en la que vivo.

Corrió con Don Juan y perdió.

La letra de Don Luis de Salazar falta, si no es la que va á la postre sin nombre de autor, conviene á saber:

¡Oh sortija, cuál serías!

Corrió con el conde y perdió.

Don García Bravo y Don Alonso Ramírez, Don Juan de Mendoza, Don Fernando Dávila, Don Alvaro Serrano y Don Juan Manrique, salieron de azul y blanco. Sacó

Don García en una tarjeta en campo de oro, una palma, colgando della alabardas y atambores.

Letra de Don García Bravo:

El valor de mis servicios
Tanto tienen de cargar,
Que al fin me han de levantar.

Corrió con Don Juan y ganó.

Letra de Don Alonso Ramírez, en una tarjeta blanca:

Ni faltan ni bastan letras.

Corrió con Don Juan y perdió.

Letra de Don Juan de Mendoza:

Este celo es de acertar
Si deste precio se ofrece,
Nadie tan bien lo merece.

Corrió con el conde y ganó.

Don Francisco Dávila, en una tarjeta, un corazón atravesado con cuatro saetas, escripto en ellas: en la una, *celos;* en la otra, *imposibilidad;* en la otra, *esperanza*, y en la otra, *experiencia*, y el corazón con un fuego, y en medio dél una *Fe* coronada.

Letra:

Ser tal quien causó mis males,
Me asegura en el tormento
Nueva gloria al pensamiento.

Corrió con el conde y perdió.

Don Alvaro Serrano en una tarjeta sobre plata, dos ga-

lanes, cada uno con su retrato en la mano, y una dama en medio dellos.

Letra:

Vuelvo el retrato y la fe
Que distes á mi deseo,
Porque en otra mano os veo.

Don Juan Manrique, en una tarjeta, una figura en campo de oro, que están cuatro atormentándole y viene la misma muerte á su socorro.

Letra:

Estos cuatro me dan guerra
Tan atroz, terrible y fuerte,
Que es el socorro la muerte.

Corrió con el conde y perdió.

Don Diego Zapata y Don Juan Zapata, sacaron por invención un carro con muchas verduras y frutas, que le tiraban dos caballos y le guiaba un león, y encima triunfando la Prudencia con un espejo en la mano, llevando encadenados la *Locura, Confianza, Inocencia, Descuido, Necedad* é *Ignorancia*, haciendo cada uno su figura arrimados al carro, con cinco salvajes, dos á cada lado y uno atrás.

Letra de la

Prudencia.

Tengo el nombre de Prudencia,
Y para adquirir mi nombre
Se ha de gobernar el hombre
Por las letras y experiencia.

Locura.

No os espante mi locura
Ni os provoque á pasatiempo,

Pues que sabemos que el tiempo
Cual éste, es todo locura.

Confianza.

Confianza me intitulan,
Y por tener confianza
Perdí tiempo y esperanza.

Inocencia.

Si el cielo no me socorre,
Pues mi Sant Pedro allá tiene,
Paciencia sola conviene.

Descuido.

Descuido me llama el mundo,
Y es bien que por descuidado
Venga á estar aprisionado.

Necedad.

Necedad soy por hablar;
Mi prisión no os cause enojo;
Echad la barba en remojo
Pues la mía veis pelar.

Ignorancia.

Ignorancia me apellido,
Pues troqué el bien necesario
Por otro ligero y vario.

Corrió con D. Juan y perdió.
Letra del propio Don Pedro:

Las glorias del confiado
Son espejos, do no queda
Gloria que gozar se pueda.

Corrió con Don Juan y ganó.

Falta la letra de Don Juan Zapata. Corrió con el conde y perdió.

El conde de Buque (1) entró vestido de encarnado, azul y plata.

Letra:

Son principios de esperanza,
Señora, con fin de enojos,
Mi divisa y vuestros ojos.

Corrió con Don Juan y ganó.

Don Pedro de Guzmán, hermano del conde de Olivares, sacó por invención una boda con muchos foliones á lo portugués, seis padrinos, y él vestido de negro y encarnado y oro y plata, y encima un capuz largo de terciopelo, bordado con muchos espejos.

Letra:

De otros vejo os venís á qui:
Os males se veem em mí.

Diéronle el precio de mejor letra; corrió con el conde y ganó el precio.

Don Gaspar de Yeves, vestido como serrana, de verde y plata.

Letra:

Vase en flores mi esperanza.

Otra del mesmo:

La esperanza porque fué,
Pues de cuanto bien tenía
Sólo me quedó un solía.

Corrió con Don Juan y perdió.

Don Diego de Toledo, hermano del duque de Alba,

(1) ¿Luque?

dos trompetas, vestido de leonado, oro y plata bordado, y una tarjeta con un demonio en medio del infierno.

Letra:

En los altos pensamientos
Y en la pena que tenemos,
Éste y yo nos parecemos.

Corrió con el conde y ganó.

Don Pedro de Toledo y Don Bernardo de Toledo, sacaron por invención una danza de negros; otra de aldeanas con capillos; otra de sayagüeses con una novia negra, que era Francisca de Almada, la negra del prior Don Fernando, y ellos en hábito de zagales, de encarnado y azul, plata y oro. Diéronles el precio de mejor invención.

Letra de Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca:

La novia negra asegura
Negro amor, negra aventura.

Corrió con Don Juan y ganó.

Letra de Don Hernando de Toledo, hermano del marqués de Velada:

No hay letra por esta vez:
Perdone, señor juez.

Corrió con el conde: diéronlos por buenos.

El duque de Alba, de azul, colorado, oro y plata, con mucha bordadura rica y costosa, con catorce padrinos á la jineta, marlotas y capellares de las mismas colores, todos bordados y aforrados en velos de plata, y en ellos Don Pedro de Médicis, hermano del gran duque de Florencia, y doce lacayos de las mismas colores, y cuatro atabales, y cuatro trompetas y cherimías.

Cifra del duque en una tarjeta azul, pintada de estrellas,

y un Sol que sale, y en medio una *A* coronada, y dice la letra:

Está tan malquisto el Sol
Y el alba de las estrellas,
Que no quiero hablar con ellas.

Corrió el duque con el conde, y perdió.
Letra de Don Pedro de Médicis:

Las tristes lágrimas mías
Piden licencia al senado
Llorando el tiempo pasado.

Corrió con el conde y perdió.
El conde de Palma y Don Bàltasar de Zúñiga, Don Alonso Girón y Don Luis de Córdoba, de amarillo, azul y blanco, y muchas bordaduras de plata; por invención, treinta y dos botargas de colorado, á caballo, tañendo cada una diferentes músicas y haciendo diferentes visajes: llevaban una novia en hábito de dueña, que era María Caraballo, con una mona encima.
Letra del conde de Palma:

Un árbol planté en mi alma
Por yedra, y salióme palma.

Corrió con Don Juan y perdió.
Letra de Don Baltasar, hermano del conde de Monterrey:

Desesperado y contento,
Por ser de mano, mi herida,
Que me atormenta y da vida.

Corrió con el conde y perdió.
Letra de Don Alonso Girón, hermano del duque de Osuna:

Por la invidia que el Sol tiene
A otro Sol que yo me sé,
Estos días no se vee.

Corrió con el conde y ganó.

Don Luis de Córdoba, en una tarjeta, un hombre con una peña encima. Es hermano del marqués de Ayamonte.

Letra:

No cabe en el alma más trabajo,
Que si cupiera
No se mostrara de fuerza.

Diéronle el precio de mejor hombre de armas. Corrió con Don Juan y ganó.

Don Diego Zapata y Don Juan Zapata, entraron segunda vez con muchas danzas de zagales y aldeanas y todo un lugar y aldea, cura, sacristán y alcaldes en muchos borricos, y llevaban una novia, y ellos vestidos de zagales.

Letra:

Esto tiene bueno el cura
Que aunque esté la villa toda,
Si él hace falta, no hay boda.

Corrió con Don Juan y diéronlos por buenos.

Otra letra se echó de autor incierto, la cual decía así:

¡Oh sortija, y cuál serías
Si dentro de pocos días
No aguasen tus placeres
Alcaldes y mercaderes!

Hubo un aparador de muchas piezas de plata, y era condición del cartel que se corriesen tres lanzas, y el precio que quisiese el aventurero, de cien escudos abajo. Acabaron de correr con la noche, y al cabo hubo una folla que corrieron lanzas contra el estafermo, que pareció muy bien,

con que se acabó la fiesta. Dieron cinco precios: al mantenedor, de más galán; á Don Pedro de Guzmán, de mejor letra; á Don Pedro de Toledo, de mejor invención; á Don Fernando de Luján, de mejor lanza de las damas; á Don Luis de Córdoba, de mejor hombre de armas.

Los precios que corrieron:

El conde de Melgar con el marqués del Carpio, corrieron una pieza de plata de diez escudos; ganóla el conde. Don Juan de Sandoval con Don Fernando de Luján, otra de diez; ganóla Don Fernando. El conde de Melgar con Don Diego de Ibarra, una pieza de cuatro escudos; ganóla Don Diego. Don Juan de Sandoval con el marqués de Stepa, otra de diez; ganóla Don Juan. El conde de Melgar con Don Diego Sarmiento, una de seis escudos; ganóla Don Diego. Don Juan de Sandoval con Don Luis de Vargas, una de cuatro escudos; ganóla Don Juan. El conde de Melgar con Don Luis de Salazar, una de diez escudos; ganóla el conde. Don Juan de Sandoval con Don Alvaro Serrano, una de diez escudos; ganóla Don Juan. El conde de Melgar con Don Francisco Dávila, una de diez escudos; ganóla el conde. Don Juan de Sandoval con Don Alonso Ramírez, una de diez escudos; ganóla Don Juan. El conde de Melgar con Don Juan Manrique, otra de diez escudos; ganóla el conde. Don Juan de Sandoval con Don García Bravo, una de veinte escudos; ganóla Don García. El conde de Melgar con Don Juan de Mendoza, una de diez escudos; ganóla Don Juan. Don Juan de Sandoval con Don Diego Zapata, una de diez escudos; ganóla Don Diego. El conde de Melgar con Don Juan Zapata, una de diez escudos; ganóla el conde. Don Juan de Sandoval con el conde de Buque, una de veinte escudos; ganóla el conde. El conde de Melgar con Don Pedro de Guzmán, una de veinte escudos; ganóla. Don Juan de Sandoval con Don Gaspar de Yeves, una de diez escudos; ganóla Don Juan. El conde de Melgar con Don Diego de Toledo, her-

mano del duque de Alba, una de diez escudos; ganóla Don Diego. Don Juan de Sandoval con Don Pedro de Toledo, una de veinte escudos; ganóla Don Pedro. El conde de Melgar con Don Fernando de Toledo; corrieron una de veinte escudos, y diéronlos por buenos. El conde de Melgar con el duque de Alba, una de veinte escudos; ganóla el conde. El conde de Melgar con Don Pedro de Médicis, una de veinte escudos; ganóla el conde. Don Juan de Sandoval con el conde de Palma, una de diez escudos; ganóla Don Juan. El conde de Melgar con Don Alonso Girón, una de diez escudos; ganóla Don Alonso. Don Juan de Sandoval con Don Luis de Córdoba, una de diez escudos; ganóla Don Luis. El conde de Melgar con Don Baltasar de Zúñiga, una de diez escudos; ganóla el conde. Don Juan de Sandoval con Don Diego Zapata, una de cinco escudos; diéronlos por buenos.

XXII

RELACIÓN

DE LO QUE SE HIZO POR LOS INQUISIDORES DE CALAHORRA, PARA AVERIGUAR EL MAL TRATO Y VIVIENDA DE LAS BRUJAS.

(Año 1590.)

El capitán Valentín llegó á este lugar con una carta de Vuestra Señoría, y por la relación que el capitán Valentín me hizo de su parte, he visto la voluntad que tenía de saber lo que ha pasado é pasa en este negocio de las brujas, en que he entendido estos días; mándame Vuestra Señoría que por extenso se haga saber lo que pasa y es descubierto, conociendo cuán servidor de nuestro Señor es Vuestra Señoría, y espera lo que mejor cumple á las cosas de su sancta fe y servicio, para también ayudar á remediar lo que según el mundo está corrompido y las cosas de Dios tan olvidadas, viendo la necesidad para el remedio á sus ofensas, ayuda y favor de semejantes personas que la de Vuestra Señoría, por extremo el mejor que puede en este siglo; como soy obligado para remedio de tanto mal, mucho me ha pesado que antes no recibiese la de Vuestra Señoría, que aunque la obra haya faltado, la voluntad siempre la tengo como soy obligado como uno de sus servidores. Seis meses ha pasado que salí de mi casa por mandado del

visorrey y del Consejo real de este reino, para visitar estas montañas, que de mucho tiempo acá sabían muy poco qué cosa era hacer justicia temporal ni espiritual, por poner remedio en algunos males que habían acaecido é se hacían en las montañas; llegué al valle de Salazar, á do por mandado de nuestro señor he descubierto este caso de las brujas, contra las cuales hicimos proceso, y todas manifestaron sus culpas y descubrieron casos que yo no pudiera hacer, especialmente que me decían que iban en persona á tener ayuntamiento con el demonio, que salían por ventanas y chimeneas y por cualquier parte que ellas quisiesen, y como esto tenían por conclusión, y porque para esto hallé devisión de un texto de entre yo y algunos lectores, pareciendo que ellas serían engañadas del demonio, deseando quitarles aquel vano pensamiento, hice que una en mi presencia se untase é por una ventana fuese á su ayuntamiento, como ella me confesó que solían hacer, y ansí, viernes á la media noche, vanse á la posada adonde estaba con el secretario Vega y con Pedro Díaz Tumiñón, alguacil, y con Sancho de Mariana, cabo de escuadra, y con otros soldados hombres de la guerra, hasta veinte, y en presencia de todos ellos, ella se apareció y la pusieron en una cámara, y yo y el secretario y otros con ellos; se untó por la forma acostumbrada con un ungüento ponzoñoso que mata á los hombres, y llegó á una ventana del aposento que muy alto del suelo estaba, y debajo della una grande peña, que un gato se hiciera pedazos; hizo su envocación al demonio, el cual vino como solía y la tomó y la bajó encima hasta que llegó al suelo, y porque fuese más satisfacción, el dicho cabo de escuadra con un soldado suyo é con otro hombre de la tierra debajo de la ventana por la parte de fuera; el uno dellos, espantado por ver tal cosa, se empezó de santiguar y decir *Jesús;* y ansí se desapareció y se fué de entre manos, y el día siguiente vino con otras siete, tres leguas de allí, en un puerto grande donde

habían estado otras veces; y cerrados los procesos desde el principio de Cuaresma, el presidente y algunos del Consejo, con algunos teólogos letrados, entendimos en la adivinación, y por lo que hallamos escrito y por la experiencia que yo hice, determinamos la duda que tenía, porque estas brujas iban en persona y las lleva el demonio; pero es verdad que personalmente obran estas operaciones malas, y de la forma que abajo Vuestra Señoría verá; y porque de sus culpas constaba, condenamos á todas á muerte, y algunas fueron ajusticiadas en Pamplona, y yo fuí con otras á este valle á hacer las justicias y proseguir en la causa. Después acá, andando por estas montañas, adonde he descubierto tres ayuntamientos que estaban con el demonio, que solían tener el uno en este valle, donde se solían juntar más de ciento y veinte dellas, y tengo presas setenta, el otro día descubrí en el cerro de Salazar, donde se juntaban, más de ciento, las cuales, entre presas y justiciadas pasan de más de ochenta; y el otro ayuntamiento descubrí, do venían dende el valle de Roncesvalles y el Lavadero hasta Pamplona, tomando paz y á salvo en aquella falda, que se juntaban en número desta tierra más de doscientas brujas. En todo lo que pasa en estos ayuntamientos, tengo descubierto y hecho justicia noventa personas, é tengo para de aquí á ocho días, placiendo á nuestro Señor, otras veinte; finalmente, tengo tanto descubierto, que si tuviese quien me ayudase, podría hacer mucho en servicio de Dios y provecho de la república, y es de mucho dolor ver el mal tan grande, porque estando en estos reinos, que si Dios Nuestro Señor no se apiada de nosotros, va este mal tan crecido que por relación que Vuestra Señoría verá, que nadie tenía vida segura, según la forma que tienen cuando se tornan brujas y los males que hacen, por la manera que se siguen. Lo primero que hacen es que reniegan de Dios Nuestro Señor y de su bendita Madre y de todos los sanctos y sanctas, de su

sancta fe y de sus padres y madres, tomando por señor al demonio y señaladamente á Satanás, y así se introducen á otras por ofrecimientos que el demonio les decía, diciendo que les daría mucho dinero y riquezas y deleites, convirtiéndolos de su propia voluntad con temor de matarlos si no se convierten, y después que los ha convertido y hecho renegar como dicho es, les muestra las formas que han de tener para untarse en ciertas coyunturas en la parte izquierda con cierto dedo; señala qué dedo de la mano izquierda, para ir al ayuntamiento que suelen tener con el demonio; de untarse la tienen por el cursil; declara por sus confisiones que con aquello pueden ir donde quisieren en el aire, que el demonio los sostiene y los viene á llevar, lo que no haría si no se untasen, y desta manera las convierte, y el que convierte va al dicho ayuntamiento, todos juntos, y por gran servicio la bruja ó brujo que convierte á otro la presenta al demonio, y el demonio habla con ella y ella con el demonio, y el demonio está en figura de cabrón grande y negro, y dice así:—Este hombre ó esta mujer, éste, yo lo he convertido á vuestra ley y lo traigo á vuestro servicio,—y el demonio le recibe bien y le manda que se haga juez, diciendo que es señor del mundo y que su ley es la mejor de todas, y les promete de dar dineros y lo que han menester, y ansí le hacen reverencia y acatamiento como á señor, con el pie izquierdo, puesta la rodilla izquierda en el suelo, todo al revés, y le adoran en el más sucio lugar de su cuerpo, y es un cabrón, como digo, y por principio da al convertido dineros y monedas; saltan y danzan y toman placer un rato y vuelven á sus casas, y lo que más suelen hacer en estos ayuntamientos es que comen carne y pan y otras viandas, y beben una cosa que parece vino que el demonio les da, y parece que las viandas que se las da en plato, y les muestra grandes riquezas, y lo que es de más dolor, que á los hombres dan mozas y á las mujeres dan hombres, y á la verdad son de-

monios que toman cuerpos fantásticos, y ciertamente toman parte con los demonios, ansí los hombres como las mujeres, y confiesan que tanta deletación tienen con el demonio en lo que hacen con él, como el marido con la mujer; una de las cosas más principales por que sirven al demonio y le siguen, es por esta suciedad, y esto tenga por muy cierto Vuestra Señoría y averiguado, que han con el demonio personalmente, porque tengo más de cincuenta mozas mujeres de poca edad, que están corrompidas por el demonio, y entre ellas hay una que no llega á doce años y está corrompida, y por experiencia se averigua é parece ser ansí; los mandamientos que les manda guardar es que, concierten á su servicio el mal á cuantos pudieren hacer, ansí en matar hombres como mujeres é criaturas, cómo en destripar panes, ganados, como billotas de los montes é de toda manera de fruta que la tierra produce, que al que más mal hace el demonio le da mayor premio, y si alguno bien, lo maltrata y le dan de palos, de manera que todos los que le siguen es forzado que hagan mal; las noches que tienen nombradas para ir á tener ayuntamiento con el demonio son el viernes á la media noche, que van entre las once y las doce, y vuelven en cantando los gallos, y la razón que dan por qué van más en viernes que los otros días, es por más vituperio y ofensa de Nuestro Señor, y la alegría que muestran tener, que Judas vendió á Cristo por treinta dineros y en tal día fué crucificado; mayor fiesta hacen de alegría por esta vía la noche del sábado, al tiempo que el verdadero cuerpo de Nuestro Señor estaba en el monumento; entonces trabajan por hacer mayores males, y manifiestan que en cantando los gallos no tienen comunicación con los demonios. Yo he trabajado por saber la razón desto, y lo que me han dado una bruja y un brujo, es que el batirlas el gallo, es que dicen tres veces, que denotan bien cómo San Pedro negó á Nuestro Señor la noche de su Pasión, que estuvo en pe-

cado hasta que el gallo cantó, y cantado, el demonio se apartó dél luego, habiendo dolor de su pecado. Estas dos interpretaciones que dan, cada una, es de grandísimo misterio, especialmente de personas tan simples como son éstas que andan en esta tierra, y dicen que ninguna operación han de hacer con la mano derecha, y lo que más les es vedado es que no nombren el nombre de Jesús ni se santigüen, é por muchas partes tengo averiguado, si le nombran andando en estos pasos y ayuntamientos malos, que en diciéndolo se desaparecen; también manifiestan ellos y ellas que, para hacer las operaciones con que matan á las personas é ganados é destruir en los frutos, entonces matan, y dicen que no se pueden hacer sin corazones de niños mezclados, con que ellos hacen, y á esta causa matan á los niños de teta, é los desentierran y sacan la corada y el corazón, como yo por experiencia los he hecho desenterrar, y he hallado ser ansí por mis procesos, y algunos me han manifestado haber quitado los corazones y hecho abrir las sepulturas, y hallarlos sin corazones á los niños; en la manera que matan á los niños hay un misterio muy grande, y es que si la madre ú ama que los cría tiene cuidado de santiguarlos, no tienen poder para los matar, y si las que los crían no los santiguan, el demonio les lleva la nueva, y dicen:—En tal parte hay una criatura que no la han santiguado: iréis allá y le mataréis;—y de esta manera se les aparece como perro, y otras veces en figura de hombre, y así viene á las puertas á hacer susto, y para más disimular, si algunos no matan, les echan veneno para que de allí á pocos días se mueran, y también está averiguado que si hay en la pieza ó cámara una figura á semejanza de un crucifijo ó imagen de Nuestra Señora ó agua bendita, no tienen poder para mal, y ansimismo confiesan, que si en alguna heredad hay una cruz, cualquiera que sea, que no se menoscabará ni destruirá el fruto della con tempestades de piedra, y esto es cosa muy

probada, que consta de confisión de ciertas brujas que tenían por costumbre de cada año apedrear la heredad de un hombre; de pocos años á esta parte puso una cruz de palo, y después que la hubiera puesto, coge sanos todos los frutos della, y no le empece la tempestad; confiesan muy averiguado, que después que se hacen brujas, no ven el Sanctísimo Sacramento del altar, y si confiesan sus culpas lo tornan á ver como de antes, como si no fueran brujas, y hay otros indicios muy grandes, que todos los brujos y brujas se pueden conocer por una señal que se les imprime en el ojo izquierdo, encima de lo negro del ojo, y para las conocer; tengo para quien las conoce que es cosa maravillosa y averiguada; hay mucho que tratar en los que he hecho ajusticiar y en los que tengo presos, que los males que hacen son tan grandes y tantos, que no se pueden contar, y matan con ponzoña á los hombres y mujeres y criaturas niños, y á sus propios hijos, hermanos y otros parientes suyos, como consta por sus confisiones y procesos, y por sus propias manos han muerto sus ganados, y pierden las bellotas de los montes, yerbajaderos y frutos de la tierra, echando ponzoña por encima de la tierra con la mano izquierda, con ciertas maldiciones que dicen al campo que las echan; que suelen hacer apedrear, según que han confesado, y crea Vuestra Señoría que cuando la tierra se pierde por piedra y tempestades en este reino y en otra cualquier parte, que es por maleficio dellas, como yo, cuando fuere necesario, lo diré si es conveniente; saben hechizar, y cuando salen á sus ayuntamientos ó malas operaciones, no lo sienten en las casas donde entran á matar ó hacer mal, y hacen adormir de manera que pueden ir y estar y volver seguros, y saben hechizar porque aquel hombre no tenga parte con su mujer, y he hallado por experiencia haber hechizado á sus propios hijos y nietos al tiempo de sus casamientos, por hacer mal, por despreciarlos, y cuanto mal hacen y pueden hacer, y más

grave es el pecado, tanto más mérito dicen que tienen con Satanás, y por eso matan sus hijos y hacen otros maleficios y pecados gravísimos; la noche de Sancta Cruz de Septiembre, ví ciertos valles y lugares y villas desta tierra con una tempestad súbita que duró más de dos horas, que cayó tanta agua que se llevó muchos molinos y cercados y viñas y frutos y árboles, que dejó señal, y fué tan grande el daño de mal, que fué cosa monstruosa; yo he descubierto, por muchos viejos y viejas, que se juntaron con intención de echar á perder las viñas de Pamplona con piedra, pasados de dos mil brujos y brujas, y no pudieron salir con sus intenciones, porque dicen que vieron una cruz grande y blanca, la cual los echó á una orilla; la cual tempestad fué tan grande de vientos y aguas y piedra, que derrocó una cruz grande que estaba en la plaza de San Lorencio de Pamplona, alta, con cuatro colunas, y cubierta; aunque yo he dado en hacer justicia y tengo muchos presos, no deja el demonio de hacer sus ayuntamientos con los demás; y son tantos los males que hacen, que no se pueden contar por largo juicio que haya, y esto del hacer mal lo congregan y tratan en sus ayuntamientos, los que hay por prender, y he sabido de los que prendo, cómo el demonio les manda hacer agora más mal que nunca, y el demonio les induce con falsos engaños que sigan su ley, con falsos prometimientos, y les dice que los que ajustician y queman les hace creer que los resucita, y les muestra las propias figuras que de antes tenían aquéllos que han ajusticiado, y que ansí hará á ellos, que no se dejen de hacer el más mal que pudieren, que luego será acabada la persecución en siendo yo acabado. Dios lo remedie como puede por su infinita bondad.—Primero de Abril de 1590 años.

XXIII

JORNADA

DE SU MAJESTAD FELIPE III Y ALTEZA LA INFANTA DOÑA ISABEL, DESDE MADRID, Á CASARSE, EL REY CON LA REINA MARGARITA Y SU ALTEZA CON EL ARCHIDUQUE ALBERTO.

Salió Su Majestad de la casa del Pardo, jueves á 21 de Enero 1599, y vino á comer á Madrid, donde se juntó con la señora infanta Doña Isabel su hermana, después de haberse despedido de la Majestad de la emperatriz (1), para ir á la jornada de Valencia, Su Majestad, para casarse allí con la reina Margarita, y Su Alteza con el archiduque Alberto, y esta noche llegaron á Vicálvaro, una legua de Madrid, donde durmieron, y el viernes siguiente, después de haber oído misa, se partió y llegó á comer á Vaciamadrid, donde hubo una danza del pueblo; de aquí fué á dormir á San Martín de la Vega, donde el día siguiente comió y fué á dormir á Aranjuez, donde comió y fué á cenar á Ocaña, y en el camino corrió una liebre, y aquí le salió á recibir fuera del pueblo el gobernador; comió aquí y fué á cenar á Villatobas, y en el camino estaban unas chirimías del pueblo que fueron tañendo hasta llegar á él; y á la entrada salieron dos danzas muy buenas como aquí, y fué á dormir al Corral de Almaguer, y antes de llegar al pueblo estaba el regimiento con Francisco de Vera, caballero del hábito de Santiago y del Consejo de Su Majestad, que es comendador

(1) Doña Ana de Hungría, mujer de Fernando I.

del dicho Corral. Miércoles 27, fué á comer á Villanueva de Alcaudete y cenar en Los Hinojosos, y este día llovió, y por ser el lugar muy sucio, se tuvo trabajo. Jueves 28, se comió allí y fué á dormir en Las Pedroñeras. Viernes 29, á comer allí y cenar en San Clemente, y antes de llegar salió el gobernador, que se llama Don Fulano de Prado, á recibir á Su Majestad con acompañamiento. Sábado 30, comió allí y fué á dormir en Mira, adonde Don Juan Pacheco, señor della, hizo presente á Su Majestad y Alteza de cosas dulces, y á otros caballeros privados. A 31, á comer en Minaya y dormir en la Roda. A primero de Hebrero, lunes, á comer en La Gineta y cenar en Albacete; á 2, comió allí y cenó en la ciudad de Chinchilla, donde se hizo salva con el artillería y recibieron á Su Majestad con maceros en forma de ciudad. A 3, comió en Chinchilla y durmieron en el Villar; á comer allí; dormir en Bonete, lugar muy pequeño. A 5, dormir en Almansa, último lugar de la raya de Castilla, donde estaba Don Sancho de Avila, obispo de Cartagena, y besó la mano al rey; comió éste allí y salió en haciéndolo, y fué caminando cosa de dos leguas hasta llegar á la raya del reino de Valencia, donde en un llano aguardaban á Su Majestad á pie el vicecanciller de Aragón y otros caballeros del reino, y aquí estaban hechos una media luna una compañía de jinetes de la guarda de la costa del reino, que son por todos sesenta, con sus capitanes y estandarte, lanzas y adargas, vestidos de colorado con guarnición amarilla, en buenos caballos; más abajo había formado un escuadrón de infantería muy en orden, que serían los infantes cosa de ochocientos, y como llegó Su Majestad, escaramuzaron los jinetes y disparó la infantería. Llegó Su Majestad este día á Fuentelahiguera, primer lugar del reino de Valencia, donde hubo aquella noche luminarias y muchos artificios de fuego, y desde allí fueron siempre, hasta llegar á Valencia, acompañando á Su Majestad los dichos jinetes. A 6 del dicho, á comer

en Vallada, adonde el conde de Benavente, virrey de Valencia, invió á Su Majestad cincuenta y dos acémilas cargadas de cosas de comer, terneras y otras cosas de carne, y este día fué á dormir á Canales, y antes de llegar se apartó Su Majestad con Su Alteza y demás, que iban en palafrenes con sillones de plata, á un lado, y fué á ver el castillo de la Orden de Montesa, que es su cabeza y muy fuerte, y en llegando se apeó, y salió el convento y caballeros seglares con mantos á recibir á Su Majestad con *Te Deum laudamus;* llegó á la iglesia, adonde hizo oración, y le cantaron un villancico, y le dieron á besar la cabeza del señor Santo Jorge, que está allí y es patrón de la Orden; vió la casa, que es muy buena, y en el cuarto que era del Maestre, le tenían de merendar; merendaron las damas y Su Majestad presente. A 7, comió en Canales y vino á dormir á la ciudad de Játiva, donde á la entrada se juntaron las guardas tudesca y española de á pie y la de los arqueros, y antes de llegar se puso Su Majestad á caballo y Su Alteza quedó en el coche; luego, llegando á la vista, empezó á hacer salvas el artillería, muy grandes, y á la entrada estaban aguardando á Su Majestad los jurados de la ciudad y Bayle, con el palio, y llegado, se metió debajo dél, que tenía diez varas y era de damasco carmesí, y los jurados iban con ropas rozagantes de terciopelo de la misma color, por haber llovido á la mañana, y del freno del caballo pusieron unos cordones largos de seda y oro, de que tiraban los escribanos y otras personas del Ayuntamiento; llegó Su Majestad á la iglesia mayor, donde con cruz le aguardaba á la puerta el patriarca de Valencia, Don Juan de Ribera; hizo oración, y hecha, salió y prosiguió su camino hasta llegar á la posada, por muchas calles que estaban todas muy bien aderezadas, y muchas damas en las ventanas, y algunas dellas quitó Su Majestad el sombrero. Iba delante el marqués de Denia con el estoque desnudo al hombro, como cuando entró en Madrid, y detrás de Su

Majestad y de Su Alteza en coche, y detrás el marqués de Velada, mayordomo mayor del rey, y rodeados los arqueros y todos criados del rey; hubo á la noche muchas luminarias y grandes artificios de fuego. A la mañana, los moriscos de aquella ciudad hicieron un presente á Su Majestad, de alpargates de seda, platos de barro dorados y más de veinte de cosas dulces muy regaladas, y la misma ciudad hizo otro también de cosas dulces, en gran cantidad, con platos de la misma manera; aceptó dos fuentes que eran de plata, las cuales mandó Su Majestad al marqués de Velada diese á los hospitales de aquella ciudad, como lo hizo. A 8 salió de Játiva y fué á dormir á la Puebla (1), del duque de Gandía, y en el camino hubo un puerto muy áspero, adonde se pasó gran trabajo en pasar coches y carros, y estuvo Su Majestad buen rato esperando pasasen los que iban delante, para lo cual vinieron los moriscos de la tierra y á hombros ayudaron y con mulas á pasar el dicho puerto, y con esto andaban los marqueses de Denia y de Velada á caballo, con gran peligro de despeñarse, dando orden de pasar, por ser el paso malísimo; bajado el puerto, había un lugar donde todos los que pasaban daban á beber vino de balde en abundancia; comió aquí, y fué á dormir á un monasterio muy bueno que se llama San Jerónimo de Gandía, de su misma Orden, donde los frailes le recibieron con *Te Deum laudamus*, y los criados por no caber en el monasterio, vinieron á dormir en Palma (2), y á dos lugares á media legua del monasterio; y á 10 comió en el monasterio y vino á dormir en la villa de Oliva, donde el conde de Miranda, dió de merendar á Su Alteza y damas doce platos de vianda, y esto hizo en Almansa y en otros lugares; llegado Su Majestad, el artillería hizo salva, y fué á posar á la casa del duque de Gandía,

(1) Puebla del Duc ó de Rugat.
(2) Palma de Gandía.

cuyo es el lugar, que es muy buena, y estaba toda muy bien aderezada y colgada. A 11 á comer en Urgel (1), que es del marqués de Denia, y á dormir á Denia, adonde antes de llegar, en un llano, había un escuadrón de mil ochocientos hombres de infantería, piqueros, mosqueteros y alabarderos, todos con murriones y muy en orden, con doce banderas extendidas, y así como llegó Su Majestad que hicieron salva, pasó por medio, y fué sin entrar en el pueblo á ver la marina, adonde se detuvo un rato, y volvió al pueblo, á la entrada del cual había un arco muy bueno, y hasta llegar adentro del castillo, do posó; y á la entrada de la plaza de armas, había un muy bueno con dos letras; era una del antigüidad del lugar, y la otra de los Sandovales; en apeándose Su Majestad, hubo tanta artillería que parecía se hundía el castillo, y de la mar hicieron lo mismo que en el puerto. A 22 fué Su Majestad á la mar y se embarcó con Su Alteza en un bergantín muy galán, con los remeros vestidos de casacas de tafetán carmesí, y se hizo á la vela, á ver una cueva que llaman Falda que está á la orilla de la mar, de adonde dicen sacaron los antiguos la piedra de que se hizo el castillo de Denia, y anduvo Su Majestad por ella, y Su Alteza y las damas, que tiene más de trescientos pasos debajo de la tierra; y para la vista fueron menester hachas, y á trechos había tinajas de agua de la que se destila de las peñas, de la que bebió; antes de anochecer, se hizo un poco á la vela la mar adentro, y le acompañaron un piloto flamenco y otras barcas de la tierra, y tiraron mucha artillería y justaron unas barcas con otras, cayendo los justadores á la mar, y tornando luego á las barcas á la boca de noche; se encendieron muchas luminarias, y desde la mar vió Su Majestad á Denia que parecía bien; desde el castillo tiraron gran cantidad de artillería, y hubo grandes artificios de fuego con

(1) Utiel.

cohetes, que parecía llovían; desembarcó Su Majestad, y á la noche hubo comedia. El día siguiente por la mañana, se tornó Su Majestad á embarcar en el filibote flamenco y merendó manteca y otras cosas que le dieron. A la tarde, se combatió un castillo que habían hecho aposta en la marina, á la traza del de Ambers, con su foso, y dentro había cosa de doscientos hombres vestidos de moros, y al combate vinieron los mil ochocientos infantes, por orden, formado su escuadrón muy bien, y los jinetes corrían la tierra, que luego vinieron los gastadores á hacer trincheas para la infantería, y desde el castillo salían á escaramuzar; con la guarda que llevaban, plantaron para la batería cinco piezas, de artillería; en efecto, el castillo se defendió muy bien y al cabo le entraron, y los moros fingidos dieron á huir á la mar, donde tenían barcos para ellos; y al salir, arrebataban los cristianos que estaban á la orilla y los metían en la mar y los mojaban bien; de manera que fué de ver, y Su Majestad lo vía desde el castillo; á la noche, hubo en la plaza de armas del castillo un torneo de caballeros de la corte y de Valencia, muy bueno, de que fueron jueces el conde de Alba (1), el de Miranda y el de Fuentes; el día siguiente se embarcó Su Majestad y fué á pescar con Su Alteza, donde se holgó mucho, y á la noche hubo comedia, y al fin della tocaron un rebato falso, que á las damas, y á quien no lo sabía dió harta pena, porque decían había en la costa de Denia catorce galiotas de moros. Á 16 salió Su Majestad de Denia, y en el camino estaban emboscados cosa de cien hombres vestidos de moros, y al llegar el rey salieron y empezaron á tirar, y luego los jinetes cercaron, y no faltó damas á quien, pensando era de veras, se les quitó el color; llegóse esta noche á Oliva, donde hubo luminarias, y de allí fué Su Majestad á dormir á Cullera, donde había encima el río Júcar un puente sobre

(1) Alba de Liste.

bajeles, y fué á pasar por ella, y los jurados le recibieron con unas becas de terciopelo carmesí á los hombros; y á la noche hubo luminarias, y el castillo jugó el artillería, y á la mañana le presentaron seis cargas de gallinas vivas, una cesta de francolines vivos, seis cargas de terneras y cabritos gordos, muertos. A 18 se vino á dormir á Catarroja, una legua de Valencia y á otra de Cullera. Se embarcó en barcas pequeñas con velas, por una laguna que llaman el Albufera, donde vino cazando muchos pájaros, y se desembarcó cosa de media legua del dicho lugar de Catarroja, donde estuvo aquella noche; y á la mañana, á 19 del dicho, vino á comer á Jesús, monasterio de la Orden de San Francisco, cosa de un cuarto de legua de Valencia, donde está enterrado el bienaventurado Fray Pedro Nicolás Fater, fraile de aquella casa, cuyo cuerpo se enseñó á las damas, remitiendo Su Majestad el verle para otro día, y habiendo comido salió del monasterio á caballo, y Su Alteza en coche; y al llegar en una cruz fuera de Valencia, le salió á recibir el maestre racional con muchos ministros, y le besaron la mano, y el conde de Benavente, virrey de Valencia, acompañado de muchos caballeros con vestidos ordinarios; á la entrada de la ciudad, salió el justicia y los diputados con ropas de brocado á caballo, con los letrados y abogados y notarios y vergueros con ropas de raso negro, y otros muchos ministros del Ayuntamiento, y en llegando á Su Majestad, se apearon y le besaron la mano, y tomaron á Su Majestad debajo el palio, que era de brocado, en la primera puerta que llaman el Portal de San Vicente, había un arco con muchas letras y una granada, en el abajo, que al tiempo de entrar Su Majestad se abrió, y dentro estaban dos niños con las llaves de la ciudad que las ofrecían al Rey; tomólas el Justicia, y Su Majestad le hizo señas las guardase; fué andando por las calles, que estaban muy bien colgadas, y las guardas de pie y de á caballo de la misma manera. Á 20 hubo un sarao en casa del señor

de Bruñol (1), donde se halló Su Majestad de máscara con muchos caballeros; y á 21 le hubo en casa del conde de Benavente, donde Su Majestad también se halló con Su Alteza medio rebozada. Tuvo el conde una brava merienda de ciento ochenta platos de diferentes cosas, de lo cual merendó Su Alteza; y á 22 hubo otro sarao en palacio, donde Su Majestad danzó con Su Alteza, y los caballeros criados del rey, con las damas; y estos dos días hubo algunas máscaras, en las cuales salió Su Majestad y corrió muy bien, y no se hicieron más fiestas por haber Su Majestad mandado se guardase para la entrada de la Reina; á 25 fué Su Majestad y Alteza y damas á un monasterio de jerónimos, media legua de Valencia, que se llama San Miguel de los Reyes, á comer, y está enterrado en él el duque de Calabria y dos infantes de Nápoles sus hermanos. Hubo en las murallas y torres de Valencia muchas luminarias, desde que Su Majestad entró, todas las noches hasta el Miércoles de Ceniza.

Domingo á 28 del dicho, después de comer, fué Su Majestad á la iglesia mayor de Valencia, que se llama la Seu y vinieron á palacio los jurados á caballo, con sus ropas de brocado, como cuando entró, con sus atabales, trompetas y maceros delante, y Su Majestad entró vestido de corto con capa de raja guarnecida y gorra con plumas, todo negro, en esta forma: llevándole en medio dos jurados, vestidos con sus ropas, yendo en lo demás todos de la manera que le recibieron, y el marqués de Denia con el estoque desnudo al hombro, y muchos caballeros de la corte y del reino con capa y gorra, y llegó á la dicha iglesia, adonde había hecho un tablado entre el coro y la capilla mayor, y allí estaba un sitial donde Su Majestad se asentó y hizo oración, y luego le besaron la mano el patriarca, el marqués de Denia, el conde de Lerma y los ju-

(1) Buñol.

rados y el vicechanciller, como valencianos, que fué jurarle por rey; luego el secretario Franqueza, del Consejo de Aragón, leyó un rato ciertos fueros que tiene el reino, los cuales dijo Su Majestad que les guardaría, y lo juró sobre un libro misal que estaba delante que le puso el limosnero mayor, y con esto se tornó á venir Su Majestad con el mismo acompañamiento á su posada; los grandes no acompañaron este día á Su Majestad, porque los jurados le llevaban en medio, que representaban el reino, y los grandes este día no tuvieron lugar. Desde el dicho día 28 de Hebrero hasta 20 de Marzo, algunos días fué Su Majestad á misa á la iglesia mayor, y á otros monasterios y á caza un día, y domingo 21 de Marzo, después de comer, fué á la casa de las armas, y allí le tuvo la ciudad en una pieza una colación de cosas dulces de hasta cuarenta platos, y en acabándose salió al baluarte, donde hubo un torneo de algunos caballeros mozos, no muy bueno, y á boca de noche se tornó á casa, y en acabando de apearse disparó el baluarte toda su artillería; y el dicho día á la noche, mandó cubrir Su Majestad al conde de Belchite y duque de Híjar, que traía pleito sobre ello; y lunes entró en Valencia la caballería del almirante de Castilla, que traía sesenta y cuatro caballos, todos cubiertos de mantas azules, y los mozos vestidos de la misma color, y antes desto fué un día al Grao y vió un lobo marino que lo cogió un vecino del Grao, y con un cordel atado á los pies le dejaron entrar en la mar, estando Su Majestad delante, dos ó tres veces, que fué mucho de ver. Sábado á 26 del dicho Marzo, fué Su Majestad al Grao á ver un navío grande, y este día se puso capa y gorra por haber venido nueva de llegar á Vinaroz la reina, y los caballeros se pusieron muy galanes con piezas de oro, aunque los vestidos eran todos negros. Domingo á 27 del dicho, Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, duque de Fernandina y príncipe de Montalbán, capitán de las galeras de Nápoles,

hizo una máscara, en la cual entró Su Majestad, el marqués de Denia, el de Sarriá, conde de Lerma, Don Pedro de Médicis, Don Pedro de Castro, Don Enrique de Guzmán, Don Fernando de Toledo, Don Juan de Sandoval, todos vestidos con sayos de tela de oro fino á lo romano, bordados, con mantos de tela rica, y tocados con cada tres coronas de plata fina, y gran cantidad de garzotas y plumas, espadas y dagas, con pretinas y vainas de tela y las guarniciones plateadas, y demás destos entraron veinte niños, que son: Don Antonio de Toledo, hijo del marqués de Velada; Diego Gómez, hijo del de Denia; siete hijos del conde de Benavente, el marqués de Villalba, todos vestidos de la misma manera, ecepto que no llevaban mantos; vistiéronse todos en el aposento del marqués de Denia, y delante salieron ocho violones y un maestro de danzar, vestidos de velo de plata, con máscaras y tocados, chinelas y borceguíes blancos, y el maestro tenía en la mano una palmatoria plateada, con un azote para los que errasen. A las ocho de la noche, con hachas blancas en las manos, entraron en el aposento del rey, donde delante de las damas y Su Alteza se empezó la máscara; sacó Su Majestad á su hermana y á Doña Antonia de Toledo, hija del marqués de Velada, Doña María de Meneses, Doña Margarita de Tábara; todos los caballeros lo hicieron muy bien, y Don Pedro de Toledo lo cumplió todo bastantísimamente, teniendo donde se vestían, los mercaderes y oficiales que eran menester, con sedas y telas por si faltase algo; el rey y los nueve caballeros llevaban botones de oro en los sayos, y á cada uno dió un lienzo de cadeneta muy rico para poner debajo de la máscara, y guantes de ámbar; iba también vestido de mujer Andrés de Alcocer, loco del rey, con un vestido muy bueno; costó la fiesta al dicho Don Pedro más de cinco mil ducados, y en acabándola, el rey y su hermana se fueron á su aposento, y los caballeros se quedó cada uno con su vestido y se fueron á

desnudar, y él cenó con el vestido puesto, que, como á los demás se lo dió el dicho Don Pedro. Lunes á 29 de Marzo, salió el marqués de Denia acompañado del dicho Don Pedro de Toledo y otros muchos caballeros, vestidos de terciopelo carmesí, con muchos pasamanos de oro y con cojines y maletillas de la misma manera, por la posta para Vinaroz, á visitar la reina, los cuales eran cincuenta, y los criados más de ochenta, vestidos de la misma color, ecepto que los vestidos de los caballeros eran más costosos; llevó el marqués á la reina una cadena de diamantes y un retrato del rey. Viernes á 2 de Abril, volvió el dicho marqués de la manera que había ido, y Su Majestad llegaba del Grao en aquel punto, y como se apeó le recibió abrazándole, y desde el camino los caballeros habían inviado motes muy buenos á las damas, á los cuales respondieron ellas muy discretamente. Domingo de Ramos, 4 de Abril, llegó á Valencia el archiduque Alberto en coche, y Su Majestad le salió á recibir al camino y le llevó al aposento de la infanta, con muy pocas personas delante, y estuvo con ella en presencia del rey como media hora, el cual salió con Su Majestad para irse por la posta á Madrid á ver la emperatriz su madre, y al mismo punto partió el marqués de Denia á visitar á la reina, que estaba en Monviedro. Martes Santo, 6 de Abril, fué el rey al monasterio de Nuestra Señora de Puche, de la Orden de la Merced, dos leguas de Valencia, con la señora infanta, adonde había venido la reina con su madre desde Monviedro; éste fué el primer día que se vieron Sus Majestades, los cuales se hablaron por intérprete, y dióse una grande colación, y á la noche se volvió el rey á Valencia y la reina á Monviedro, y cuando se apeaba, la llevaba de la mano el conde de Alba, su mayordomo mayor; este día vinieron á Valencia con la señora infanta, las damas flamencas que habían de ir con Su Alteza á Flandes. Jueves Santo, á 8 de Abril, salió Su Majestad y la señora infanta

con sus damas, á las nueve de la noche, á pie, y anduvo las estaciones en doce iglesias, llevando poca guarda y algunas hachas encendidas; y como se entendió que el lugar le seguía, mucha gente volvió al Real de la misma manera á las doce de la noche, y á esta hora se entraron los dos en su capilla real, donde le predicó la Pasión el Padre Maestro Avila, de la Orden de Santo Domingo, arzobispo de la isla del mismo nombre, y acabó cuasi á las tres de la mañana; las procesiones de disciplina pasaron todas, que fueron cinco, por delante del Real, aunque bien desordenadas, por correr mal aire; y el dicho Jueves Santo lavó Su Majestad los pies á los pobres, como suele, ayudándole el almirante de Castilla y el conde de Benavente, y lo mismo hizo Su Alteza en su aposento y la reina en Monviedro. A 14 de Abril, Don Pedro de Toledo sacó á la noche unas cuadrillas de doce caballeros, vestidos de velillo de plata con tocados de lo mesmo, á caballo, y Su Majestad venía á esta hora del Puche de ver á la reina con Su Alteza, y le salieron á recibir al camino y los acompañaron hasta el Real, y corrieron delante dellos muy bien con hachas blancas, y el almirante de Castilla sacó otra cuadrilla de seis, cuasi del mismo vestido, y fueron mucho de ver. A 15 del dicho hubo delante el Real una justa de caballeros de la tierra, y á la noche vinieron con muchos instrumentos casi todos los caballeros de Valencia, muy galanes, con muchas hachas, á publicar el torneo, trayendo el cartel, como suele, un hombre armado; y en estos días fué Su Majestad algunas veces á ver la reina, unas á Monviedro y las demás al Puche. Sábado á 17 de Abril, vino el archiduque Alberto de Madrid y fué á apearse al Puche, do estaba la reina; y domingo á 18, por la mañana, fueron los caballeros riquísimamente vestidos á acompañar la reina desde el Puche, y los más le besaron la mano; en llegar á la puerta de Serranos, le recibió la ciudad debajo el palio, como cuando entró el

rey, y así como el rey supo que entraba en la ciudad, salió con la infanta en un coche cerrado y fué á una casa junto á la Seu, donde vió venir la reina, y cuando estuvo en la iglesia, por un pasadizo que había della á la casa, fué á la iglesia donde le recibieron con cruz y *Te Deum laudamus*, y luego empezaron los cantores á oficiar la misa, que la dijo Don Juan de Ribera, patriarca de Valencia, el cual, en llegando á las oraciones que se dicen á los casados, volvió á los reyes que estaban de rodillas ante el altar, y á sus lados Sus Altezas, que fueron sus padrinos, con que se acabó la misa, y se comenzó otra por el Nuncio, á los archiduques, infanta, de quien fueron padrinos Sus Majestades, acabada la cual, llegaron los señores y señoras que allí estaban á besar las manos á los reyes, y lo mismo hicieron Sus Altezas y Majestades; les dieron á ellos la norabuena, y con esto salieron juntos de la iglesia y subieron á caballo el rey y el archiduque. Su Majestad iba vestido de blanco con tudesquillo morado muy cuajado de canutillos y entrochados de oro, y de la mesma manera Su Alteza, la reina y infanta, vestidas de blanco con ricas joyas; se pusieron en una carroza muy rica con la archiduquesa madre, y á los lados iba el rey y archiduque; el palio en que vino la reina se quedó á la entrada de la iglesia, donde le tomó Don Juan de Idiáquez, como caballero mayor, porque hasta allí había venido la reina debajo dél, y el archiduque y archiduquesa detrás, y luego venía la camarera mayor y Don Juan de Idiáquez, y después las damas, y por un lado y otro la guarda española y tudesca, y delante del acompañamiento iban las trompetas y atabales y menistriles, todos vestidos de la librea del rey, amarilla con guarnición blanca y encarnada; la del archiduque era azul; hasta la iglesia vino el conde de Alba delante, como mayordomo mayor de la reina, y desde allí que fué el rey, se mudó en su lugar el marqués de Velada, su mayordomo mayor. Llegaron Sus Majestades al Real á

las seis de la tarde, porque eran más de las cuatro cuando salieron de la iglesia, y así se sentaron á comer dentro de una hora que llegaron, en una hermosa sala que estaba colgada de tapicería con la historia de Túnez, y había sobre la mesa un riquísimo dosel con muchas piedras finas. Sentóse el rey en medio y la reina á su mano derecha, y luego la archiduquesa, y á la mano izquierda del rey, la infanta, y junto á ella su marido; sirvióse una espléndida comida que duró dos horas, y levantándose de la mesa, se entraron á descansar, y á cabo de una hora, tornaron á salir á un sarao que se hizo de damas y caballeros en la misma sala donde danzaron Sus Majestades y Altezas; acabóse á las tres de la mañana, y á aquella hora se fueron á recoger las personas reales.

Martes 2 del dicho, á la noche hubo un torneo de los caballeros de la tierra, en un tablado que se hizo en la plaza, muy hermoso, en el cual había armada una tienda; entraron los del torneo muy galanes, con muchas cajas y pífanos y algunas invenciones en los penachos; fueron mantenedores el marqués de Guadaliste (1) y el conde de Almenara, y jueces el duque de Umala (2), y príncipe de Orange, y conde de Fuentes; diéronse muchos premios á los caballeros, y ellos á las damas; había alrededor del tablado muchas hachas, y delante de los caballeros entraron muchos; acabóse á las dos de la noche, y los caballeros salieron con el orden y concierto que habían entrado, á lo cual estuvieron los reyes; á las alcancías, el baluarte disparó la artillería y muchos artificios de fuego. Miércoles 21 de Abril, hubo sarao en palacio, y salió para Madrid la archiduquesa madre de la reina, á visitar la emperatriz; salió acompañándola el rey y reina, infanta y archiduque hasta el lugar de Cuartes, una legua de Valencia. Jueves 22 del dicho,

(1) Guadalest.
(2) Aumale.

fueron los reyes á la plaza del Mercado, donde se corrieron cinco torillos muy bellacos, y al fin hubo unas cañas de ocho cuadrillas de caballeros de la tierra, que por todos eran sesenta y cuatro, con muy buenas libreas, y la entrada fué muy buena y pareció bien; sacó en esta fiesta Don Gaspar Mercader dorados los cascos de pies y manos del caballo, y con listones en las cañas de pies y manos; acabóse la fiesta de noche, y á esta hora se vinieron los reyes á las escuelas, á ver dar un grado (que fué á los 23) de doctor de Medicina, y les dieron propinas como á doctores. Sábado á 24, fueron á la plaza del Mercado, donde hubo una justa de nueve caballeros de la tierra que justaron muy bien; fueron jueces el conde de Fuentes, príncipes de Malafet y de Orange y duque de Umala. Domingo 25 del dicho, dió Su Majestad el Tusón al archiduque y al almirante de Castilla y al príncipe de Malafet, hijo de Juan de Andrea; á la tarde fueron los reyes con damas y caballeros á la Lonja de la ciudad, donde hubo sarao de damas de Valencia, que hubo muchas buenas caras y bien aderezadas; danzaron bien con caballeros de la tierra; fué de ver, aunque hubo tanta gente que se vió con trabajo; hubo brava colación, que la dió la ciudad; volvieron á palacio á más de las diez de la noche, y con esto se dió fin á las fiestas de las bodas de los reyes. Martes á 27 del dicho, vinieron al Grao de Valencia siete galeras de las que habían venido con la reina, y entre ellas la capitana del duque de Saboya, toda negra; fué el rey y el de Denia, el de Velada y Juan Andrea, todos en un coche á verlas; entraron en algunas, y en un navío aragonés que había en la playa; este día, á la tarde, fueron los reyes á la Seo á ver las reliquias que hay en ella, que son, un gran pedazo de la cruz de Nuestro Señor, un pedazo de la corona con sus espinas teñidas en sangre; el cáliz propio en que consagró el Jueves de la Cena; una camisa hecha de mano de Nuestra Señora para el Niño Jesús, siendo de tres

años, sin ninguna costura; un pedazo de la vestidura que llevaba puesta Nuestro Señor cuando le tocó la mujer que padecía flujo de sangre; una imagen de Nuestra Señora hecha por San Lucas; el brazo derecho del mismo santo, con que escribió el Evangelio; un inocente de los que mató el rey Herodes, todo entero, con su carne y cabello en la cabeza; un poco de leche de Nuestra Señora y cabellos suyos; un brazo de San Jorge; un estandarte traído del cielo por este santo, apareciéndose en una batalla á un rey de Aragón, y está en él el hábito de la caballería de Montesa; una muela de San Cristóbal que pesa trece onzas; un pedazo de losa que se puso en el sepulcro de Nuestro Señor; dos de los treinta dineros en que fué vendido, que pesa cada uno dos reales y medio castellanos, y tienen de la una parte una imagen de César y de la otra un lirio; todo el cuerpo de San Luis, obispo de Tolosa; la capa de San Vicente Ferrer; un poco de carne de San Sebastián con una saeta, y otras muchas reliquias, las cuales dicen envió San Lorenzo mártir, desde Roma, á un rey de Aragón, y este día, á la noche, hubo una comedia en palacio en la sala de los saraos. Miércoles á 28 del dicho, fueron los reyes al Grao, donde se embarcaron en las siete galeras que arriba dije que eran capitanas; estuvieron en ellas cuasi todo el día, y dióles de comer el príncipe Juan Andrea á los reyes, damas y caballeros y todos cuantos se embarcaron con ellos, en grandísima abundancia, y la comida de los reyes fué en la capitana de Juan Andrea; hubo muchas damas y caballeros que se marearon bravamente, y á los reyes no les hizo ningún movimiento la mar, y á la boca de noche se tornaron los reyes á palacio en la forma que habían ido. Martes á 4 de Mayo, salieron los reyes de Valencia para Barcelona acompañados de sus criados, ecepto el marqués de Velada y Don Fernando de Toledo que quedaron en Valencia tercianarios, y este día á la noche llegaron á Monviedro, cuatro leguas de Valen-

cia, donde se publicó por el arzobispo de Toledo, el obispo cardenal de Jaén, pariente del de Denia. Vieron las antigüedades que había en la villa, por haber sido la famosa ciudad de Sagunto, la que destruyó Aníbal, y hay un bravo coliseo donde se hacían las fiestas públicas, y á la puerta del castillo hay una losa con un rótulo, que dice fué sepultura de un criado del rey Salomón. Pasó por otros lugares hasta llegar á Vinaroz, donde á 11 del dicho mes se embarcaron, y antes del amanecer del día siguiente hubo una borrasquilla, adonde se marearon los reyes y casi toda la gente que con ellos se embarcaron, de manera que no fueron de provecho hasta salir á tierra; á 13 del dicho, á las ocho de la mañana, tomaron puerto en Barcelona, donde al salir á tierra, las galeras y la ciudad hicieron brava salva; púsose el rey á caballo, y así como venía, con su vestido de raja de mezcla y sombrero de la misma color, vuelta á la copa la falda, fué á palacio con la reina y Altezas. Hubo los tres días siguientes grandes máscaras por las calles, y á cada paso un tabladillo de música de diferentes instrumentos. Lunes á 31 del dicho, segundo día de Pascua de Espíritu Santo, llegaron á Barcelona el marqués de Velada y Don Fernando de Toledo su hermano, que venían de Valencia donde habían quedado enfermos. Martes, á 1.º de Junio, salió Su Majestad y archiduque á caballo con otros caballeros de máscara, y corrieron delante de palacio tres carreras, y lo mismo hicieron en otras calles; toda esta Pascua hubo por las calles tantas danzas y baile, que era cosa extraña y parecían picados del taranto, porque á cada paso se topaban bailes y danzas enmascaradas en coches y á pie, y hombres de la misma manera; hubo asimismo grandísima cantidad de luminarias en la ciudad y en todos los lugares públicos della, puestos por excelente manera. Miércoles 2 del dicho, por la mañana salió Su Majestad de palacio acompañado de los consellers de Barcelona, todos á caballo, y el marqués de Denia de-

17

lante con el estoque desnudo, y llegaron al monasterio de San Francisco, donde en un tablado que se hizo junto al altar mayor, fueron propuestas las Cortes que Su Majestad tiene, al Principado de Cataluña, la cual proposición hizo el señor Franqueza, y á este tiempo tuvo Su Majestad en la mano el estoque desnudo. Miércoles 2, á la noche, fué Su Majestad al dicho monasterio á dar calor á las Cortes, y este día presentaron al rey los mercaderes de telas un jabalí grande; vino en unas andas todo rodeado de rosas, y otro más pequeño también vivo, viniendo muy galanes los que los traían delante, con vestidos y cornetas como montería. Jueves á 3 del dicho, hubo delante de palacio una máscara de veinte caballeros de la tierra, muy bien aderezados; corrieron tres carreras cada uno, estándolos mirando los reyes desde las ventanas. Viernes á 4 del dicho, fueron los reyes á un monasterio de la Orden de San Francisco, que está fuera de la ciudad, y se llama Jesús, y á la vuelta vinieron en sus coches por la marina, y las galeras se hicieron cosa de media legua á la mar, y á la vuelta era ya de noche y pusieron en ellas, que eran veintitrés, tantas luminarias, que parecía se abrasaban todas, porque hasta las gavias y cuerdas las tenían, y por la parte de la mar tenía la ciudad también muchas luminarias; duró más de dos horas, y la capitana de Malta tiró algunas piezas. Domingo á 6 del dicho, hubo delante de palacio una máscara de veinte de caballo bien aderezados, y todos eran de los de la tierra; corrieron á tres carreras y los reyes estaban á las ventanas. Jueves 17 de Junio, á las ocho de la noche, haciendo buena luna, se embarcó en el puerto de Barcelona la señora infanta Doña Isabel con su marido el archiduque Alberto y la archiduquesa madre de la reina; salieron de palacio juntos con el rey y reina, y fueron á un monasterio de frailes dominicos que se llama Santa Catalina, y desde allí vinieron á la marina, y así como llegaron, salió Juan Andrea de la galera real

con dos esquifes juntos uno con otro, y en ellos cinco sillas para los reyes; entraron en ellos y desembarcaron en *La Real;* despidiéronse muy tiernamente, y dió la vuelta á tierra el rey y reina en el mismo esquife, junto con Juan Andrea, que en él se volvió á *La Real,* que estaba aderezada ricamente de brocado y telas; embarcóse también en otra galera el conde de Lemos, que iba por visorrey de Nápoles, Don Baltasar de Zúñiga, gentilhombre de la boca del rey, que va por embajador de Flandes, y otros muchos caballeros españoles y de otras naciones. A la primera hora de la misma noche, salieron del puerto con buen tiempo; fué mucho el sentimiento de toda la gente, generalmente hasta los niños, el ver salir de España á la infanta; la reina se despidió de su madre con lágrimas. Su Alteza repartió entre criados del rey que le habían servido desde que se casó, cosa de diez mil ducados de cadenas de oro, dando á cada uno conforme á su oficio, y al marqués de Velada y á otros caballeros, hizo presentes de diferentes cosas. Este día lunes, á 7 de Junio, hizo catorce años que la señora infanta Doña Catalina se embarcó para Saboya en el mismo puerto de Barcelona, que mucha gente lo notó. Miércoles á 9, fueron los reyes á vísperas al monasterio del Carmen, y este día les envió la ciudad dos ramilletes de clavelinas y otras flores, hechos en forma de colunas con gran cantidad de gallardetes, y cada ramillete tendría una vara de largo y media de ancho, en redondo. Jueves á 10, día del *Corpus*, fueron los reyes á la Seu á misa; el rey á caballo y la reina con sus damas en coche; dijo la misa el arzobispo de Tarragona, y á la tarde tornó el rey á la misma iglesia, y después de haber oído vísperas, salió la procesión del Santísimo Sacramento, en la cual anduvo Su Majestad á pie y con una hacha de cera blanca encendida en la mano, y duró la procesión más de tres horas; hízose muy bien y con buena orden, y se acabó casi una hora de noche, y volvió Su Majestad á caballo

como había ido. Viernes 11, fué Su Majestad á una torre que llaman el Monjuí, que sirve de atalaya y está altísima y se ve desde allí Menorca. Domingo á 13, fueron los reyes á un monasterio de monjas de la Orden de Santiago de la Espada, que se llama Yunqueras, que las monjas hacen la profesión cuando les dan la cruz, y se pueden casar cada y cuando quisieren, aunque hayan estado en el convento muchos años, y después de casadas pueden traer el hábito de Santiago como cuando están en el convento. Domingo 20 de Junio, fueron los reyes á un monasterio de monjas que se llama Valdoncellas, fuera de la ciudad, á la mañana, donde se dió el hábito de comendador mayor de Calatrava á Diego Gómez de Sandoval, hijo del marqués de Denia; dióselo Don Juan de Sandoval, caballero de la misma Orden, su tío, primer caballerizo del rey, estando presentes los reyes; hízose con mucha solemnidad; este día comió Su Majestad en público y vino nueva de que habían arribado sobre la Coruña, en Galicia, sesenta navíos de enemigos holandeses. Miércoles 23 del dicho, fueron los reyes, por la tarde, á un monasterio de monjas de Santa Clara, y á la vuelta salió el rey á caballo, llevando á su lado al marqués de Denia, acompañado de otros caballeros, y paseó un gran rato por la ciudad. Jueves á 24, día de San Juan, fueron los reyes en coche á misa mayor á Santa María de la Mar, que es una parroquia muy buena, y á la boca de noche puso la ciudad delante de palacio cerca de sesenta hachas de cera blanca y ciento veinte velas en un andamio de madera que para ello se había hecho, y á las nueve de la noche, estando á la ventana los reyes, asomaron trompetas á caballo y otros instrumentos músicos, y luego empezaron á venir cosa de cuarenta de á caballo, dellos á la brida y dellos á la jineta, vestidos muy bien, y galanes con lanzas y banderetas, y gran cantidad de oropel cortado sembrado por las cubiertas de los caballos, que como era de noche parecía

muy bien; vinieron de trecho á trecho cuatro carros triunfales; el uno le tiraban cuatro caballos y significaba Europa; el otro le tiraban cuatro elefantes y significaba Asia; el otro le tiraban cuatro leones y significaba Africa; el otro cuatro camellos y significaba América; y venían tan bien hechos estos animales, que parecían vivos, y los carros tan bien aderezados, que fué cosa mucho de ver; entre cada carro destos venía otro de música, trompetas y chirimías, y á los lados á pie, venían cosa de ochocientos hombres vestidos de holandilla de diferentes colores, guarnecida de oropel, y con máscaras en las caras y hachas blancas en las manos, y al fin deste aparato venía el cartel del torneo, puesto en la punta de una lanza en forma de escudo de armas, y en llegando frente de las ventanas reales, pasó el que le traía, y sosegada la gente, le publicó para el domingo siguiente, prometiendo precios gruesos y diferentes; detrás del cartel venía un caballero de la Orden de San Juan, que era el mantenedor; pasado esto, volvieron los de á caballo y corrieron á dos carreras y luego se apartaron la mitad á cada parte, y corrieron alcancías de dos en dos muy bien, con sus adargas y en buena orden, sin que hubiese desgracia, que respecto de ser la calle angosta, fué harto no habella; acabóse la fiesta cerca de la una de la noche, y realmente el aparato fué de los buenos que en semejante ocasión dicen se han visto en España. Sabado 26 del dicho, hubo en el aposento de los reyes una máscara que llaman *capuchada*, que eran doce señoras bizarrísimas y hermosas, con otros tantos caballeros de la tierra vestidos muy bien, y danzaron al son de muchos instrumentos delante de Sus Majestades; las damas con unas tocas delante los rostros, y los caballeros máscaras; pareció muy bien. Domingo á los 27, fueron los reyes á la plaza del torneo donde estaba la tela para la justa; la reina en su coche y el rey á caballo al estribo, y á algunas damas catalanas quitó la gorra dos ó tres veces, que lo estimaron

en mucho; á las cuatro de la tarde entró el mantenedor con ocho padrinos y diez trompetas, atabales y chirimías bien vestidos, y el señor de Serón atrás, con un estandarte blanco y colorado; dieron la vuelta á la tela y hicieron sus acatamientos á los reyes; luego fueron entrando doce caballeros muy bien aderezados, con padrinos y trompetas; fué muy para ver la entrada, porque los aderezos y armas de caballeros y caballos eran riquísimos, de chapería de plata y bordados. Empezóse la justa, y no lo hicieron tan bien cuanto prometió el aparato de la entrada; á la boca se acabó, y salió el mantenedor con los caballeros por la misma orden que había entrado; fueron jueces los duques de Nájera y Cardona, y los condes de Alba y Fuentes. A 29, día de San Pedro y San Pablo, fueron los reyes á misa á un monasterio de monjas que se llama San Pedro; y á la tarde fué á los carmelitas descalzos y á las monjas descalzas franciscas, donde dieron á los reyes las monjas cruces y disciplinas. A la boca de la noche hubo sarao en palacio, de las damas y galanes dél; danzaron los reyes y otros caballeros, y aquí entró un rey de armas con su casaca, y publicó los premios que se habían dado á los justadores, y estando ellos presentes se dieron á tres damas de la reina, habiendo primero pedido licencia; y en acabando, fué Su Majestad á las Cortes á San Francisco, siendo bien cerca de las doce de la noche. Jueves 1.º de Julio, á las dos de la noche fué Su Majestad á San Francisco, donde le aguardaban los tres brazos, eclesiástico, militar y real, y cerca de las cuatro de la mañana entró por la puerta de la iglesia con sus maceros, trompetas, atabales y chirimías y reyes de armas, yendo el marqués de Denia delante con el estoque desnudo; llegó á su tribunal y sentóse en su silla, y el de Denia le dió el estoque y le tuvo en las manos la punta hacia abajo desnudo; luego dijo un rey de armas en alta voz á los brazos:—Su Majestad manda que os sentéis y cubráis;—luego el secretario

Franqueza se puso á un lado del tribunal, y empezó á hacer la conclusión de las Cortes que llaman el *Solio*, diciendo en él en catalán, cómo el Principado de Cataluña, teniendo consideración á los grandes gastos que Su Majestad había hecho, y la costumbre de los catalanes, servían á Su Majestad con un millón y cien mil ducados; los trescientos mil luego, y la resta en cinco años; habiendo de servir los cien mil ducados dellos para pagar deudas que Su Majestad debía á Cataluña, y que Su Majestad prometía de guardar todo lo capitulado en las Cortes, y así lo juraba; y luego le puso el marqués de Velada y el limosnero mayor un misal con un Cristo, y allí puso Su Majestad las manos estando descaperuzado y de rodillas, y lo juró; luego acabó de leer Franqueza lo que le faltaba, y empezó á llamar á ciertas personas, y subieron uno á uno á los pies del rey diez y nueve ó veinte personas, á las cuales dió Su Majestad á cada uno tres golpes en el hombro izquierdo con el estoque desnudo, y á besar la cruz dél, que fué armarlos caballeros; luego subió á besar la mano al rey el arzobispo de Tarragona, presidente del brazo eclesiástico, y con todo el brazo, y á ningún sacerdote la dió Su Majestad, sino que los levantaba del suelo; luego subió el duque de Cardona, presidente del brazo militar, y Su Majestad le abrazó, levantándose de su silla para ello, y luego le siguió todo el brazo; luego llegó el brazo Real, que son los síndicos de los pueblos, y se la besaron, y con esto se acabó el *Solio*, y Su Majestad salió de la iglesia como había entrado, cuasi á las cinco de la mañana; y á esta hora llegó al puerto Don Carlos Doria con catorce galeras reales que venían de Génova; hizo su salva, y Su Majestad le estaba mirando, á quien fué luego á besar la mano. Este mismo día, después de comer salió el rey nuestro señor de Barcelona para Nuestra Señora de Montserrat, acompañado de los marqueses de Velada y Denia y otros caballeros; fué esta noche á dormir á Marturell, y

viernes á 9 salió de aquí y llegó al monasterio cerca de las diez del día; visitó á Nuestra Señora, y esta tarde fué á pie á visitar la ermita donde se apareció, que es muy áspero. Sábado á 10 por la mañana, subió á la montaña á visitar las trece ermitas, y á mediodía comió en la de San Juan, y á la tarde merendó en la de San Jerónimo; es tan áspera la subida, que es cosa milagrosa poder andar por ella; llámanse las ermitas San Dimas, San Benito, San Onofre, Santa Ana, Santa Catalina, San Juan, San Jerónimo, San Antón, la Santísima Trinidad, Santa Elena, Santiago. Domingo á 11, día de San Benito, de cuya Orden es el convento, hubo sermón, y por la tarde después de vísperas, se juntaron los trece ermitaños de las ermitas y todos los religiosos, los más revestidos y el abad de pontifical, y Su Majestad detrás con una vela blanca en la mano, y muchos caballeros pasaron á Nuestra Señora, desde su casa vieja donde ha estado muchos centenares de años, á la nueva que es por extremo buena, con mucha música, y en acabando subió á caballo Su Majestad y llegó á Marturell á las diez de la noche, y á las doce della se partió para Barcelona, donde llegó á las cuatro de la mañana del lunes siguiente; este día por la tarde, fueron rey y reina á la Lonja de la ciudad, donde hubo sarao de las damas de la tierra, que eran más de ciento cincuenta; danzaron muy bien al son de varios instrumentos, y antes desto, en un jardín de la Lonja, hubo una merienda para los reyes y damas, de más de cuatrocientos platos de cosas dulces, con los platos todos de vidrio, y hubo mucha abundancia de todo y agua y vino con nieve; la mesa de los reyes era alta, y de las damas de la reina y de la tierra, baja; merendaron las damas de la tierra, todas sentadas en la mesa de las de la reina, y al fin hubo gran aparador de vidrios, los cuales con todo lo demás, cuasi lo arrebataron los que miraban la fiesta; acabóse cuasi á las once de la noche, y á esta hora se fueron los reyes á pa-

lacio. Martes á 13, salieron los reyes con sus casas de Barcelona, habiendo el rey hecho merced al barón de Eril, catalán, de conde de Eril, y al duque de Cardona, duque de Segorbe y conde de Empudia; llegóse á dormir esta noche á Marturell. Miércoles á 14 se comió aquí, y fué á dormir á Villafranca de Panadés, donde llegó á más de las doce de la noche; y á esta hora le salieron á recibir á caballo y con hachas los jurados, y por el camino había muchas luminarias á trechos; á la entrada de la villa le recibieron debajo del palio, que era de damasco carmesí, veniendo el rey á caballo, y la reina se fué á palacio en su coche; venían los jurados vestidos de grana colorada, con sus maceros y reyes de armas delante; llegó á la iglesia, que es colegial, donde los clérigos le aguardaban con su cruz, y entrando cantaron el *Te Deum laudamus*; hizo oración, y acabada, se fué á palacio bien cerca de las dos de la mañana. Miércoles á 14, la dicha villa envió á Su Majestad gran cantidad de gallinas, terneras, cabritos, capones y cubas de vino, pan cocido, trigo en costales, trayéndolo muy en orden, y este día fué Su Majestad á dormir á Veldre (1); y en Villafranca tiene Su Majestad una casa, que el que vive en ella, está obligado á que siempre que pasaren por ella los reyes, les ha de servir con doscientas escudillas de madera y catorce vasos de lo mismo, desde más de quinientos años atrás; y este día se presentó á Su Majestad los dichos vasos y escudillas de Veldre; fué Su Majestad á dormir á la ciudad de Tarragona, viernes á 16, donde antes de llegar había muchas luminarias; salieron los diputados más de una legua á recibir los reyes con más de cien hachas; llegó muy tarde al monasterio de la Compañía de Jesús que está en el arrabal de la ciudad; hubo mucha salva de artillería y luminarias en las ventanas y murallas. Sábado á 17, entraron Sus Majestades en la

(1) Vendrell.

ciudad debajo del palio, el rey en caballo y la reina en palafrén, y las damas detrás de la misma manera, llevando las varas los oficiales del Consejo, habiendo delante muchas danzas diferentes, y una que llaman de los *chitones*, que son hombres metidos entre dos piezas de paño azul y colorado, sacadas las cabezas por arriba con máscaras de grandes narices y unas calabazas altas por sombreros, y es tan antigua esta danza, que cuando se gobernaban por cónsules romanos, cuando venían nuevos los recibían con ella y llevando mucha música, maceros y reyes de armas; á la puerta de la iglesia estaba el arzobispo revestido, con sus clérigos, y como llegó Su Majestad, se dijo el *Te Deum laudamus*, hizo oración y luego se le dijo una misa rezada, y en acabándola se fué á palacio, que era el del dicho arzobispo. Desde Barcelona á Tarragona vinieron once galeras, haciendo guarda por la costa, dando fondo donde paraban los reyes enfrente de los lugares; á 21 del dicho se embarcó Su Majestad en las galeras, y á 22 se desembarcó en Denia, donde le recibieron con gran salva de artillería, y allí fué á pescar los atunes; hubo muchas comedias, y á 7 de Agosto fué á Sueca, dos leguas de Denia, donde hubo bailes de la gente de la tierra y de los caballeros de la corte, llevando la guía Don Juan de Sandoval; estuvieron Sus Majestades en Denia hasta martes á 23 de Agosto, que salieron por tierra para Zaragoza. El tiempo que se estuvo en Denia, hubo una batalla naval de las galeras de Nápoles y Génova, haciéndose á la mar cosa de una legua y todas las circunstancias que podía tener siendo enemigos; pelearon más de una hora disparando brava artillería, y cuando fué hora disparó el castillo, dándolos por buenos y poniéndolos en paz, estando los reyes mirándolo; otro día fueron á comer á la cueva Tallada, donde Su Majestad había estado la otra vez que fué á Denia con la señora infanta. Salieron Sus Majestades de Denia para Zaragoza martes á 23 de Agosto, y esta noche

fueron á dormir á Oliva, y á 24 á comer á Gandía, donde le hicieron al rey un presente de diversas cosas; á 25 á dormir á Cullera, y á 26 á Silla, y á 27 á Albalate, una legua de Valencia, por donde pasaron por medio la ciudad al galope, acompañados de la guarda de á caballo, corriendo á media rienda sin parar en ninguna parte, que parece tuvo la ciudad algún sentimiento, y á este lugar de Albalate vinieron los jurados á ofrecerse á Su Majestad; comió aquí y fué á dormir á la ciudad de Monvedro, donde el castillo disparó mucha artillería á la entrada y á la salida. A 28 comió allí y fué á una villa que se llama Torres, y á dormir á la ciudad de Segorbe, donde le salieron á recibir los jurados con el Ayuntamiento, y á la entrada de la puerta los cogieron debajo el palio que era muy bueno, viniendo el rey en su caballo y la reina en su hacanea; llegaron á la iglesia mayor, donde á la puerta aguardaba el obispo de la dicha ciudad revestido de pontifical con una cruz en la mano, y como entraron echó agua bendita á los reyes y les dió á adorar la cruz; luego se cantó el *Te Deum laudamus*, y hecha oración volvieron los reyes como habían entrado, á su posada; hubo muchas luminarias. A 29 se comió allí y fué á comer á Val de Cristo, convento de cartujos, donde Su Majestad se holgó mucho, y á dormir á la villa de Jérica, adonde recibieron á los reyes con palio como en Segorbe, y hubo muchas luminarias; comió aquí, y á 30 fué á dormir á las Barracas, último lugar del reino de Valencia; comió allí á 31, y partió para Cerriol, primer lugar de Aragón, y á un cuarto de legua de las Barracas estaban la justicia de Valencia y el regente de Aragón aguardando á los reyes; la de Valencia se despidió y la de Aragón los recibieron, y desde allí los fueron acompañando; llegaron á Cerriol, primer lugar del reino de Aragón, donde hubo muchas luminarias y hicieron un presente de veinticuatro cajas grandes de cosas dulces, muchos perniles, gallinas, terneras, car-

neros, perdices y velas de cera, y corrieron un toro á 2 de Septiembre, que por poco matara dos caballos de coche por haber mucha apretura; este día comió aquí y fué á dormir á la Puebla de Valverde, donde en el camino corrió liebres, y le recibieron treinta y seis caballeros ligeros de la guarda de Aragón, en caballos vestidos de azul y guarnición azul y blanca, con lanzas y banderetas de la misma color, y una compañía de arcabuceros de cien hombres, todos vestidos de la misma color, con espadas y pedreñales; recibiéronle con hachas encendidas, y por ser el lugar muy falto de agua se pasó mucho trabajo, particularmente las cabalgaduras; en este lugar se dió la colación de la encomienda mayor de Castilla al marqués de Denia, estando los reyes presentes; comieron allí á 3 del dicho, y fueron á dormir á la ciudad de Teruel, la cual tenía hecha antes de entrar en ella una calle bien grande de pinos puestos aposta, que parecían bien; hubo por las murallas y torres y en el camino hasta entrar en la ciudad, que es bien fuerte, muchas luminarias; salieron al camino los pelaires y zapateros á recibir los reyes, con cosa de cien hachas encendidas; á la entrada de la puerta estaban el Justicia y jurados con las llaves de la ciudad en fuentes de plata, las cuales ofrecieron al rey, que las tomó en la mano y se las volvió á los jurados, que estaban con sus ropones de damasco carmesí, y delante sus maceros con mazas de plata; entraron los reyes debajo del palio, viniendo á caballo como en Segorbe; llegaron á la iglesia, donde el obispo aguardaba como en la dicha Segorbe; hicieron oración y salieron de la iglesia á pie, por estar junto á ella la casa del obispo, que es buena, donde fué palacio; hubo una danza razonable. A 4 del dicho viernes, hubo en la plaza de palacio cuatro toros razonables que alegraron la gente, y acabado salieron Sus Majestades para Celda (1), villa razonable. En la dicha ciu-

(1) Cella.

dad de Teruel, están en la plaza seis ó siete cabezas de los capitales de la revolución de Aragón; en la iglesia de San Pedro, en la capilla de San Cosme y San Damián de la dicha ciudad, está la sepultura de los dos amantes que llaman de Teruel, y dicen eran un mancebo y una doncella que se querían mucho, y ella era rica y él al contrario, y como él pidiese por mujer la doncella y por ser pobre no se la diesen, se determinó á ir por el mundo á adquirir hacienda, y ella de aguardarle ciertos años, al cabo de los cuales y dos ó tres días más, volvió rico, y halló que aquella noche se casaba la doncella; tuvo traza de meterse debajo de su cama, y á media noche la pidió un abrazo dándose á conocer; ella dijo no podía por no ser ya suya, y él murió luego al punto: lleváronle á enterrar y ella fué al entierro, y cuando le querían echar en la sepultura se arrimó al ataúd y se quedó allí muerta, y así los enterraron juntos en una sepultura, sabido el caso. Llegó Su Majestad á Celda á 4 del dicho, donde le recibieron con cosa de cincuenta hachas y una danza, y hay en esta villa una fuente que nace junto á ella, de tanta agua que salen tres ríos della, y es su nacimiento tan grande como una tierra de sembradura de una hanega; sale hacia arriba en gran cantidad, fría y clara como cristal, y dicen el año de 1589 se secó de todo punto, y se cree viene por algún minero de Tajo. Comió en Celda y fué á dormir á Santa Olalla á 5 del dicho mes, y en el camino corrió dos liebres; comió aquí á 6, y fué á dormir á Monreal, donde en el camino le recibió la justicia de la comunidad de Daroca con mucha música; en este lugar, á 7 por la mañana, fué Su Majestad á caza y mató ocho conejos, y á dormir á Uchago; comió aquí y fué á dormir á Romanos; á 8 del dicho comió aquí, y á 9 fué á dormir á Carniera, aldea muy grande, donde le recibieron con cuarenta hachas encendidas, que las llevaban tantos hombres, tiznadas las caras y manos, con vestidos de locos, y este día á la noche, hubo por la calle de Palacio dos to-

ros, con gran fuego en los cuernos. A 10 del dicho, hizo la dicha aldea un presente de muchas cosas dulces, carnes diferentes y cera amarilla y blanca y perniles de tocino, trigo y cebada en grano. Este día fué á dormir á Mutel, lugar de moriscos, que es del marqués de Camarasa, y en el camino vino Su Majestad cazando. A este lugar fueron síndicos de Zaragoza á suplicar á Su Majestad les tuviese Cortes, y les respondió que por agora no podía. A 11 del dicho, fué á comer á Cadrete y á dormir á un monasterio de la Orden de San Francisco que se llama Jesús, fuera de Zaragoza.

Entró Su Majestad por de fuera de la ciudad, acompañado de sus criados y del arzobispo de la ciudad, y los jurados vestidos con sus ropas de damasco carmesí, llevando el lado derecho el jurado en capítulo, y el siniestro el arzobispo, y las guardas de á pie y de á caballo, tudescos y españoles, y los caballos ligeros del reino, y los cien arcabuceros dél, y también de más de trescientos labradores á caballo, vestidos muy ricamente, con su capitán, y todos con lanzas en las manos y con diferentes vestidos, y alguno que costó el sayo más de mil ducados, y otros llevaban los sayos cuajados de reales de á ocho, y ansimismo más de trescientos infantes, también labradores, con su capitán, muy bien aderezados. Entró Su Majestad en el dicho monasterio, donde el arzobispo le dió á adorar la cruz, y luego se cantó el *Te Deum laudamus;* fué Su Majestad á su aposento á más de las nueve de la noche, donde durmió, para el día siguiente hacer la entrada. Domingo á 12 del dicho, á las cuatro de la tarde, salieron Sus Majestades del monasterio para la ciudad, y llegados á la puerta del Angel, que está sobre Ebro, se puso á caballo el rey, y la reina en su palafrén, y las damas de la misma manera con el caballero á quien cada una había dado lugar; entraron debajo del palio, que era muy bueno, y llevaban las varas los consejeros, y los jurados las riendas del caballo, yendo delante

los reyes de armas, maceros, menistriles y trompetas, y el conde de Alba y el marqués de Velada y duque de Nájera, y junto á Su Majestad, descaperuzado, en un buen caballo, el conde de Sástago, que llevaba al hombro el estoque del rey, desnudo, que es privilegio de su casa, y detrás de los reyes iban el marqués de Denia caballerizo mayor del rey, y Don Juan de Idiáquez caballerizo mayor de la reina, llevando en medio á la duquesa de Gandía camarera mayor de la reina; había en la calle de Toledo un arco muy grande con grandes figuras de bulto, y en otras calles otros dos arcos muy buenos con muchas figuras; todas las calles estaban bien aderezadas, y había en las ventanas muchas damas; llegaron los reyes á la iglesia de la Seo, donde en un tabladillo que estaba hecho junto al altar mayor subieron, y después de haber hecho oración y cantado el *Te Deum laudamus*, el secretario Franqueza leyó ciertas cosas que eran fueros del reino, los cuales Su Majestad juró de guardar, y hecho esto le besaron la mano los aragoneses, que fué jurarle por rey; acabóse la ceremonia cerca de las nueve de la noche; y este día hizo Su Majestad merced á la ciudad, de que quitasen de los lugares adonde estaban, las cabezas de Don Diego de Heredia y Don Juan de Lanuza y otras nueve, y borrasen los letreros que tenían do decía su culpa, y las enterrasen, que no fué pequeña merced. A 14 del dicho, fueron los reyes á misa á Nuestra Señora del Pilar, que es la que hizo Santiago, y está sobre el pilar que la misma Madre de Dios trajo al dicho santo siendo viva, mandándole hacer una iglesia de su nombre; miró muy bien Su Majestad la imagen, que con dificultad se divisa su rostro, y no quiso tocarla aunque le dieron licencia, acordándose que lo mismo hizo el rey nuestro señor que está en el cielo. Este día por la tarde, estando los reyes á la ventana, dieron muestras los oficios de la ciudad, dellos á caballo y dellos á pie, con lanzas los de á caballo y arcabuces los de á pie, muy bien aderezados, llevan-

do la gala los labradores que arriba se dice; pareció muy bien, y hubo entre ellos dos carros triunfales, y en uno una comedia breve; acabaron de pasar á más de las ocho de la noche, y á esta hora entró en la plaza un toro con mucho fuego en los cuernos, y tras él otros dos que alegraron la gente, y pareció muy bien, aunque mataron un hombre, y se acabó bien tarde; y este día hizo Su Majestad merced á Don Enrique de Guzmán, gentilhombre de su cámara, de la clavería de la Orden de Alcántara, por muerte del presidente Rodrigo Vázquez. A 15, fueron Sus Majestades á San Francisco, famoso convento de fábrica y de todo lo demás, y también á Santa Engracia, convento de frailes de la Orden de San Jerónimo, muy grande, antiguo y de grande fábrica, y debajo de la iglesia hay otra cuasi tan grande, la cual está llena de cuerpos de santos, y particularmente el de la dicha santa y el de San Lamberto, y un pozo lleno de cuerpos y sangre de santos, que los echaron allí los tiranos y están con mucha veneración; viéronlo todo muy particularmente Sus Majestades y adoraron las reliquias y vieron cuasi todo el convento, que es mucho para ver por su grandeza y tener en sí los cuerpos de los innumerables mártires de Zaragoza, que por ser tantos no se sabe el número; es la iglesia de las reliquias toda de unas bóvedas muy buenas, con pilares y tejas de hierro, y puesto por tal forma que causa devoción. A 16, fueron Sus Majestades á Santo Domingo, convento de frailes de la misma Orden, y á una ermita que llaman Nuestra Señora del Portillo, donde hay una imagen de Nuestra Señora muy devota, que el año de 700 se apareció allí á un rey de Aragón en un aprieto que le tenían puesto los moros, do dicen murieron más de cincuenta mil de espanto; y este día por la tarde, hubo una justa de barcos en el río, que fué de ver, y en una isleta que hay en él, se puso una compañía de soldados, y los de las barcas, que representaron moros, pelearon con los otros, y anduvieron un rato desta

manera; después desto, hubo cuatro toros debajo las ventanas de palacio, que fueron razonables. A 17 del dicho, se dió el grado de doctor teólogo á un clérigo, y pasaron todos los estudiantes, de máscara disfrazados, á caballo por delante palacio, y á la postre los doctores, juristas y médicos, con sus borlas y becas, insignias de sus grados, y á la postre los teólogos, trayendo en medio al doctor nuevo con mucho acompañamiento de caballeros, y de trecho á trecho un carro triunfal con muchas letras y insignias y enigmas, habiendo en todos seis carros mucha música, llevando delante atabales, trompetas y menistriles. A 18, fueron Sus Majestades á la Universidad, á ver dar el grado al dicho doctor, y les dieron sus propinas. Este día hubo debajo de las ventanas de palacio toros razonables, y tres caballeros que salieron en buenos caballos con garrochones y lo hicieron muy bien, aunque uno sacó herido un caballo. A la noche hubo comedia en palacio, y en acabando se pusieron en la dicha isleta una compañía de soldados cristianos á defenderla, y vinieron por el río seis barcas con soldados moros y con muchas luminarias en las gavias y entenas, y acometieron la isla, y los de dentro se defendieron muy bien, aunque al cabo rindieron la isla; pareció muy bien por ser de noche y en buena orden, y en acabando esto, asomaron por la puente cuarenta de á caballo con hachas en las manos y de dos en dos, corriendo bien delante de palacio, muy bien vestidos; luego jugaron alcancías, que para ser de los labradores que se dice arriba lo hicieron muy bien, y regocijaron la gente y llevaron la gala. Este día ofreció la ciudad al rey seis mil ducados de renta, y á la reina doce mil en dinero para chapines. Domingo á 19 de Septiembre, fueron Sus Majestades á misa á la Seo, iglesia mayor, junto á palacio, y á la tarde á la Compañía de Jesús, y este día declaró Su Majestad al conde de Aranda muerto, por servidor suyo, y á su hijo Leonardo, volver su estado y ha-

cienda, y á todos los demás que estaban heridos y presos y ausentes por las alteraciones pasadas, les perdonó y mandó volver sus haciendas. A la tarde hubo dos toros con fuego en los cuernos, bien noche, habiendo Sus Majestades comido este día en público en palacio. Lunes á 20 del dicho, hubo debajo las ventanas de palacio toros buenos y en más cantidad que nunca, y en acabándose, salió el rey nuestro señor á caballo acompañado de cuatro ó seis caballeros, y anduvo sin guardia la mayor parte de la ciudad, y en el camino encontró al Santísimo Sacramento, al cual adoró, apeándose y acompañándole á pie con todos los caballeros que iban con él, hasta la iglesia de do había salido, y este día había ido Su Majestad á la Compañía de Jesús. Martes á 21 del dicho, fueron los reyes á misa á San Agustín, convento de religiosos de su Orden, y de vuelta vino á la plaza de Nuestra Señora del Pilar á una casa principal, donde les estuvo aparejada la comida, para en acabando ver el torneo de á caballo que se había de hacer; enfrente de las ventanas de palacio había una montaña, hecha con muchos árboles y madera, en la cual había gran cantidad de animales fingidos de diferentes naturalezas que andaban saltando por la montaña, en lo alto de la cual estaba el rey con el mundo á cuestas, y la reina ayudándosele á tener con una mano, y al pie del rey una figura monstruosa que significaba la *Herejía*, y á los pies de la montaña había dos puertas, la una de la *Fama* y la otra del *Olvido*, y los que torneaban bien iban entrando por la primera, y los que mal, al contrario, subían arriba, y allí se daban golpes en las espaldas, y danzaban allí ciertas mujeres y tocaban á los torneantes, con que los dejaban encantados, y con cierta invención se descncantaban, que parecía ficción de los libros de Amadís ó Esplandián. A la noche hubo en palacio sarao; danzaron los reyes y muchas damas, y al cabo se publicaron los premios del torneo, y se dieron á quien los mereció, y

los caballeros los dieron á las damas, y esto se acabó bien tarde de la noche, y con esto se dió fin á las fiestas de Zaragoza. Miércoles á 22 del dicho, comieron Sus Majestades en Zaragoza y vinieron á dormir á la Muela, que por ser falta de agua se pasó trabajo. Jueves á 23, comieron allí y vinieron á dormir á la Almunia, buena villa: aquí hubo aquella noche dos toros con rollos de fuego en los cuernos. Viernes á 24, á la mañana hizo la dicha villa un presente de gallinas, perniles y terneras. Este día fué á comer al Fresno para entrar temprano en Calatayud, donde le salieron á recibir con vestidos ordinarios, y á la puerta de la ciudad había un arco muy bueno; recibieron los reyes debajo del palio; anduvieron por las calles que estaban bien aderezadas, hasta llegar á la iglesia donde los recibieron con *Te Deum laudamus;* hicieron oración y volvieron á palacio. A 25, hubo toros con fuego en los cuernos, y al cabo, la ciudad hizo presente de muchas cosas dulces y alguna cantidad de dinero, y esta noche fué á dormir en Ateca, último lugar del reino de Aragón, donde le recibieron con más de cien hachas de cera y le sirvieron con cierta cantidad de dinero por toda la comunidad de Calatayud. A 26 fué á dormir á Deza, primer lugar de Castilla, y á la raya estaba la dicha comunidad de Calatayud, que dieron á los reyes una brava merienda de carnes y cosas dulces, y en acabándose, apareció el alcalde Gudiel, y luego tras él una compañía de pícaros con su bandera, y dos danzas de Castilla, y con este acompañamiento se llegó á la dicha Deza que es del duque de Medinaceli; comió aquí á 27 del dicho y vino á dormir á Gómara, que es de Don Juan de Mendoza. A 28 comió aquí y vino á dormir á la villa de Morón. A 29 comió allí y vino á dormir á Medinaceli, donde estaba el duque y la duquesa della, que besaron las manos á los reyes; hubo muchas luminarias y un toro con husillos de fuego en los cuernos. A 30 hubo toros en la plaza de pa-

lacio. A 1.° de Octubre fué el rey á un bosque del dicho duque á caza, quedándose la reina en Medina; mató una cierva. A 2 del dicho comieron en Medina y vinieron á dormir á Anguita, y en comiendo, á 3 del dicho, fueron los reyes á un bosque del duque que se llama *Buen Desvío:* estuvieron en él hasta 4 á la noche que vinieron á dormir otra vez á Anguita, y este día vinieron las damas á Torremocha. A 6 salieron della y fueron á comer en Alaminos y cenar á Villaviciosa, convento de frailes jerónimos. A 7 salieron dél y fueron á dormir á San Bartolomé de Lupiana, convento de la Orden de San Jerónimo, cabeza de su Orden, muy buen convento y de hermosos edificios, aunque para subir á él se pasó gran trabajo por haber una gran cuesta. A 8 comieron allí y vinieron á dormir á Pioz, y posaron en un castillo que tiene la villa muy bueno. A 9 comieron allí, y dormir en Barajas, y este día se vino mucha gente á Madrid. A 11 comió allí y vino á Madrid Su Majestad á visitar á la de la emperatriz, y por la posta fué al Pardo acompañado de los marqueses de Denia y Velada, donde durmió, y dejó de hacer la entrada por haberlo pedido así la villa, hasta acabar todos los arcos que hacía para el recibimiento, que, como había habido variación en la entrada, se habían un poco descuidado.

XXIV

RELACION

DEL VIAJE DEL CONDE DE LEMOS Á ROMA.

(Año 1600.)

Luego que se publicó ser cierta la jornada de Su Excelencia á Roma y que mi señora venía en su compañía por ganar el jubileo del año santo y recibir la bendición de Su Santidad, que con tanto encarecimiento le había pedido hiciese este viaje, se ofrecieron á acompañar y servir á Sus Excelencias en él gran cantidad de señores y caballeros del reino de los españoles, lo más lucido y bien puesto de la gente de guerra, capitanes y entretenidos; no acetó Su Excelencia el ofrecimiento por no desacomodar y sacar de sus casas á tantos; sólo condescendió con los señores, príncipe de Sulmona, duque de Buccino y su hijo mayor Don Juan de Guevara, príncipe de Castelbeltrán, hijo del duque de Terranova, príncipe de San Sevare, duque de Monteleón, príncipe de Avelino, príncipe de la Rochela y su hijo el marqués de Castelveteri; estos señores solos del reino vinieron con Su Excelencia y en su compañía algunos caballeros principales, deudos y amigos suyos; Don César y Don Fernando Audes, su sobrino, que habían de venir, anticiparon su venida con ocasión de la muerte del cardenal de Aragón; de los españoles sólo consintió Su

Excelencia que le acompañasen Don Diego de las Mariñas, D. Alvaro de Mendoza y Sotomayor, Arias Pardo de Figueroa capitán de la guardia, y Don Pedro de Vivero correo mayor de Nápoles, con seis capitanes entretenidos, y de los continos solos veinticuatro. La señora Doña Jerónima, duquesa de Monteleón, ofreció á mi señora vendría con Su Excelencia esta jornada y trairía consigo á la señora duquesa de Terranova, su hija; acetó mi señora este ofrecimiento luego, como cosa que deseaba y estimaba en lo que es justo, por haber hecho esta señora particular compañía á Su Excelencia después que entró en el reino de Nápoles, y ser la señora Doña Jerónima tan respetada en Roma como lo merece la gran calidad de su casa y el gran valor de su persona con que siempre se ha gobernado, y luego con toda la priesa posible se empezaron á poner en orden las libreas y demás cosas necesarias para la jornada.

Habiendo hecho Su Excelencia elección de la persona del señor Don Francisco de Castro para dejarle en su lugar en esta ausencia, y habiendo prevenido todas las cosas necesarias, se publicó la partida para los 9 de Mayo, sin que bastasen las grandes lluvias y malas relaciones que habían hecho de los caminos los veedores que los habían andado para hacer provisión y alojamientos, y otras descomodidades, hacer mudar este propósito, por no diferir más esta jornada ni causar descomodo á los que querían servir á Su Excelencia en sus tierras, los cuales, con la primera nueva se habían puesto en orden para aguardarle en ellas; previniéronse para este día gran cantidad de cabalgaduras y acémilas, y según la cuenta que se hizo al paso del Garellano, fueron más de mil cuatrocientas; trajo el conde mi señor en toda esta jornada dos casas, y así partió miércoles 8 de Marzo, la una con treinta acémilas y con ellas treinta arcabuceros de guardia y todos los oficiales de la casa, con orden de ir á hacer el aloja-

miento á Capua, adonde había de ir el día siguiente á hacer noche.

Jueves 9 del dicho, entrado bien el día, partió Su Excelencia de palacio con el mayor acompañamiento que se ha visto en Nápoles, en esta forma: iban delante todas las acémilas de los señores y caballeros que iban en la jornada y las de la casa y recámara del conde mi señor, y un gran número con lucidos y ricos reposteros, con su guardia de arcabuceros á los lados, y todos los oficiales de la casa, y en su seguimiento una compañía de caballos ligeros muy lucida, y tras desta, la compañía de hombres de armas del conde mi señor; seguíanse luego los pajes y criados de los señores, y detrás dellos los de Su Excelencia y gentileshombres de su casa, por extremo bien aderezados y galanos; luego venían los entretenidos y continos cerca de la persona del virrey; seguíanse tras éstos los Consejos por su orden, acabándose el acompañamiento con los señores titulados y consejeros, y al último el capitán de la guardia, y maestro de ceremonias, como es costumbre.

Venía mi señora en una litera, el embés de baquetas turquesas y guarnecidas de pasamanos de oro, y dentro aforrada de brocado, y el conde mi señor á caballo á su lado, y junto á Su Excelencia un paje de cámara con el guión, al cual acompañaban cuatro capitanes entretenidos, y luego la litera de la señora duquesa de Terranova, acompañándola á caballo el señor Don Francisco; iban dos hacaneas para mi señora, aderezadas la una con un aderezo de rico bordado, otra con aderezo de pieles de leopardo bordadas de oro de canutillo, y luego diez literas de las mujeres; en esta forma se marchó hasta llegar algo fuera de la ciudad, estando todas las calles y ventanas dellas tan llenas de gente y el camino y plazas de tanta gente, coches y carrozas, que apenas se podía caminar; parte por esta razón, y por no llegar muy tarde á Capua, mandó Su Excelencia hacer alto y que el señor Don Fran-

cisco diese la vuelta, como se hizo, acompañándole la guardia y Consejos y todo lo que quedaba en Nápoles, con grandísimo contento, hasta llegar al palacio, recibiéndole la ciudad con gran salva de los castillos, y el conde mi señor siguió el camino de Capua. Llegando á Aversa que es una ciudad en medio de la jornada, salió á recibir á Sus Excelencias una muy hermosa compañía de infantería del batallón, y le acompañó hasta encontrar con la compañía que había salido de Capua para el propio efecto, donde fué recebido con una muy buena salva de artillería, y aquella noche hizo guardia la mesma compañía, y el viernes, hasta encontrar con otra compañía de Sessa que le había salido á recebir; el día siguiente, se llegó á Mola (1), donde le habían salido á recebir el capitán de Guerra de Gaeta con una compañía de infantería del batallón, y la mesma noche mandó el conde mi señor volver á su presidio los españoles, quedándose con la compañía de la tierra, con que quedaron muy reconocidos, recibiendo por particular favor que Su Excelencia hubiese hecho esta honra; el domingo se llegó á Fondi, ciudad del príncipe de Antillano, el cual aunque estaba ausente, tuvo su casa tan bien aderezada y puesta en orden y hecho tanta provisión de bastimento, que pudo muy bien alojar á Su Excelencia aquella noche en ella; allí estaba otra compañía de infantería española, la cual el lunes, llevó la vanguardia hasta los confines del reino con tierra del Papa. Mandó el conde mi señor se hiciese alto, para dar lugar á que llegase Monseñor Bolta, gobernador de la provincia de Campaña, el cual venía con una compañía de infantería y otra de arcabuceros de á caballo, y apeándose dió un recado á Su Excelencia en nombre de Su Santidad, diciéndole venía allí para servirle en este viaje; y habiendo mandado volver la compañía de infantería española, se empezó á marchar la vuelta de Terraci-

(1) Mola de Gaeta ó Formia,

na, donde estaba hecho el alojamiento de aquella noche, recibiéndole las dos compañías con una buena salva de arcabucería; en las puertas de la ciudad habían puesto dos grandes escudos de las armas del conde mi señor y de mi señora, y porque la casa que tiene la ciudad, donde Su Santidad quiso alojar al conde mi señor, es de poco aposento, se alojó en ella Su Excelencia, y mi señora y la señora Doña Jerónima y la señora duquesa de Terranova en una casa de Antonio de Tassis correo mayor de Su Majestad en Roma, acomodando los señores y caballeros que venían con Sus Excelencias en las mejores casas de la ciudad y á todos sus criados; había echado el gobernador un bando, pena de la vida, que cualquiera persona vendiese género de bastimento ó provisión, para que fuese fuerza tomarlo todos de Su Santidad, como se hizo, dándoles recado con la mayor abundancia que se puede imaginar, siendo tanta la gente que venía, que como arriba está dicho, pasaron el Garellano mil cuatrocientas cabalgaduras.

Antonio de Tassis había partido de Roma á prevenir su casa para alojar á Su Excelencia y su corte, y para este efecto había hecho grandes prevenciones, así para el alojamiento, como de bastimentos y regalos, entendiendo que Su Santidad no tratara de alojarle, por ser cosa que jamás ha hecho con ninguno y que parecía imposible hacerse con persona de embajador, por la consecuencia; mas como Su Santidad quiso hacer este favor al conde mi señor, no tuvo lugar Antonio de Tassis de mostrar, como deseaba, un buen ánimo, aunque ya había gastado muchos ducados en prevenirse y asistió siempre allí con toda demostración que pudo á servir á mi señora en su casa, donde se alojó como tengo dicho, con estas señoras, con mucha comodidad de aposento y regalo.

Martes se fué á Piperno, otro lugar de la Iglesia, adonde asimesmo Su Santidad hospedaba al conde mi señor, acompañándole por el camino el gobernador con una com-

pañía de infantería, y otra de arcabuceros de á caballo que traía á su cargo el coronel Emilio de Asculi; en Piperno estaban todos los alojamientos hechos con grandísimo cuidado, y tanta provisión y bastimento, que habiendo alojado tanta gente aquella noche y dádoles de comer por la mañana, es cierto que quedó provisión en el lugar para poder dar recado á otros mil hombres.

El miércoles se partió Su Excelencia, acompañado del gobernador de Campaña y del coronel Emilio de Asculi, con una compañía de caballos y otra de infantería, para Cisterna, lugar del duque de Sarmoneta, donde les tenían hechos los alojamientos el obispo de Cassano y Don Antonio y Don Felipe Caetano, sus hermanos, y ocho millas antes de llegar á Cisterna, que es un llano debajo del castillo y lugar de Sarmoneta, estaban los tres hermanos aguardando á Sus Excelencias con seis carrozas de campaña, al conde mi señor y mi señora, que era una de á seis caballos por una, y entre ellas, en la que fué el conde mi señor y mi señora, que era una carroza húngara que había traído el cardenal Caetano de Polonia, la mas linda cosa que se ha visto aquí, con los aderezos y cocheros á lo húngaro; tenían puestos estos señores por la muralla de Sarmoneta y por unos cerros que la acompañaban, mucha y muy lucida infantería, y al emparejar con Sarmoneta, se les hizo una salva de artillería y duró más de una hora, y habiéndose pasado las carrozas, se prosiguió el camino para Cisterna, adonde estos señores Caetanos mostraron muy bien la grandeza de su casa y la voluntad y veras con que acuden á todas las cosas que tocan al servicio de Su Majestad; tienen en este lugar una casa tan grande y tan cómoda, que pudieron alojar en ella con grandísima comodidad al conde mi señor y mi señora y la señora duquesa de Terranova y todos los señores y caballeros que venían de Nápoles, y á Marcio Colona duque de Zagaro-o, con los que habían venido á encontrar de Roma al

conde mi señor, y la mayor parte de todos sus criados continos y entretenidos; los que no pudieron estar en casa, que fueron pocos, los alojaron en el lugar, y en él fueron tratados los unos y los otros con tanto regalo en aquella casa, que fué cosa muy de ver, servirse á una misma hora diez mesas con tan grande puntualidad y quietud como si no se sirviera más de una; tenían aderezado el cuarto para el conde mi señor y mi señora con extremadas colgaduras y camas, y para todos los señores, casi de la misma manera; y habiéndose aderezado tantos aposentos y armádose tantas camas, ninguno hubo que no tuviese aderezo ó pabellón de damasco, por lo menos, y fué mucho que pudiesen estos señores tener tan buenos aderezos para este recibimiento y tan gran cantidad de plata, siendo todo como era suyo y lleno de sus armas, en tiempo que estaban haciendo almoneda en Roma, de gran parte de la recámara del cardenal y de su plata.

Jueves se llegó á Marino, lugar del señor cardenal Ascanio Colona, donde Su Señoría Ilustrísima estaba para hospedar en su casa á estos señores, la cual tenía muy ricamente aderezada; salió á recibir á Sus Excelencias una milla del lugar, y porque el conde mi señor venía á caballo, le aguardó también á caballo; luego se entraron en la carroza y dieron la vuelta para el lugar, donde se fueron aquella noche muy regalados. Viernes por la mañana, vino á Marino el señor cardenal Dávila y muchos obispos y prelados, y muchos cardenales inviaron á visitar al conde mi señor, y después de haber comido, con un día tempestuosísimo de agua, se partieron la vuelta de Roma; iba en nna carroza de campaña el conde mi señor y los señores cardenales Ascanio Colona y Avila, siguiéndoles hasta doce carrozas de campaña, donde iban acomodados estos señores y muchos de los gentileshombres de Su Excelencia; de Roma salió al camino el señor cardenal Terranova, y habiendo hecho una visita se volvió luego; salió tam-

bién el señor duque de Sessa y el señor Juan Francisco Aldobrandino, con todos los señores y gran parte de la nobleza de Roma, con veinte carrozas de campaña, y queriéndose mudar el conde mi señor á la carroza del embajador para dar lugar á que los cardenales se fuesen á su casa, ellos no lo permitieron, porque quisieron pasar más adelante á besar las manos á mi señora, que venía algo lejos en la litera, como lo hicieron, y el conde mi señor pasó con los señores cardenales hasta San Juan de Laterán, donde aguardó que llegase mi señora con todo el acompañamiento que había salido de Roma; entraban cubiertas las carrozas, no sólo por el mal día, sino por ser esta entrada secreta y haber de estar retirado el conde mi señor hasta hacerle entrada pública, que se hizo después.

En casa del señor duque de Sessa, aguardaban con la señora duquesa á estos señores, la señora Olimpia Aldobrandini y la señora Flaminia, madre y hermana del señor cardenal Aldobrandini, y la duquesa de Zagarolo, duquesa de Lora, condesa de Somaglia, y la marquesa Pereti, su hija y otras muchas señoras romanas, y los cardenales Jesualdo, Santaseverina, Deza, Terranova, Piato, Colona, Montalto, Pereti, Sforza, Farnesio, Borromeo, Galo, Burguesio, Visconti, Bevilaqua, Paravicino, Sauli, Aquaviva, los cuales, habiendo recebido á Sus Excelencias y hécholes una corta visita, se despidieron, y el conde mi señor los acompañó, y se despidió de todos los señores que le habían salido á recebir, y se retiró al cuarto donde estaba hecho su aposento con extraordinarias grandezas, y luego invió á Don Alonso Manrique á besar el pie á Su Santidad en su nombre y darle cuenta de la venida, excusándose de no lo hacer en persona respeto de ser dos horas de noche. Su Santidad recebió el recado con grandísima demostración de contento, y habiéndose informado muy en particular de la salud que traían estos señores, les invió la bendición, y luego mandó un camarero secreto suyo á visitarlos en su nombre,

El sábado visitaron al conde mi señor algunos cardenales secretamente, por no haber hecho la entrada pública, y algunas personas de importancia de la corte, en que se gastó el día hasta una hora antes de anochecer, que fué el conde mi señor con el señor duque de Sessa y los señores que le habían acompañado de Nápoles y dos criados solos, en coches cubiertos, á besar el pie á Su Santidad; llegó de noche, y Su Santidad le recebió con grandísimo contento, y después de habelle besado el pie mandó sentar á los dos embajadores, y se estuvo entreteniendo un rato, informándose del camino que había traído y mostrando cuánto se holgaba con la venida del conde mi señor; luego mandó entrar á los señores de Nápoles y á Don Diego de las Mariñas y Don Álvaro de Mendoza y Arias Pardo de Figueroa y á su secretario y camarero, para que le besasen el pie; con tanto, se despidió de Su Santidad y se volvieron á casa; el domingo todo se gastó en recebir visitas de cardenales de la misma manera que el sábado, y mi señora tuvo otras muchas de estas señoras romanas. El lunes se concertó la entrada pública, y para este efeto se fué recogiendo á la viña del Papa Julio la gente que había venido de Nápoles; está ésta poco menos de una milla de Roma y tiene una casa muy buena, la cual tuvo aderezada este día el señor cardenal Colona; salió toda la gente del acompañamiento á la deshilada, y todos los señores en carrozas cubiertas por diferentes partes, y el conde mi señor salió en otro coche cubierto con el señor duque de Sessa y dos ó tres caballeros, y se fué á la mesma viña luego que acabó de comer, y allí fué recebiendo las visitas que los cardenales le hacían con todas sus familias; á cosa de tres horas de la tarde, poco menos, que se habían juntado todas las familias de los cardenales, vino el señor Silvestre Aldobrandini, prior de Roma, acompañado de toda la nobleza della, con las dos compañías de caballos ligeros de Su Santidad, y habiendo hecho su visita, se em-

pezó el acompañamiento en esta forma: guiaban el acompañamiento cuatro trompetas que Su Excelencia trajo del reino, con sayos vaqueros de terciopelo verde, con muchos pasamanos de oro; y porque esa gran suma de acémilas fueran de mucho embarazo para este día, se dió orden que entrasen sólo ochenta acémilas, las treinta primeras con reposteros de Salamanca, y tras ellas otras veintiséis de los señores que acompañaban á Sus Excelencias, todas con reposteros, de terciopelo de diferentes colores, guarnecidos y bordados de tela de oro, y últimamente veinticuatro acémilas, las doce con reposteros de grana bordados, y doce de terciopelo carmesí, bordados riquísimamente, todos con las armas del conde mi señor; las acémilas con muy buenos penachos y con testeras de plata cada una, á manera de patenas, y de seda de colores, con los garrotes de plata, cosa que, según dicen, nunca se había visto en Roma, y así ha hecho esta gala extraordinario ruido en ella; iban en guardia de las acémilas por los lados, treinta arcabuceros de á caballo con su capitán y tiniente, y detrás los oficiales, cuyos oficios iban en las acémilas con sus ayudantes, que serían como cien personas de á caballo, todos con vestidos de color y muchos con cadenas, y todos con cintillos de oro ó toquillas bordadas y muchas plumas. A esto seguían los caballos ligeros del Papa, que serían cosa de setenta ó ochenta de á caballo, con sus capitanes y oficiales, llevando delante sus trompetas; tras desta compañía le seguía otra de hasta trescientos hombres de á caballo, poco más ó menos, de criados de caballeros particulares, entretenidos y continos, oficiales menores y ayudantes de la casa, todos bien vestidos, y algunos con muy buenas libreas; luego se seguían las mulas de los señores cardenales, con sus gualdrapas y aderezos morados, conforme al tiempo, y los palafreneros que iban en ellos con los capelos de los cardenales á las espaldas, conforme á la costumbre de se-

mejantes recebimientos; iban cuarenta y siete mulas, y detrás de ellas todas las familias de los cardenales á caballo, que llegaría el número dellos, poco más ó menos, á cuatrocientas setenta personas de á caballo; tras las familias de los cardenales iban las de los señores y caballeros que venían con el conde mi señor, que serían hasta ciento veinte pajes, los cuales todos iban muy bien aderezados con muchas galas y plumas, y con ellos cincuenta gentileshombres de los mismos señores, que ninguno dellos dejaba de llevar muy buenas galas y sombreros con plumas y cintillos con piezas de oro y cadenas de lo mismo, y todos los aderezos de camino dorados; tras ellos se seguían veinte pajes del conde mi señor, con la más lucida y rica librea de camino que se ha visto aquí; ropilla y calzones bordados, todo de oro y plata cuajado; capas de lo mismo, con dos bordaduras de la misma obra; sombreros del propio color, con toquillas bordadas y plumas blancas, amarillas y pardas; cojines bayos con la clavazón dorada; estriberas y espuelas plateadas, y en los portamanteos, capas de saya entrapada con dos pasamanos de oro; siguieron á los pajes los gentileshombres de casa, mezclados con los capitanes, entretenidos y continos, que serían sesenta, todos tan bien aderezados y con tantas galas que cada uno pudiera pretender plaza de más galán; particularmente todos los gentileshombres de casa, hicieron extraordinario esfuerzo para servir al conde mi señor este día y el de la obediencia, y así entraron con muchos bordados, muy buenos aderezos de sombreros, y todos con cadenas de oro; iban lacayos y mozos de á pie, hasta ciento. Luego venían todos los caballeros y cortesanos romanos que habían salido de Roma al recebimiento, que serían cosa de ochocientas personas, y tras ellos iba la familia del Papa, que son ciertos camareros vestidos de rojo; iban junto á éstos catorce cajas y cinco trompetas vestidos de carmesí rojo y azul, del Senado; y tras ellos iban

todos los señores titulados de Roma, juntamente con los titulados de Nápoles que habían venido con Su Excelencia, haciendo los unos y los otros la mayor demostración posible en galas y aderezos; llevaban dos titulados de Roma en medio, uno de los de Nápoles, los cuales vinieron tan ricamente vestidos y con tantas joyas, que causó espanto á los de Roma; el príncipe de Sulmona venía vestido de leonado, calzas bordadas, cuera de ámbar bordada de cañutillo, capote leonado en felpa de oro, sombrero del mismo color, plumas blancas con un cintillo de diamantes muy rico, en un caballo bayo, silla y guarniciones bordadas de oro; el duque de Monteleón entró vestido con calza de gamuza bordada de oro, coleto de ámbar bordado, sombrero leonado recamado con plumas y un mazo de airones y un cintillo de diamantes, capote pardo con dos guarniciones bordadas; entró en un caballo rucio con silla y aderezos de piel de leopardo bordado de oro; el príncipe de Avelino entró con calza de gamuza y raso verde emprensado, entretejidas las cuchilladas con diferentes cortaduras, coleto de ámbar con botones de oro, jubón de seda blanca bordado de oro y perlas pequeñas y granates, sombrero de castor bordado de oro con cintillo de diamantes y muchas plumas, un capote de espumilla de Milán, verde, aforrado en felpa, pretina y tiros negros bordado de oro y perlas; el duque de Buccino entró de pardo con muy buenos aderezos de oro y diamantes; el príncipe de Sanseverino entró con vestido bordado y silla y aderezos del caballo bordados; el príncipe de la Rochela entró vestido de negro con muchos botones de oro y un buen aderezo de diamantes en el sombrero; el marqués su hijo llevaba calza de cuero de ámbar recamada de oro y plata, coleto de lo mismo, y la silla y aderezos del caballo, y en el sombrero un cintillo de diamantes muy bueno; Don Diego de las Mariñas calzas leonadas, bordado de oro con botones de oro y esmaltes, jubón de tela leo-

nada, capote de gorgorán leonado bordado, con el aforro de tela de oro leonado; el sombrero con plumas leonadas y negras con un mazo de garzotas; con Don Alvaro de Mendoza y Arias Pardo de Figueroa y otros caballeros napolitanos que venían en compañía de los señores, venían ochenta lacayos suyos, todos con fieltros de diferentes colores, espadas doradas ó plateadas, sombreros con plumas y toquillas bordadas; entraron de diferentes colores con muy ricos vestidos, botones y cadenas de oro, cintillos de diamantes con muchas plumas; últimamente venía el conde mi señor; traíanle en medio el obispo de Carcasón, mayordomo de Su Santidad, y el arzobispo de Benevento; venía vestido con calza y jubón amarillos, con un aderezo de oro ligero, capote de gorgorán pardo aforrado en felpa parda, sombrero pardo con plumas pardas, blancas y amarillas, con un cintillo de diamantes muy rico, en una jaca morcilla del reino, con un aderezo de piel de leopardo, y delante de sí llevaba veinte lacayos con calzones de mezcla verdosa, con dos pasamanos anchos de oro, coletos blancos guarnecidos de trencillas de oro, jubones de tela, sombreros guarnecidos y cordones de oro y plumas, mucetas coloradas con muchos pasamanos de oro, espadas y dagas y tiros plateados. Luego venía el señor duque de Sessa en medio de otros dos obispos, y detrás le seguían otros veinte obispos y gran suma de prelados; venía por los lados del conde mi señor, la guarda de esguízaros de Su Santidad; con esta orden marchó desde la viña del Papa Julio hasta su casa del duque de Sessa, que es lo último del Corso, y se puede decir todo es una calle de poco menos de dos millas, porque desde la viña del Papa Julio hasta la puerta del Pópulo, por donde se entró, es una calle derecha, y se hace de viñas y jardines, y desde la puerta hasta su casa del duque de Sessa, es la calle seguida del Corso; fué éste de los mayores días que dicen se ha visto en Roma, y á parecer de gente muy grave y vie-

jos, la mayor y más lucida y rica entrada que ha hecho en Roma ningún príncipe después del emperador Carlos V. Fué el mayor concurso de gente que se ha visto, porque los que no salieron al recibimiento se hallaron todos á verle, llenándose no sólo las ventanas, sino tan gran cantidad de coches, que para España, donde no hay tantos, parecerá encarecimiento decir el número; halláronse á las ventanas muchos cardenales y todos los embajadores; lo último que se puede decir deste día es, que fué tan acertado todo, que no se pudo desear cosa ninguna. No se pudo dar la obediencia el martes, porque fué consistorio público para dar el capelo al cardenal de Este, y así fué fuerza aguardar al jueves; y estos dos días se gastaron en recibir algunas visitas y en visitar algunas iglesias, andando siempre encubierto el conde mi señor, hasta haber cumplido con dar la obediencia á Su Santidad.

Jueves, fué la obediencia, que cierto fué solemnísimo día, y el día muy á propósito, y acudió toda Roma así seglares como eclesiásticos al acompañamiento, que fué grandísimo; iban delante los caballos ligeros de la guarda del Papa, y luego tras ellos gentileshombres; venían después siguiendo el acompañamiento, de uno en uno, á dos y á tres, ciertos caballeros, tanto de la corte y romanos como forasteros, que llegaron al número de ochocientos cincuenta, todos muy bien en orden y muy buenos caballos, adornados con gualdrapas y con sillas de terciopelo, y en particular, los criados del conde mi señor y los continos que vinieron con Su Excelencia, salieron, aunque de negro, con riquísimos y vistosos vestidos, con joyas de mucho valor en todo el vestido y gorras con muchas plumas, y parecía muy bien, y todos con cadenas de oro; los pajes y lacayos, con libreas vistosas; seguían catorce cajas hacia el fin del acompañamiento, vestidos de tafetán colorado y azul, y cinco trompetas, y más cerca del conde mi señor iban los príncipes, duques y señores en grandísimo número,

porque fuera de los que vinieron con el conde mi señor, no quedó ningún barón romano que no fuese al acompañamiento, y todos muy llenos de galas, y en particular todos los que venían en la tropa del conde mi señor parecieron más galanes y con más galanas y ricas libreas, como diré después; venía luego el señor Silvestre Aldobrandino en medio del hijo del duque de Zagarolo y del de Sora, y un poco distante venía el conde mi señor, en medio de los arzobispos de Otranto y Monreal, cerca de los esguízaros de la guardia del Papa y de sus pajes y lacayos. Su Excelencia salió vestido con calzas amarillas bordadas de plata, jubón de tela de plata, muy buena cuera amarilla bordada como las calzas, capa de terciopelo negro bordada de plata, aforrada en tela del jubón, con botones de diamantes, y en la capilla vaina amarilla, tiros y pretina ni más ni menos bordados, gorra con un aderezo de diamantes y una linda pluma de diamantes y plumas amarillas, blancas y pardas, en un muy buen caballo, con una vistosa y rica gualdrapa toda bordada; veinte lacayos y veinte pajes; los pajes calzas amarillas con telas de oro y plata y pardo, cuera amarilla y jubones de la misma tela de la calza de terciopelo, forrados con la misma de la gorra, con aderezos de oro y plumas; los lacayos, capas de paño guarnecidas y espadas plateadas; seguía al conde mi señor inmediatamente el duque de Sessa, vestido de negro, con botones de oro y diamantes y plumas negras, cercado asimesmo de sus pajes y lacayos, con su sólita librea hecha de nuevo para este efeto; iba en medio de los obispos y detrás seguían otros veintitrés obispos, y entre clérigos de cámara, protonotarios y refrendarios, tantos, que hacían el número de cincuenta prelados; llegado que fué al castillo de San Angel, le saludó con mucha y muy gruesa artillería, y lo mismo hicieron los esguízaros cuando llegó á San Pedro y subió á la sala regia, donde ya estaba el Papa en su trono y los cardenales

en sus bancos altos, y en medio infinita gente, y hechas sus humillaciones al Papa, le besó el pie y la mano, y Su Santidad le recibió con muy alegre cara y le abrazó y dió paz en ambos lados, y el conde mi señor le dió la carta que traía de creencia de Su Majestad, y hecho su acatamiento, junto con el duque de Sessa que estaba á su lado, les llevaron los maestros de ceremonias al lugar donde se había de recitar la oración, que es un banco detrás de los escaños donde estaban los cardenales; Su Santidad dió la carta á Monseñor Vestrio, secretario de Breves, para que la leyese, como hizo en voz alta, y acabada de leer, el doctor Diego del Castillo, canónigo de Palencia, estando á un lado de Su Excelencia y del duque, recitó la oración de su obediencia, que fué muy elegante, y Su Santidad y los cardenales estuvieron muy atentos á oirla, y acabada que fué y la respuesta que dió por el Papa Monseñor Vestrio, el conde mi señor volvió á besar el pie á Su Santidad, y habiéndose levantado y estando en pie á la mano derecha con el duque, llegaron á besarle también los titulados de Nápoles y los criados de Su Excelencia, mostrando Su Santidad más gusto que cansancio dello, y acabado esto, Su Santidad se fué á la sala del Consistorio secreto á quitarse el pontifical; llevaron la falda el conde mi señor y el duque y le acompañaron á su aposento. Estaban puestas las mesas en el antecámara donde Su Santidad come; una para Su Santidad, y junto á ella otra para el conde mi señor y duque de Sessa, donde comieron, tratando siempre Su Santidad con mucho gusto con sus convidados, de materias diferentes. Concurrió á ver este acompañamiento todo el pueblo de Roma, que llenaba las calles, y todas las ventanas estaban llenas de damas, y mi señora y la señora duquesa de Sessa con la señora Doña Jerónima Colona y señora duquesa de Terranova, estaban en las del palacio del cardenal Rusticuccio, y acabado de pasar toda la gente se pasaron

al palacio, donde á un cabo de la sala, dicha *Sala Regia*, estaba acomodado un lugar aposta para que pudiesen ver la ceremonia. Todos los señores dieron muy buenas libreas; el príncipe de Sulmona sacó doce pajes y lacayos, los pajes vestidos con calzas enteras, las cuchilladas de un ancho, pasamanos de oro y las telas de oro mezcladas de rojo, jubones de terciopelo negro guarnecidos de pasamanos de oro anchos y espesos, forrados los capotillos de la tela de las calzas, gorras muy bien aderezadas de piezas de oro y muchas plumas coloradas; los lacayos calzas con caños de terciopelo carmesí y las cuchilladas de raso carmesí guarnecidas de pasamanos, y de lo mismo eran los jubones; calzas de seda carmesí, ropillas y capas de paño de Segovia, guarnecidos de fajas de terciopelo carmesí y pasamanos sobre ellas, y las gorras muy llenas de plumas; el dicho príncipe llevaba calza blanca recamada de oro y de perlas, coleto de ámbar blanco recamado de perlas, capa de terciopelo negro con dos fajas á torno de la misma guarnición de perlas, y toda la capa sembrada de penachuelos de perlas á manera de flor de lis; la gorra guarnecida de perlas grandes y redondas y diamantes, y al pie de un gran mazo de airones, un diamante de mucho valor; caballo rucio rodado, gualdrapa de terciopelo negro bordado todo á torno, y por medio sembrada de los penachuelos de la capa, y sus gentileshombres muy bien aderezados. El príncipe de Avelino sacó doce pajes y otros tantos lacayos, los pajes con calzas de raso negro labrado, las cuchilladas de obra, jubones de raso negro pespuntados, ropillas de terciopelo negro guarnecidos y los capotillos de lo mismo, forrados en teleta, gorras de terciopelo negro recamadas las cintillas; los lacayos, calzas con cuchilladas de paño y las telas de teleta, jubones de raso, ropillas y capas de raja negra, guarnecidas las capas de terciopelo, y las espadas doradas. El príncipe llevaba calza entera, las cuchilladas, de seda negra de mucha obra de reca-

mo y las telas de tela de oro; jubón de raso blanco recamado de oro y plata, coleto de ámbar con botones de oro; en la gorra un cintillo lleno de rubís y plumas negras y blancas, una cadena y piezas de oro con diamantes, rubís y esmeraldas, capote de raso negro estampado, forrado de felpa negra, con cincuenta piezas de oro y en ellas entallados ciento cincuenta rubís, los tiros de la espada recamados de oro y perlas, caballo morcillo de su casta con gualdrapa de terciopelo negro con guarnición de obra, y ocho gentileshombres suyos muy en orden y galanos. El príncipe de San Sever sacó diez pajes y otros tantos lacayos, los pajes con calzas, ropillas y capotes de terciopelo negro, jubones de raso rojo y cintillos de las gorras con muchas piezas de oro y plumas de varios colores; los lacayos, de raja negra, jubones de raso y de lo mismo las telas de las calzas. El príncipe, salió amarillo todo, el vestido recamado, y la capilla y cintillo de la gorra con piezas y joyas de mucho valor, el caballo de lucidísimo parecer, y la gualdrapa recamada y guarnecida de varias joyas y diamantes y perlas. El príncipe de la Rochela sacó diez pajes y diez lacayos; los pajes con calzones de tela de oro y botones de oro, coleto de color guarnecido de pasamanos de oro y botones de oro de martillo, capotes de damasco forrados de felpa leonada, y de este color las calzas; sombreros con cintillos guarnecidos de piezas de oro y perlas y plumas leonadas y amarillas; los lacayos con calzas, las cuchilladas de paño negro, telas en raso, jubones de raso, ropillas y capas de paño gnarnecidas de terciopelo, las espadas doradas y las gorras con plumas; el príncipe, iba vestido de negro, con guarnición de joyas, ansí en la capilla de la capa como en la gorra, y botones de oro y gualdrapa negra recamada. El marqués su hijo, salió con calza acuchillada recamada de canutillos de oro y plata sobre raso pardo forrado de tela de oro y plata, coleto de ámbar guarnecido del mismo recamo, y de la misma tela era el jubón, y ansi-

mismo el forro de la capa, la cual era guarnecida del mismo recamo, con piezas de oro y joyas á la capilla, y la gorra adornada asimismo de joyas con un mazo de airones, y la gualdrapa recamada de oro y plata. El duque de Buccino sacó diez pajes y diez lacayos, los pajes con capillas de terciopelo negro recamadas de botones de oro, capotes de lo mismo forrados todos de tela de oro y plata y calzas de pasamanos negros, el forro de la misma tela, sombreros con cintillos con piezas de oro, cadenas de oro y medallas, rubís, diamantes y perlas, con plumas amarillas, blancas y negras; los lacayos, de paño negro de Segovia, calzas, ropillas y capas guarnecidas con pasamanos de seda negra y jubones de raso amarillo, espadas y dagas doradas, las vainas de terciopelo, gorras con plumas amarillas, blancas y negras. El duque llevaba un vestido de terciopelo negro, todo lleno de oro con diamantes y otras joyas, y la gualdrapa recamada de oro y plata. El duque de Monteleón sacó doce pajes y otros tantos lacayos, los pajes con calzas, las cuchilladas carmesíes aterciopeladas, las telas de oro, ropillas de terciopelo labrado, forrados los capotillos en tafetán listado, y gorras con plumas; los lacayos, con calzas de raja florentina de color carmesí, forradas de raso del mismo color, con capas de raja negra guarnecidas, gorras con plumas, espadas y dagas doradas. El duque cabalgaba en una hacanea lindísima, con gualdrapa de terciopelo guarnecida de canutillo de oro y plata; el vestido era una calza de raso leonado, las cuchilladas con muchas cortaduras recamadas de oro y plata, y ropilla de lo mismo, capote leonado recamado de oro, gorra guarnecida de piezas de oro con diamantes, rubís y perlas en mucha cantidad, un mazo de airones y al pie una medalla de mucho valor. Don Diego de las Mariñas sacó ocho pajes y dos lacayos, los pajes con calzas de terciopelo morado bordadas con telas de oro naranjado, jubones de la misma tela de oro, ropillas y capotillos de terciopelo morado, forrados

los capotillos de la dicha tela y guarnecidos de lo que eran; las cuchilladas de las calzas, hechas á escaques de la tela de oro naranjada y blanca, las gorras con trencillas de oro, bordados y plumas rojas y amarillas y leonadas, y de esta manera salieron los lacayos; pareció muy bien esta librea. Don Diego de las Mariñas, salió con una calza bordada de oro sobre negro, con telas de oro y plata, coleto de ámbar con botones de oro y bordado todo; jubón de tela de oro y plata, capa de terciopelo negro bordada de oro, con una graciosa y rica guarnición en la capilla, llena de diamantes de mucho valor, y la gorra aderezada con joyas llenas ansimismo de diamantes.

Acabada la comida, después de haber estado un rato con Su Santidad, se despidieron dél, y se fueron á visitar al decano del Colegio, que es el cardenal Jesualdo, y se retiraron con la noche á casa; viernes y sábado hizo el conde mi señor algunas visitas de estos señores cardenales, y aunque la ocupación de la Semana Santa fué estorbo para no se poder acabar tan presto, con todo, acabó las visitas el último de Marzo; estos días de la Semana Santa se gastaron en la ocupación ordinaria y en visitar las iglesias, y el Jueves Santo fueron el conde mi señor y mi señora á palacio, y desde el cuarto del señor cardenal San Jorge, oyeron publicar al Papa la Bula *In cœna Domini*, y de allí pasaron al aposento del señor cardenal Aldobrandino, y desde una ventana, del que cae sobre la *Sala Ducal*, donde el Papa hace el mandato, lo vieron, que son dos cosas muy para ver, y la acción del mandato y lavar el Papa los pies á los pobres, de las mayores que se pueden ver en Roma. El primer día de Pascua asistieron á la misma misa del Papa, que celebró en la iglesia nueva de San Pedro, y arrimado al banco de un coro de cardenales, estaba hecho por orden de Su Santidad, un parque cubierto, donde se pudo gozar muy de cerca de todas las ceremonias y aparato de la misa, cosa muy para ver.

En estos días había Su Santidad enviado diversas veces á visitar con camareros secretos al conde mi señor, y á decir á mi señora que, pues no tenía obligaciones de embajador, que se pasase á San Pedro, donde Su Santidad le tenía aderezado un cuarto, que es el arciprestazgo, donde posó el pontificado de Sixto V la señora Camila, su hermana; mi señora fué dilatando el recibir esta gracia, por parecerle el tiempo de la Semana Santa poco acomodado para ir á ser huéspedes; últimamente invió Su Santidad otro recado primer día de Pascua, diciendo que no se podía sufrir tanta dilación, que en todo caso Sus Excelencias se fuesen luego; acetóse la ida para el segundo día de Pascua en la tarde, por hallarse convidados aquel día del señor cardenal Ascanio, y así aquel día, después de haber comido con el señor cardenal, el conde mi señor y mi señora y los señores duques de Sessa, duques de Zagarolo y todos los señores que habían venido de Nápoles, se fueron á palacio acompañando á mi señora, otros muchos caballeros y cortesanos romanos con sus carrozas; cuando se llegó á puente de San Angel, junto del castillo, salió á recibir la carroza la guarda de esguízaros de Su Santidad, y le acompañó hasta su lugar en San Pedro; recibió Su Santidad á mi señora con grandísima demostración de contento, y se estuvo una hora más en la visita, y acabada, se bajó á su cuarto, acompañada de la señora duquesa de Sessa y de las otras señoras que habían venido, acompañándola la guardia. En el arciprestazgo tenían el cuarto principal muy aderezado de terciopelo y telas, para mi señora y el conde mi señor, y otros aposentos para la señora duquesa de Terranova; alojaron todas las criadas de mi señora, y los criados que habían de asistir á Su Excelencia y al conde mi señor, todos dentro de la misma casa, y señalóle Su Santidad criados suyos para que les sirviesen, al conde Otavio, camarero secreto y furier; á Don Gonzalo de Campo, camarero secreto; á Gro-

ta, camarero secreto, y al sotomaestre de casa de Su Santidad camareros de bussula (1) y escuderos de mesa de los propios de Su Santidad, y todos los oficios de la casa con estado, para los gentileshombres como para las mujeres, y otro de los pajes y tinelo para todos los criados de los de su casa, y guardia de esguízaros, como la tiene Su Santidad, de día y de noche, la cual le sirvió desde aquel día todo el tiempo que estuvo en Roma, no sólo en palacio, sino fuera, á todas las visitas por Roma, junto con los palafreneros de Su Santidad; en dejando á Su Excelencia en su aposento, se fueron estos señores que les habían acompañado á sus casas; aquella noche envió á visitar otra vez Su Santidad al conde mi señor y á mi señora, con su maestro de casa, y á decirles que se sirviesen della como de la suya propia, que él tenía orden de Su Santidad para asistir á servir á Sus Excelencias como á su propia persona, y todos los días que fueron sus huéspedes tuvieron destas visitas de Su Santidad, y regalos cada día de su mano, con extraordinaria demostración de contento, haciendo inquisición si eran estos señores bien servidos y de qué gustaban, informándose muchas veces de Don Alonso Manrique deste particular, y mandándole apretadísimamente que le avisase de lo que entendía que gustaría; en suma, lo que se puede decir del hospedaje es, que fué de la mayor grandeza que se puede imaginar y con grandísimas significaciones de amor, y fueron servidos Sus Excelencias y criados con grandeza y regalo y con la mayor puntualidad del mundo todos los criados del Papa, sin que sirviesen los del conde mi señor sino de ser por testigos.

Convidó Su Santidad á comer el miércoles al conde mi señor y á mi señora, y con Sus Excelencias á la señora Doña Jerónima y señora duquesa de Terranova, que como tengo dicho, las alojó Su Santidad con mi señora en pa-

(1) Bussola; en italiano, silla de manos.

lacio; dióles un gran banquete; estuvieron las mesas puestas como el día de la obediencia; la destos señores junto á la de Su Santidad, y bien apartada, aunque en la misma pieza, la de los pobres; sirvió la toalla el conde mi señor, y en todo el discurso de la comida trató de diferentes materias y de cosas de España, con gran apacibilidad y demostración de gusto. Acabada la comida, se estuvo en conversación con el conde mi señor y mi señora solo, porque habían entrado á ver la galería la señora Doña Jerónima y la señora duquesa de Terranova, poco menos de dos horas, y después tomaron su bendición y se bajaron á su aposento; el señor cardenal Aldobrandino visitó algunas veces á mi señora y al conde mi señor, aunque ya lo había hecho en casa del duque de Sessa, y el miércoles en la noche les envió á convidar para que el jueves fuesen á ver la casa de Monte Caballo y á comer allí con Su Señoría Ilustrísima, con un recado muy cortesano, que si Sus Excelencias gustaban de que les fuesen á acompañar aquellas señoras y señores de Nápoles, que se les convidaría; respondieron que sería doblada la merced si iban estos señores, y así convidaron á los señores duques de Sessa y á la señora Doña Jerónima, y señora duquesa de Terranova, y á todos los señores y caballeros que vinieron de Nápoles, de suerte que fueron veintiuno de mesa; fué uno de los mayores banquetes y de mayor grandeza que se puede imaginar, y con hacerse esto tan bien en Italia, ha parecido el mayor que se ha hecho muchos años há; tiene esta casa de Monte Caballo un gran patio delante, cercado por la frente de unos corredores principales de la casa, y por la frente y fin del patio de unos; corre lo largo y fin del patio un ventanaje grande de la galería de la tapia que la cerca por las dos partes, y la cuarta es una pared de un jardín; todos estos corredores y ventanas estaban muy bien aderezados con doseles y almohadas de telas de terciopelo y de damasco guarnecidas de oro, conforme al uso

de la tierra, y distribuídos por ellas á coros ochenta músicos, los mejores de Roma, y alguna cantidad de cornetas, flautas y bajones, y luego que mi señor entró por la puerta empezó la música de concierto de todos los coros, que parecía cosa del cielo, y duró hasta que Sus Excelencias se entraron á sus aposentos; debajo de este corredor que he dicho, que es al pie de la escalera, estaba el caballero Clemente, maestro de cámara del señor cardenal, con cien gentileshombres, parte de la casa del señor cardenal, parte caballeros romanos que se le habían ofrecido para este día, todos en cuerpo y todos con cadenas de oro y aderezos de las espadas doradas, los cuales luego que la silla llegó á medio patio, partieron á encontrarla, y habiendo saludado á mi señora, la cogieron y subieron arriba, donde aguardaba el señor cardenal, y en tanto que se subía la vivanda, en un aposento retirado tañeron los tres hermanos los laúdes y tiorba, que son las más raras piezas que se conocen; el banquete fué, como tengo dicho, espantoso en grandeza y regalo, y servidos estos señores con mucha quietud y concierto; sirvieron á la mesa los caballeros que salieron á encontrar á mi señora, y todos descubiertos; entre las cosas más notables desta comida, fueron las mesas que estuvieron compuestas con tantos arreos, diferencias de aves, animales, castillos, naos, galeras y de otras mil suertes de cosas, parte de manteca, parte de azúcar y parte de servilletas; después de haber alzado los manteles, se sirvió un jardín entero de cosas de azúcar con toda suerte de árboles cargados de fruta, en sus cestos hechos aposta, dorados ó plateados, con grandísima suma de cosas dulces, y después de acabado esto, vino un cajón grande de vidrios de Venecia que se pusieron en las mesas; se escogieron los que contentaban más á cada uno destos señores, y por un rato se estuvieron oyendo música de arpa, clavicordio, laúdes y algunas voces; al propio tiempo que se servía estos señores, había otras cuatro mesas para las muje-

res, gentileshombres y pajes, y después otra para los coperos, y en todas fueron servidos con la misma abundancia y puntualidad que los señores, y abajo hubo tinelo para todo el mundo y mesa para la guardia. Acabado esto salieron á ver al jardín, y al pasar por el corredor de un bosque hecho á mano, cantidad de liebres y muchos galgos que las seguían, y luego corzos, gamos y jabalíes, con toda su montería en forma, que fué un rato muy regocijado y de mucha grandeza; el jardín es lindísimo, y luego que se entró en él, en la mayor y más igual calle, vino un gran ciervo corrido de algunos perros que le siguieron por todo el jardín, en el cual á trechos había emboscadas de músicos, de voces y de instrumentos que parecían muy bien, y otras voces sencillas que hacían eco con particular destreza, y después de haber visto las fuentes que son nuevas y muy raras, se llegó á una parte del jardín que está sobre un valle, donde salían de los árboles faisanes, francolines y estarnas, y las volaban delante á estos señores, de suerte que casi todo esto venía á caer donde estaban; con esto se acabó el día y se tornaron á palacio, donde estuvieron viernes y sábado recibiendo visitas de toda la corte, y á las noches destos señores cardenales sobrinos de Su Santidad.

El sábado, convidó el señor Juan Francisco Aldobrandino, para el domingo, en el castillo, al conde mi señor y mi señora, de la misma forma que lo había hecho el señor cardenal Aldobrandino, y les hizo un banquete esplendidísimo; cuando entraron en el castillo se les hizo una salva real con el artillería, y les recibieron con toda la gente puesta en orden, y el tiniente del señor Juan Francisco dijo al conde mi señor, que á Su Excelencia se entregaba aquella fuerza, y que tenía orden del señor Juan Francisco, de tomarlas de Su Excelencia, y de que entrasen con espadas toda su casa y corte, como se hizo después de una gran comida y mucha música; hubo una muy buena comedia que

se acabó con el día, y así se empezaron luego juegos de fuego, girandolas y otras invenciones, y habiéndose despedido de la señora Olimpia, se volvieron á San Pedro. Lunes fueron convidados del señor cardenal Montalvo á la viña de Médicis, que cumplió con su fiesta con las ventajas que les hace todas. Martes comieron estos señores con el señor cardenal Dávila, en su casa, y jueves con el señor cardenal Farnesio y duque de Parma; y tratando de partir el viernes, Su Santidad mandó no se partiesen, porque quería comiesen con Su Santidad el domingo, como se hizo; y porque el sábado se habían venido el conde mi señor y mi señora á cenar y dormir en casa del señor duque de Sessa, el domingo por la mañana vino la guardia de los esguízaros por Sus Excelencias, y Su Santidad les hizo la misma fiesta que la primera vez, estando con grandísimo gusto, enviando recados á mi señora en español; y después de haber tenido una hora de audiencia, se despidieron para ver los jardines de Belveder, y se volvieron con la guardia en casa del duque de Sessa; en estos días tuvo el conde mi señor audiencia secreta con Su Santidad y muchas con el señor cardenal Aldobrandino, y mi señora envió á Su Santidad un presente de cosa de labor y de la India, y holgó mucho Su Santidad, por ser en extremo curiosas; y Su Santidad le ha hecho otro á mi señora, de reliquias, rosarios y cuadros, digno de su grandeza. El lunes se fué á despedir el señor cardenal Aldobrandino del conde mi señor y de mi señora, y hoy martes partimos para Nápoles, dejando esta corte muy satisfecha del término, cristiandad y cortesía del conde mi señor, y Sus Excelencias se van reconocidísimos á Su Santidad y á toda su corte, de quien han recibido las mayores honras y mayores demostraciones de amor que se han hecho á príncipe, y todos vamos contentísimos, que ni nadie tiene quejas de nosotros, ni nosotros la llevamos de persona, cosa bien extraordinaria en semejantes vistas de príncipes y que ha causado mucha admiración.

XXV

TESTIMONIO

QUE DIÓ FRAY PEDRO DE LA PURIFICACIÓN, DE ALGUNOS HECHOS Y VIRTUDES DE SANTA TERESA DE JESÚS.

(Año 1602.)

Para responder con la obligación que tengo, al mandato que se me ha puesto por orden de nuestro Padre General, para que diga lo que sé acerca de las obras heróicas de mi santa Madre Teresa de Jesús, fundadora y restauradora de esta nueva Reformación descalza en que vivimos, y profesamos los frailes de Nuestra Señora del Carmen descalzos, y de otros religiosos que he conocido en nuestra Congregación, así frailes como monjas, lo haré con la mayor brevedad que pudiere, porque aunque hay infinitas cosas que escribir de las costumbres, vida y santidad de la santa Madre, lo más que se puede decir está escrito, así por su misma mano (guiada por la obediencia y mandato de sus superiores y confesores) como por otras personas, y en las informaciones que se hicieron por Don Jerónimo Manrique, obispo de Salamanca, así en aquel obispado como en otros de España, por orden del Ilustrísimo y Reverendísimo Camilo Caetano, nuncio de Su Santidad, á instancia y petición de la Orden, y lo mismo en Portu-

gal por orden del patriarca de Jerusalén, colector y delegado apostólico que entonces era en estos reinos, diré lo que entendí de su misma boca, y vi tratándola y acompañándola algunos meses.

Lo primero que tengo que loar en esta gran sierva de Nuestro Señor, el amor tan arraigado que tenía en su alma, de su Dios y Esposo, y lo que deseaba hacer y padecer por Él, que no se contentaba con cosa que hacía, pareciéndole no era nada en comparación de lo mucho que á este Señor debía, considerándole siempre en la cruz con infinitos trabajos, como si sólo los hubiera padecido por ella, y así me solía decir: *Padre mío, cuán poco hacemos para lo que le debemos, y yo más que nadie, pues me ha hecho más mercedes que á cuantos hay en el mundo, y cada día me las hace; procuremos disponernos y hacernos (con su divina gracia, que está aparejado para dárnosla en grande abundancia) más dignos para que repose y asiente en nuestras almas Su Divina Majestad.*

Los fervores que á esto le movían y con que se incitaba eran grandes, y bien se ve en algunas oraciones jaculatorias que hay escritas de su mano, y algunas impresas en sus obras, que declaran bien el fuego de amor divino que tenía en su pecho, alma y corazón.

Nunca la vi tener conversación y trato de gentes, así seglares como religiosos, que no hiciese alguna ganancia para Dios en alguna alma, porque eran sus palabras tales y tan llenas de Dios y dichas con tanta prudencia, que robaba los corazones, y puedo decir y certificar, como lo hago, que jamás trató nadie con ella que no saliese con ganancia y aprovechamiento en su alma y mejorase su vida sino no fuí yo, que con tratarla tan familiarmente y confesarla algunas veces y muchas (para confusión mía lo digo), no me supe aprovechar de su doctrina, aunque le fuí y soy muy hijo, y aun de ella acariciado; sólo diré de uno, á quien traté y conocí, que estando en una ciudad

de Castilla, tenía opinión de hombre arrojado en sus palabras y decidor, aunque letrado y de bonísimo entendimiento, á veces mordaz; el cual, como comenzase á comunicar con la santa Madre, se mudó de tal manera que ya era tenido en diferente estima de lo noble del lugar, porque él lo era y trataba; ya sus palabras eran hablar de Dios, de bien de su alma, y el recogimiento mayor que otro de su calidad, donde vinieron á decir en mi presencia ciertas personas de las más graves de aquella ciudad y dignidades de la iglesia catedral, que bien se echaba de ver la virtud y bondad de la santa Madre Teresa de Jesús, y el valer de su persona y lo que podía con Dios, pues había su conversación causado tanta mudanza en aquel hidalgo y trocádole en otro, y esta opinión tenían los demás del pueblo.

Una cosa me espantaba de la conversación desta gloriosa Madre, y que lo noté muchas veces y me puse de advertencia á considerarlo, y es, que aunque estuviese hablando tres y cuatro horas, que sucedía ser necesario estar con ella en negocios, así á solas como acompañado, tenía tan suave conversación, tan altas palabras y la boca llena de alegría, que nunca cansaba y no había quien pudiese despedir de ella, y jamás le pude coger en una palabra ociosa que pudiese juzgar lo era (aunque como digo me puse á pensar en ello muchas veces); nadie llegaba á su presencia que saliese desconsolado; todos llevaban remedio de su boca y alivio para sus trabajos; compadecíase mucho de las aflicciones de los que poco podían y remediábalos con palabras y oraciones, no pudiendo con otra cosa. Díjome muchas veces la pesadumbre que le daban las cosas desta vida y cuán feo le parecía todo respecto de lo del cielo; un día fuéla á visitar en Burgos una señora recién casada, hermosa y muy ataviada, y entre otras cosas llevaba unas perlas muy finas y dos ó tres diamantes de valor y bien puestos, que la adornaban mucho;

después de haberse partido del monasterio, preguntóme:—*¿Dígame, Padre Fray Pedro, ha visto á Doña Fulana?*—Respondíle:—Sí, Madre: ¿por qué lo pregunta?—Dijo:—*¿No le parece que es hermosa y de buen parecer y que traía buenas joyas?*—No reparé en tanto, Madre; mas todos dicen (dije yo) que es hermosa y bien apuesta.—Sonrióse la santa y dijo:—*Aquellos diamantes estuvieran mejor en el mi niño Jesús, que á mí todo lo desta vida me parece muy feo,*—y asióme de la capa y apartóme á un corredor (porque estábamos en una casa prestada, que no nos quería dar licencia el arzobispo para fundar) y comenzóme á decir mil cosas de Dios, y entre otras:—*Créame, Padre, que después que Nuestro Señor Jesucristo me hizo merced de visitarme y mostrárseme juntamente con el Padre Eterno y el Espíritu Santo en tan devina figura con tanta hermosura y resplandor, desde entonces le tengo tan presente en los ojos del alma que nada de acá me satisface, todo me parece feo y escoria y ninguna cosa me da contento, sino ver con el alma las almas que están vestidas de los dones de Cristo, y por eso le dije que no me parecía aquella sierva de Dios hermosa.*

Cuando fué á la fundación de Burgos, mandáronme la acompañase y me quedase con ella en aquella ciudad; el buen arzobispo, con ser tan su amigo, devoto y deudo, y tan siervo de Dios, habiéndola pedido viniese, así por carta, como dándole la palabra á Don Alvaro de Mendoza, obispo de Plasencia, que podía ir la santa Madre á fundar un monasterio de monjas en su ciudad de Burgos, cuando llegamos allá con harto trabajo, por ser el mes de Enero lleno de agua y nieves (ordenándole así Nuestro Señor para mayor mérito de la Santa y paciencia de los que con ella iban), no quiso dar licencia para que fundase, unas veces diciendo que había de ser el monasterio con renta y otras dando otras excusas, con las cuales la tuvo tres meses fuera de monasterio, no queriendo aún que le dijesen misa en la casa que yo les había comprado, que es el monaste-

rio que ahora tienen, y las llevaba á oir misa y confesarlas y comulgarlas á un hospital que allí cerca está, que se llama de San Lucas, lo que llevaba ella con harto más paciencia de la que teníamos los que solicitábamos el negocio, porque de día á día nos dilataba el dar la licencia, y un día acabando yo de comer con el arzobispo, y diciéndole advirtiese Su Señoría Ilustrísima no se decía bien de él, porque no acababa de dar licencia para poner el Santísimo Sacramento y decirles siquiera misa, que acabase ya y no diese que notar á las gentes, y pues le daba en las manos todo lo que Su Señoría pedía, me diese la licencia; ayudó á esto el Reverendísimo obispo que es agora de Calahorra, que entonces era canónigo magistral de aquella iglesia, pidiéndole lo propio, y nos respondió que sin falta me daría la licencla otro día á la tarde y que en esto estuviese seguro; yo muy contento llevé á la santa Madre esta nueva; alegróse, aunque no mucho, porque aún no debía estar ella cierta de quien la sacaba de congoja; volví otro día y hubo otras nuevas razones porque no se me dió, y después de haber dicho mi parecer y ayudádome el dicho obispo y otro caballero, salimos todos tres muy enfadados de casa del arzobispo, y yo fuíme adonde estaba nuestra santa Madre, y antes que yo llegase dijo á la religiosa que tenía la llave de la puerta:—*Abra al Padre Fray Pedro que viene,*—adivinando ó sabiendo la pesadumbre con que venía, comencé á decirle mil quejas del arzobispo y su indeterminación y que no me pesaba sino de verlas y yo no tener compañero, porque ni siempre podía ir el obispo conmigo y que me parecía me iban azotando por las calles, que le certificaba me fuera á mi convento si no estuviera ella allí; comenzóme á decir mil gracias que las eran del cielo y bastantes á consolar corazones afligidos; pero yo traía tal el mío que casi hacía poca mella; al fin dijo:—*Apartémonos aquella baranda no nos oigan estas hermanas; y echados allí de pechos me comenzó á*

decir:—Padre mío, bien sé que anda cansado y con estos negocios mohíno, y que siente más la descomodidad mía y de las hermanas que no su propio trabajo, y que la condición del señor arzobispo es terrible en estas largas y da ocasión á desconfiar á vuestra reverendísima y á los amigos, de que no ha de tener buen fin esta fundación; mas á mí, á quien ha prometido el Señor que se hará, téngolo por más cierto que si lo viera por los ojos, porque cuando vuestra reverendísima vino desde Granada para llevarme á aquella ciudad á fundar el monasterio, al mismo tiempo me llamaron para la fundación deste, y no determinándome á cuál de las dos partes iría, puse el negocio en las manos del Señor, porque había doce años que tenía grandes impulsos de venir á esta ciudad, y sabía que la fundación de Granada había de ser de mucho provecho; púseme en oración por largo espacio, y supliqué á Su Majestad me declarase lo que más fuese de su servicio; aparecióme el Señor en visión imaginaria, con certeza más que si le viera con los ojos corporales, y díjome estas palabras:—Acude, hija Teresa, á entrambas fundaciones; envía á Granada á quien vaya en tu nombre, que allí fácilmente se fundará, y tú pártete luego á Burgos, adonde tendrás contradición de quien no gustare hacértela y tendrás muchos trabajos; pero saldrás con ello, que mucho puede el nombre de Teresa de Jesús: es fuerza que lo que mucho vale mucho cuesta, y en aquella casa se me han de hacer muchos servicios; date priesa en partir para allá, y quien tiene esta palabra, mi padre, como yo la tengo (me dijo la santa Madre) *no se espante vuestra reverendísima que me ría y no me congoje de los inconvenientes que el demonio pone, tomando por medio los buenos deseos que de hacernos merced tiene el arzobispo.* Testigo me es el Señor en lo que diré aquí, que con estas palabras desterró de mi corazón todo género de pesadumbre, y que me parece aunque estuviera otros veinte meses en la demanda y con más trabajo, ya no lo sintiera, y si esto hizo en mí con sus palabras, ¿qué mucho que Cristo Nuestro Señor

con las suyas y su presencia causase de confianza y constancia en el ánimo de aquesta sancta que tan ciertas y evidentes las tenía siempre?

En las persecuciones que tuvo, así en sus fundaciones, como en otras cosas graves y falsos testimonios que la levantaron, infamándola con graves personas, tuvo inmensa paciencia y sufrimiento grande, como en parte se verá de lo que ella misma escribe en el libro de su vida, tratando de la fundación del monasterio de Avila, que fué el primero que se hizo, y en el de Medina del Campo, como en otras partes de sus obras; pero de lo que yo supe de ella, es, que tratando en veces de cosas que le habían impuesto y levantado, solía decir con mucha risa y donaire: —*Mil bienes me han hecho todos aquéllos que han puesto sus bocas á decir mal de mí;*—y una vez entre otras (si no fueron muchas) me dijo estas palabras:—*Yo le doy mi palabra, Padre mío, que todas las veces que me dicen de alguna persona que ha dicho mal de mí, entonces estoy actualmente rogando al Señor por ella y le suplico le aparte el corazón, boca y manos de ofenderle, y no le tengo por hombre que me quiera hacer mal, sino por un ministro de Dios Nuestro Señor, á quien toma por medio el Espíritu Santo para hacerme mi bien y ayudarme á salvar, y créame mi Padre,* decía, *que la mejor y más fuerte lanza para conquistar el cielo, es la paciencia en los trabajos, y ésta es la que hace al hombre poseedor y dueño de su alma, como dijo el Señor á sus Apóstoles;* y nunca me admiraron tanto sus ejercicios tan levantados en virtud y perfección, su oración y contemplación, raptos, éxtasis y visiones y la caridad grande que tenía en su alma, como este devino don de paciencia, y no entienda nadie que la que ella tenía, era en pocas cosas ó en negocio que no hacían mella á la honra, pues le levantaron gravísimos testimonios escribiendo á Roma millones de falsedades, y esto, religiosos que estaban en opinión de hombres honrados, para estorbarle no llevase adelante las fundaciones de

sus monasterios, que con tanto honor y aprovechamiento de las almas había comenzado y iba continuando, y diré aquí en suma, uno entre otros que me relató y contó más há de veinticuatro años en nuestro Colegio de Alcalá, un gran devoto de nuestra santa Madre y de toda la Religión, diciéndonos no nos espantásemos de oir decir mal de los siervos de Dios, pues se atrevieron á poner boca sacrílega en la limpieza y bondad de la santa Madre Teresa de Jesús. Y es el caso, que yendo á besar los pies á la Santidad de Gregorio XIII, de parte del rey nuestro señor y del virrey de Nápoles, que era su padre deste caballero, fué á pedir licencia al general de la Orden que entonces era, para hacer dos monasterios en España, uno de monjas y otro de frailes, el de frailes en Mondéjar, y el de monjas en otro lugar; y alabando el caballero á la santa Madre y exagerando sus virtudes, le respondió:—Espántome que Vuestra Señoría Ilustrísima tome en la boca una mujer tan mala y tan infame, sucia y deshonesta como esa monja, que es en todo extremo descompuesta y no se ha tomado ese ejercicio de fundar monasterios de monjas primitivas, sino para por medio de él tener ocasión de darse á sus deshonestidades;—y el caballero, oyendo tales palabras, se alteró mucho, y con palabras graves y sentidas le dijo:—Paso, Padre, no pase más adelante en esa materia, que á orejas castas y cristianas, dan mucha pena oir semejantes palabras de una mujer tan señalada y aprobada en virtud y santidad, que aunque no ha muerto, sino que vive, la tenemos en España por sancta, y los grandes y prelados de España nos quitamos los sombreros y descubrimos las cabezas cuando hablamos de ella, y Vuestra Paternidad Reverendísima habla muy mal y con poca consideración, y me ha escandalizado gravemente en ello;—y con esto y otras palabras que le dije, le hizo volver sobre sí y responder:—Señor Ilustrísimo, si he hablado mal, Vuestra Señoría perdone, que yo hablo conforme las nuevas que de allá me es-

criben y me mandan, que yo no la conozco á esa religiosa ni la he visto jamás, y porque vea Vuestra Señoría que digo verdad que de allá me lo avisan,—sacó una carta entre otras y leyóla, que, como digo, era de cierto prelado, y decía así: «Muchas veces he escrito á Vuestra Paternidad Reverendísima acerca de esta invencionera de Teresa y sus malicias, la cual toma el querer fundar monasterios de descalzas para capa y cubierta de sus libertades y maldades; mas Nuestro Señor es justo, que no quiere se encubran tanto tiempo sus desenvolturas, sino que sean claras y manifiestas al mundo, porque estos días atrás, diciendo que iba á fundar á cierta ciudad de estos reinos, yendo en un coche cerrado, en mitad de la plaza de Medina del Campo se quebró el coche, y toda la gente que estaba en la plaza (que era mucha) vieron á la dicha monja que estaba ofendiendo á Dios con cierto fraile.» Cuando yo ví tal carta tan llena de falsedad y malicia (dijo aquel caballero), quedéme espantado de que hubiese alma tan rota y sin temor de Dios, que tal atrevimiento dijese, y así dije todo lo que me pareció, en confirmación de la santa opinión en que todo el mundo tenía á la santa Madre, y detesté la maldad de tales hombres, y acuérdome yo, que relatándole yo algunas veces este falso testimonio, solía reir y decir:—*Mucho más hiciera yo si Nuestro Señor no me tuviera de su sancta mano, y lo que en eso hay que temer y yo más siento, el daño de la alma de quien dice semejantes cosas, y quisiera padecer muchas afrentas y tormentos porque él no ofendiese á Dios y porque saliera de pecado, que á quien le levantan falso testimonio no le hacen más mal de darle materia de que merecer.*

Confesaba muchas veces sus culpas pequeñas antiguas con mucho donaire y gracia, y así no sé sobre qué cosa que tratábamos de imperfecciones en personas principiantes á servir á Dios, me dijo una vez:—*Sepa, Padre, que me loaban de tres cosas temporales, que eran de discreta, de sanc-*

ta y de hermosa; las dos creíalas yo y persuadíame que las tenía, y lo que creía era que era discreta y hermosa, que era harta vanidad; mas de que me decían que era buena y sancta, siempre entendí que se engañaban, y así nunca tuve que confesarme de consentimiento de tal culpa ni me vino vanagloria de esta alabanza.

Era muy particular la devoción que tenía al Santísimo Sacramento del altar y al de la confesión, y así procuraba de comulgar muy á menudo, y cuando no podía comulgar, había de confesar, por no perder aquella ganancia que Dios le daba por medio de los Sacramentos, y así me movía á particular devoción darle el Santísimo Sacramento ó confesarla, por ver el espíritu y devoción con que lo hacía; y un día que no había comodidad para comulgar, por estar en casa de un seglar, me pidió que la confesase, y yo la respondí:—Jesús, Madre, no me mate, que no sé qué quiere confesar, pues hemos de andar revolviendo los pucheritos que hacía cuando niña para hallar materia que absolver; no la quiero confesar;—ella, con semblante grave y humilde, me respondió:—*No sea, Padre mío, avariento de las riquezas ajenas, y pues Dios nos comunica particular gracia en sus Sacramentos por medio de Vuestras Señorías Reverendísimas, que son sus ministros, y no dan de su casa nada, no me niegue tanto bien, pues no pierde, señor, nada, sino que antes gana perdonando pecados y administrando dignamente tan santo Sacramento.*—De otras muchas cosas y excelentes virtudes que tuvo, no digo aquí nada, porque de ellas dirán las religiosas que por largo tiempo vivieron con ella, y sus libros y otros tratados están llenos; y esto es lo que sé por el precepto que se me ha puesto, y lo firmo de mi nombre. Fecha á 2 de Febrero de 1602.—*Fray Pedro de la Purificación.*

XXVI

RELACION

DEL JURAMENTO DEL PRÍNCIPE NUESTRO SEÑOR, QUE SE CELEBRÓ EN SAN JERÓNIMO DE MADRID, DOMINGO 13 DE ENERO DE 1608 AÑOS, DÍA DE SAN HILARIÓN, OBISPO.

Precedió al domingo 13, que fué el día del juramento, ir Sus Majestades á San Jerónimo, el sábado en la tarde, en coche; en uno los reyes, la serenísima infanta, y detrás en una litera, el príncipe y su aya, condesa de Altamira, y en los demás las damas, como suelen, acompañadas de algunos caballeros de la corte que las sirven; tienen allí los reyes un cuarto para éste y otros actos, donde estuvieron aquella noche, y á la mañana, después de haber almorzado, subió el conde de Oropesa, cuya persona, en la gravedad del aspecto y forma del vestido, representaba la de un Hernán Cortés ó de otro excelente capitán de los antiguos, acompañado de algunos grandes y señores y del marqués de Velada, mayordomo mayor, cuyo huésped ha sido en el mismo convento, donde se apeó la noche antes por no hacer gasto. Salió Su Majestad de su aposento, vestido de raso blanco, calzas y cuera y bohemio de raso pardo bordado todo de canutillo y hojuela de plata, aforrado en armiños, zapatos blancos y gorra de terciopelo liso negro, con cintillo de perlas y diamantes, martinetes, penacho de cua-

tro plumas blancas con una riquísima de diamantes, espada plateada cincelada, talabarte y pretina bordados, cuello con vainilla de seda carmesí y el collar grande del Toisón; y á su lado izquierdo la reina, vestida una saya grande de tela blanca con vivos de martas, bordada la guarnición, y pendientes della muchas puntas de diamantes, y joyas riquísimas al cuello, y entre ellas un collar de rubíes, una gorrilla aderezada de perlas y diamantes, penacho con plumas y garzotas en el tocado; el príncipe y infanta delante, vestidos de tela blanca, bordado el campo y guarnición della, llevando á Su Alteza de las mangas del vaquero como á niño que le enseñan á andar; el duque de Lerma, que llevaba un vestido como el de Su Majestad, con cuello de puntas pequeñas y gorra de terciopelo liso negro con una cadenilla; y al lado izquierdo de la reina, á poco trecho, iba el conde de Oropesa con el estoque, que es preeminencia de su casa, y un poco delante dél cuatro reyes de armas y otros tantos maceros; iban en este acompañamiento, todos los grandes titulados, caballeros y procuradores de Cortes, que estuvieron esperando á que Su Majestad saliese, en los corredores del claustro principal de aquella casa; seguíanse tras los reyes, las damas, muy bien aderezadas y vestidas, aunque con las caras que suelen, gorrillas en los tocados, y meninos que las llevaban las faldas; yendo á cargo de la condesa de Lemos la de la reina, por su camarera; el órden referido y tanta diversidad de galas y colores, hicieron adelantar la primavera, causando admiración en los presentes el ver juntos el oro, plata y perlas de las dos Indias, que aun ellas no han enviado tanto como hubo aquel día; de esta suerte, llegaron al tablado los reyes, que estaba hecho en la capilla mayor, y sentaron debajo de la cortina de brocado, y después dellos sentaron las damas, al mismo lado de la Epístola, y en el del Evangelio el nuncio y embajadores de Francia y Venecia, en un banco raso con otro de ter-

ciopelo delante; los mayordomos en pie y descubiertos; el licenciado Bohorques y Don Alvaro de Benavides, del Consejo de cámara, asistentes de Cortes; los secretarios dellas y el del Consejo de cámara; dos oidores del Supremo, Don Diego de Ayala y Don Diego de Alarcón; dos regentes del de Aragón, dos del de Italia; el presidente de Hacienda, gentileshombres de cámara y los reyes de armas, quedándose los maceros en las gradas á cada lado, y en entrando Sus Majestades y Altezas en la cortina, comenzó la misa de pontifical el cardenal de Toledo, siendo subdiáconos Don Fernando de Acevedo, canónigo de la misma iglesia, fiscal de la Inquisición y hermano del patriarca de las Indias, inquisidor general, y Don Diego de Guzmán, capellán mayor de las Descalzas, comisario del Santo Oficio; mientras duró la misa estuvieron sentados todos los prelados que asistieron á este solemnísimo acto, en un banco al lado del Evangelio, junto al altar mayor, y acabada, Su Majestad envió llamar al duque de Lerma, con el conde de Ampudia, su nieto, para que fuese padrino del príncipe, á quien confirmó el cardenal besándole, en lugar del bofetón, y con perdonársele, del temor que tuvo á las vendas y vela diciendo le querían sangrar, lloró un rato, y de suerte que fué menester que su aya se levantase á callarle, trayéndole á una silla de brocado baja puesta á los pies de su padre, donde estuvo sentado todo el tiempo que duró la fiesta, la mayor parte dormido, con la mano encima del brazo de la silla; es bella criatura, y entonces lo pareció más; entre tanto le quitaron la casulla al cardenal y le pusieron una capa de coro y mitra blanca, y se sentó en una silla de terciopelo carmesí, y delante un sitial con su paño y almohada de brocado, y encima un libro misal abierto y una cruz de coro, sobre la cual los que juraban ponían la mano derecha y la izquierda en los Evangelios; á la esquina del tablado donde estuvieron los embajadores, se asomó un rey de armas, y en voz alta

y sonora dijo tres veces:—Oid, oid, oid la escritura del juramento, pleito y homenaje y fidelidad que la serenísima infanta Doña Ana, que presente está, y los prelados, grandes, caballeros y procuradores de Cortes, que por mandado del rey nuestro señor el día de hoy están juntos, prestan y hacen al serenísimo y muy esclarecido príncipe Don Felipe, hijo y sucesor de Su Majestad, como á príncipe de estos reinos durante los largos y bienaventurados días de Su Majestad, y después de ellos por rey y señor natural, propietario de ellos; y luego, en la misma parte, el licenciado Alonso Núñez de Bohorques, del Consejo de cámara, y uno de los asistentes de Cortes, leyó la escritura del juramento y pleito homenaje, que es del tenor siguiente: «Los que aquí estáis presentes, seráis testigos, cómo en presencia del católico rey Don Felipe, nuestro soberano señor, la serenísima infanta Doña Ana y los prelados y grandes, caballeros y procuradores de Cortes de las ciudades y villa de estos reinos, que están juntos en Cortes por mandado de Su Majestad, en voz y en nombre de estos reinos, todos juntamente, de una concordia libre, espontánea y agradable voluntad, y cada uno por sí y sus sucesores, y los dichos procuradores, por sí y en nombre de sus constituyentes, por virtud de los poderes que tienen presentados de las ciudades y villa que representan de estos reinos, y en nombre de ellos, guardando y cumpliendo lo que de derecho y leyes de estos reinos deben y son obligados, y su lealtad y fidelidad les obliga, y siguiendo lo que antiguamente los infantes, prelados, grandes, caballeros y procuradores de Cortes de las ciudades y villa de estos reinos en semejante caso hicieren y acostumbraron á hacer, y queriendo tener y guardar y cumplir aquello, dicen que reconocen, y desde ahora dan y tienen y reciben al serenísimo y esclarecido señor príncipe Don Felipe, hijo y sucesor de Su Majestad, que presente está, por príncipe de estos reinos y de Castilla, León, Granada y todos los

demás reinos y señoríos á ellos sujetos, dados, unidos é incorporados, y pertenecientes durante los largos, prósperos y bienaventurados días del rey Don Felipe, nuestro soberano señor, y después de ellos por rey y señor legítimo y natural heredero y propietario de ellos, y que ansí, viviendo Su Majestad, le dan y prestan la obediencia, reverencia y fidelidad, que por leyes y fueros de estos reinos, á Su Alteza como príncipe heredero de ellos le es debida, y por fin de Su Majestad, la obediencia y reverencia, sujeción, vasallaje y fidelidad, que como buenos súbditos y naturales vasallos le deben y son obligados á prestar como su rey y señor natural, y prometen que bien y verdaderamente tendrán y guardarán su servicio, y cumplirán lo que deben y son obligados á hacer, en cumplimiento de ello, y á mayor abundamiento y para mayor fuerza y seguridad de todo lo sobredicho, Vuestra Alteza la serenísima infanta Doña Ana, y vos los prelados, grandes, caballeros, por vosotros y los que después de vos fueren ó sucedieren, vos y los dichos procuradores de Cortes, en ánima de vuestros constituyentes y de los que después de ellos fueren, en virtud de los poderes que de ellos tenéis y por vos mismos, unánimes y conformes decís y juráis á Nuestro Señor. y á Santa María su Madre y á la señal de la cruz y á las palabras de los santos Evangelios que están escritas en este libro misal que ante vosotros tenéis abierto, la cual cruz y santos Evangelios corporalmente con vuestras manos derechas tocárais, ya por vosotros, ya en nombre de vuestros constituyentes y de los que después de vosotros y de ellos fueren, tendréis realmente y con efecto á todo vuestro leal poder, al dicho serenísimo y esclarecido príncipe Don Felipe, por príncipe heredero de estos reinos durante la vida de Su Majestad, y después de ella por vuestro rey y señor natural, y como á tal le prestáis la obediencia reverencia, sujeción y vasallaje que le debéis, y haréis y cumpliréis todo lo que de derecho debéis y sois obligados

de hacer y cumplir, y cada cosa y parte de ello, y que contra ello no iráis ni vendráis, ni pasaráis directa ni inderecta en tiempo alguno, ni por alguna manera causa ni razón que sea así. Dios ayude en este mundo á los cuerpos, y en el otro á las ánimas, donde más habéis de durar; y si lo contrario decís, que os lo demande mal y caramente como aquéllos que juran su santo nombre en vano, y demás y allende de esto, decís que queréis ser habidos por infames, perjuros y fementidos, y tenidos por hombres de menos valor, y que por ello caigáis é incurráis en caso de aleve y traición, y en las otras penas por leyes y fueros de estos reinos establecidas y determinadas; todo lo cual, Vuestra Alteza la serenísima infanta Doña Ana, y vos los dichos prelados, grandes y caballeros, por vosotros y por los que después de vos fueren y subcedieren, y vos los dichos procuradores de Cortes por vos y en nombre de vuestros constituyentes y de los que después dellos fueren, decís que así lo juráis; y á la confesión que se os hará del dicho juramento, respondéis todos clara y abiertamente, diciendo:—Así lo juramos y amén;—y otrosí vos los prelados, grandes y caballeros, por vosotros mismos y por los que después de vos fueren y os sucedieren, y vos los dichos procuradores de Cortes, por vos mismos y en nombre de vuestros constituyentes, y los que después dellos fueren, prometéis y hacéis pleito homenaje una, dos y tres veces; una, dos y tres veces; una, dos y tres veces, según fuero y costumbre de España, en manos de Don Juan de Zúñiga y Avellaneda, conde de Miranda, presidente de Castilla, del Consejo de Estado de Su Majestad, caballero, hombre fijodalgo que de vos y de cada uno de vos le toma y recibe, en nombre y en favor del dicho serenísimo y esclarecido príncipe Don Felipe nuestro señor, que tendréis y guardaréis todo lo que dicho es y cada cosa y parte dello, y que no iréis ni vendréis ni partiréis contra ello ni contra cosa ni parte dello, ahora ni en tiempo alguno por ningu-

na causa ni razón, so pena de caer é incurrir lo contrario haciendo en las penas sobredichas y en las otras que caen é incurren los que contravienen y quebrantan el pleito homenaje hecho y prestado á un príncipe durante la vida de su padre, y después della á su rey y señor natural, en señal de lo cual decís que de presente como á vuestro príncipe, y después de los largos y felicísimos días de Su Majestad, como á vuestro rey y señor natural, con el acatamiento y reverencia debida le besáis la mano.

Leída la escriptura del juramento, salieron de su puesto los mayordomos de Su Majestad, y llegaron donde estaba la señora infanta, la cual se levantó; y habiendo hecho primero reverencia al Santísimo Sacramento, á sus padres y hermano, llegó donde estaba el cardenal, habiéndole suplido el rey la edad para este efecto, y hizo, hincadas las rodillas, el juramento, y de allí llegó donde estaba el príncipe, el cual se levantó y la abrazó; y ella hincada una rodilla le besó la mano llorando, habiendo pasado con ella su aya graciosísimas cosas, para que lo viniese á hacer; y hecho esto, se volvió á su asiento, que era á los pies de su madre.

Tras esto, los prelados que estaban sentados, como está referido, se bajaron á otro asiento que tenían á lado de los embajadores, frontero de los grandes, los cuales y los señores de título, caballeros y procuradores de Cortes, se cubrieron y sentaron en dos hileras de bancos cubiertos de paños de verduras, que bajaban desde la primera grada del tablado hasta la valla, que distaba ocho pasos de la puerta de la iglesia, y en medio de las dos hileras, cuatro pasos de la valla; en un banco cubierto como los demás, se sentaron los dos procuradores de Toledo como estaban en el reino, habiendo almorzado dos veces por lo que les podía suceder con los de Burgos. Prosiguieron el juramento, tras la señora infanta, Don Juan Bautista de Acevedo, patriarca de las Indias, que por serlo

precedió á todos; Don Andrés Pacheco, obispo de Cuenca; el doctor Otadui, obispo de Avila; Don Pedro de Castro, obispo de Segovia; Fray Mateo de Burgos, obispo de Sigüenza; Don Gómez de Figueroa, obispo de Cádiz; Vegil de Quiñones, obispo de Valladolid; Fray Francisco de Sosa, general que fué de los franciscanos, obispo de Canarias; estuvieron sentados en esta forma por el antigüedad de su consagración; los cuales y todos los demás que juraron, hicieron pleito homenaje en manos del conde de Miranda, presidente de Castilla, que estaba inmediato al cardenal, entre él y Su Majestad, en pie y descubierto, que le costó una mala noche; después de los prelados, fueron los grandes, sin haber precedencia entre ellos, sino por el orden de su asiento; el duque del Infantado, condestable de Castilla, con capotillo de martas; duque de Lerma duque de Cea y almirante de Castilla, juntos para que le apadrinase y enseñase lo que había de hacer; aunque muchacho sabe tanto que no hubo menester esto; el de Alba, más galán que ella hermosa; falta me hizo aquí un poeta; el príncipe de Marruecos, de blanco, y negro de su cara y manos, á quien Su Majestad quitó la gorra cuando le hizo reverencia; conde de Lemos, muy lucido; el Adelantado en Castilla y no en galas; duque de Feria, que por sus bordados y gordura se pudo solemnizar y celebrar por *feria duplex;* el de Sessa, su cuñado, no estando muy en él, porque fué á besar la mano del rey sin haber tocado la del príncipe, que era lo primero que se hacía; conde de Alba de Liste, que por estar ya cercano á la noche de sus días no pudo hincarse de rodillas, y al bajar de la escalera fué menester que Bellizo, truhán ó frión del rey, que es lo más cierto, le acompañase llevándole del brazo; hanle hecho del Consejo de Estado sin poderse tener en el suyo, y por concluir, digo, que en oficios desta villa le han dado la Extramaunción de los grandes; el postrero el de Maqueda y primero en haberlo hecho bien, vestido de blanco á

la ligera; éstos fueron los grandes que hubo, y con los condes de Miranda y Oropesa, hicieron número de quince. Los títulos fueron casi tantos como los del derecho, pues llegaron á cuarenta y dos; juraron tras los grandes, siendo el primero el de Saldaña, en esto y en su gala, que fué de leonado y plata, y tras él Don Juan de Idiáquez, presidente de Ordenes, por comendador mayor de León, á lo del rey pasado; conde de Salinas, galanísimo; conde de Altamira, marqués del Valle; Don Fernando de Valdés, señor de Valdonquillo; Don Pedro de Leiva, por su casa; el primogénito del conde de Altamira, conde de Puñonrostro; el de Villalonso, el hijo mayor del conde de Casarrubios, Marqués de Ladrada, el de Tábara, conde de Coruña, bueno para ella, aunque galán y bordado; el de Villamor, con calzas azules, que pareció indio; Marqués de Fuentes; conde de la Puebla, Don Diego de Avila, señor de Navalmorcuende, marqués de Alcañices, el primogénito del conde de Silveira, marqués de la Bañeza, el de Almenara, el hijo mayor de Velada, el marqués de Este ó el otro, por Doña Luisa de Cárdenas su mujer, conde de Mayalde, príncipe de Esquilache, conde de Torrejón, Tello de Guzmán y no sé con qué título, conde de Paredes, el de Olivares todo bordado, marqués de Malpica, que es título que se le podía dar á un barbero que no sangrase ó á un mal jinete, el de Mirabel, que ya se usan marqueses de flores, porque faltan lugares de qué hacerlos; conde de Risco, que parece título de Amadís de Gaula en la Peña pobre, no sé si dice así la historia; conde de San Esteban, el de Chinchón, que llevaba un capotillo de raso negro forrado en armiños con mangas que salían del mismo y vestidas, de suerte, que quedó hecho un Nuño Rasuras, gentilhombre castellano; afirman algunos curiosos, á cuyo cargo están las nuevas de la corte, que dejaba el rey de comer de un capón de leche, que es su almuerzo ordinario, por mirarle, acompañándole su hijo, bajándole por las gradas de

la mano; llámanle en palacio el caballero falso, por haber sido así la plata y el oro que guarneció su vestido; marqués de Camarasa, capitán de la guarda; conde de Gelves, que tuvo el estoque, mientras descansaba el de Oropesa arrimado á una puertecilla que va á la sacristía, y habiendo jurado toda esa máquina y chusma de títulos y caballeros, el duque de Lerma y conde de Alba de Liste se levantaron de su banco, y Don Juan de Acuña, presidente de Hacienda, del lugar donde había estado, y bajaron á sentarse en el que tuvieron por procuradores de Cortes, y después de acomodados, bajó el conde de Galve, mayordomo de Sú Majestad, y por su mandado mandó al reino para que jurase, y subieron los procuradores de Burgos y Toledo, como lo hacen siempre que hay actos públicos por su antigua competencia, que ya tengo por algo helada y fría, y hechas sus reverencias, pretendió cada ciudad ser la primera, y habiéndolo entendido Sú Majestad, refiere el cronista que dijo:—Toledo hará lo que yo le mandare; jure Burgos,—y ambos lo pidieron por testimonio, y con tanto se volvieron á su banquillo los del Tajo, y juraron los de Burgos, que iban vestidos de negro y plata, muy bien guarnecidos, las gualdrapas de lo mismo, aunque la de ellas era falsa; parecieron bien, salvo que por ir de una manera creyeron eran de máscara; tras ellos León, que en materia de galas estuvo con su cuartana; Granada fué buena, aunque ella está más florida en su sitio; tuvo por más galanes á los de Sevilla, porque fueron los vestidos costosos, bien aderezados, pláticos y no conformes, que el serlo fué la falta que hallaron á los primeros; los de Córdoba buenos, y luego los de Murcia lucidos, aunque el cuello de uno era tan grande que se rindió, ayudándose de los hombros para poderse sustentar; los de Jaén, que es el último reino, el uno es vizco y así no le cuento entre los galanes, y el otro, que es mozo y rico, no sacó todo lo que pudiera, mas fué bonito; de Madrid, ya

está dicho en nombrando el duque; resta examinar la gala de Don Juan de Acuña, que fué una garnacha de terciopelo liso forrada en felpa, que para tan rico pudieran ser martas; sucedióle que habiendo hecho el juramento se volvía sin besar la mano; llegó un mayordomo y díjole lo que había de hacer: mirad cuál quedaría de la manera que fué la segunda ciudad á quien le cupo por suerte este lugar, porque por no tenelle cierto y señalado las echan las ciudades entre sí, con que en esto se echa de ver la poca de Valladolid, pues fué casi la postrera; ya he referido al conde de Alba de Liste, aunque no su gala, que fué calzas y cuera parda y un bohemio negro forrado en martas, y su compañero, que trae hábito largo, no lo anduvo en el gastar, porque se fué aquel día con manteo y sotana de capricho: la había traído y sin forro; los de Soria fueron buenos, cada uno en su hábito, que era el uno de letrado; los de Segovia fueron menos lucidos y la moneda de su ciudad, de que fué causa el no gastalla; los de Guadalajara razonables; los de Cuenca no malos; el de Avila, que fué solo por estar su compañero enfermo, de tela naranjada abrasado; los de Salamanca buenos, y el uno es oidor de Valladolid y el otro lo será donde Su Majestad quisiere; los de Valladolid muy buenos; los de Toro es el muy más lindo con tener cuernos, que ellos fueron tras el rey; no juró el marqués de Velada, digo que juró habiéndoselo dicho el rey, porque él se iba derecho á besar la mano al príncipe sin hacello, y de éste y del de Don Juan de Acuña se compuso un juramento entero con todos sus requisitos; luego el marqués de la Laguna, mayordomo mayor de la reina, el conde de Nieva, que tomó el título de algún invierno recio, el marqués de las Navas, conde de Barajas, á quien cuestan muchos ducados las de naipes, conde de Galve, conde de Casarrubios, conde de Arcos, conde de Pliego, que según se dan prisa á hacer títulos, ha de venir tiempo en que los haya de cuar-

tilla, D. Bernardino de Velasco que de la noche á la mañana fué conde de Salazar; y luego los de Toledo, vestidos de blanco, se levantaron de su banquillo y subieron al tablado, adonde comenzando de nuevo á hacer reverencias, porque las hechas no se las quisieron pasar en cuenta, juraron como los demás, y lo mismo el conde de Oropesa, dejando el estoque al de Gelves, como lo hacía cuando se cansaba, y tras él fué el conde de Miranda, que hizo pleito homenaje en manos del conde Oropesa, y habiendo todos acabado se levantó el cardenal de Toledo y se quitó la mitra y capa, y con su ordinario vestido se sentó en su lugar el patriarca de las Indias, inquisidor general, y recibió el juramento del cardenal, como los demás lo habían hecho, é hizo el pleito homenaje en manos del conde de Miranda y besó al príncipe la mano; cuando lo fué á hacer se levantaron los reyes y se descubrió Su Majestad; acabado lo susodicho, el secretario Juan de Amezqueta dijo en alta voz:—Vuestra Majestad, en nombre del serenísimo príncipe, pide al secretrario y escribanos de Cortes así lo den por testimonio, y manda que á los prelados, grandes y caballeros que están ausentes y acostumbran jurar, se les vaya á tomar el mismo juramento pleito homenaje;—á lo que el rey respondió:—Así lo acepto, pido y mando;—y con esto quedó acabado este acto y solemnidad, y levantándose de su asiento los reyes entraron á comer por la puerta que va á la sacristía, que estaba pegada al dosel, y esto sería las cuatro de la tarde; y á las seis, habiendo el duque de Lerma prevenido á los procuradores de Cortes para acompañar á Sus Majestades, salió de San Jerónimo toda la caballería de grandes, títulos, procuradores de Cortes, y tras ellos la reina, y la infanta en un coche y el rey á caballo al estribo derecho, y á distancia de seis pasos el duque de Lerma, como caballerizo mayor; seguía al coche de la reina la litera en que iba el príncipe y su aya, y los coches de damas en la forma dicha; fué infinita

la gente que hubo en las calles, donde se pusieron luminarias hasta llegar á palacio, y allí se apearon á la luz de gran número de hachas que rodeaban los coches. Comenzóse el sarao á las ocho de la noche; duró dos horas y media; los reyes estuvieron debajo del dosel, como suelen, teniendo á sus mayordomos mayores á los lados, en pie y descubiertos; asistieron hasta quince damas; con cada una dos caballeros, hincada una rodilla, y los grandes asentados en almohadas, y es costumbre de palacio; halláronse en él el de Lerma y el de Cea, el de Alba y Sessa, el conde de Lemos, adelantado de Castilla, y el almirante, y dió principio el sarao con una hermana de la condesa de Barajas, danzando una *baja y alta* que es la mudanza más propia de esta vida; tras ellos el adelantado y Doña Juana de Cardona, hija de la condesa de Prada; danzaron lo mismo, el duque de Cea con Doña María de Guzmán, menina, y los reyes una *pavana*, estando todos, mientras danzaron, en pie y descubiertos; después de Sus Majestades danzaron el de Cea y conde de Gelves, don Juan de Heredia, el marqués de Alcañices, el conde de Saldaña; Sus Majestades tornaron á danzar un *turdión* con grandísimo donaire, casi semejante á la *gallarda*, la cual volvieron á danzar Don Juan de Heredia y Doña Catalina de la Cerda, que faltó á la mañana, y Doña María de Guzmán con el conde de Gelves, y con el de Alcañices, Doña Juana de Cardona; y finalmente, Sus Majestades danzaron una danza y el *pie de jibao*, levantándose diez damas y diez caballeros, el cual guiaron con grande admiración y gusto de todos, con que se acabó el sarao, estando á la puerta del oratorio el nuncio y el embajador de Venecia cubiertos. Halláronse este día en la capilla mayor de San Hierónimo en las tribunas dellas, la condesa de Miranda, la duquesa del Infantado y su hija la condesa de Saldaña, duquesa de Cea, condesas de Lemos y de Niebla, duquesa de Medina y Terranova; en una capilla de la iglesia, las mujeres de

los procuradores de Cortes, que es lo más acertado el no tenellas.

El marqués de Valcarrota y el conde de Niebla, dejaron de hallarse al juramento porque no les dieron lugar de grandes.

XXVII

CARTA

DE DOÑA MARÍA ESPINEL Á UN PRELADO DE SU ORDEN, EN LA QUE REFIERE ALGUNOS HECHOS DE SANTA TERESA DE JESÚS.

(Año 1610.)

Pax Christi.—Por el buen deseo que Vuestra Paternidad significa tener, y por el término con que procede, quisiera tener noticia de muchas cosas para satisfacer respondiendo á propósito de lo que pregunta; mas yo entiendo que han andado tan diligentes los que han escrito, que, ó inquiriendo de las personas que pueden tener noticia, ó coligiendo de lo que nuestra santa Madre escribió, no hayan escrito todas las cosas notables que podemos alcanzar, porque de las interiores y que sólo el Señor que las obró las sabe, no hablamos, que allí bien hubiera que decir si Su Majestad lo revelara.

Digo, pues, que la vida que la santa Madre hizo en este convento veintisiete años que fué religiosa en él, fué como ella de sí la escribe, que cuando su testimonio no fuera tan suficiente como es, las religiosas de aquel tiempo lo certifican ansí, y entre ellas es la señora Doña Inés de Quesada, que era ya monja de velo cuando la santa

Madre vino á tomar el hábito, y aun cuenta esta sierva de Nuestro Señor una cosa, que aunque es menudencia, me causa devoción, que dice:—Yo me acuerdo cuando la santa Madre venía seglar algunas veces á este convento, y doy por señas que traía una saya naranjada, con unos ribetes de terciopelo negro: hoy vive esta religiosa y tiene más edad que tuviera la santa Madre si fuera viva.

Doña María de Cepeda, parienta suya, dice, que viniendo una noche de maitines con la santa Madre, dijo:—*¡Oh hermana! Si ella supiese el escudero que llevamos, cómo se holgaría;*—y preguntándola Doña María que quién era, respondió que Cristo con la cruz á cuestas; la noche que en su oratorio hacía desamen y no hallaba haber hecho ninguna obra de caridad, se iba al coro, y todas las capas que hallaba en las antiformas descosidas las cosía, que serían hartas, pues había al pie de doscientas religiosas; otras veces se iba con una linternica á las escaleras, para que no cayesen las que iban sin luz y para darla á las que la buscasen. La vida y modo de proceder que tuvo cuando fué priora, fué tal cual se puede entender de una alma tan llena de Dios, y de los efetos que hizo en el alma de las religiosas, pues haciendo la santa Madre todo lo que quiso en el gobierno del convento, dentro de muy pocos días con su prudencia redujo á su amistad y muy grande afición á algunas que en el principio habían hecho contradicción, y el haberse desenconado tan presto, argumento es de que no era mortal el odio que la tenían y que entre ellas había mucha cristiandad y religión, pues tan presto mudaron opinión para seguir la mejor parte; éstas y otras razones pudieran haber considerado los autores que han escrito haciendo tanta ponderación y espanto de las contradicciones y alborotos deste convento, y si cada uno metiese la mano en su pecho y considerase lo que haría si en su casa le quisiesen meter inopinadamente quien le mandase y gobernase, no se espantaría de lo que en aquel caso

sucedió, pues no há tres años que una comunidad muy religiosa y reformada hubo hartas inquietudes y pesadumbres sobre admitir un capellán de muy conocida virtud, porque tenían puestos los ojos en otro, siendo tan diferente un capellán que las diga misa, de una priora que las gobierne, y si le pareciere alguno que por ser la virtud y santidad de la Madre tan conocida fué muy culpable la contradicción que se hizo, á eso se puede responder que, después que la ispiriencia hizo segura y libre de sospechas la santidad de la Madre, fué y es tan estimada y venerada en esta casa y religiosas, como en las que fundó, y ansí se puede decir más, porque los que fueron fundados de la Madre gozaron sólo el tiempo de la seguridad, y este convento y religión gozó también del tiempo de principios, y como en ellos, todas las cosas por buenas que sean, están sujetas á engaño, especialmente las que traen novedad, y desto habido tantas experiencias, no es maravilla hubiese contradicciones de sus mismos hermanos con santo celo, pues la misma santa Madre, como ella confiesa y repite muchas veces, con ser las cosas que deseaba tan buenas y con hablarla Nuestro Señor y asegurarla, aún no se determinaba de una y muchas veces: ¿qué mucho es que los que no tenían tan claras revelaciones dudasen y contradijesen? Y si no, mire Vuestra Paternidad si agora en su familia quisiese alguno introducir alguna cosa nueva, aunque fuese de mayor perfección, tendría contradicciones; bien veo que lo que la santa Madre introdujo no fué novedad ni cosa extraña, comparado con el modo de vivir de nuestros antiguos padres, sino lo mismo; mas fué cosa nueva comparado con la observancia de la Regla mitigada que en aquel tiempo se guardaba; no quiero cansar más á Vuestra Paternidad con estas cosas, que mejor, sin comparación ninguna, las sabrá disponer que yo decir; olvidábaseme de decir que, en el tiempo que la Madre fué priora, estuvo á la muerte de algunas religio-

sas, y dió alegrísimas nuevas de su salvación, diciendo que se iban dende las camas al cielo; y diciéndola una señora antigua que había algunas imperfecciones en las cerimonias de la Orden, la santa Madre la respondió:— *No se aflija, hermana, que yo la digo que hay más de catorce justas por quien Dios hace mercedes á esta casa*; y si Su Majestad se contentaba con siete para no anegar á un mundo, de creer es que le agradaría mucho este convento.

De lo que toca al santo Fray Juan de la Cruz, digo á Vuestra Paternidad que le prendieron estando en esta casa de la Encarnación y le llevaron á Toledo; y de su prisión y persecuciones digo lo mismo que de las de la santa Madre; el Padre Fray Juan de Santa María, en Toledo le tuvo á su cargo; dice que siempre vido en el siervo de Dios una grandísima paciencia en sus trabajos, de que le está muy edificado, y que una cruz que le dió el santo en agradecimiento de algún regalo que le deseó hacer, la estima en tanto, que no la dará por ninguna cosa; no dice más desto; las señoras antiguas que le conocieron dicen mucho de su santidad, y que cuando salió de las cárceles de Toledo vino á esta ciudad y convento, y estando con algunas, les dijo:—¡Oh monjas de la Encarnación, qué de ello me costáis y qué de ello me debéis!

En lo que toca á la profecía ó dicho de que había de salir de esta casa una Teresa santa, no hay quien sepa con claridad el principio que tuvo, más de que en aquel tiempo se decía, y la santa Madre solía decir á otra gran religiosa, que se llamaba Doña Teresa de Quesada y era hermana de la Doña Inés de Quesada que dije arriba, que después fué priora en Medina del Campo y se llamaba Teresa de la Coluna; digo que le solía decir:—Mire, hermana, que dicen que ha de salir desta casa una Teresa santa; plega á Dios que sea una de las dos y que sea yo;—y la otra señora respondía:—Plega á Dios que yo.—Yo entiendo que ambas cumplieron su deseo; lo que yo entiendo del principio,

esto es, que será lo que el Padre Ribera dice del zahorí, y lo que Vuestra Paternidad dice de Juan de Dios, desta manera; que Juan de Dios diría eso, y como no todas conociesen quién era, como algunas le nombrarían santo y le tendrían por tal, otras le llamarían zahorí, que muchas veces suceden semejantes cosas.

Lo que le sé decir á Vuestra Paternidad de lo que siento, es, que Nuestro Señor quiere muy bien á esta santa casa y que ha tenido y tiene en ella muchas almas que le desean agradar; que las haya tenido, la santa Madre lo afirma en algunas partes, en aquellos capítulos diez y siete y diez y ocho de su vida, y no habla de cumplimiento, sino verdades, y que lo sean, testigos son las obras de haber sacado de la cantera deste convento veinte ó más piedras fundamentales de ese gran edificio que con el favor de Dios fundó; y bien creo no hay convento que pueda tener el blasón que éste tiene, de haber tenido tanto que dar quedándose con tanto bueno como tiene, pues para gloria del Señor que lo hace lo digo, que hay muchas almas en este santo convento que no sólo sacan el agua que la santa Madre dice en su vida, á brazos y con la noria, y algunas á quien el Señor llueve por su bondad la cuarta agua en grande abundancia, que así me lo ha certificado quien tiene alguna noticia de lo que pasa en las almas; y por el consuelo de Vuestra Paternidad y mío, le quiero contar una cosa que sucedió en este convento pocos días há, para que de ahí infiera que la santa Madre tiene amor á esta casa, y desto son testigos los Padres confesores que hay en ella, que pasó por sus manos y trataron mucho á la señora Doña Quiteria de Avila, religiosa que fué priora en este convento cinco veces y que anduvo con la santa Madre en algunas fundaciones creo por espacio de dos años, porque eran muy amigas, y á esta causa la santa Madre la pedía algunas veces tomase el hábito de descalza y no lo pudo acabar, porque esta señora decía que no se inclinaba sino

á seguir su primera vocación, en la cual murió guardando perfectísimamente su regla; cuenta, pues, uno de los Padres confesores deste convento el caso que digo, desta manera: tenía yo por particular consuelo y recreación hablar con la señora Doña Quiteria de Avila en cosas de la santa Madre, como testigo de vista y compañera que había sido suya, y entre otras cosas que me contó, me dijo algunas veces:—Padre, gran consuelo tengo y confianza en una palabra que me dió la santa Madre Teresa de Jesús, de que me había de ayudar en la hora de mi muerte, y fué que despidiéndome de ella para volverme á este convento de la Encarnación, le dije:—Mire, Madre, que no se olvide Vuestra Reverencia de encomendarme á Nuestro Señor;— y me respondió:—Vaya, hija, enhorabuena y sirva á Nuestro Señor y sea buena religiosa, que cuando se muera ó cuando se haya de morir, echará de ver lo que me debe y la quiero y cómo la encomiendo á Dios;—después de haberme contado esto, algunas veces que he dicho, sucedió que estando esta señora religiosa en su celda, á los últimos de Agosto del año de mil y seiscientos y seis, un día, después de mediodía, quiriendo reposar un poco sobre un estradillo donde estaba sentada reclinó la cabeza, y antes que se durmiese vido entrar por la puerta de la celda que estaba enfrente de su rostro, una religiosa venerable con un paso grave; y aunque la vido muy bien, no tanto que apercibiese las señas del rostro para conocer quién era, y llegando esta religiosa que entró hasta la mitad de la celda sin hablar palabra, volvió las espaldas, dando muestras de que se quería volver á salir por la puerta; y pareciéndole á la señora Doña Quiteria que aquella religiosa se volvía, pensando que dormía, por no despertarla, la comenzó á decir: —No se vaya, señora, que no duermo;—y no se fué derecha á la puerta de la celda, sino á la cama de aquella señora religiosa que estaba al otro lado en par de la puerta, y en llegando á la cama se desapareció, quedando desto la

señora Doña Quiteria algo turbada, aunque como era mujer de valor y ánimo, luego volvió en sí; luego, la noche siguiente, acostándose esta religiosa en su cama, antes de dormirse, oyó en su interior unas palabras claras y distintas que le dijeron:—*De aquí á siete meses morirás;*—algo de esto debía de contar esta señora, de manera que yo lo vine á oir de algunas religiosas, aunque no tan por extenso, y no le dí crédito hasta que de allí á cuatro ó seis días vino á mi confesonario la señora Doña Quiteria y me contó todo el suceso de la manera que yo le he referido, certificándome que en ninguna destas ocasiones estaba dormida; yo la creí porque conocía su mucho valor y verdad; preguntóme qué me parecía de aquello y qué sería bien hacer; yo dije:—Si esa es merced y aviso de Nuestro Señor, es gran regalo; y si acaso fuere ilusión, tomemos lo que no nos puede hacer daño, que es el apercibimiento;—parecióle bien y pusimos silencio, haciendo la religiosa de allí adelante una vida ejemplarísima, aunque toda la que ella tuvo, que serían más de ochenta años, lo había sido; sucedió, pues, que el día de la Encarnación del año de mil y seiscientos y siete, que es á los últimos de Marzo, bajó esta señora á confesarse, y acabando de recibir el Santísimo Sacramento de mi mano, por la ventanita donde Nuestro Señor hizo tantas mercedes á nuestra señora Madre, le dió un frío de calentura muy grande, y luego dijo:—Esto es morir, que ahora se cumplen los siete meses;—lleváronla á la celda, y al cabo de cinco días se la llevó Nuestro Señor con una muerte sosegada y pacífica, y el tiempo que le duró la habla, que fué hasta muy poquito antes de expirar, decía: —Gran consuelo tengo y gran confianza que antes que parta desta vida, tengo de ver á la santa Madre y á nuestro Padre Elías de quien era muy devota;—juntando agora la promesa de la santa Madre con la visión y el aviso y el cumplimiento de las palabras que la dijeron, tengo por cierto que fué la santa Madre la monja que se le apareció

y la avisó. Creo que con mi largueza habré cansado á Vuestra Paternidad: suplícole me perdone, que porque entiendo que le causara devoción lo he contado á Vuestra Paternidad; le suplico me tenga por muy sierva suya, que me tengo por muy favorecida en que se sirva de mandar en cosas de su gusto y más las que yo tan en el alma tengo, que si está más adonde ama que adonde anima, sin duda me la tiene usurpada la santa Madre, y por el consiguiente buenas mercedes; mas llegando á este punto, será cordura el callar aunque sea con lágrimas en los ojos. A Vuestra Paternidad suplico me encomiende á Dios en sus oraciones y me mande. De Avila y Septiembre 12 de 1610.—*Doña María Espinel.*

XXVIII

RELACIÓN

DE CÓMO UNA MONJA DE ÚBEDA SE TORNÓ HOMBRE.

(Año 1617.)

Sabrá vuestra merced, que en el convento de la Coronada desta ciudad de Úbeda habrá doce años que recebieron una monja, natural de Sabiote, llamada Doña Magdalena Muñoz, y por ser mujer varonil y porque echaba mano á una espada y disparaba un arcabuz, y otras cosas que hacía de hombre, vinieron unos hombres de su lugar siendo novicia y dijeron á las monjas que cómo habían recebido un hombre en su convento (no porque lo fuese), sino por las condiciones dichas; con esto las monjas, como han menester poco, como mujeres, para inquietarse, se alborotaron de manera que la priora quiso examinar el dicho de los hombres y ver si era hombre ó mujer, y halló ser mujer. Profesó más adelante, y por el discurso de doce años, en muchas ocasiones vieron las monjas no ser hombre, porque unas veces cogiéndola dormida, otras por vía de trisca, la descubrían para satisfacerse, porque sus fuerzas y ánimo y las propiedades y condiciones eran de varón. Agora, víspera de San Francisco deste año de 1617, la dicha monja me escribió un billete pidiéndome le oye-

se de palabra, que le importaba su salvación. Fuí al convento, y estando solos en un locutorio, me dijo cómo era hombre y me contó lo siguiente: que ocho ó nueve días antes habían traído al convento una partida de cien fanegas de trigo, y ella, por tener oficio de granera, que es depositaria de trigo, lo había medido y traspalado todo en una tarde, del cual ejercicio sintió un gran dolor entre las dos ingles, y que se le había hinchado, y entendiendo se había quebrado con la fuerza, se afligió mucho y no se atrevió á decirlo, lo uno, porque no la viese médico, lo otro, porque no la tuviesen por quebrada, y que al cabo de tres días se había resuelto la hinchazón y le había salido naturaleza de hombre, y entonces le obligó á que me certificase de la verdad, y descubriéndose ví ser tan hombre como el que más, y por no alborotar el convento instruíla en que dijese que había profesado forzada y amenazada de su padre, y que había enviado á Roma por un buleto para ser oída en orden de que no era monja. Con esto llamé á la priora y le hice que la encerrase en una celda, y que para darle de comer entrasen seis monjas juntas, las más ancianas y religiosas, porque aquesta monja quería poner pleito de su profesión y no quería que comunicase con nadie hasta dar aviso al Padre provincial. Ella fingió muy bien el caso, y yo luego envié á llamar al Padre prior de Baeza para que juntos lo examinásemos, y día de San Francisco entramos en el convento de las monjas los dos, y en achaque de tomarle su dicho á solas en la celda donde estaba encerrada, lo vimos con los ojos y palpamos con las manos, y hallamos ser hombre perfecto en la naturaleza de hombre, y no tenía de mujer sino un agujerillo como un piñón, más arriba del lugar donde dicen que las mujeres tienen su sexo, al pie del que le había salido el de hombre. Díjonos, cómo por ser mujer cerrada y que no tenía más de aquel pequeño agujero se había metido monja, y no tenía su padre otro hijo ni

hija, de donde colegimos que aquel agujero era la raíz de la misma vía de hombre por naturaleza, para despedir la orina, á falta del miembro principal que se le quedó por falta de virtud expulsiva, en lo interior. Confesó que jamás le había venido su mes, y porque las monjas no le llamasen marimacho, que cuando se disciplinaba hacía ostentación de la sangre en las camisas, diciendo estaba con su regla. Mirámosle los pechos, y con ser de treinta y cuatro años, no los tenía, más que una tabla. En seis ó siete días que le había salido el sexo de hombre le comenzaba á negrear el bozo y se le mudó la voz muy gruesa. Visto esto, yo luego envié á llamar á su padre, el cual vino luego por estar Sabiote una legua desta ciudad; contéle el caso y pensó morirse de espanto; al fin, aquella noche, una hora después de la oración fuí al convento con su padre y le pusimos una saya de color y un manto y se la entregué, y salida del convento declaré el caso á las monjas. El padre está muy contento, porque es hombre rico y no tenía heredero y ahora se halla con un hijo muy hombre y que se puede casar; ella también muy contenta, porque después de doce años de cárcel sabe muy bien la libertad, y se halla de mujer varón, que en las cosas y bienes temporales, ninguna merced mayor le pudo hacer naturaleza. El caso es extraño y que se puede escribir al mismo rey, como entiendo se le han escrito. De Octubre 1617 años.—*Fray Agustín de Torres.*

XXIX

RELACIÓN

DE LA ENFERMEDAD DEL PRÍNCIPE NUESTRO SEÑOR, ESCRITA POR EL PADRE FRAY JUAN MARTÍNEZ, CONFESOR DE SU MAJESTAD, PARA EL DOCTOR ANDRÉS.

(Año 1656.)

Un día ó dos antes del día de San Francisco se había sentido Su Alteza (1) con alguna lasitud y quebrantamiento de cuerpo; pero no cosa de que se hiciese reparo, ni aun lo dijo Su Alteza. El jueves, día de San Francisco, confesó y recibió el Santísimo Sacramento, con el rey nuestro señor, como lo hacía siempre, aunque aquel día notaron sus criados que había empleado mucho más tiempo en la confesión que otras veces, y así estuvo aguardando Su Majestad gran rato á que subiese el Padre confesor, y fué la causa la que se dirá después. El día de San Francisco fueron Su Majestad y Su Alteza á ganar el Jubileo á San Francisco, y Su Alteza se llevó mil bendiciones del gran concurso que había de gente, aclamando todos las excelentes prendas de su real persona, en hermosura, brío y disposición, y fué el aplauso como si fuera su primera vista en esta ciudad, volviendo todos á sus casas con ad-

(1) El príncipe Don Baltasar, hijo de Felipe IV.

miración de esta vista, que tenía Dios dispuesto fuese la postrera de esta vida. El día siguiente, viernes, después de las cinco de la tarde, se sintió con algunos escalofríos; después se encendió en calentura; los médicos ordenaron que no cenase, habiéndose acostado Su Alteza á las diez. A las tres de la mañana despertó con un dolor vehemente en la región de los riñones, el cual se extendía por la parte de arriba hasta las espaldas y pecho, y por bajo hasta los muslos, con que creció mucho más la calentura, y á la tarde, sábado, se mitigó algo el dolor, aunque siempre se quejó algo de las caderas, y después de haber cenado durmió aquella noche siete horas y media con mucha quietud. Despertó á las cinco sin dolor y con su calentura; á las ocho de la mañana creció más y se le turbó la cabeza, y esto perseveró todo el día con grandes inquietudes, sueño y delirio; las urinas encendidas, perturbadas y con espuma, augmentando este sentimiento y dolor ver al rey nuestro señor asistiéndole con grandes ansias de que se pudiese confesar; pero el delirio se continuó y fué creciendo casi desde las veinticuatro horas que cayó en la cama, de modo que no daba lugar para poderse hacer. Lunes, mandó Su Majestad que se preguntase á los médicos si había alguna probabilidad ó esperanza de que el accidente de la cabeza se templaría aquella noche ó á la mañana, para que Su Alteza recibiese los Santos Sacramentos; respondieron que sí, y que de media noche abajo era muy probable ó lo más cierto que, si Su Alteza sudaba y las viruelas se hinchaban, podría Su Alteza quedar libre de la enfermedad; con el deseo de este sudor se aplicaron algunos remedios y se tuvo gran cuidado de que no se moviese la ropa ni se descubriese con las grandes congojas que padecía, y así se pasó toda la noche, asistiéndole de rodillas, pegados á la cama, el marqués de Orani, el marqués de Flores de Avila y el conde de Alba de Liste y el Padre confesor. Esta noche

fué de grandísimo quebranto para Su Alteza, porque aunque se le hicieron remedios para que durmiese, ninguno aprovechó, pasándola toda con terrible inquietud y desasosiego sin un instante de reposo ni de sueño, siempre con grandes congojas y delirio. Su Majestad se retiró á las once, y desde aquella hora envió cuatro ó cinco recados á saber si se había confesado su hijo, como padre tan católico y pío.

Entre muchas cosas que decía Su Alteza con el frenesí, fué una que asombró á cuantos allí asistían; dijo que le abriesen el ataúd de su madre la reina nuestra señora, que la quería ver, y sobre que le abriesen el ataúd hizo tan grandes instancias, que fué menester decir que ya habían ido por las llaves y que no parecía la persona que las tenía, y duró esta porfía gran rato. Al amanecer le vino un sudor que pudo dar grandes esperanzas; continuóse bien al principio, y abriendo las ventanas, con la luz de las vidrieras y el día y el efecto del sudor, hallaron á Su Alteza toda la cara muy llena de viruelas, coloradas, espesas y pequeñas, sin hincharse, y todo el cuerpo, hasta los dedos de las manos, se había cubierto de viruelas, que el desasosiego de la noche había sido la batalla para expeler el sudor y el humor. Al punto se sosegó Su Alteza y dijo que se quería confesar; despejaron la cámara, y no habiéndole podido tener en toda la noche los cuatro que se ha dicho, para que no se descubriese, ya de ninguna manera se movía más que cuando sano, y la cabeza totalmente compuesta. Dijo que se quería confesar despacio, que no sabía si lo podría hacer otra vez. Díjole su confesor:—Señor, ¿cómo nos habla Vuestra Alteza de este modo, pues há dos días que padece mucho mal en la cabeza?—y encogiendo un poco los hombros y bajando la cabeza como estaba sobre las almohadas, dijo:—Ahí veréis lo que debo á Dios, que me da este breve rato para poderme confesar.—Fué disposición del cielo, y parece manifiesto efecto de

su predestinación todo lo que en esto sucedió; y aunque á todos los que lo oyeren será admiración, mucho mayor la causó á los mismos que se hallaron presentes. Había dispuesto Su Alteza confesarse generalmente con el motivo de que, hallándose ya inmediato á casarse, quería con mucho tiempo antes de los embarazos de las bodas, confesarse desde que había tenido uso de razón y decía que pasando ya á estado de hombre casado, era bien concluir con el estado de mozo y las ignorancias de niños. Esta obra, gobernada de Dios á otro fin, se había comenzado día de San Francisco, cuando le notaron sus criados que se había detenido mucho en confesarse, y estaba dispuesto que se había de ir continuando de modo que se acabase para el día de sus años, que era la víspera de San Lucas, y que si la jornada se hiciese antes, que se acabaría en llegando á Madrid. Con esta resolución que tenía tomada Su Alteza, y comenzada á ejecutar cuando en la enfermedad, le decían aquellos caballeros:—Señor, aquí está el confesor de Vuestra Alteza si se quiere confesar;—aunque estaba con frenesí, decía al confesor con mucha viveza:—Fray Juan Martínez, allá, en Madrid; ya me entendéis;—y sus criados le decían:—No, señor; mejor es que se confiese luego Vuestra Alteza,—porque no entendían qué era lo que decía de Madrid, hasta que el confesor se lo explicó, y entonces conocieron la causa de haberse detenido tanto en la confesión el día de San Francisco y lo que significaba lo de Madrid. Despejóse la pieza y preguntó Su Alteza si la enfermedad era de peligro y el confesor le respondió que era de suyo mortal, aunque si continuara el sudor y el descubrirse las viruelas como se había comenzado, se esperaba de la misericordia de Dios la usaría con estos reinos, dejándole acá para consuelo y bien de todos. Díjole el confesor que había de recibir el Santísimo Sacramento, y dijo Su Alteza:—¿Cómo?—afirmando y preguntando por Viático; respondióle que

por Viático; con esto se comenzó la confesión para morir, y se acabó la confesión general que se había comenzado para mudar de estado y desposorios de la tierra, y la encaminaba á Dios para los desposorios del cielo y estado de la gloria. Yéndose confesando, le congojaba algo el sudor de la garganta y dijo á su confesor:—Limpiadme, Padre, que quiero confesarme despacio por si fuere la postrera;—dos veces mandó limpiarse, diciendo:—Así podremos ir más despacio;—y así fué, porque se confesó con mucho tiempo, y cuando acabó, salió el confesor asombrado de ver las maravillas de Dios, y dijo en el antecámara que entrasen todos á ver á Su Alteza y verían un prodigioso milagro. Entraron los caballeros, gentileshombres, y preguntándole cómo se hallaba, respondió:—Muy bueno para morirme, porque me he confesado muy á mi gusto.—El Padre confesor subió á la cámara de Su Majestad, que aunque muy de mañana se acababa ya de vestir, y dijo que Dios había oído sus oraciones y cumplido sus deseos, porque Su Alteza se había confesado como se ha dicho. Tratóse de que recibiese á Nuestro Señor, y avisóse al señor arzobispo de la ciudad, que le había de administrar desde la iglesia mayor de la Seo. Entre tanto se fué disponiendo Su Alteza para recibir á la Divina Majestad; reconcilióse dos veces, y su confesor le fué leyendo en las Horas de Su Alteza unas oraciones que rezaba siempre antes de comulgar. Estaban alrededor de la cama los señores que se ha dicho y otros, todos de rodillas, cubiertos de lágrimas, y cuando éstas impedían el pasar adelante con la lición, Su Alteza, que sabía estas oraciones de memoria, pasaba adelante, prosiguiéndolas hasta acabarlas. Dijo después el himno del Santísimo Sacramento en latín, diciéndole á versos con el confesor, y con estos actos de reverencia y amor recibió el príncipe de la tierra al Supremo Rey y Señor del cielo y tierra; y diciendo el arzobispo que nuestra Santa Madre Iglesia tenía para los

últimos trances de la vida el Santísimo Sacramento de la Extremaunción, dijo Su Alteza:—Desde luego le pido y gustaré de recibirle cuando esté con todos mis sentidos,—palabras que traspasaron el corazón de todos cuantos las oyeron, asistiendo á este acto, demás de los caballeros de su cámara, Don Fernando de Borja, sumiller de Corps, el patriarca y el confesor, los obispos de Málaga, Sigüenza, arzobispo de Tarragona y muchos canónigos de los que venían acompañando el Santísimo Sacramento. Quedó Su Alteza con notable aliento y singular alegría, de modo que decía á los caballeros que asistían:—Ahora haga Nuestro Señor su santa voluntad, que ya gracias á Dios me he confesado y le he recibido.—Luego dijo que le llamasen al obispo de Sigüenza, que le quería preguntar un poco; retiráronse todos, y llegando el obispo, le dijo Su Alteza:—¿Qué os parece cómo va?—respondióle el obispo: —Señor, mejor;—y con gran presteza y alegría dijo Su Alteza:—Mejor para morir, que me he confesado muy despacio y he recibido á Nuestro Señor,—hablándole el confesor en actos de fe, esperanza y caridad. En las cosas de nuestra santa fe, dijo de modo que lo oyó el rey nuestro señor y cuantos estaban en la cama:—Mil vidas que tuviera perdiera con mucho gusto en defensa de nuestra santa fe;—y añadió estas formales palabras:—Y quisiera que me fueran haciendo pedacitos para merecer más.—Algunos notaron que aunque siempre Su Alteza hablaba á su confesor con gusto y afabilidad, en esta ocasión aún le hacía más caricia, y en llegando á la cama le daba Su Alteza la mano. Después de haberse confesado, llamó á Don Fernando de Borja, su sumiller de Corps, y le dijo: —Don Fernando, muy bien me acuerdo de todo lo que me dijísteis en una alcoba de palacio cuando acabó de morir mi madre, y ahora que lo veo os lo agradezco más. —Habiendo pasado como dos horas se le comenzó á serenar el rostro, que había tenido muy encendido y lleno

de viruelas coloradas y espesas mientras tuvo la cabeza libre, y volviéndose á entrar las viruelas y poner el rostro más blanco, se le fué deteniendo el sudor y volvió la cabeza á turbarse; y como se había quedado con los deseos de la Extremauncion, la pedía muchas veces y preguntaba si le habían de ungir en las espaldas, y diciéndole que no era tiempo, volvía á repetir que se la diesen antes que perdiese los sentidos. Con esta retirada que hizo el humor adentro se agravaron más todos los accidentes y se enfriaron las extremidades, y postradas todas las facultades naturales se llegó la hora de la Unción, que administró el señor patriarca con muchas lágrimas. El rey nuestro señor se había retirado á su cámara, y el señor Don Luis de Haro, con el dolor que se deja entender, subió á pedir á Su Majestad la llave de un escritorio donde siempre trae consigo la imagen de Cristo crucificado con que murió el señor emperador Carlos V y los señores reyes Felipe II y III. Bajóse á la cámara de Su Alteza, y tomando la santa imagen el Padre confesor llegó á la cabecera de Su Alteza, y para saber si percebía lo que se le decía, preguntaron aquellos caballeros á Su Alteza quién era el que le hablaba, y respondió que Fray Juan Martínez. Con esto comenzó á ayudarle en aquel último trance, y no pudiendo pasar nadie adelante, llegó el obispo de Sigüenza y prosiguió un muy breve rato que duró, dando su alma á Dios, volviéndose aquel ángel al cielo para comenzar á reinar eternidades. Fué á 9 de Octubre, martes, para que llegue al último punto de las desdichas de este día, á las ocho y tres cuartos de la noche, en diez y siete años menos ocho días de la más florida edad que vió la monarquía, pérdida para quien siempre al dolor faltarán lágrimas y tiempo. Desde el principio se conoció que era esta enfermedad viruelas, y la gravedad y malicia y presteza suya, y así se acudió con ella á los remedios grandes, sangrándole tres veces con toda presteza, pues las dos se le hicieron en

un día, y por la pertinacia del frenesí lo sangraron de la frente; acudiéronle con los demás remedios para llamar las viruelas, con fricciones, ventosas secas y sajadas, dándole también cosas cordiales y otras apropiadas para expeler las viruelas.

Su Majestad escribió la siguiente carta al marqués de los Vélez:

«Marqués: todos debemos conformarnos con la voluntad de Dios, y yo más que todos; fué servido de llevarse á mi hijo, debe de hacer una hora; yo quedo con el sentimiento que podéis juzgar de tal pérdida, pero con toda resignación en las manos de Dios y con alientos y ánimo para tratar en la defensa de mis reinos, que también ellos son hijos míos; y si hemos perdido uno, es menester cobrar los demás, y así os encargo que no aflojéis en las operaciones desta campaña hasta conseguir el socorro de Lérida, como lo espero en Nuestro Señor, que de aquí se os procurará acudir con lo necesario.—De Zaragoza á 9 de Octubre de 1646.»

A 16 de Octubre de 1646, á las siete de la tarde, se bajó el cuerpo de Su Alteza del príncipe nuestro señor Don Baltasar Carlos de Austria, del túmulo en que estaba puesto en la *sala grande* de la casa arciepiscopal de Zaragoza, á la luna de aquélla, por los caballeros de la boca y escuderos de á pie en hombros, á quienes ayudaban los de la cámara, ayudas de cámara y otros oficios de la casa de Su Alteza, y al lado del cuerpo cuatro pajes de Su Majestad con cuatro hachas, y en llegando á la luna lo pusieron en unas andas grandes que estaban prevenidas, y en las cuatro esquinas de aquéllas había cuatro lampiones cristalinos con sus cirios; cubrieron la caja en que iba el cuerpo de Su Alteza con un paño rico de brocado, y los mulos llevaban los caparazones de lo mesmo; iban otras andas de respeto cubiertas de luto, y los mulos lo iban también, y en medio dellas un paño grande encerado blanco que sir-

vió en el camino para cubrir el de brocado cuando llovía, y caparazones de lo mismo para cubrir los de brocado, y formóse el acompañamiento como se sigue:

Salieron y iban delante tres trompetas, las dos de Su Majestad y la otra de la guarda de á caballo del reino, tañendo la ronquilla en son funesto, á que se seguían los criados de Su Alteza; á éstos cuarenta y ocho religiosos de las cuatro Ordenes mendicantes, dominicos, franciscos, agustinos y carmelitas, á caballo, con sus hachas encendidas de cera amarilla; seguíase el guión y cruz, que llevaba el teniente de crucero de la capilla real, á quien seguían cuatro capellanes de Su Majestad haciendo cuerpo de capilla real, que eran Don Alonso Ruiz de Castilla, el abad Don Martín de la Carina, Don Juan Bautista y Don Eugenio los cantores de la capilla real, y al lado del cuerpo cuatro pajes de Su Majestad y las guardas reales española y tudesca y escuderos de á pie. Tras el cuerpo el conde de Castro, que hacía el dolorido y ofició de mayordomo mayor por más antiguo, asistiéndole el arzobispo de Zaragoza, como prelado nombrado y escogido por Su Majestad para esta función; cogieron en medio al cuerpo y al conde y arzobispo; la guarda de á caballo deste reino llevaba su estandarte y capitán y alférez; iban vestidos de gabardina y calzones de luto, armados de pistolas, carabina y lanza en que llevaban una banderola de luto de tafetán negro, con que se cerraba el cuerpo del acompañamiento; seguíanse á caballo los oficios de Su Alteza, y el número de personas que iban en el séquito y acompañamiento serían de quinientas á seiscientas personas, inclusas las familias de los señores, en carrozas y mulas. Y en esta forma se salió de Palacio y marchó hasta salir de la ciudad de Zaragoza un tiro de mosquete, donde se apearon, de su caballo el conde de Castro y el arzobispo de su mula y los demás caballeros de sus caballos y mulas, quedándose en la mesma forma los trompetas, religiosos,

capellanes, cantores, guardas española y tudesca, escuderos de á pie y la guarda de á caballo del reino, y los demás señores se pusieron en sus carrozas, y en esta forma se fué caminando de noche, llevando los religiosos encendidas las hachas y yéndolo los cirios de los lampiones perpetuamente; y dos tiros de mosquete antes de entrar en la villa de Muel donde estaban ya clamoreando las campanas, salieron de los coches los señores y montaron en la mesma forma que salieron de Zaragoza. Salió á recibirlos la villa y cura de Muel con su clero; bajóse el cuerpo de Su Alteza de las andas, entrando en la iglesia; pusiéronlo en un túmulo, y al lado competente número de hachas encendidas, y quedaron á custodia y vigilia los soldados de la guarda española y tudesca, escuderos de á pie, ayudas de cámara, el cura y clérigos, los religiosos y capellanes de Su Majestad, y toda la noche tañeron las campanas. Antes de amanecer comenzaron á decir misas rezadas de cuerpo presente los religiosos, los capellanes de Su Majestad y doce que lleva el arzobispo de Zaragoza, hasta que se dijo la misa cantada con diácono y subdiácono por los religiosos, cantándola los cantores de la capilla real con mucha solemnidad, y después cantaron responsos con la misma, y acabada esta función se puso el cuerpo en las andas y salieron acompañándole en la mesma forma que salieron de Zaragoza, y el cura de Muel con su cruz y clero hasta que salió de la villa, y á un tiro de mosquete se volvieron á sus carrozas, yendo el cuerpo de la mesma forma que se refiere de la marcha de Zaragoza. Pasóse por afuera de la villa de Longares, donde estaban clamoreando las campanas; salieron el cura y clero con su cruz y la gente de la villa, y le cantaron un responso. Un tiro de mosquete antes de llegar á Cariñena se montó en la forma dicha. Llegóse entre tres y cuatro de la tarde en Cariñena, donde clamoreaban las campanas; salieron á recibir el cuerpo el cura con su capítulo de clérigos con su cruz, y el Jus-

ticia, jurados y demás de la villa bajaron el cuerpo de las andas y lo pusieron en la iglesia donde se le cantó un responso. Clamorearon toda la noche las campanas; estuvieron á su custodia y vigilia los mesmos que arriba y el clero de Cariñena. Jueves, antes de amanecer, se dijeron misas rezadas por los arriba dichos, y la cantada y responso en la mesma forma que arriba se dice; después le pusieron en las andas y salió el acompañamiento en la forma que está dicha, y el clero con su cruz asistido de los de la villa; le acompañaron hasta salir della, y á dos tiros de mosquete se apearon el conde y arzobispo y caminaron para Daroca; pasóse por Retascón, donde clamoreaban las campanas, y el cura con su cruz salió á decirle un responso acompañado de la gente del lugar. Antes de llegar á la ciudad de Daroca se montó, yendo el acompañamiento en forma, y en la iglesia colegial de Santa María y siete parroquias de la ciudad clamoreaban las campanas; salieron con sus cruces los clérigos á la puerta de la ciudad procesionalmente, y el Justicia, jurados, oficiales y consejeros con sus lutos y puestos los capuces, con hachas amarillas encendidas, y eran el número de los enlutados que salieron más de cincuenta, que recibieron el cuerpo y su acompañamiento y le acompañaron hasta la iglesia colegial de Santa María donde se puso en el cuerpo de la iglesia en la mesma forma que en las demás; cantáronle responso, y quedaron á su custodia los acostumbrados y mucho número de clero de dicha ciudad, y toda aquella noche, así en la iglesia colegial como en las siete parroquias de la ciudad tañeron toda la noche las campanas; antes de amanecer el día siguiente, viernes 19, se dijeron misas rezadas, y la iglesia colegial y demás clero de Daroca dijo un nocturno; después se dijo misa cantada, cantándola con toda solemnidad los cantores de la capilla real y los de la iglesia colegial y ciudad, en que, á más del conde de Castro, arzobispo y demás servidores y

oficios de Su Alteza, asistieron el Justicia, jurados, consejeros y demás oficiales de la ciudad y ciudadanos y gente ordinaria. Y antes de decirse esta misa, la dijo Su Ilustrísima del arzobispo de Zaragoza en la capilla de los Santos Corporales, y en acabándola enseñó el santo misterio de los Corporales á todos los que quisieron verle y venerarle, como lo vieron y veneraron con gran devoción general y particularmente. Y sirva de advertencia que en todas las misas que se dijeron cantadas por Su Alteza al tiempo del entierro, desde *Sanctus* hasta haberse sumido el Santísimo Sacramento en la misa, salían cuatro pajes de Su Majestad con sus hachas encendidas, en la mesma forma que cuando se celebra á Su Majestad y salen dichos pajes. Acabada la misa cantada pusieron el cuerpo de Su Alteza en las andas, y salieron en la mesma forma que habían entrado hasta salir de la ciudad. Fuése á hacer noche en Used, donde fué recibido el cuerpo de Su Alteza y su acompañamiento en la forma que otros lugares; púsose en la iglesia y á la mañana se le dijeron misas rezadas y la cantada en la forma acostumbrada; sábado, á 20, salió el acompañamiento. Llegóse á la raya de Castilla, donde estaban esperando hasta cincuenta escuderos de á caballo montados en caballos vestidos de luto, de sotana y capa larga de bayeta, sin otras armas que sus espadas y una lanza de quince cuartas de largo poco más ó menos, y desde el cuento abajo cosa de una tercia, de terciopelo ó seda tejida cubierta la asta, y de la parte superior é inferior desta guarnición pendían dos cordones de seda y al cabo de ellos unos flecos de seda negra; entre estos escuderos hubo tres ó cuatro de los monteros de Espinosa, y éstos llevan las mesmas insignias; y porque ví que algunos pocos llevaban tres flecos, entendí ser éstos de los monteros de Espinosa. Estaban aguardando en la raya en dos órdenes, para recibir el cuerpo de Su Alteza en medio en la mesma forma que lo llevaban la guarda de á caballo deste reino, cuyo capitán le

invió á decir que por qué lado querian entrar, y le fué respondido que no eran gente de armas, que fijos esperaban el cuerpo á que se incorporase, con que el capitán de la guarda de Aragón se desvió por el lado derecho, formando un caracol su compañía, que lo hizo con mucha destreza, hasta ponerse de cara al cuerpo de Su Alteza; enarbolóse el estandarte haciendo sus tres cortesías y lo mesmo hicieron los soldados de sus banderolas, y unos y otros las postraron, quedándose así hasta haberse apartado algún trecho el cuerpo de Su Alteza, que fué caminado siempre, con que se volvieron de la raya. Pasóse por Embid y por Tortuera, de donde tañían las campanas y salieron los curas á decir su responso en ellos. Llegóse á Tartanedo, donde se depositó; y en cuanto á la custodia, vigilia, misas rezadas y cantadas, se hizo lo mesmo que en otros lugares, y en la entrada y salida. Domingo se partió de Tartanedo; fuése á hacer noche á Maranchón. Lunes se partió de Maranchón; se fué á hacer noche á Torremocha. Martes se partió de Torremocha; se fué á hacer noche á Trijueque. Miércoles se salió de Trijueque, y se fué á hacer noche á Alobera, pasando por afuera de Guadalajara por sus arrabales, y sin tocar en Alcalá se fué á hacer noche á Alobera, adonde salieron el duque de Híjar viejo y Rui Gómez, su hijo segundo. Fuése á hacer noche á Barajas, á donde salieron el de Maqueda y otros señores. Jueves por la mañana se dijeron las misas rezadas. La cantada la dijo de pontifical Su Ilustrísima del arzobispo de Zaragoza; asistiéronle los capellanes de Su Majestad y el abad tuvo la mitra; el Evangelio y Epístola, dijeron dos presbíteros de la iglesia de Barajas, y en las ocasiones de lavarse sirvió la toalla á Su Ilustrísima el duque de Híjar viejo, el duque mozo y Rui Gómez, sus hijos; de aquí se fué á hacer noche á Torrelodones, y á la una, después de media noche, se comenzaron á decir misas rezadas y después la cantada entre dos y tres. Sábado á 27 de Octubre, por la mañana se caminó para

el Escurial; se vió la cruz del cardenal de Toledo en una colina y muchos coches y gente junto á ella, que había venido Su Eminencia á solemnizar y autorizar la función del entierro de Su Alteza; y advertido por el conde de Castro, que no tenía puesto su guión, ni la persona de Su Eminencia en aquella función, se retiró al convento real del Escurial, y antes de llegar al lugar se formó el acompañamiento con la solemnidad acostumbrada; pasó por el lugar, donde se clamorearon las campanas y salió el cura á decir un responso, hasta sacar el cuerpo del lugar, de donde se volvió, y en esta forma se llegó al convento del Escurial, y llegando á la puerta principal de aquél, cerraron una media luna los escuderos de á caballo, cogiendo en medio el cuerpo de Su Alteza; apeáronse los del acompañamiento y bajóse el cuerpo de las andas, entrándolo los acostumbrados; entróse en la iglesia, y se recibió como se sigue. El prior con su pluvial negro y dos asistentes, salió á la puerta procesionalmente con poco más ó menos de ciento cincuenta religiosos, seis colegiales de beca y treinta colegiales gramáticos; éstos llevaban sus sobrepellices largas, conforme las de Aragón, de manga agustina, y la cruz estaba al pie de las gradas de la puerta de la iglesia, y recibiendo el cuerpo, entraron en ella los que arriba se dijo, y procesionalmente pasaron la luna y entraron en la iglesia, yendo la cruz delante, con dos acólitos que llevaban dos ciriales largos en alto; seguíanle los treinta colegiales gramáticos con sobrepelliz, y á estos los seis de beca, tres á cada lado, y después ciento cincuenta religiosos, y cerraba la procesión el preste; tras el cuerpo el conde de Castro haciendo el dolorido y asistiéndole al lado izquierdo el arzobispo de Zaragoza, y detrás venían los grandes y oficios de casa de Su Alteza, y al lado del cuerpo los soldados de la guarda; púsose en el túmulo, que estaba en alto algunas seis cuartas y tenía á los lados dos ó tres gradas en cada lado, teniendo un paño; púsose la

caja, y sobre ella otro paño de brocado. Luego se le puso encima una corona real abierta, señal que no estaba aún coronado Su Alteza, y sí sólo príncipe jurado.

Dijo el prior al arzobispo que Su Ilustrísima tenía asiento arriba en el coro, y Su Ilustrísima le dijo que ese sería el asiento de Su Reverendísima, que el suyo era arriba en el altar mayor, al lado del Evangelio; y diciendo y haciendo, subió á dicho puesto y se arrodilló y sentó al lado del Evangelio en un banco que hay arrimado al mesmo ángulo del altar mayor, que viene aún á estar más retirado que la ara del altar, donde le pusieron una alfombra; y estando los religiosos en la forma dicha y el conde de Castro haciendo el dolorido, y estando el arzobispo en el puesto dicho, y formado el coro y procesión desde las primeras gradas, y estando el cuerpo en el túmulo que estaba en el cuerpo de la iglesia, en la parte inferior de la linterna, cantaron los religiosos un responso muy solemne, sin dar lugar que cantasen los cantores de la capilla real; esto hecho, se subieron al coro y cantaron con toda solemnidad el tercer nocturno de difuntos con sus lecciones y oración; y estándolo cantando, diciendo el nocturno, salió el eminentísimo señor cardenal Moscoso, arzobispo de Toledo, de la sacristía, llevando el guión delante; ante el guión cuatro acólitos con sus roquetes y ciriales, largos y altos, los cuales se pusieron á las primeras é ínfimas gradas del pedestal de altar; desde el cuerpo del Evangelio al de la Epístola, el guión, que tenía en la cruz dos brazos como de primado; sentóse Su Eminencia en su silla sin respaldo; los asistentes en el banco que estaba al lado del altar de la Epístola y las gradas, y ahí, sentado el arzobispo, le trajeron de lavar; sirvió la toalla el conde de Altamira, hermano de Su Eminencia, y el lavamanos y fuente el marqués de Tábara y el arcipreste de Madrid, dignidad de la Santa Iglesia, sobrino de Su Eminencia, y los mesmos le asistieron al *Lavabo*, y á la purificación

dieron de vestir á Su Eminencia en esta forma sus gentileshombres, que se vieron hasta quince, y no se vieron pajes; y los asistentes, que eran religiosos del Convento Real del Escurial, ayudaban; y vestido, se asentaron en la forma dicha; y mientras le vestían tuvo delante el guión, dos pasos apartado de Su Eminencia hacia el lado derecho de donde estaba sentado, al lado de la Epístola; y Su Eminencia, sentado en su silla vestido de pontifical, estuvo con las manos juntas ante el pecho con mucha composición, quietud, gravedad y devoción hasta acabar el nocturno, lecciones y oración en el coro, donde lo cantaron con toda solemnidad. Los gentileshombres de Su Eminencia, menos el guión que estaba donde está dicho, estuvieron como arrimados á la pared, uno después de otro en orden, como haciendo una línea de Su Eminencia abajo; y correspondientemente al lado del Evangelio, doce gentileshombres del arzobispo de Zaragoza, como arrimados á la pared del lado del Evangelio, haciendo correspondencia en la mesma forma, más abajo del arzobispo de Zaragoza su señor, que, como está dicho, estaba más arriba. Acabado el nocturno se hizo señal con la campanilla y comenzaron á cantar en el coro la misa los cantores de la capilla real; no hubo banco de grandes, capellanes y predicadores, y, como está dicho hacía el dolorido el conde de Castro, y todos los oficios de Su Alteza estaban junto al túmulo en sus puestos, con sus lutos con falda larga, chías y capuces puestos, que habían asistido en la jornada, que fueron el conde de Castro, que hacía el dolorido, como mayordomo mayor; el conde de Concha, Don Juan Isasi, mayordomo que fué del príncipe nuestro señor; Don Fernando de Borja, sumilier de Corps del príncipe nuestro señor; el conde de Alba de Lista, gentilhombre de la cámara de Su Alteza; el marqués de Orani, marqués de Flores de Ávila, conde de la Monclova, mayordomos de Su Alteza; cuatro ayudas de cámara; cuatro pajes de Su Majestad; el secre-

tario Pedro Coloma; el duque de Híjar, mozo; el marqués de Liche; el marqués de San Felices, Don Pedro Bolea; cuatro capellanes de Su Majestad; seis cantores; seis ú ocho escuderos de á pie; seis soldados de la guarda española, seis de la tudesca, y otros señores y caballeros de que no tengo memoria.

Prosiguióse la misa, que la cantó Su Eminenia en voz muy baja, que apenas se percebía la voz, si bien de media misa adelante se oyó mejor, y cuando Su Eminencia pasó al altar mayor y se puso el misal al lado del Evangelio, se pasó el guión al mesmo lado y estuvo en la esquina de las gradas del altar fijamente hasta acabarse la misa, y á la ocasión que Su Eminencia fué de su silla al altar, después de haber hecho inclinación con la cabeza al altar, hizo otra al arzobispo de Zaragoza, y al retirarse del palio á su silla hizo lo mesmo; tomó en su silla el pluvial negro; entonaron el responso los cantores de la capilla del convento habiendo bajado del coro á la iglesia, y estando en forma de coro y procesión en la manera que se dijo á la entrada, bajó Su Eminencia, dijo el *Pater noster,* aspergió agua bendita é incienso y dijo su oración; acabado esto se fué á desnudar á la sacristía, habiendo bajado el arzobispo de Zaragoza del lado del Evangelio donde estaba sentado, y se puso al lado izquierdo del conde de Castro; bajaron el arca donde estaba el cuerpo de Su Alteza los acostumbrados, ayudando los señores y el prior con su pluvial y asistentes, yendo procesionalmente la cruz del convento con sus dos acólitos y lo demás que está dicho; fueron á la puerta de la sacristía y entre las della se hizo la entrega en la forma que vuestra merced tendrá relación, con que se hizo el entierro y se dió fin á la función y no hubo sermón en este acto fúnebre; acabóse el oficio poco después de mediodía. Acabado el oficio, todos los del acompañamiento del cuerpo de Su Alteza que habían venido en la jornada (menos el arzobispo de

Zaragoza y su familia, que entre gentileshombres, pajes, oficios y demás familia de su casa pasaban de seiscientas personas), se fueron á Madrid; el arzobispo de Zaragoza bajó al lugar, donde comió, y á las tres subió al convento á visitar al arzobispo de Toledo, que estaba alojado en él con el de Altamira, Tábara, Lemos, su sobrino el arcipreste de Madrid y su familia; visitóle en la cama, donde se hallaba Su Eminencia, y al de Altamira, Tábara y arcipreste de Madrid, y hasta una hora de noche se pasó en ver la casa y después se volvió á bajar. Madrugaron Su Eminencia y dichos señores y volvieron la visita al arzobispo de Zaragoza, que también estaba en la cama; Su Eminencia se fué á Toledo y el arzobispo de Zaragoza se volvió á Aragón.

XXX

PROPUESTA

AL SEÑOR FELIPE IV, POR UN NEGRO ENVIADO POR EL REY DE ARDA, SUPLICÁNDOLE LE ENVIASE MISIONEROS DE LA IGLESIA, PARA QUE Á ÉL Y Á TODOS LOS DE SU REINO LOS INSTRUYESE EN LOS MISTERIOS DE NUESTRA SANTA FE CATÓLICA.

Habiendo llegado á la corte del católico rey Felipe un negro enviado por el rey de Arda (1), por el mes de Febrero del año de 1658, el cual, hablando á Su Majestad por medio de un intérprete que le había asistido desde Cartagena de las Indias, de orden de Don Pedro Zapata, gobernador que actualmente se hallaba en aquella ciudad á tiempo que desembarcó dicho negro, como era enviado de su rey á suplicar á Su Majestad le enviase ministros evangélicos que á él y á todos los de su reino los instruyese en los misterios de nuestra santa fe católica, para que profesándola todos se bautizasen, agregándose al gremio de nuestra santa Iglesia, oyó la propuesta el más católico monarca con singularísimo alborozo, alegría y consuelo de su alma, con demostraciones exteriores de paternal amor y alegría; y aunque le hizo disonancia el ver la mala forma que esta embajada tenía, por faltar la carta de creencia que es esencial requisito para semejantes negocios, no obs-

(1) Ardra.

tante, se le suplió por ser éste de tanta piedad y tan del servicio de Dios Nuestro Señor (al parecer), remitiéndole á los de su Real Consejo con el católico y religioso celo que se puede presumir, para que negocio tan arduo cuanto dichoso se examinase con la piedad que pedía, mandando juntamente á su Real de las Indias diese al dicho negro todo lo necesario en el inter que se tomaba resolución y último acuerdo de este negocio, lo cual ejecutó con liberalísima largueza por mar y por tierra con dicho negro, hasta que fué restituído á su reino.

Visto por el Real Consejo el poco crédito que podía darse á su propuesta, así por la falta de papeles y despachos como por la inconstancia y poca estabilidad que de un rey negro se puede presumir, se dilató por algún tiempo la resolución; pero como la materia era tan piadosa, les hizo fuerza, y como á tan católicos, el temor de que se malograse la sangre de Cristo Señor Nuestro, y la pérdida de tantas almas, y se resolvieron, aunque fuese á costa de alguna censura y calumnia por los leves fundamentos que un negocio tan grave tenía, que sólo consistían en la palabra de un negro vocal; para el cumplimiento de lo cual se hizo elección de doce religiosos capuchinos, los cuales gustosos y alegres y envidiados de los otros, que si se diera permiso quedaran desiertos todos los conventos de esta provincia, nos partimos con autoridad y necesarios despachos apostólicos y mandato de Su Majestad y con las obediencias de nuestros prelados y superiores, en compañía del dicho negro y su intérprete al puerto de Cádiz, donde Su Majestad tenía dispuesta embarcación que á expensas suyas y dándonos lo necesario para nuestra misión nos llevase al reino de Arda; y habiendo salido del dicho puerto de Cádiz á 25 de Noviembre del año de 1659, y navegando cincuenta y dos días con mucha prosperidad, dimos fondo en el puerto del reino de Arda á 14 de Enero del siguiente año; dándonos los parabienes y rindiendo á Dios Nuestro Señor las

debidas gracias por el favor tan singular de habernos llevado á tan deseado puerto, hicimos echar en tierra el embajador para que diese noticia á su rey de las honras y agasajos que había experimentado en España, y juntamente de nuestra llegada á aquel puerto y el fin para que nos enviaba nuestro católico monarca; y habiendo estado allí dos días, volvió al tercero muy alegre y contento diciendo que había sido muy bien recibido de su rey; que dentro de dos días vendría el capitán Zupi, su valido, acompañado de otros caballeros del reino, á recibirnos, y que la señal de llamarnos sería una bandera blanca, y al octavo día de nuestra llegada á aquel puerto, reconocimos por la mañana la señal de la bandera que nos habían ofrecido por señal de que nos llamaban y esperaban, con que los corazones cristianos de todos los del navío, cuanto más de los religiosos, recibieron el gozo que era justo, por ver cumplir lo que habían ofrecido y creer sería así en adelante, porque la piedad cristiana no sólo busca para sí las dichas, sino que se goza en las del prójimo; llegamos á la playa, saltamos en tierra, adonde en su tienda, compuesta de esteras, estaba esperando el capitán Zupi, acompañado y asistido de muchos capitanes y fidalgos y de grande muchedumbre de negros, el cual, dividiendo el camino que había desde su tienda á la playa, saliéndonos á recibir á la mitad dél nos abrazó con agrado, y por medio de un intérprete del rey, el cual se llama Mateo López, y es cristiano, de nación portugués, aunque idólatra, nos dió con cortesía la bienvenida, y habiendo besado la tierra, levantamos la cruz cantando el *Te Deum laudamus* y bendijimos la tierra, y nos volvimos á las tiendas que tenían prevenidas, donde el capitán Zupi y los demás fidalgos estaban asistiendo y agasajando al capitán del navío y á otros mercaderes blancos que juntamente con nosotros habían saltado en tierra, por quienes se hacía la fiesta y recibimiento, como después experimentamos y supimos, por

ser costumbre antigua muy practicada en aquel reino, recibir á los que van á comerciar con semejantes fiestas, por los intereses que de ahí se le siguen, en lo cual son muy puntuales, porque entre las depravadas costumbres de aquella gente, una es ser muy codiciosos y ambiciosos.

Al quererse poner el Sol, trató de que partiésemos á un lugar llamado Ofra, que está como una legua de la plaza, donde estuvimos cuatro días esperando que el capitán del navío echase la ropa en tierra, que era á lo que más atendían y de lo que principalmente cuidaban, para que juntos nos partiésemos á la corte donde asistía el rey, que es un lugar llamado Zima, que constará de tres mil vecinos, donde con industria nos entraron de noche y nos hospedaron en un cuarto del palacio del rey, y luego que llegamos nos envió á dar la bienvenida el rey con un intérprete suyo, ofreciendo nos asistiría con todo lo necesario, en retorno del buen tratamiento que se le había hecho á su embajador, por ser nosotros enviados del rey de España.

El día siguiente al amanecer, tratamos de poner nuestro altar con el mayor adorno y decencia que fué posible, para acudir á suplicar á Dios Nuestro Señor nos socorriese con su asistencia para un negocio de tanta importancia (medio de que como el más apto siempre nos valimos, si bien por sus altos consejos é incomprensibles juicios se nos ha postrado), y para que viesen los que llegasen á visitarnos, el culto, veneración, respeto y reverencia con que nuestro Dios era tratado, para así aficionarlos más á su amor y seguimiento, solicitamos hablar al rey; consiguímoslo aquella mesma tarde; entramos por los patios de su cuarto, levantada la cruz en forma de procesión, cantando las letanías de Nuestra Señora, hasta llegar á la presencia del rey, el cual nos recibió con agrado grande, y después de haberle saludado, le dimos una carta de nuestro católico monarca, tan llena de piedades como de su cristiano celo se puede presumir, y habiéndosela leído y explicado por

medio de intérprete, le dimos á entender cómo éramos enviados por el rey de España, como ministros apostólicos y evangélicos para propagar la fe católica, enseñándoles el verdadero camino de su salvación y desterrando la ignorancia de sus errores, con que ciegos hasta allí bárbaramente habían vivivo; preguntámosle si era verdad el haber enviado aquel negro que estaba allí presente, á España, para que de su parte besase la mano al rey nuestro señor; respondió que sí; replicóse si era cierto el haberle mandado pidiese sacerdotes que le bautizasen á él y á todos los de su reino, y que quería amistad del rey nuestro señor y la comunicación, trato y comercio con los españoles, á todo lo cual dijo que sí y que era propuesta suya cuanto su embajador había dicho, y que nos había llamado para que en su reino no hubiese truenos, relámpagos, rayos ni guerras; que contra todo esto le habían dicho tenían virtud los sacerdotes de los blancos, y también nos dijo lo agradecido que estaba al rey de España por el buen tratamiento que había hecho á su embajador, y que nosotros podíamos estar ciertos y seguros que en él experimentaríamos toda buena correspondencia y agasajo y que nos socorrería con lo necesario para el sustento, y que del buen modo y respeto de sus vasallos podíamos también estar ciertos sin recelar ningún daño ni desacato; con que nos despidió aquel día, volviéndonos á nuestro cuarto con la mesma orden y disposición que habíamos entrado, cantando el *Te Deum laudamus* en hacimiento de gracias á Dios Nuestro Señor, pareciéndonos que del agrado del rey y sus respuestas, cogeríamos copiosos frutos para el cielo con su asistencia, por ser tan obedientes sus vasallos, que en todo se mueven al imperio de su voluntad.

El día siguiente, nos envió á llamar diciendo que llevásemos la cruz y el agua bendita; juzgamos sería para que le bendijésemos la casa, por habérselo dicho así el intérprete cristiano que tenía; entramos en su cuarto, y echándole

agua bendita en la cabeza, levantándose del asiento en que estaba entonces, se llegó á nosotros el intérprete y nos dijo juzgaba el rey quedaba ya bautizado: este error é ignorancia le había facilitado el decir quería ser cristiano; habíale dado noticia el intérprete cristiano de que el agua bendita era buena contra los demonios, pareciéndole que recibiéndola lo tenía todo; empero desengañándole de que no era así, y que en primer lugar era necesario detestar los errores de las hechicerías, desterrar los ídolos y dejar las mujeres quedándose sólo con una, y son tantas de las que usan estos bárbaros que las del rey pasan de mil, propusímosle que era prohibido por la ley de Dios el estar casado más que con una mujer, y que fuera desto había de ser instruído en los misterios de nuestra santa fe católica, para lo cual era preciso algún tiempo.

Con estas noticias comenzó el rey á titubear, de donde infirimos que el haber dicho que quería ser cristiano se motivó del ejemplo de su intérprete cristiano, viendo que siéndolo éste no se privaba de cosa alguna de lo que observaban los demás del reino, y lo podía ser él, como lo era el otro; no obstante respondió que sí; pero de tal manera y con tal risa, que se conocía ser de burla, según la chanza y trisca que tenía con los fidalgos y grandes de su reino que autualmente se hallaban presentes; por las cosas que le habíamos propuesto que había de omitir, díjonos que nos fuésemos, que otro día nos llamaría y hablaríamos despacio, y despidiéndonos dél nos retiramos á solas con Dios, suplicándole á Su Majestad nos comunicase su espíritu para conformarnos en cualquiera acaecimiento.

Pasóse el día siguiente sin llamarnos; hízolo el otro día; hallámoslo muy apacible y fervoroso, diciéndonos quería ser cristiano y dar de mano todo lo que le embarazaba é impedía, pidiéndonos le instruyésemos con brevedad los misterios de nuestra santa fe y le enseñásemos las oracio-

nes, que en todo estaría sujeto y rendido á nuestra voluntad; y con efecto, repitió algunas veces, yéndole enseñando nosotros, todo lo cual descubrimos en breve ser falacia y que iba con doblez y engaño, pues habiendo solicitado varias y repetidas veces el hablarle, no fué posible, negándonos siempre la entrada, hasta que por último, nos envió un recado diciendo que allí estábamos muy desacomodados, que nos retirásemos á Ofra, que es el lugar donde primero estuvimos, una legua de la mar; procuramos disuadirle de su propósito, diciendo gozábamos de mucha conveniencia (que, á la verdad, era grande la cercanía para el logro de nuestros designios); replicó que nos fuésemos, sin que bastase instancias repetidas nuestras para disuadirle de su resolución, porque en estas materias de tenacidad son terribles; envióleos á decir que él nos enviara á llamar á tiempo, que quedando bautizado, pudiese traer las nuevas á España el navío; en fin, fué preciso é inexcusable volvernos al lugar de Ofra; pedímosle licencia para catequizar y enseñar allí, y juntamente para bautizar algunos niños por no estarnos ociosos, á lo cual replicó que por ninguna manera, porque no era justo que ninguno en su reino supiese primero que él las oraciones que le habíamos de enseñar, ni tampoco el que se bautizase ninguno, cosa que siempre nos prohibió, y por cuya razón nos tuvo encerrados en palacio, sin permitirnos salir á la calle en todo el tiempo que estuvimos en la corte.

Apenas nos hallamos en Ofra, cuando comenzamos á enfermar todos tan rigurosamente y con tanto aprieto, que no nos podíamos asistir los unos á los otros, y así se nos murieron en breves días cinco compañeros, y todos los demás nos hallamos tan próximos á la muerte que el haber quedado con vida lo atribuímos á milagro, y aunque tan agravados con las enfermedades y achaques nunca omitimos el solicitar hablar al rey, si bien no pudi-

mos conseguirlo por muchos días, hasta que estando para partirse el navío que había de traer las noticias á España de la resolución de esta materia, nos envió á llamar el rey, diciendo quería bautizarse; volvimos gustosos á ver lo que Dios quería hacer de nosotros en este último lance, hablamos al rey y dijo llamaría á todos los capitanes y fidalgos de su reino, porque sin su consentimiento y beneplácito no podía quitar los ídolos, por ser antigua costumbre de su reino, ni que tampoco podía faltar á la observancia de sus ritos sin acuerdo de sus capitanes y fidalgos, todo lo cual se conoció ser falacia del rey, y que no hubo en su pecho cosa más olvidada que el tratar de ser cristiano, aunque nos decía que sí; dijímosle que el traer las noticias este navío de cómo quedaba cristiano, sería de gran consuelo para el rey de España y para todos los de su reino, y así era necesario se facilitase más que hasta allí la entrada para poder catequizarle; propuso llamarnos dos veces cada día para su enseñanza; hízolo algunos días y faltó los más, excusándose con sus muchas ocupaciones; llegó el tiempo de partirse el navío, y por hallarse falto de disposición, por el poco cuidado que ponía en esto, no pudo ser bautizado, si bien nos daba algunas esperanzas, de las cuales, motivados por no omitir tan oportuna ocasión, por la seguridad que nos prometía el católico celo del capitán del navío, de que daría con puntualidad las cartas, dimos noticia á España de cómo nos parecía que aquello prometía algún logro, y juntamente nos pareció dar aviso á la sacra Congregación para que hiciese enviar más religiosos, por habernos faltado cinco compañeros y hallarnos los demás tan faltos de salud que cada día esperábamos había de ir á menos.

Apenas supo el rey que el navío había partido, cuando descubrió el doblez y engaño con que hasta allí había procedido; comenzó á hacer chanza de la enseñanza, diciendo que el aprender aquellas cosas sólo era para mu-

chachos, pero no para él, que ya era grande; alentámosle diciendo que el tiempo lo facilitaría y que no le diese cuidado, porque nosotros tendríamos toda la espera que quisiese, y respondió que no tratásemos de eso; hablámosle en los hechizos que estaba haciendo; replicó que no era posible dejarlos, por ser costumbre de la tierra, como tampoco quitar los ídolos, porque los capitanes no venían en ello ni querían darle esa permisión, que era cosa que habían observado sus antecesores y su padre, á que debía toda atención y respeto; que cada una de aquellas cosas tenía su oficio y ministerio; que si los quitaba, moriría instantáneamente, se le entrarían los enemigos por las puertas, sin poderlo resistir con ningunas fuerzas; no obstante esta resolución, no dejamos de continuar nuestra empresa, interponiendo todos los medios posibles, aunque fuesen con repetidas importunaciones, y viendo que á toda priesa se nos iban cerrando las puertas para la consecución de nuestro fin, no desmayamos; antes bien, con más fervorosas oraciones y santos ejercicios llamamos á las del cielo, suplicando á la divina piedad abriese camino por donde aquellos infelices hombres saliesen de su mísero estado y que los instruyese el entendimiento, para que, libres de la ceguedad de sus errores, conociesen la verdad infalible de nuestra santa fe católica, como medio necesario para la salvación.

Vista y experimentada ya una y muchas veces su resolución proterva, nos resolvimos á decirle la verdad con todo fervor, en los términos cariñosos que hasta allí, poniéndole por delante la inmortalidad del alma y la pena eterna que le esperaba, por ser el instrumento de los daños que sus vasallos reciben, pues habiéndole pedido licencia para bautizar los niños y predicar el Evangelio á los adultos, siempre nos lo negó, prohibiendo á los intérpretes que no asistiesen para este efecto; y aunque es verdad que eran cristianos algunos de ellos, no fué conveniencia para nos-

otros, antes bien, fuera de grandísimo embarazo y estorbo si llegara el lance de querer abrazar nuestra santa fe católica alguno, porque viéndolos cristianos á ellos y teniéndolos por tales, los miran juntamente idólatras, hechiceros y casados con muchas mujeres, sin diferenciarse de los otros en cosa alguna, ni haber sido posible nuestras repetidas instancias ni predicación, que por ser ladinos é inteligentes de nuestra lengua, nos era más fácil el que se redujesen; pero es una gente tan ciega á la luz de toda razón, que no hay ninguna para poderlos convencer, y sólo pudimos sacar de ellos, por respuesta, que aquello era bueno; y reconviniendo al embajador con su mesmo proceder cristiano cuando estuvo en España, donde fué bautizado, nos respondió que en España como en España, y en Arda como en Arda, retirándose tanto de nosotros y huyendo el cuerpo como si le hubiéramos de inficionarle con algún pestífero contagio; el otro intérprete que nos dió Su Majestad en España, así para la asistencia del embajador como para facilitar nuestra entrada en aquel reino, por ser un negro muy ladino y de capacidad, y tener de asistencia en España más de cuarenta y cuatro años, donde estaba casado y con obligaciones de hijos, luego que se vió en Arda, olvidado de la cristiandad, se entregó bárbaramente á todo género de vicio, usando de la multiplicidad de las mujeres y de las demás supersticiosas é idolatrías que los otros, siendo aún peor en su correspondencia á nuestra asistencia, porque habiéndole reprendido algunas veces, nos llegó á amenazar diciendo que si nos metíamos con él nos había de quitar la vida; no obstante la obstinación de éste y de los demás, procuramos darle á entender su miseria y perdición con toda libertad de espíritu en muchas ocasiones, valiéndonos de los medios que pudimos para justificar la causa de Dios, si bien todos nos salieron en vano, ya afeándole con amor y cariño sus acciones á éstos que eran cristianos, compadeciéndonos más de su mi-

seria que de la de los otros, pues por haber llegado á conseguir la mayor dicha, que es la recepción del santo Bautismo, son más infelices en no lograrla, de donde se infiere que esta gente para ser buena ha de ser trasladada, porque en su reino y tierra parece cosa imposible que ninguno sea bueno hasta que llegue la mano poderosa de Dios que con auxilios muy eficaces los reduzca al verdadero conocimiento, y si en las batallas y contiendas con éstos, que eran cristianos y que por lo que habían visto estaban más inteligentes de los misterios de nuestra santa fe y religión cristiana, salimos, si no rendidos, no vencedores, bien se deja entender, el lidiar con los bárbaros cuánto sentimiento nos ocasionaría, y el mayor era, ver que ningún medio se nos lograba, hallando las puertas y caminos tan cerrados por todas partes, que sólo nos quedaba el de la divina misericordia para pedir fervorosos á Su Divina Majestad nos abriese algún camino por donde tuviésemos entrada para persuadir y convencer á estos bárbaros de sus errores, para lo cual, viéndonos ociosos y deseosos de ocupar el tiempo, arbitramos otro medio, que si le hubiéramos logrado no era poco eficaz para el intento, porque habiendo reconocido ser estos negros apasionados por saber leer y escribir, le propusimos al rey las conveniencias grandes que de la enseñanza de los niños se seguiría al reino, y que para que viese le habíamos venido á servir con gusto, nos diese ó mandase dar doscientos muchachos, ya que no se nos permitía hacer sin su orden, á los cuales enseñaríamos así á leer y escribir, como la lengua española; juzgamos se facilitaría con esto la instrucción de los misterios de nuestra santa fe; pero aun esto no nos quiso conceder, respondiendo que no era razón que esta cosa la supiesen muchos, porque teniendo él más de doscientos hermanos, sólo á él envió su padre á Ofra para que deprendiese la lengua española, y que no envió á otro alguno, y que tampoco le convenía á su reino supiese leer ni escribir la gente ordinaria,

y viendo su terquedad le dijimos que con cincuenta nos contentaríamos, con calidad que había de venir también el príncipe ó que le iríamos á enseñar á su casa; dijo que sí, que estaba bien y que así lo ejecutaría y que avisaría algunos de los capitanes fidalgos para que enviasen á sus hijos, la cual respuesta recibimos con indecible gusto y consuelo por parecernos que el medio era bueno, aunque fuese á la larga, y que sabiendo algunos de los muchachos las verdades de nuestra santa fe y enseñándoles nuestra lengua y siendo hijos de los capitanes, llegaría día en que lo fuesen ellos, y el príncipe rey, y que estarían más dispuestos para la luz y auxilios que Dios Nuestro Señor quisiera comunicarles, aunque fuese sin esperanzas de gozar nosotros la dicha ni coger este fruto.

Pasáronse algunos días, y viendo que ni el príncipe ni otro alguno venía, volvimos á hablar al rey, y respondiónos con gran doblez, divirtiendo la conversación, riéndose mucho de nuestro cuidado y diciendo que el príncipe ó estaba malo ó se iba á recrear, y que así no era tratable su enseñanza, ni menos la de los otros, porque sus padres necesitaban de los hijos, y que así no podían gastar el tiempo en eso, sobre lo cual tuvimos largo razonamiento sin poderlo convencer, de lo cual se nos siguió no poco pesar viendo cuál mal nos salían todos los medios y cuán de todo punto se nos cerraban las puertas; pero nos procuramos sosegar con Cristo Señor Nuestro y conformar con su divina voluntad, conociendo que todo el bien, medios y auxilios eficaces, vienen de su piadosa mano.

Viendo este medio ya desvanecido y que todo cuanto intentábamos nos salía en vano, procuramos valernos de otro, que fué hablar á los capitanes por medio de un intérprete, que nos costó no poco, por tener orden del rey para que no nos asistiesen; no obstante, le obligamos con algunos agasajos y fué con nosotros; aunque con cautela, propusímosles á algunos de los capitanes fidalgos lo que

ya en diversas ocasiones les habíamos dicho; ya ahora se lo agravamos cuanto fué posible, representándoles los daños grandes que á sus almas hacían y á los infelices de aquel reino, que supuesto les era fácil la entrada en palacio, le dijesen al rey nos permitiese predicar libremente en su reino, ya que él no quería dejar sus errores, á lo cual también nos respondieron, tomando muy de chanza, que eso no era posible, que nos estuviésemos quietos, porque en esta materia no había de caber novedad alguna en el reino, con que nos hallamos totalmente negados á todos los medios y al rey enfadado de nosotros; y el no habernos echado de su reino, más fué por temor que por amor, porque le habíamos propuesto, para ver si le podíamos obligar, que el rey de España se daría por muy ofendido de que le hubiesen de engañar, y que así procuraría tomar satisfacción del agravio, y que cuando él procedió con tantas atenciones con su embajador y con tan largas asistencias por lo que le había propuesto, le sería motivo de gran sentimiento el saber, por los efectos, que era falso, y que le sería muy fácil enviar una armada para que á él y á todos los de su reino ó les quitasen la vida ó la libertad, abrasándoles y aniquilándoles todas sus haciendas y pueblos, de la cual propuesta receloso, tuvo la atención de no desterrarnos de su reino; pero él procedía de suerte que aunque no nos enviaba, nos daba motivos para que nosotros nos saliésemos, desesperados de coger en ningún tiempo fruto alguno.

Viéndonos, pues, en este estado y que ya los negros todos nos miraban con aborrecimiento y que la mejor palabra que en ellos experimentábamos era llamarnos cachorros, y otras semejantes, tratamos con un fervoroso espíritu y celosa osadía, salir por las calles y plazas predicando á voces, condenando sus errores y despreciando sus ídolos, que á no tener el temor que ya he dicho, nos hubieran hecho á todos pedazos, según el furor y saña que ha-

bían concebido en su pecho, y no obstante, en una ocasión corrieron á dos religiosos que con santo celo les reprendieron y afearon la acción de estar sacrificando y venerando á sus falsos dioses con los cultos que ellos usan, y dándoles muchos palos los arrojaban en el suelo, pisándoles y acoceándoles y dejándoles casi muertos, que á no haber llegado un negro de respeto y de ánimo más piadoso, hubieran acabado con ellos; hízonos retirar el rey, dando orden que no saliésemos de casa, hallándonos ya reclusos, sin saber qué medio tomar, porque el de hablar al rey cada día se nos iba imposibilitando más, el comunicar con los otros nos era prohibido y vedado, permitiéndosenos solamente el salir para ir á palacio á buscar el socorro necesario para la conservación de la vida, que nos costaba un inmenso trabajo por el enfado que les causábamos á todos, que de tal suerte nos aborrecían ya, que no quisieran vernos; ayudábales no poco para este aborrecimiento la comunicación de los holandeses, herejes que asisten en aquel reino por ocasión del comercio, que cuando los negros estuvieran dispuestos para abrazar nuestra santa fe católica, bastaran éstos para impedírselo con sus persuasiones, pues les afeaban todo cuanto les proponíamos, y no sólo esta desdicha de la asistencia destos herejes es en este reino, sino en todos los comarcanos, por hallarse dueños de aquella costa, sin que haya quien pueda oponerse á su poder.

Con esta imposibilidad y con la que mirábamos para en adelante aunque asistiéramos por muchos años en aquel reino, y que con las noticias que habíamos dado á España y buenas esperanzas y juntamente á la sacra Congregación, recelosos de que enviasen más religiosos y el mal logro fuese mayor, entramos en consulta, y pareciéndonos estaba bastantemente justificada la causa de Dios y que nosotros bastantemente habíamos cumplido con la obligación que nos tocaba, habiendo experimentado por espacio de más de un año lo que aquello podía ser, aun-

que estuviésemos muchos, acordámonos el volvernos á España, por ser este orden expreso de Su Majestad, mandándonos que si no éramos admitidos nos volviésemos en el mismo navío, á cuyo capitán obligó que esperase dos meses en el puerto, aunque por su mal despacho estuvo más de cinco; lo mismo quiso la sacra Congregación, pues sus concesiones nos las limitó, declarando que sólo las concedía para el reino de Arda, y así nos lo hizo notorio nuestro reverendo Padre prefecto provincial de la provincia de Castilla, cuando de allá salimos juntamente, por lograr la ocasión de un navío holandés que pasaba á las Indias, de cuyo capitán fiamos todo buen agasajo, como después lo experimentamos, por venir recomendada nuestra asistencia del general de la marina; embarcóse el Padre viceprefecto con tres compañeros, y á pocos días de navegación fué Nuestro Señor servido de llevarse para sí al Padre viceprefecto, por haberse embarcado muy enfermo; el Padre Fray Agustín de Villabáñez, el Padre Fray José de Nájera, el hermano Fray Cipriano de Madrid, se resolvieron á pasar al reino del Popo, que confina con el de Arda, porque aunque es verdad, como ya hemos dicho, que nuestros despachos y concesiones iban con limitación y el orden de nuestros superiores, que de no tener aquello efecto nos volviésemos á España, no obstante, se valieron de la presunta, pareciéndoles lo tendrían por bien, y así con santo celo pasaron á probar fortuna fiados en la Divina Providencia y en las asistencias de su piedad, y nosotros proseguimos nuestro viaje á las Indias, donde embarcándonos en un navío español fué Nuestro Señor servido llegásemos á España, donde al presente nos hallamos en nuestra provincia de Castilla.

XXXI

RELACION

DE LAS FIESTAS DE TALAVERA, LLAMADAS MONDAS.

A la parte oriental de Talavera, nobilísima villa, orillas del caudaloso Tajo, en un ameno prado, de que tomó el nombre, está la ermita de la Madre de Dios del Prado, distante de la villa setecientos pasos. La puerta principal de la ermita está á la parte de Poniente, con un pórtico de seis arcos de ladrillo, que cargan sobre columnas de piedra; á los dos lados de la puerta hay dos muy hermosas ventanas de reja; desde ellas se ve el altar mayor, donde está la imagen, que sirven para hacer la veneración; la fábrica de la iglesia es de tres naves: el cuerpo viejo tiene de largo, desde la puerta hasta la capilla, que es la obra nueva, ciento treinta y dos pies geométricos; el ancho es de noventa y un pies; á los pies de la iglesia, encima de la puerta por la parte de adentro, está fabricado el coro; están cubiertas las naves de madera de pino hermosamente labrado y guarnecido á lo moderno; tiene cada nave seis arcos y siete columnas de piedra sobre que cargan, de diez y seis pies de alto y dos de grueso; la nave principal tiene de alto hasta el asiento de las maderas, cincuenta pies, y las dos de los lados á treinta. Está toda la iglesia chapada de azulejos, altura de ocho pies; en las dos naves,

en la parte superior, están dos puertas, una enfrente de otra, que salen al prado, una á la parte del Norte y otra al Mediodía. La capilla nueva que se ha hecho, púsose la primera piedra el día de San Pedro del año 1649, habiendo precedido una misa muy solemne; alarga demás del cuerpo de la iglesia, en la nave principal, ochenta y dos pies, de suerte que tiene de largo desde la puerta principal hasta la media naranja, pared del presbiterio, doscientos catorce pies; tiene un crucero de noventa y un pies; en medio forma una media naranja de treinta y seis pies de hueco, con altura de arcos torales; luego un cuerpo ochavado que carga encima de los arcos, y encima del ochavo la media naranja, cubierta por de fuera de pizarra; encima de la naranja una linterna de doce pies de ancho, con ocho ventanas de vidrieras y en el remate un florón; tiene de alto desde el suelo al florón, ciento cuarenta y cinco pies, y por la parte de afuera, con bola y cruz, ciento noventa; tiene veinte ventanas con vidrieras y cuatro balcones de hierro que sirven de tribunillas. Además del largo que tiene el cuerpo de la iglesia y capilla mayor, corre el camarín detrás del presbiterio; su forma es de óvalo, con veintiún pies de hueco por lo más angosto y por lo más largo veintinueve, y cuarenta de alto; tiene media naranja, y la linterna con ocho ventanas de vidrieras; debajo del camarín hay otra pieza muy linda también de forma de óvalo, para comunicación de dos cuartos que á los lados del camarín y presbiterio, por la parte de afuera, han de servir de hospedería, y cada cuarto tiene cuatro piezas, dos en el primero suelo y dos en el segundo; la una de estas piezas ha de servir de sacristía; hoy, que son 19 de Mayo, está acabada esta obra, menos la yesería de blanco, que falta desde los arcos torales al suelo; estáse trabajando en ello y estará todo acabado para el mes de Mayo del año que viene de 1669.

Al pie de la nave de mano izquierda, está una puerta

por donde se entra á una pieza, y de ésta se sale á la plaza, que se compone de cuatro ángulos: el del Norte es de doscientos veinticuatro pies, con catorce arcos en el segundo suelo, que miran á la plaza, y tres que miran al prado, porque uno quita la torre de las campanas; en el primero suelo hay cinco; los dos que están casi en medio del ángulo dan entrada á una puerta que viene del prado; como se entra por esta puerta, á mano izquierda, hay dos piezas que sirven de hospedería, harto capaces, con cuatro ventanas á la plaza; á la mano derecha está el cuarto del sacristán; en el primer suelo tiene cuatro piezas y cuatro ventanas de reja muy lindas que salen al prado; en este ángulo, arrimada á esta vivienda, está una capilla de San José, con puerta á la plaza, y una ventana de reja y otra ventana al prado; en este ángulo hay una escalera por donde se sube á los arcos del Norte, al cuarto del capellán y á los arcos de la ventana. El ángulo de Levante tiene doscientos cuarenta pies; catorce arcos en el primero suelo y otros catorce en el segundo; está en este ángulo la puerta de la pieza por donde se sale de la iglesia; más adelante, hacia el Mediodía, está una puerta que da entrada á un jardín; más adelante de esta puerta, la vivienda del santero con tres piezas; más adelante el hospicio de los pobres, que son dos piezas, que la una es muy capaz, con chimenea, y la otra dormitorio; en este ángulo está el cuarto del capellán en el segundo suelo, con tres piezas, que la una tiene ventana á la iglesia y las dos al jardín. El ángulo del Poniente tiene ciento ochenta y cuatro pies, catorce arcos en el primero suelo y otros catorce en el segundo, con otros tantos que en el suelo alto salen al prado; tiene dos puertas que miran á Talavera, y por una de ellas entra la leña que se ofrece y los caballeros á correr; en los dos extremos de este ángulo están dos torrecillas muy hermosas, de media naranja su cerramiento, y linterna con ocho ventanas; en el cuerpo bajo de la lin-

terna hay cuatro arcos, que corresponden á los altos del ángulo; estas dos torres, son dos cajas de escalera por donde se sube á estas galerías. El ángulo de Mediodía está por hacer; es del largo del del Norte. En medio de la plaza que forman estos cuatro ángulos, hay un pozo de agua dulce para el servicio de los que moran en esta ermita. Es patrono de esta ermita el Ayuntamiento de Talavera, que nombra cada año un alcalde con el título de la ermita, que conoce de las causas de ella, un capellán y un mayordomo y escribano; el alcalde pone sacristán y santero que cuida de la limpieza de la ermita y de encender las lámparas, que son veinticuatro, de plata. Es de esta ermita el derecho de los ganados mostrencos de la villa y tierra, y de lo que procede se amasan doce fanegas de trigo, que son las que se amasan de panecitos. El arzobispo de Toledo Don Pedro Tenorio, dejó en esta ermita una memoria de una misa cada sábado, cantada, que se dice á una hora salido el Sol; cumple esta memoria el cabildo de curas y beneficiados, que todo pleno acude á decirla y á oficiarla; es memoria muy ilustre por serlo tanto el cabildo y de tanta autoridad y posición; en fin, memoria de un tan gran príncipe; acuden á esta misa por devoción los ministriles de la Colegial. Don Antonio Mateo de Meneses fundó otra capellanía, y otra Don Hernando de Meneses, entrambos caballeros muy ilustres, naturales de esta villa; otra fundó el licenciado Fernando de Arroyo, vecino de Cebolla.

Para inteligencia de lo antiguas que son las fiestas que la nobilísima villa de Talavera hace á la imagen de la Madre de Dios del Prado, celebrando los desposorios castos con San José, diré que tuvieron principio de los fenicios, que vinieron á España doscientos veintidós años antes de la venida al mundo de Jesucristo Señor Nuestro; éstos, pues, movidos, ya de su celo, ya convidados del sitio (uno y otro sería, pues como dice Marco Tulio, esta nación fué quien

dió principio á la supersticiosa adoración de Ceres) labraron un templo adonde está hoy el muy suntuoso de la Madre de Dios, á quien llamamos del Prado; en él, pues, colocaron las imágenes varias de Júpiter y Palas y también la de Ceres; consagraban culto á los desposorios de los dos, Palas y Júpiter, con festivos aplausos, el día 20 de Abril, ó porque en este día tuvo principio la fundación de Roma por Rómulo, á quien criaron en los pastoriles albergues de la diosa Palas á quien veneraban en este templo, ó por tener más ocasión el júbilo y provocar más á fiestas el tiempo, y por eso más regocijadas, no sólo de la gente de la villa, sino que de los que venían de los pueblos de la comarca á ofrecer á este templo, como al más principal, ricos y preciosos dones; traían también corderos, colmenas; corrían, luchaban y bailaban en el templo; venían á él doncellas vestidas de una vestidura blanca y coronadas de guirnaldas de flores las cabezas; sobre ellas traían unas cestas, y en ellas los libros en que estaban escritos los misterios de sus diosas, como lo dice Martín del Río, alegado del Teócrito; hacíase en este templo un muy célebre sacrificio en el cual quemaban veintidós toros, y para esto traían mucha cantidad de leña en carretas y cargas cubiertas de ramos de flores y hierbas olorosas, y mientras duraban estas fiestas, que eran quince días, á quien llamaban *Mundas*, como dice Virgilio en estas palabras:

Et hic munda Ceres.

Ardían en el templo muchas lámparas; el día que se daba fin, repartían los sacerdotes las cenizas de los toros y algunas partes de las carnizas, como reliquias y cosa sagrada; así lo dice el reverendo Padre Fray Andrés de Torrejón, religioso de la Orden de San Jerónimo y prior del convento de Santa Catalina de esta villa de Talavera, en un libro manuscrito que está en la librería de dicho

convento; duraron estas fiestas gentílicas y supersticiosas y adoración de estas falsas y mentidas diosas, hasta el año de nuestra Redención de 601, que el rey Liuva, hijo del rey Flavio Recaredo, con celo cristiano mandó quitar los ídolos y derribar el templo; fabricó nueva y suntuosa ermita y en ella colocó la imagen de Nuestra Señora de la Madre de Dios del Prado; así lo dice Julián Pérez, arcipreste de Santa Justa de Toledo, que escribió un tratado de las treinta ermitas más célebres de España; escribió por los años de 1079, y pongo aquí sus palabras por ser de tanta autoridad y crédito: *Eremitorium Sanctæ Mariæ de Prado in suburbio Talabricensi, a Liuva Rege conditum, a Sancto Illefonso in precio habito, ubi prius dicitur fuisse Deæ Palis edicula; hanc urben nunc Delboram nunc vocant Aquensem, ubi ex antiquo coluntur Sacræ Virginis Sponsalia cum sponso suo Patriarcha Josepho.* Es la imagen escultura del tamaño de una tercia; el Niño al lado izquierdo, hecho de escultura, en el bulto de la misma imagen, que es morena de rostro, y el del Niño también, ambos pequeños; visten á esta imagen con bastidor, que la hace del tamaño de una vara; está puesta sobre una peana de plata de martillo, y en ella esculpidas las armas de Talavera; trono de plata adornado por de fuera de rayos y serafines, y dos ángeles de bulto pendientes en el aire, y por la parte de adentro otros cuatro ángeles también en el aire. Sábese por tradición, que San Pedro príncipe de los Apóstoles, trajo esta imagen cuando vino á España desde Antioquía; dudan algunos el que San Pedro viniese á España; véase al Padre Juan de la Puente, religioso de Santo Domingo, y al Padre Jerónimo de Quintana, en el *Origen de la imagen de Atocha*, en el folio 7 hasta el 9, donde dice: «Vino San Pedro á España el año de 50;» el Padre Antonio Quintanadueñas, de la Compañía de Jesús, en *Los santos de Toledo y su arzobispado*, en las *Vidas de los santos mártires Félix, Fortunato y sus compañeros*, naturales de Tala-

vera, en el folio 140 dice estas palabras: «Se reconoce por patrona á la que lo es general del universo, la Emperatriz del cielo, venerada con el título y en la imagen de Nuestra Señora del Prado, que es tradición trajo á España cuando la ilustró con su presencia, el príncipe de los Apóstoles, San Pedro.»

Colocada la imagen en el templo donde hoy está, se continuaron las fiestas, baptizándolas á los desposorios de María Santísima Señora nuestra; corríanse veintidós toros; ofrecíanse corderos, leña y muy grandes y hermosos cirios, como se dirá adelante que se trate de las ceremonias de las fiestas; duraron éstas continuadas en los años, con diferentes regocijos, sin que faltasen los cirios de los lugares, toros, carreras y *mondas*, hasta que el año 1507 se votaron, suplicando á esta imagen librase á los vecinos de esta villa de una enfermedad contagiosa que padecían; este año no se pudo hacer la escriptura del juramento que habían hecho, de hacer y continuar estas fiestas, por el contagio que corría; pero el año de 1515 se volvieron á votar estas fiestas, y otorgaron escriptura del voto ante Sancho Fernández, escribano de Ayuntamiento; la razón que tuvieron para hacer el voto y escriptura, fué el dicho contagio y también ver unas fiestas tan antiguas que de tiempo inmemorial se habían hecho; estaban algo resfriadas y tímidos los ánimos por esta razón, y porque no se hallaba la escriptura que en aquellos tiempos se haría para la institución de estas fiestas, y sólo quedó la memoria de ella en los antepasados y así vino de unos en otros hasta los que entonces eran, haciendo y celebrando las fiestas siempre de una misma manera, y así se juntaron en la iglesia colegial de esta villa, en la capilla de San Sebastián, y votaron las fiestas, canónigos, curas y beneficiados del Ayuntamiento de Talavera; pongo aquí los que se hallaron presentes: por la Colegial, Juan Martínez de Mariana, deán y vicario general de esta villa; Ruiz Díaz de Cervantes,

chantre y canónigo; Fray Martín de Alcalá, Gonzalo de Encinas, Gonzalo Gutiérrez de Olmedo, Fray Martín de Montealegre, Diego Sánchez, Juan Martínez del Iller, Francisco de la Costana; por las parroquias, Luis Martínez, cura de San Pedro; Alonso de Porras, beneficiado en San Clemente y teniente cura en San Salvador; Pedro de Ahada, cura de San Miguel; Francisco de la Costana, cura de Santa Leocadia; Gabriel de Herrera, beneficiado de San Miguel; Juan Rodríguez, beneficiado de Santiago; Diego de la Fuente, beneficiado de San Salvador. Estos fueron los curas y beneficiados que se hallaron presentes con los canónigos; y los que se hallaron por la villa, son como se siguen: el licenciado Juan Ortiz de Zárate, corregidor; Gutiérrez Gómez de Toledo, alcalde mayor; Diego Terrón, Antonio de Caravajal, Diego de Meneses, Bernardino de Meneses, el licenciado Arellano, regidores; acordóse en esta junta, que se publicasen las fiestas el Domingo de Ramos en el sermón de la iglesia mayor, para que viniese á noticia de todos y jurasen de guardarlas para siempre; y porque concurriese todo el pueblo, se mandó pregonar por el vicario que pena de excomunión todos acudiesen el Domingo de Ramos al sermón á la iglesia mayor, y el corregidor mandó también pregonar fuesen todos, pena de seiscientos maravedís; llegado el Domingo de Ramos, que fué el día 1.° de Abril año de 1515, el Padre Fray Diego de Hoyos de Castro, religioso de la Orden de San Francisco, después del sermón publicó el voto que se había hecho, y sacando un crucifijo, el pueblo todo levantó las manos y hizo el juramento de hacer las fiestas y guardarlas para siempre, conservando las ceremonias.

Continuáronse, vuelvo á decir, las fiestas después de votadas, con aquellas ceremonias que en todo se guarda, hasta el año de 1538, que un hijodalgo de esta villa, llamado García Fernández, hijo de Juan de Talavera, pariente muy cercano del arzobispo de Granada, Fray Her-

nando de Talavera, que era muy devoto de estas fiestas, deseando se hiciesen con majestad y alegría, y para excusarlos de los muy supérfluos gastos que los caballeros hacían, procurando cada uno ser el primero en la gala y lucimiento de su persona, y viendo que entre los caballeros no había cosa asentada ni estatuída, propuso se hiciese una hermandad que se llamase de la Caballería de Nuestra Señora del Prado, porque de ese modo hubiese entre ellos orden de celebrar las fiestas; comunicólo con algunos de los que solían ser de fiestas, y pareciéndoles bien á todos, se juntaron en forma de Congregación el día 29 de Enero de 1538 y hicieron escriptura los que se hallaron presentes, y por haber sido acción tan ilustre y que se ha continuado hasta el día de hoy y que se continuará, he querido poner aquí sus nombres, porque se sepa quiénes fueron los que dieron principio á esta Caballería y Hermandad: Honorato de Caravajal, Fernando Alvarez de Meneses, el comendador Bernardino de Albornoz, Fernán Beltrán Gaitán, Juan de Salcedo, Alonso Guillén, Diego de Montenegro, Esteban de Madrigal, Baltasar de Vega, Diego de Nava, Gabriel de Vega, Cristóbal Pérez, Antonio Núñez de Pedraza, Rodrigo de Aguirre, Diego de Cepeda, Alonso Gregorio, García Fernández, Miguel de Bazán, Alonso de Torres, Gonzalo Gregorio, Alonso Vázquez, Diego López de Adrada, Rodrigo Díaz de Avila, Alonso Suárez de Caravajal, Pedro Vázquez, Diego Barco, Bartolomé de Montalvo, Juan de Torres, Agustín de Haro, Luis de Maldonado y Martín de Salazar, obligándose á celebrar las fiestas de los desposorios de Nuestra Señora de la Madre de Dios; pusieron por ordenanza, entre otras que hicieron, que se vistiesen de paño blanco y azul, marlota blanca, y el capellar azul con toca de plata; ordenaron que el lado izquierdo del pecho le adornasen con una tarjeta en que estuviese bordada la imagen de la Concepción de Nuestra Señora; que ninguno de los her-

manos pudiese ponerse otra gala ni vestido, permitiendo sólo que el brazo derecho se pudiesen vestir con rica manga; que cada año se juntasen el día de la Anunciación de Nuestra Señora, y hiciesen á uno de los hermanos cabeza con el título de hermano mayor; pusieron de pena al hermano que faltase á las fiestas ó excediese, dos ducados (poca pena para tanto gasto). Llegado el día de la Anunciación de aquel año, se juntaron conforme á la ordenanza y eligieron á García Fernández, que fué el primero hermano mayor que tuvieron las fiestas, que son como se siguen. Cada año este día de la Anunciación, por la tarde, se toca una campana en la iglesia mayor, á cuya señal se juntan los caballeros hermanos de la cofradía ó hermandad de Nuestra Señora del Prado, que todos han de ser caballeros hijosdalgo, presente el corregidor, que también es hermano, y eligen entre sí hermano mayor, el cual ha de llevar aquel año el pendón de la ermita en las fiestas; este día también se reciben á los que pretenden ser de esta hermandad. En el primer ayuntamiento que hace la villa pasado el Domingo de Ramos, nombra un caballero regidor, á quien llaman *torero*, porque ha de comprar los toros que han de correr aquel año, en compañía de un señor canónigo que para este efecto le nombran también en el cabildo; sábese ya el regidor que ha de ser torero, porque le toca por turno, empezando desde el más antiguo, de suerte que viene á ser de los modernos el más antiguo. El primero día después de Resurrección, el ayuntamiento asiste en la Colegial á la misa mayor, y antes de acabarse avisa el pertiguero al caballero *torero*, de que es hora, y entonces va acompañado del escribano de la ermita al coro; llega hasta la escalerilla de en medio, donde baja el deán hasta el último paso; dale las buenas Pascuas y al cabildo, de parte de Talavera, y les convida para dar principio á las fiestas; vuelve acompañado de dos canónigos que van á dar las Pascuas de parte del cabildo

á la villa y á los caballeros hermanos que se hallan en la iglesia, y los convidan para dar principio á las fiestas; acabada la misa, se ponen á caballo, el corregidor en medio del canónigo torero que va á la mano derecha y del *torero* regidor á la izquierda; este nombre de *torero* dan también al canónigo más nuevo, comisario de fiestas; síguese luego el cura de la parroquia que aquel año da la leña (porque cada año la da una de las parroquias por turno), á la mano derecha de uno de los caballeros hermanos; los demás hermanos delante y tres pajes con tres fuentes de plata, una para el corregidor, otra para el canónigo y otra para el cura, y de esta forma pasean por la villa, sólo haciendo la ceremonia de que piden para leña, aunque antiguamente se juntaba limosna considerable; la fábrica de la parroquia da para leña cinco mil maravedís y el jurado á quien toca aquel año suple lo que falta; y es de advertir que esta villa tiene seis jurados, tres de cada estado, y al jurado más antiguo le toca un año á un estado y otro al otro; vuelven á las doce del día á la plaza del Pan, de donde salieron, y dejan á la puerta de la iglesia al canónigo y cura, y luego llaman al corregidor á su casa y luego al *torero*.

Lunes segundo día de Pascua, por la tarde, se juntan los caballeros hermanos que han de ser de fiestas, en la plaza del Pan á caballo, con ricos aderezos de jineta, y van por el corregidor á su casa y vuelven á la plaza y dan un paseo por ella al son de atabales, trompetas y ministriles que van delante; luego los ocho alguaciles que nombra el alguacil mayor y porteros de la villa; luego el alguacil mayor; luego los caballeros hermanos, el corregidor y toreros los últimos, y el corregidor á la mano derecha; acabado el paseo, que es por los cuatro ángulos de la plaza, corren por medio de ella cada hermano solo; la primera carrera es el *torero*, que en estas fiestas representa la villa; en habiendo corrido cada uno solo, vuelven á correr otra carrera pareja, por la misma orden en la precedencia

que tuvieron en la primera; corridas estas dos carreras con la misma orden que entraron á la plaza, llegan á la puerta de la iglesia mayor, donde esperan el deán, canónigos y racioneros, curas y beneficiados á caballo; allí toman los pendones de las parroquias los caballeros hermanos, y el pendón de la Colegial el *torero*, que va á la mano derecha del corregidor; luego siguen curas y beneficiados por su antigüedad; luego la Colegial, y el cura de la parroquia que da la leña en medio de dos canónigos; los últimos van el deán y el canónigo *torero;* de esta suerte van en procesión hasta la parroquia que cada año da la leña, donde el hermano mayor toma el pendón de mano del cura y lleva el lugar que le toca según las precedencias de las cruces en las procesiones; así caminan por la plaza del Comercio, Corredera, San Salvador, Nuestra Señora del Pópulo, hasta San Andrés, en cuya plaza esperan las carretas de la leña, que siguiendo al acompañamiento que va por ellas, vuelven por la calle de San Andrés y por la puerta de Mérida, por medio de la plaza del Pan á San Pedro, calle de la Zapatería, puerta de Toledo, á la Santísima Trinidad, á San Juan Baptista, y por el Humilladero llegan á la ermita de Nuestra Señora del Prado, donde hecha oración y dejando la leña vuelven por San Joaquín, calle del Sol hasta la puerta de la iglesia mayor, que corresponde á la plaza del Pan; aquí se quedan los canónigos y pendones, excepto el de la parroquia que da la leña, que todos los demás le acompañan hasta su iglesia y el canónigo *torero* que lleva al cura á la mano derecha; esto de obligación, que de cortesía suelen acompañarle hasta su casa, donde los regala y de agasajo de dulces ha pasado á cena suntuosa; los caballeros hermanos, desde la parroquia llevan al corregidor á su casa y luego al *torero*. El martes por la mañana (es éste el día de mayor grandeza que tiene la ermita), vienen los lugares que se expresarán abajo, con su ofrenda, que son unos ci-

rios grandes que trae una persona de aquel lugar en los brazos, y en el cirio un rótulo que dice el lugar que le trae; vienen los lugares (sin que en esto haya precedencia) á voz de pueblo y concejo, á hacer cierto reconocimiento á la Virgen Santísima, patrona soberana que es de esta nobilísima villa de Talavera, como venían en la gentilidad al templo dicho de Palas; en esta manera viene el cura y sacristán con sobrepelliz, cruz y manga y pendón; el alcalde con vara alta, oficiales del Concejo, y los más vecinos, así hombres como mujeres, al son de tamboril vienen desde Talavera en procesión cantando la letanía; llegan á la ermita, cantan la salve, ofrecen el cirio, que es el tributo que pagan á esta ermita, y se vuelven; á la puerta de la ermita que mira al Norte están los atabales, chirimías y clarines de Talavera, que les hacen la salva, y la nobleza de Talavera les acompaña, saliendo á recibirles desde la puerta de la ermita hasta el Humilladero, y algunas veces más y menos. Vienen todos los lugares desde las nueve de la mañana hasta las doce, y son los que vienen los siguientes: Mejorada y Segurilla, villas del conde de Oropesa, traen *monda;* Gamonal trae cirio, Peña del Cuervo cirio, Lusilos trae cirio, Illán de Vacas trae cirio, Pepino trae cirio, Brugel trae cirio, Calera trae cirio, Santa Cruz cirio, Villanueva cirio, Herencias trae cirio, Cazalegas trae *monda*, Chozas trae cirio, el Casar trae cirio. Este día por la tarde se ofrecen dos muy grandes cirios, uno la parroquia de San Andrés y otro la ermita de San Juan Baptista; será cada uno de más de seis arrobas; hay dos personas á quien llaman mayordomos de cada cirio; asimismo hay otros dos mayordomos que cuidan de la leña que se ofrece con estos cirios; éstos piden los Agostos á los labradores, y de lo que juntan ofrecen estos cirios, y lo que sobra, que suele suceder, lo aplican y ofrecen para obra de la ermita ó algunos ornamentos que son necesarios; estos mayordomos se nombran cada

año; tiene el primero lugar el cirio de San Andrés, si llega con tiempo á la plaza del Comercio, que si no no hay precedencia. Luego, después de mediodía, se juntan en esta parroquia y ermita mucho número de gente, así hombres como mujeres; á las puertas están los cirios y leña; dentro de los templos se forman bailes que duran hasta que es hora de llevar la ofrenda, que se hace de esta suerte: uno de los mayordomos toma el pendón; á éste siguen y acompañan gran multitud de gente, unos obligados del convite, otros del celo y otros de lo festivo; á este tumulto grande sigue el cirio; delante de él muchos corderos de diferentes ganaderos, que vienen en un carro que tira un par de bueyes, que para ello buscan los más hermosos que se hallan; á éstos adornan las testas y astas de varias y hermosas cintas, ponen ricos collares llenos de cascabeles y campanillas de plata; á este carro del cirio siguen los de la leña, precediendo el primero que llegó al templo donde está el cirio; á los carros de la leña, que son ordinariamente los que lleva cada cirio cincuenta, siguen las cargas, que también suelen ser doscientas, pocas más ó menos; van enramados, carros y cargas, con ramos floridos y olorosos. Sale el de San Juan de su ermita; viene por la Trinidad, por los Alfahazes; entra por la puerta de Zamora; va por Santiago y calle de Mesones hasta la plaza del Comercio; de allí va por la calle de la Zapatería, Puerta de Toledo, calle de la Estafeta; sale al prado, y por él á la ermita. El de San Andrés viene á San Salvador, y por la Corredera á la plaza de Comercio, calle de la Zapatería, Puerta de Toledo, San Juan, y á la ermita; vuelven los mayordomos, habiendo dejado el cirio y leña con el pendón, adonde salieron, y en agradecimiento dan dulces y muy buena limonada á los que les han acompañado. Esta leña se ofrece (aunque en mejor) en memoria de aquélla que la gentilidad traía, que si aquélla servía para la hoguera en que quemaban los brutos, veintidós degollados, ésta sirve

de abrigo á los pobres que en el riguroso invierno se acogen á la ermita.

El Domingo de Cuasimodo por la tarde, á la misma hora que los antecedentes, ofrecen otro cirio como los dos de San Andrés y San Juan, los vecinos de esta villa que son gallegos de nación, que son muchos y todos pobres trabajadores de campo, aunque ricos en el afecto y devoción á esta milagrosa imagen. Para mayor festejo de su cirio hacen y forman una lucida compañía de infantería, nombrando capitán, alférez y demás oficiales, sin permitir que en esta cofradía (llamámosla así por estar ya perpetuada esta fiesta) se mezcle castellano alguno. Pasea el lugar este día muy lucida esta nación en escuadrón, los arcabuces al hombro, hacen salva y abaten la bandera siempre que se ofrece la ocasión precisa de cortesía. Vienen, pues, con el cirio esta tarde, desde la ermita de la enramada del nombre de los Santos Mártires, hermanos Vicente, Sabina y Cristeta, naturales de esta villa, que parte de sus cuerpos está hoy en la iglesia Colegial de esta villa, en la nave del Evangelio, en la capilla de los *Linajes*, donde se colocaron el día 26 de Junio del año 1667, con gran pompa y célebre aplauso. Hace esta nación un ofrecimiento de maravedís á Nuestra Señora, que se aplica para la obra ó gastos de su ermita; suele ser la cantidad considerable. Vienen, digo, desde la enramada á la puerta de Zamora, Santiago, calle de Mesones, plaza del Comercio, calle de la Zapatería, Puerta de Toledo, la Trinidad, San Juan y por el Humilladero á la ermita; ofrecen su cirio y leña, que es como los dos precedentes; lleva este cirio por insignia el hábito de Santiago, como los otros el de San Juan y el aspa de San Andrés. El lunes siguiente se pasean también en escuadrón.

El jueves siguiente al Domingo de Cuasimodo, se encierran al salir del Sol cuatro toros en la plaza de la ermita de la Madre de Dios del Prado; hay luego como se hace

el encierro, muchos almuerzos en aquel prado y alameda, que también es parte de fiesta; llaman á estos almuerzos *asar;* el caballero *torero* suele convidar á almorzar en su casa á los caballeros que se han hallado en el encierro y á otros de su obligación, y siempre los vaqueros. Por la tarde se juntan los caballeros hermanos en casa del *torero,* con lucidos y ricos vestidos negros al uso español, plumas en los sombreros, borceguíes y zapatos de baldés blanco; van á la jineta con muy lucidos y vistosos aderezos, y hermosos cuanto generosos caballos; desde allí van todos en casa del corregidor, y desde allí á la ermita, con esta orden: los atabales delante, luego clarines, luego los ministriles; á éstos siguen los alguaciles dichos en el segundo día de Pascua; luego cuatro alabarderos á pie que acompañan al alguacil mayor estos días festivos; luego el alguacil mayor con vara alta, y también la llevan los alguaciles; síguense luego los hermanos de dos en dos, el último el caballero *torero,* que lleva á su mano derecha el corregidor, como no vaya el hermano más antiguo, que si éste quiere ir, va el corregidor en medio y al lado derecho el torero; de esta suerte entran en la plaza, y habiendo dado la vuelta dejan al corregidor en los arços que están determinados para la vuelta, que están en el ángulo del Norte; salen de la plaza y vuelven á entrar corriendo los caballeros hermanos arrimados al ángulo del Norte, y cada uno de por sí; habiendo entrado corriendo, vuelven á salir corriendo por la misma carrera y con la misma precisión que habían entrado, siendo la primera carrera del *torero,* no siendo el corregidor de fiestas, que si lo fuere, será el primero que corra; los demás corren según se dejan vencer en cortesía; vuelven á entrar corriendo de dos en dos y vuelven á salir también corriendo; apéanse en corriendo las cuatro carreras, y acomodados en tres arcos que tienen también en el ángulo del Norte, se empiezan los toros; acabados, se ponen á caballo con la misma orden que

trajeron, y se vuelven, llevan al corregidor á su casa y luego al *torero*.

Viernes, para la inteligencia de lo festivo de este día, es de advertir, que de pocos años á esta parte se hace un toril junto al convento de la Santísima Trinidad ó poco más adelante, en la Puerta de Toledo, donde se encierran once toros cuando amanece ese día, y á las once se juntan los caballeros hermanos en la plaza del Comercio á caballo, con ricos aderezos los jinetes y vistosos arreos en los caballos; corren la calle de la Zapatería abajo, hermosísimo jardin de damas y ciudadanos este día, que á porfía se compiten en las galas de costosos vestidos de color y negros; las damas hermosísimas flores; unas á otras se miran y todas se suspenden como se ven tan bellas; corren, digo, los caballeros todos con costosísimos vestidos de color, valonas de puntas, plumas en los sombreros, borceguíes y zapatos de baldés blancos, desde la torre del reloj hasta el pórtico del convento de San Francisco, al son de clarines, y habiendo corrido la primera carrera cada uno de por sí, corren la segunda, que es por parejas; apéanse luego, y el que quiere ser de encierros muda caballo y muchas veces á cada carrera; luego después entran á correr vaqueros y otras personas que dan harto regocijo y que reir; vienen luego los alguaciles, alabarderos, alguacil, escribano mayor de la ermita, curas y beneficiados, el canónigo *torero* á la mano derecha del corregidor y el caballero *torero* á la izquierda; si no viene el caballero *torero*, que sucede porque no tiene que hacer en esta función, lleva el canónigo al corregidor á la mano derecha, llegan al toril y hacen la ceremonia de comprar los toros; el primero toro lo compra el canónigo para su iglesia, y allí se le da al cura de San Clemente para que le corra en su plaza; luego compra el cura de San Salvador cuatro, para que se corran en su plaza; luego compra el cura de Santa Leocadia tres para su plaza; luego el de Santiago dos, y uno el de

San Miguel; el escribano da fe de estas compras que hoy se hacen en el toril y pocos años há se hacían en un campo que está junto á la ermita de Nuestra Señora del Prado, de diferentes ganaderos que los traían allí para este objeto; llámase hoy el sitio el *Apartadero*, porque en él se compraban y apartaban los toros para encerrarlos; hoy corre por cuenta del *torero regidor* comprarlos, aunque se hace la ceremonia antigua; y hecha la compra, se van haciendo los encierros conforme la graduación de sus compras, y todos por la calle de la Zapatería hasta la Plaza, desde donde se encaminan á sus parroquias. Hechos los encierros se empiezan á poco rato los toros á correr, haciendo cada parroquia llamada con una campana porque la gente acuda, y suelen á un mismo tiempo estarse corriendo toros en dos y tres parroquias; este día, antes de las carreras, trae la *monda* la villa de Cebolla, que la lleva en procesión como los demás lugares, á la ermita desde la iglesia mayor.

Sábado, al rayar del sol, se encierran en la plaza del Pan diez toros entre diez y once del día; se empiezan á correr dos con vara larga; acabados estos dos toros, al son que es señal que hacen ministriles y atabales, se juntan los caballeros hermanos en casa del *torero* y de allí van por el corregidor y todos en casa del hermano mayor; salen con los atabales delante; luego trompetas; á éstos siguen ministriles; luego alguaciles, alguacil mayor; luego los caballeros hermanos de la cofradía de Nuestra Señora del Prado, vestidos de azul y blanco, marlota de bayeta blanca, el capellar de sempiterna azul, turbante de terciopelo azul con toca de plata, al lado izquierdo del pecho una tarjeta en que está bordada la imagen de la Concepción de Nuestra Señora, borceguíes y zapatos como el jueves y viernes; las mangas y tahalí son de tela rica ó bordado; algunos dicen, denotan en este color de que hoy se visten, el misterio de la Concepción de Nuestra Señora; otros di-

cen representan en este traje á los moros, que en el tiempo que fueron señores de España ayudaban á festejar á esta imagen, haciendo sus fiestas con los cristianos; uno y otro puede ser, pues ni el traje y colores lo contradicen, y más si asentamos por verdad la tradición que corre de que Talavera se rindió á los moros que la tenían sitiada, debajo del pacto de que la imagen de Nuestra Señora del Prado había de estar en su ermita y que se le habían de hacer sus fiestas, prodigio grande y maravilla notable que bárbaros semejantes festejasen á esta imagen, cuando se hallaban tan lejos del conocimiento de la verdad católica; el último de todos va el hermano mayor con el pendón de las fiestas, que es de damasco blanco, todo salpicado con unas estrellas de seda azul, y en él bordada la imagen de la Madre de Dios, que lleva al corregidor á su mano derecha, y á la izquierda el *torero;* salen de esta suerte por la Puerta de Toledo á la Santísima Trinidad, á San Juan Baptista, al Humilladero y á la ermita del Prado, donde el capellán los espera revestido en el altar; el hermano mayor tiene el pendón en las gradas del altar; acabado el sacrificio de la misa, el capellán bendice el pendón; el escribano de la ermita, que se halla presente, escribe los hermanos que son de fiesta aquel año; no son tantos en éstos como eran en aquéllos, que pasaban de cuarenta. Vuelven á Talavera, pero con diferencia que si fueron á la ermita los postreros, vienen delante, el hermano mayor delante: á su mano derecha el corregidor y á la izquierda el *torero;* vuelven, digo, otra vez por donde fueron, á la puerta de la iglesia de la Santísima Trinidad y esperan sus religiosos en la calle, y uno con la capa pluvial los echa agua bendita y dicen ciertas oraciones; lo mismo hacen los religiosos franciscos de la Observancia al pasar por su puerta; llegan de esta suerte hasta la Plaza del Pan, pero no entran en ella sino los atabales, que van vestidos de librea con casacas de paño azul guarnecidas

con fajas de media grana blanca, y las mulas en que van con gualdrapas del mesmo paño también guarnecidas; tras éstos los trompetas, también con casacas del mesmo paño, sombreros blancos encintados con cintas azules y también aquéllos; luego ministriles, alguaciles, alguacil mayor; delante de éste los cuatro alabarderos á pie con lucidas libreas que les da su dueño, que es vestido de ciudadano con plumas en el sombrero, borceguíes y zapatos de baldés blanco; los alguaciles visten su traje ordinario; luego sigue el hermano mayor con el pendón, á quien lleva el corregidor á la mano derecha porque lleva el pendón de la Hermandad con la imagen de Nuestra Señora; de esta suerte dan un paseo por la plaza cerrando la vuelta; si ha de correr, pone el pendón en su balcón; si no, se está con él en la plaza el tiempo que duran las carreras; el alguacil mayor con sus ministros despeja la carrera, por donde entran de dos en dos corriendo parejas por el ángulo del Norte de la plaza, arrimados al de Poniente; entran, pues, como digo, corriendo con lanzas y pendoncillos de toca de plata, pero sin adargas; vuelven á salir por donde entraron, habiendo corrido otra carrera por el ángulo de Levante; la primera carrera es del *torero*, que va á la mano derecha del hermano más antiguo; si el corregidor de fiestas corre con el *torero*, le da el lado derecho; la última carrera es del hermano mayor del año próximo pasado; las demás carreras las gradúa la cortesía de unos y otros; vuelven á entrar corriendo otras parejas sin lanzas, y adviértase que el hermano mayor no tiene la carrera determinada, porque como eran tantos de fiestas solía correr solas cuatro carreras; y acomodados en sus ventanas cada uno con su familia, sueltan el primer toro, y si hay quien toree con garrochón, ha de entrar forzosamente de azul y blanco como hermano, y acabados los toros toman sus caballos, llevan al hermano mayor á su casa, luego al corregidor y al *torero*. Domingo por la mañana sa-

len en procesión á pie canónigos, racioneros, curas y beneficiados y demás clerecía, y los caballeros hermanos vestidos como el sábado, con velas blancas en las manos; luego el Ayuntamiento; llevan en esta procesión unas andas en que van las imágenes de María Santísima Señora Nuestra y la de su esposo San José; ésta es la *monda* que la Colegial ofrece; llega esta procesión al convento de San Francisco, que espera en la calle con capa pluvial y un altar muy aseado que hace; lo mismo hace la religión de la Santísima Trinidad; pasan hasta el Humilladero, se descubren todos hasta la ermita, porque se cree piadosamente que un religioso francisco descalzo que se llamaba Fray Miguel de Serradilla, que murió en opinión de religioso ejemplar de edad de noventa años y está enterrado en el convento de San Andrés del Monte, estando mirando desde la ventana de su celda, que por estar cerca del río la podía ver, esta procesión, vió salir á Nuestra Señora del Prado desde su ermita hasta este sitio del Humilladero á recibir á sus devotos, cofrades y caballeros; con devoción y celo grande por cierto se debían de hacer entonces estas fiestas pues tal favor les hizo la Madre de Dios; llegados á la ermita, ponen las andas en un altar que para ello se hace dentro de la capilla de Nuestra Señora; los caballeros hermanos en bancos; junto al altar el Ayuntamiento; más abajo luego el cabildo y clerecía; la misa dice la Colegial, y al tiempo del ofertorio ofrecen los caballeros las velas (y no otro nadie), haciendo tres reverencias antes de llegar á besar el manípulo del preste, y con otras tres se retiran y vuelven á sus lugares; el primero que ofrece es el hermano mayor y luego el *torero regidor;* luego el hermano mayor del año antecedente; luego los demás por sus antigüedades; y después del ofertorio se predica un sermón á quien dan asunto el Evangelio de Nuestra Señora del tiempo pascual, que empieza *Stabat iusta crucem Maria Mater Jesu*, y el de los desposorios de María Santísima Señora

Nuestra, *cum esset desponsata Maria*, etc.; también grandezas de Talavera en sus blasones y antigüedades, y lo célebre y exquisito de estas fiestas; circunstancias todas que le hacen difícil: facilítale, empero, el buen juicio y muchas letras del predicador á quien eligen; después de acabada la misa, se trae mucha cantidad de panecitos del tamaño de una castaña, con la estampa de Nuestra Señora; y cierto que es cosa bien notable lo que sucede con estos panecitos al tiempo de cocerse, pues echándolos en el horno sin atender si el rostro cae debajo, nunca se ha visto que haya caído en el suelo, que hace borrarse aquella estampa; éstos se reparten todos los que están en el templo, que son muchas personas, y tantas que siendo tan capaz no hay nada vacío; aluden estos panecitos á aquellas cenizas que la gentilidad en este templo repartía por reliquias. A este tiempo, dentro de la plaza se reparte uno de los toros cocido, con pan y vino, á los pobres, aludiendo á las partes de carniza que de los toros sacrificados los gentiles repartían. La procesión vuelve á la iglesia mayor por San Joaquín y calle del Sol; déjanse las andas en la ermita, que, como digo, es la *monda*.

A las doce del día se empiezan á bailar las *mondas* en las parroquias de San Pedro, San Salvador, Santa Leocadia, Santiago y San Miguel, al son de la flauta y tamboril; y esto no un corro solo en una parroquia, que suele haber más, y en Santiago hay de ordinario tres; también suele haber arpa y guitarra, pero tamboril no ha de faltar; bailan las mondas todas suertes de gentes, sin que se excuse una muy gran señora de bailar en esta publicidad con un hombre de polaina y capotillo; bailan también los sacerdotes y mucho número de mujeres tapadas; báilase hasta las cuatro horas de la tarde, que el cura de la parroquia con manteo y sombrero, lleva la monda, que va en hombros de cuatro personas puesta en unas andas; llegan á la ermita de Nuestra Señora del Prado y cantan *Regina*

y se vuelven, dejando en la ermita la *monda*, que su forma es de una manga de cruz, aunque no de tanto vuelo, hecha de unos vasicos de cera de la misma forma que los de un panal, labrada tan primorosa y sutilmente que admira; los vasicos son de diversos colores, colocados unos con otros de tal forma, que en la orla de arriba forman unas letras que denotan unos de los misterios de Nuestra Señora, como Asunción, Anunciación, etc.; en medio van esculpidas también de los mismos vasicos (porque toda es de vasicos de cera), y tan bien que parecen al óleo, algunas de las imágenes de los altares de su parroquia y la de su advocación; estas *mondas* se cuelgan en la ermita en los arcos del cuerpo de la iglesia en la nave principal. Aluden en las *mondas* á aquellas cestas que las doncellas gentiles llevaban en las cabezas, cuando iban bailando al templo según los ritos de sus dioses.

A las cuatro de la tarde, se juntan los caballeros á caballo para correr ó jugar las cañas, en las casas del *torero;* desde aquí con el ordinario acompañamiento de alguaciles, atabales, trompetas y ministriles, van por el corregidor, luego por el hermano mayor; van vestidos de librea como el sábado; luego desde casa del hermano mayor van á la parroquia de Santiago, donde está el hermano *torero*, por el pendón que da el cura mayor al hermano mayor; los últimos, el cura y canónigo *torero* y cura más antiguo, van por la calle de Mesones, por la Plaza, por la Corredera, San Salvador, Carmelitas, Tintes, Puerta de Mérida, San Clemente, plaza del Pan, San Pedro, calle de la Zapatería, San Francisco, Puerta de Toledo, Santísima Trinidad, San Juan; llegan á la ermita, hacen oración y vuelven por la calle del Sol á Santiago, donde dejan el pendón y á los eclesiásticos, y van á la plaza del Pan á correr cañas; no quiero cansar en decir cómo se corren porque se ven en muchas partes de España: sólo digo que aquí quien mete paz entre las cuadrillas es el corregidor, y ad-

vierto, que aunque digo la precedencia que tendrá en estas fiestas si con hermano corriere en ella, no por esto se excusa de andar en su lugar el teniente con vara alta; acabadas las cañas van á Santa Catalina, convento de monjes jerónimos; luego á todos los conventos á regocijarlos; dan los conventos muy regalados dulces y bebidas. Hay Bula para todas estas fiestas que las confirma, despachada en Roma por Clemente VII, año de 1585, por la cual se permite encerrar y correr los toros en los cementerios de las parroquias y bailar las *mondas* y cirios en los templos.

Lunes siguiente, los lacayos, criados de los caballeros que fueron de fiestas, con las costosas y lucidas libreas que sus dueños les dieron en ellas, forman una lucida compañía de infantería y un escuadrón con velas de cera blanca, van á la ermita del Prado, oyen misa y ofrecen las velas. Con esto se da fin á las fiestas, porque ésta es fiesta también y muy devota. Ellas son tantas y tan notables sus ceremonias, que será muy posible se me haya olvidado alguna; pero las expresadas son las más notables. Otra grandeza tiene la imagen de la Madre de Dios del Prado; siempre que á esta soberana imagen la traían de su ermita á la Colegial de esta villa, que es para el remedio de alguna aflicción grande y necesidad que se padezca, el día que ha de volverse á su casa, vienen por obligación precisa que tienen, con el pendón, cruz y mangas de las iglesias de los lugares siguientes: la villa de Mejorada, la villa de Cervera, el lugar de Calera, Chozas, el Casar, Gamonal, Alcaudete, Santa Cruz, la Puebla Nueva, San Bartolomé, Las Herencias, Pepino, Cazalegas, Mañosa, Lucilos, Brugel, Montearagón, Illán de Vacas, Villanueva. Ya que se ofrece la ocasión, aunque no lo es ésta, de contar milagros, no me tengo de negar á un prodigio tan notable, como es, que luego como la imagen de Nuestra Señora sale de su casa para venir á esta villa,

que siempre es por la tarde, aunque no tanto que no haya dos y tres horas de sol, se parece en el cielo una estrella que sigue á la imagen, y todos los que se hallan en la procesión, sin que ninguno deje de verla, dicen que permanece todo el tiempo que la imagen está en la iglesia mayor, encima; no la he visto porque no he hecho el reparo, porque no es tan fácil de verla por el estorbo de los edificios; pero el salir con la imagen hasta la iglesia mayor, es tan continuo que nunca se ha visto faltar.—Fin.

«*Señor Don Lorenzo Fajardo.*

»Señor mío: mándame vuestra merced por su carta de 17 de Abril, le invíe razón de la imagen de Nuestra Señora del Prado, qué año se le hizo templo y qué año tuvieron principio las *mondas*, y de todas las grandezas de estas fiestas; y son tantas, que es imposible expresarlas todas; las más esenciales son éstas y las más ciertas.—Guarde Dios á vuestra merced.—Talavera y Mayo 19 de 1668 años.—*Don Juan de la Peña Terrones.*»



NOTAS

Relación I

La reina Doña Juana fué hija de Juan II de Aragón, y hermana, por consiguiente, de Fernando el Católico. Primeramente se concertó el matrimonio de dicha infanta con Don Fadrique, hijo de Don Hernando, rey de Nápoles, quien daba á Don Fadrique el principado de Rosano, el marquesado de Corrón y 25.000 ducados de renta; intervinieron en este asunto Don Galcerán de Requesens, conde de Trivento, y Antonio de Tricio, embajador del rey de Nápoles (1).

Después de esto cambió de parecer Don Hernando, y en el año 1474 envió á Barcelona, donde á la sazón se encontraba Juan II, dos embajadores, que fueron Antonio de Tricio y el abad de Ruffo, para que en su nombre pidiesen la mano de Doña Juana: casóse con ésta el día 5 de Octubre del año 1477 y le señaló 20.000 ducados de renta en las ciudades de Teano, Sulmona, Venafra y otras; los 100.000 florines que según antigua costumbre se daban á las infantas de Aragón, se dedujeron de 200.000 doblas que debía á Juan II (2). Doña Juana era hermosa y discreta en extremo. Don Hernando murió el año 1494; sucedióle en el trono su hijo Alonso II, coronado como rey de Nápoles el 8 de Mayo del mismo año. Dejó además una hija llamada Juana, la reina moza de que habla la Relación; fué prometida en matrimonio por el Rey Católico al duque de Calabria el año 1502, con objeto de llegar á una transacción, y tuvo lugar en Nápoles á 14 de Septiembre de 1511; asistieron á las bodas nada menos que cuarenta obis-

(1) Zurita, *Anales*, lib. XVIII, cap. 46.
(2) Zurita, *Anales*, lib. XIX, cap. 10.

pos; así consta de un manuscrito intitulado *Delle cose di Napoli scrito per Giuliano Passaro*, propiedad del colector de este libro. El 10 del mismo mes se verificó la coronación de Doña Juana. Celebráronse el 18 aparatosas fiestas.

Acerca de la embajada que envió Enrique VII de Inglaterra á las reinas de Nápoles, hija y madre, escribe el célebre historiador Lingard las siguientes palabras: «Si el llanto de Enrique por la muerte de su mujer fué sincero, también fué corto, y pronto pensó en unas bodas ventajosas. Decíase que el último rey de Nápoles había dejado á su viuda inmensas riquezas, las que atrajeron el ánimo del monarca inglés, el cual, con pretexto de entregar á la reina de Nápoles una carta de la princesa de Wales, Doña Catalina, envió una comisión de tres gentileshombres para que la visitaran; éstos, en el relato que hicieron de su cometido, alabaron las prendas que enaltecían á Doña Juana (hija); mas daban á entender que el Rey Católico no cumplía el testamento de su predecesor. La pasión de Enrique se extinguió al momento y puso los ojos en otra viuda rica, la duquesa de Saboya (1).»

Después que James Marsin y sus compañeros estuvieron en Valencia, se dirigieron á Segovia, donde entonces se hallaba el Rey Católico, y llegaron el 14 de Julio del año 1505. En la relación que hicieron de su visita á Don Fernando, hay algunas noticias que ilustran y completan las contenidas en las que publicamos. Afirman que Don Fernando tenía interés sumo en que Doña Juana, hija de la reina de Nápoles, se casara con Enrique VII, como se ve por este pasaje:

«Entenderá Vuestra Majestad, que antes de nuestra venida á Valencia, muchos allí decían que el casamiento era concluído entre Vuestra Majestad y la moza reina de Nápoles; nosotros inquiríamos de dónde primeramente este dicho procediese, á lo cual nos respondía uno que se llama Pastorell, que fué napolitano y boticario de las reinas de Nápoles, el cual dijo que el rey de Aragón secretamente había enviado á las dichas reinas dos frailes descalzos, los cuales por el mandado del rey,

(1) *History of England*, tomo III, pág. 334: edición de Baudry, 1840.

movieron la causa para Vuestra Majestad, á los cuales la vieja reina respondió que ella determinaba de estar con el rey su hermano, y que entonces ella le había de dar tal respuesta que le contentaría. En veintiocho días del mes de Julio, la vieja reina de Nápoles llegó á la ciudad de Segovia, y el rey el día antes subió á caballo y la encontró cinco leguas de la ciudad en una aldea, y así vinieron en compañía á la dicha ciudad, y la reina fué alojada en el castillo, al cual venía el rey tres días después para conferir con la reina su hermana, y como se dice comunmente, la principal causa fué acerca del casamiento de Vuestra Majestad, y allí el rey posaba dos noches, y en un domingo á la mañana se volvió á su propia casa y no muy contento con algunas cosas que habían pasado entre la reina y él; como nosotros pudimos percibir y entender, la dicha vieja reina quiere tanto á su hija la reina que no se puede abstener de su compañía, y mucho solicitan los napolitanos que la moza reina se case con el duque de Calabria para que él estuviese de rey de Nápoles, á lo cual la vieja reina está mucho inclinada, porque ella conosce aquella tierra y tiene en ella posesiones.»

De esto se desprende que no agradó á Doña Juana el matrimonio de su hija con Enrique VII. Sin embargo, los ingleses mitigaban el dolor de la repulsa con las frases de esperanza que oían de algunas personas, y así escriben:

«El secretario [Almazán] dijo:—Bien sé la causa por la cual estuvísteis en Valencia. Verdad que todas las mujeres son un poco extrañas al primero; con todo esto, después están reformadas, y así serán éstas reinas, porque si la reina moza estuviese aquí [en Segovia], tendríades el retrato para llevarle con vosotros; y si acaso hubiésedes venido primeramente por aquí, el rey mi señor hubiera mandado que diesen á vosotros el retrato y otras cosas que quisiésedes.»

Según consignan los ingleses, algunos cortesanos proponían al Rey Católico que se uniera en matrimonio con su sobrina Doña Juana, á lo cual nunca se inclinó.

La Relación que publicamos está copiada del Ms. de la Biblioteca Nacional, *I*-325, y contenida en 16 hojas en folio, letra del siglo XVII.

Probablemente, dicha Relación está traducida de un texto

inglés por quien no conocía bien el castellano, y así no son de extrañar las construcciones impropias, barbarismos y otros vicios del lenguaje que en ella se echan de ver.

Relación II

Las relaciones de España con Inglaterra durante el principio del siglo xvi, fueron muy íntimas, y á ello contribuyeron los reyes de ambas naciones, concertando matrimonios tales como el de Enrique VIII con Doña Catalina de Aragón, y el del príncipe Don Carlos con Doña María, hija de Enrique VII, en el año 1508 (1); ésta contaba entonces doce años, cuatro más que su prometido. Cuando el príncipe cumplió los catorce de su edad, exigió el monarca inglés la ratificación de las bodas, que por haber sido contraídas entre impúberes no eran válidas sin este requisito, á lo cual se negó el Rey Católico, alegando varios pretextos. En el año 1514 casó Doña María con Luis XII, de quien enviudó muy pronto y no tuvo sucesión. Es curioso lo que sobre esto escribe el insigne humanista Pedro Mártir de Anglería, con el desenfado que le caracteriza:

«No tardará Caronte en cargar su barca con dos grandes reyes, víctimas ambos de la misma falta de moderación en el uso del amor; el nuestro y el francés (2).»

En efecto, Luis XII se casó el año 1514 y murió el 1.º de Enero de 1515.

Digno es de ser leído lo que dice el mismo Pedro Mártir de Anglería hablando del segundo matrimonio de Doña María: «Cuéntase que entre el rey de Francia (Francisco I) y el de Inglaterra ha ocurrido una burleta que es mucho para reir.

(1) Fray Prudencio de Sandoval dedica á este suceso nada más que breves líneas en su *Historia de Carlos V*, lib. I, cap. LV.— Cf. Pedro Mártir de Anglería, carta 539 escrita á Don Luis Hurtado de Mendoza.

(2) Carta 542 al mismo.

Envió el inglés á Francia, con objeto de que se hiciera cargo de su hermana viuda (de Luis XII) y la acompañase á Londres, á un cortesano llamado Carlos Brandón (á quien de baja condición ha enaltecido hasta hacerle duque), con cartas para el rey anunciándole el proyecto de casar á dicha su hermana con el portador de la nueva, lo cual se cree haberlo escrito para que no tuviera efecto. Pero el francés, ateniéndose á las palabras más que á los propósitos de su colega, y calculando que si la viuda llegaba á casarse con un príncipe poderoso, pudiera resultarle algo grave, hizo mostrar á la ex-reina y á Brandón las cartas que favorecían sus fines, para que ambos cumplieran las órdenes, ella de su hermano y él de su señor. Mandó luego el rey preparar un lecho nupcial; hizo desposarlos, y procuró que se ayuntasen en uno para que en adelante no pueda romperse el vínculo (1).»

La Relación que publicamos fué impresa en Londres el año 1508 por Ricardo Pinson. La hemos tomado de una copia manuscrita de la Biblioteca Nacional, signatura *H*-2, hecha á últimos del siglo XVI; 10 hojas en folio.

RELACIÓN III

La Madre Magdalena de la Cruz gozó por muchos años tal fama de santidad, que muchas personas iban á verla y otras se encomendaban á sus oraciones. Cuéntase que la emperatriz le enviaba los pañales del príncipe Don Felipe, para que los santificara con su contacto.

El proceso que le formó la Inquisición ha sido publicado como apéndice á las Memorias de Francisco de Encinas, editadas en Bruselas (2), mas no en castellano, sino traducido al francés; también lo publicó Campán.

(1) Carta 547 al mismo.

(2) *Collection des mémoires relatifs à l'histoire de Belgique:* Bruxelles, 1862-63.—Calvete de la Estrella, *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de Don Pedro Gasca*, en el tomo I, pág. 121, dice que este inquisidor asistió á la causa de Sor Magdalena.

Tratan de esta monja embaucadora, Görres en *La mistique divine, naturelle et diabolique*, lib. VIII, cap. XI, y el sabio historiador Don Marcelino Menéndez y Pelayo, en el tomo II de los *Heterodoxos españoles*, pág. 528. También Ramírez de las Casas y Deza, en su *Colección de autos de fe celebrados en Córdoba*.

La Madre Magdalena abjuró de sus errores el 3 de Mayo de 1546, llevando una cuerda de esparto al cuello y un cirio en la mano, y fué condenada á varias penas, ligeras para lo que merecían sus embustes (1).

Esta Relación la hemos copiado del Ms. de la Biblioteca Nacional, *Dd*-59; es una copia hecha en el siglo XVIII; siete hojas en folio.

Relación IV

Fué impresa hacia el año 1552; el licenciado Sebastián de Orozco tuvo un ejemplar de ella y la copió en un libro de apuntes, de donde la hemos sacado; dos hojas en folio, letra del siglo XVI; se halla en la Nacional, signatura *Aa*-105.

El virrey que presenció el duelo fué Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, quien gobernó desde el año 1532 al de 1553, que murió.

Relación V

Copiada de un manuscrito que perteneció al cronista Ambrosio de Morales en otro de la Nacional, signatura *Q*-317; tres hojas en folio, letra del siglo XVIII. El original se conserva en la Biblioteca del Escorial.

No es esta inundación la única que ha llevado á Córdoba

(1) Cf. Llorente, *Historia de la Inquisición*, tomo II, págs. 35 á 51.

días de luto; el día 24 de Enero del año 1626 hubo otra, la cual destruyó muchos edificios, y en cambio descubrió otros que estaban enterrados y varios sepulcros. De este suceso publicóse un curioso relato, escrito por Pedro Díaz de Ribas (1).

RELACIÓN VI

El autor de ésta es el licenciado Sebastián de Orozco, testigo presencial de los hechos que relata. Hállase entre sus apuntes. Biblioteca Nacional, *Aa*-105: cuatro hojas en folio.

A pocos monarcas se han hecho honras fúnebres tan ostentosas como á Carlos V. Sandoval, en su notable *Historia del Emperador*, describe minuciosamente las que se celebraron en Bruselas por mandato de Felipe II, el mes de Diciembre del año 1558, con asistencia de dicho monarca, y también las que tuvieron lugar en Roma, en la iglesia de Santiago de los españoles (2).

Esta Relación es interesante por los curiosos datos que suministra acerca del gusto arquitectónico de la época.

RELACIÓN VII

Hállase en el Ms. *Q*-317: tres hojas en folio, letra del siglo XVIII. En las *Solemnidades y fiestas públicas de España*, se han publicado fragmentos de otra cuya redacción difiere de la que damos á luz.

(1) *Relación de algunos edificios y obras antiguas que descubrió el río Guadalquivir cerca de Córdoba con la gran creciente que truxo estos días. A Don Francisco Fernández de Córdova, Abbad mayor de Rute:* cuatro hojas en 4.° Impr. sin que conste lugar ni año. En ella se dice que la inundación ocurrida en aquel año llegó donde la del año 1554, la mayor de que se tiene noticia.

(2) *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, tomo II, págs. 749 á 771.

Relación VIII

Está entre los apuntes del licenciado Sebastián de Orozco; dos hojas en folio, letra del siglo xvi, *Aa*-105.

Relación IX

Estas festividades tuvieron lugar en el palacio de los duques del Infantado, construído á fines del siglo xv por Don Íñigo López de Mendoza; el arquitecto fué Juan Guas: su estilo es una mezcla de gótico, con influencias del Renacimiento y reminiscencias árabes. Son notables los artesonados que hay en los salones llamados de *Cazadores*, de *Linajes* y en otros varios.

Cuéntase que cuando Francisco I vino prisionero, se hospedó en él y quedó admirado de su magnificencia.

La Relación que publicamos está truncada, al parecer, atendida su conclusión inoportuna; no hemos podido hallar la Memoria que la acompañaba, y á la cual se hace referencia en ella. Era entonces el cuarto duque del Infantado Don Íñigo López de Mendoza.

Otras dos Relaciones manuscritas se conocen de las bodas de Felipe II con Doña Isabel de Valois (1): una en italiano, y otra en castellano. Gallardo (2) cita una, impresa en dos hojas en folio.

La que damos á luz se encuentra en el Ms. *Q*-317: cinco hojas en folio, letra del siglo xviii.

Algunos de los bailes que se citan en ésta, hállanse descritos por Don Bartolomé Ferriol y Boxeraux en su libro *Reglas útiles para los aficionados á danzar; provechoso divertimiento de los que gustan tocar instrumentos: Capoa.—A costa de Joseph Testore.—MDCCXLV*.

(1) Alenda, *Solemnidades y fiestas públicas de España*, año 1560.

(2) *Catálogo de libros raros y curiosos*, tomo I, pág. 747.

Relación X

Esta Relación está escrita, á no dudarlo, por el licenciado Sebastián de Orozco, vecino de Toledo, distinguido poeta (1) y erudito, quien, en varios manuscritos que se conservan en la Biblioteca Nacional y en la de Palacio, nos ha legado preciosas noticias para la historia de su época.

Hállase en el Ms. *Aa*-105, toda autógrafa: 15 hojas en folio. Parece compuesta á medida que los sucesos iban ocurriendo.

Alvargómez de Castro escribió sobre la entrada de los reyes en Toledo este curioso libro: *Recebimiento que la imperial ciudad de Toledo hizo á la Majestad de la reina nuestra señora Doña Isabel, hija del rey Henrico II de Francia, cuando nuevamente entró en ella á celebrar las fiestas de sus felicísimas bodas con el rey Don Philipe nuestro señor, segundo dèste nombre.* En Toledo, en casa de Juan de Ayala, año de 1561.

De esta obra se conserva el manuscrito original en la Biblioteca Nacional con otras de su autor. Es tan rara, que el inteligente y activo bibliógrafo señor Pérez Pastor no logró verla cuando escribió *La imprenta en Toledo*, y la descripción que hace la tomó de Rezabal y Ugarte en su *Biblioteca de escritores que han sido individuos de los seis Colegios mayores.*

Otras varias relaciones se escribieron con motivo del mismo acontecimiento (2).

Relación XI

Inquietos los reyes de Francia con los progresos de los hugonotes, quisieron contar con el apoyo de España, y á este fin

(1) Se han publicado algunas obras dramáticas suyas: el cancionero que lleva su nombre, lo ha sido por la Sociedad de bibliófilos andaluces.

(2) Cf. Alenda, *Solemnidades y fiestas públicas de España*, núms. 202 á 207.

se verificó la entrevista de Doña Isabel de Valois con su madre Catalina de Médicis y con su hermano Carlos IX en Bayona el año 1565. Allí fué obsequiada con fiestas pomposas y de tal carácter, que recuerdan las aventuras de los libros de caballerías. Cuando Felipe II estuvo en Flandes, se halló presente á otras muy parecidas, con islas misteriosas y castillos encantados (1).

La presente Relación, cuyo autor se ignora, existe manuscrita en la nacional: *R*-19, seis hojas en folio, letra del siglo XVI, y es una carta de varias que debió escribir.

Hay otras diversas relaciones del mismo suceso; una en castellano, y las demás en francés (2).

Relación XII

Nos inclinamos, y no sin fundamento, á creer que el autor de esta Relación fué Juan de España, rey de armas, intitulado Flandes. Doña Ana fué la cuarta mujer de Felipe II, quien se casó con ella el 14 de Noviembre de 1570.

El documento que publicamos se halla en un tomo de noticias históricas y genealógicas, redactadas por varios reyes de armas: tiene tres hojas en folio, letra del siglo XVII; parece original. Signatura *Z*-45, fol. 543.

Relación XIII

Meditando el rey Don Sebastián hacer una expedición á Marruecos para ocupar los puertos que asegurasen la navega-

(1) Cf. Calvete de la Estrella, *Viaje de Felipe II á Flandes y Alemania.*—Pérez Pastor, *La imprenta en Medina del Campo*, págs. 57 á 67.—Don Adolfo de Castro, *Notas al «Buscapié.»*

(2) Alenda, *Solemnidades y fiestas públicas de España*, números 213 á 221.

ción portuguesa, creyó conveniente aconsejarse antes de su tío Felipe II y pedirle auxilios para tal expedición. Con este objeto solicitó de él una entrevista, la que se acordó que tuviera lugar en el convento de Guadalupe, célebre santuario de Extremadura; intervinieron en las negociaciones previas Don Cristóbal de Mora y Pedro de Alcazoba.

Lo tratado entre ambos monarcas en esta célebre entrevista no se sabe de un modo concreto y fehaciente, conviniendo empero todos los historiadores en que el rey de España quiso disuadir á su sobrino de una empresa en que ganaba poco y podía perder hasta la vida.

Comprueba de todo en todo tal aserto, la interesantísima colección de muchos papeles originales, autógrafos y desconocidos, que acerca de toda esta negociación conserva como rico tesoro, y con ánimo de publicarlos, el señor Don Francisco Belda. Ellos prueban de modo inconcuso que Don Felipe ofreció todo su apoyo moral y material para la empresa que había de realizarse en Abril de aquel mismo año de 77; pero limitándola á la toma de Larache, que evitaría el peligro en que pudiera verse Portugal, campaña que dirigiría un general lusitano. Don Felipe ofreció hacer leva de gente en su *nombre propio* y principalmente en Italia; permitir la saca de armas y granos de España para la expedición, y ayudar, en suma, con cuanto en su mano estuviera para favorecer los designios de su sobrino: todo lo tuvo dispuesto (como lo participó el embajador Don Juan de Silva) para la época convenida; pero Don Sebastián no mostró la misma actividad, y los sucesivos aplazamientos fueron causa de que su tío le participase que ya no le era posible ayudarle cual quería, por haber sobrevenido la rebelión de los Países Bajos, y aconsejaba el desistimiento de la empresa. Lejos de ser escuchado, Don Sebastián, reunidos sus Consejos, les participó su designio de emprenderla en seguida, poniéndose él al frente de las tropas, en vez de nombrar un general experto, como para la primitiva empresa lo había sido, con parecer del monarca castellano, Don Luis de Ataide, no sin disgusto del prior de Ocrato. Aun entonces probó Felipe II *su amor de padre* al rey Don Sebastián, enviando por embajador extraordinario al duque de Medinaceli, con premiosas

instancias para que desistiese del intento, pues veía claro su fatal desenlace, y arguyendo á su sobrino los graves riesgos á que entregaba el reino, exponiendo su vida sin dejar asegurada la sucesión al trono. ¡Precioso documento que destruye por su base las calumniosas suposiciones que se le imputan! No lo son menos las negociaciones que mediaron para el rescate del cuerpo de Don Sebastián, encerrado como lo tenían en una caja de plomo, y para obtener la libertad de los caballeros portugueses que cayeron cautivos. No hay duda que cuando el señor Belda se decida á publicar esta preciosa colección diplomática de los documentos originales que posee, se modificará la opinión de algunos historiadores en este punto y prestará verdadero servicio á la historia patria.

Tenemos entendido que el autor de la interesante Relación que publicamos, fué un cantor beneficiado de la iglesia catedral de Toledo, quien iría á Guadalupe para completar el coro con motivo de la solemne entrevista de los reyes español y portugués; antes había prestado análogos servicios á la reina viuda de Hungría.

Hállase en la Biblioteca de la Academia de la Historia, colección de Salazar, *N*-44, fols. 407 á 423; letra del último tercio del siglo XVI.

En la Biblioteca Nacional hay otra relación del mismo suceso, la cual no publicamos por ser menos importante que la anterior: seis hojas en 4.°, letra del siglo XVI, signatura *S*-131.

Aún más imperfecta que ésta es la contenida en cuatro cartas que publicó Morel-Fatio (1), con algunos errores en que no suele incurrir tan docto hispanófilo; es un texto bastante parecido al de la precedente, pero más impuro y menos detallado.

El origen del célebre santuario de Nuestra Señora de Guadalupe se remonta al siglo XIV; cuenta la tradición que un pastor descubrió una imagen de la Virgen, escondida durante la dominación musulmana. Alfonso XI mandó construir una capilla en el lugar donde fué hallada, y la dotó con abundantes limosnas; concedió tierras á los pobladores que allí se esta-

(1) *L'Espagne au XVI et au XVII siècle.*

blecieron, y ordenó que hubiera varios capellanes con un prior, que lo fué Don Pedro Barroso, después cardenal. En tiempo de Juan I se convirtió el santuario en monasterio del Orden de San Jerónimo, cuyos primeros religiosos fueron del convento de Lupiana; confirióse al abad jurisdicción *cuasi episcopal*. La iglesia fué construída por el escultor y arquitecto Juan Alfonso: es un monumento de singular belleza, y está coronada por una cúpula elegante; encerraba innumerables joyas, y sus riquezas no eran menores que las que tuvo después El Escorial.

Allí estaban enterrados Enrique IV, su madre Doña María, la infanta Doña Juana, hija de Enrique II de Castilla, y el célebre jurisconsulto Gregorio López (1).

En el año 1485 se edificó una magnífica hospedería con el producto de los bienes confiscados á los judaizantes, de los que fueron quemados nada menos que cincuenta y tres (2). El coste de ella ascendió á 2.732.333 maravedís, unas 50.000 pesetas en nuestra moneda actual, suma considerable para aquel tiempo.

Relación XIV

Don Rodrigo de Mendoza, adelantado de Cazorla y caballero del hábito de Santiago, fué hijo de Don Diego Hurtado de Mendoza, cuarto conde de Saldaña, y casó con su sobrina Doña Ana de Mendoza, sexta duquesa del Infantado (3); de sus bodas trata la Relación que publicamos, la cual se conserva entre los manuscritos que hay en la Biblioteca Nacional, procedentes de la casa de Osuna: 12 hojas en folio, letra del siglo XVIII, signatura *Jj*-1.

Alberto Ganasa, que representó en las festividades celebra-

(1) Venerable Fray Gabriel de Talavera, *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe:* Toledo, 1597.

(2) El Padre Fita publicó los procesos de dos de estos infelices en el *Boletín de la Academia de la Historia*, Octubre de 1893.

(3) Burgos, *Libro de oro de la nobleza española*, tomo III.

das por los duques del Infantado, fué farsante italiano residente en España. En 1574 dirigía en Madrid una compañía que representaba comedias italianas, pantomimas, con el *arlequín*, *pantalón*, *doctor* y otros tipos del teatro italiano, volatines, títeres, etc.

Permaneció entre nosotros acaso todo el resto de su vida, porque se le halla en años sucesivos representando ya en Alcalá, ya en Guadalajara, ó en otros puntos. Contribuyó con su dinero á levantar los teatros de Madrid, pues parece se había enriquecido en su profesión. Esto mismo indica Ricardo del Turia en su *Apologético de las comedias españolas*, en este pasaje: «Como lo vieron los que se acuerdan en España del famoso cómico Ganasa, que en la primera entrada que hizo en ella, robó igualmente el aplauso y el dinero de todos.»

Menciónale Lope en su *Filomena*, así (Ep. IV):

«Con esto yo también, no sé si es treta,
Donaires de Ganasa y de Trastulo
Les digo que me trajo la estafeta.»

Quadrio (*Storia*, parte 2.ª, vol. III, págs. 226, 236 y 237), habla también de su riqueza: «Aunque ni él ni su compañía de cómicos italianos, no eran muy entendidos de los españoles, sin embargo, acudía el pueblo tan á porfía á oirlos, que se enriquecieron no poco.»

Felipe II iba á oirlo, no obstante su melancolía.

En 1603 aún representó en Madrid.

Pellicer (*Histrionismo*, I, págs. 72, 73 y 74) trae también noticias más extensas de este célebre cómico, y Pellicer (*Notas al Quijote*, tomo IV, págs. 67 y 68), aunque le llama Juan, y Clemencín, en otra interesante nota (tomo IV, pág. 65 de su *Quijote*).

Relación XV

Los detalles de esta Relación concuerdan bastante con lo que escribe Cabrera acerca del particular (1).

La hemos tomado del Ms. *Q*-317; seis hojas en folio, letra del siglo xviii. No la cita Villamil en su *Catálogo de libros y folletos que tratan de Galicia*, ni sabemos que se haya publicado. Esta expedición de Francisco Drake á las costas del Norte y luego á Canarias, fué uno de los motivos que impulsaron á Felipe II á enviar contra la Gran Bretaña la *Invencible*, para vengarse de las piraterías cometidas por los ingleses en nuestro litoral.

Relación XVI

Copiada en el Ms. *Q*-317; dos hojas en folio, letra del siglo xviii; es copia de otro manuscrito que perteneció á Ambrosio de Morales.

Enrique Cock, que tan profusamente escribió todas las minucias del viaje de Felipe II á Zaragoza y Barcelona en el año 1585, sólo dedica á la despedida de la infanta Doña Catalina breves líneas (2). El hijo de Carlos V mostró en esta ocasión tener más sensible el corazón de lo que comunmente se cree, como ya lo prueban las célebres cartas á sus hijas, publicadas por M. Gachard, ilustre archivero belga.

Relación XVII

El día 24 de Abril del año 1585 fué elegido Papa el cardenal de Montalto, Félix Peretti; sabido es que en su niñez fué pas-

(1) *Historia de Felipe II*, tomo III, lib. II, cap. VIII.

(2) *Relación del viaje de Su Majestad Felipe II á Zaragoza, Barcelona y Valencia en el año* 1585, pág. 145.

tor, y aun dicen que porquero; entró en la Orden de San Francisco, de la que llegó á ser general: pocos ejemplos ofrece la historia de personas encumbradas á tan alto puesto con tan pobres principios (1).

Felipe II encomendó al condestable Don Juan Fernández de Velasco que fuese á Roma para en su nombre rendir homenaje al nuevo Pontífice. La Relación de este viaje está en el Ms. *V*-37 de la Nacional; nueve hojas en folio, letra del siglo XVIII.

Relación XVIII

La guerra civil entre los cristianos viejos y los moriscos de Aragón, si bien no tuvo la importancia de la que antes estalló en el reino de Granada, merece llamar la atención de los historiadores, por cuanto pone de manifiesto el grave problema que había por resolver en España, la duplicidad de razas. La expulsión de los moriscos era medida que se imponía. El origen que tuvo dicha guerra es el siguiente: durante la sublevación del condado de Ribagorza contra su señor el duque de Villahermosa, sucedió que los moriscos de Codo asesinaron á un montañés, cristiano viejo del valle de Tena; indignados sus amigos y parientes, bajaron á Codo al mando de Antonio Martón, natural de Sallent, y fueron rechazados en dos ocasiones; mas unidos á la gente que capitaneaban Latrás y Barber, cayeron de improviso sobre dicho pueblo y degollaron á cuantos moriscos pudieron. La guerra tomó un carácter de ferocidad que espanta, por las muchas crueldades que los dos bandos cometieron (2).

La Relación del asalto de Pina se halla en el Ms. *G*-76; nueve hojas en folio, letra del siglo XVI. En el mismo hay una curiosa narración del origen que tuvo la guerra civil, escrita por el abad de Rueda.

(1) Cf. Hubner, *Vida de Sixto V*, tres vols. en 4.°

(2) Cf. Marqués de Pidal, *Historia de las alteraciones de Aragón*, tomo I.

Relación XIX

Difiere en algunos detalles de lo que escribe Blasco de Lanuza (1) acerca del asunto; los moriscos que asesinaron á los cristianos viejos eran de Pleitas y estaban capitaneados por uno de ellos, llamado el Focero, hombre sanguinario.

El manuscrito publicado está en el *G*-76; dos hojas en folio, letra del siglo XVII.

Relación XX

Esta carta de Lupercio Latrás está dirigida á su hermano Pedro Latrás, señor de las baronías de Latrás, Liquerre y Javierregay, quien puso al principio de ella la siguiente nota: «Escribe lo del rey nuestro señor por disimular y dar á entender está en su desgracia, por si la carta llegaba á manos de franceses ó ingleses, y yo, Pedro Latrás, hice relación desta carta á Su Majestad y al conde de Chinchón en Madrid.»

La conducta de Felipe II, misteriosa en ocasiones, es en la presente un obscuro enigma. Lupercio había cometido en Pina las atrocidades que hemos visto; su cabeza fué pregonada, ofreciendo por ella los diputados del reino de Aragón mil ducados; el rey le condenó á muerte el 12 de Diciembre de 1588, y Latrás, para hacer mayores méritos, sorprendió la villa de Zuera; cercado en Candasnos, pudo escapar; pero sesenta de los suyos, hechos prisioneros, fueron decapitados; al fin pudo salir de España por los Pirineos.

Ahora bien, después de todo esto, Felipe II confía á Lupercio Latrás comisiones diplomáticas secretas y delicadas, mientras aparentaba perseguirle con verdadera saña. En prueba de estas afirmaciones, publicamos los siguientes párrafos de cartas dirigidas por Felipe II al gobernador de Aragón y á Lupercio Latrás.

(1) Blasco de Lanuza, *Historias*, tomo II, pág. 95.

Á 23 de Diciembre de 1588 escribía al primero:

«Será muy necesario que, para facilitar el castigo de Lupercio Latrás, ofrezcáis las cantidades de dinero que sean menester, demás de las que están prometidas por pregones, sin reparar en ellas, á trueco de haber la cabeza del dicho Lupercio, poniendo para esto todos los medios que se pudieren (1).»

A 20 de Mayo de 1589, desde San Lorenzo, al mismo:

«Y pues tenéis orden de ofrecer todo cuanto convenga para el castigo de Lupercio, seré servido que si se hallare en Francia escribáis á Alonso Celdrán que apronte dos caballos, y éstos se den á la persona que entregare su cabeza del dicho Lupercio Latrás, avisando vos al dicho Alonso Celdrán luego desto (2).»

El día 5 de Junio de 1589 escribía desde San Lorenzo esta carta á Lupercio Latrás:

«Amado hijo: Teniendo satisfacción del cuidado con que trataréis las cosas de mi real servicio, he mandado al conde de Chinchón os avise de lo que por su carta entenderéis, para que en ello hagáis lo que de vos se espera. Dadles entero crédito en lo que de mi parte os escribirá, que desto y de que lo pongáis en ejecución con la diligencia y secreto que conviene, quedaré de vos muy servido (3).»

A 10 de Junio de 1589, desde El Escorial, decía al gobernador de Aragón:

«Porque se entiende que hay descuido y remisión en algunos de los que andan encargados del castigo de Lupercio Latrás: considerados estos inconvenientes y las utilidades que puede tener esto, y que, como lo decís, podrá ser que acierten en algo de lo que ofrecen, veréis vos ahí si estando los dichos Don Martín y el de la Pinilla subordinados á vos y á Alonso Celdrán, y andando en su compañía y por vuestra orden, como lo ofrecen, se podrá dar un asiento en ello. De manera que entendiesen en el castigo de Lupercio (4).»

(1) Biblioteca Nacional, *G*-76, fol. 379.
(2) *G*-76, fol. 394.
(3) *G*-76, fol. 392.
(4) *G*-76, fol. 395.

Á 8 de Julio de 1589:

«Será bien, en virtud de la provisión que se publicó, proceder contra los receptores de Lupercio Latrás (1).»

A 4 de Noviembre de 1589, desde El Pardo, al gobernador de Aragón:

«Muy servido he quedado de la sentencia que contra Lupercio Latrás y sus cómplices se pronunció en la corte del Justicia de Aragón. Pero la ejecución de la confiscación de los bienes y haciendas se podrá suspender agora, como vos lo apuntáis (2).»

Resulta que Felipe II confió negocios de importancia á un hombre facineroso, á raíz de haber cometido éste tropelías indignas de perdón; además, que engañaba al gobernador de Aragón, haciéndole creer que tenía sumo interés en el castigo de Lupercio, de lo cual estaba muy lejos. Aún es más extraño el que, habiendo venido Latrás á España, Felipe II lo mandó ahorcar secretamente en el alcázar de Segovia (3).

La carta original y toda autógrafa de Lupercio Latrás se guarda en la Biblioteca Nacional, *G*-76: cinco hojas en folio. Está escrita con la ortografía más extravagante que puede imaginarse, la cual hemos rectificado, pues, de lo contrario, sería casi ininteligible.

Relación XXI

Ms. original de la Nacional; tres hojas en folio, letra del siglo XVI, signatura *PV*, fol. *C*-9, núm. 2.

Relación XXII

El autor de ésta fué Andrés Martínez de Ibarra, inquisidor de Calahorra (4): es carta dirigida á Don Antonio Alvarez de

(1) *G*-76, fol. 396.
(2) *G*-76, fol. 399.
(3) Véase Cabrera y Córdoba, parte 2.ª, fol. 6.
(4) Véase Lope Martínez de Isasti, *Compendio historial de la provincia de Guipúzcoa*, lib. III, cap. III.

Toledo, condestable de Navarra y conde de Lerín, título que heredó de su madre Doña Brianda de Beaumont.

Navarra y la Rioja fueron el país clásico de la brujería durante el siglo XVI y parte del XVII. En el *Crotalón* hay un libro que trata de cierta aventura sucedida á un mancebo con una mujer dada á las artes mágicas, que se enamoró de él perdidamente. Fray Prudencio de Sandoval escribe cosas harto notables de las brujas navarras (1). El proceso más célebre contra éstas terminó con un ruidoso auto de fe en el año 1610, cuya relación se imprimió por entonces y la reprodujo Moratín hijo, exornada con notas volterianas hasta la médula de los huesos, al decir del sabio escritor Don Marcelino Menéndez y Pelayo (2).

El episodio de arrojarse una bruja desde un paraje alto, es igual al referido por Fray Prudencio de Sandoval.

No deben extrañar las ideas supersticiosas que expone el inquisidor Andrés Martínez de Ibarra, teniendo en cuenta que las mismas, y aun otras más exageradas, eran defendidas en el siglo XVI por el Padre Martín del Río en sus *Disquisiciones mágicas* y por otros escritores, los cuales admitían sin escrúpulo alguno la existencia de incubos y sucubos (3).

De esta Relación hay dos manuscritos en la Biblioteca Nacional con las signaturas *PV*-4.°, 32-37, y *D*-150: el primero de seis hojas en 4.°, y el segundo dos en folio, letra del siglo XVII.

RELACIÓN XXIII

Del viaje que hizo Su Majestad á Valencia, Barcelona y Zaragoza en el año 1599, hay dos relaciones distintas en la Biblioteca Nacional; una que lleva la signatura *T*-241; es un vo-

(1) *Vida de Carlos V*, lib. XVI, párr. XV.

(2) Cf. *Heterodoxos españoles*, tomo II, cap. IV, donde con su portentosa erudición se ocupa el autor de las artes mágicas en el siglo XVI.

(3) Véase Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos*, tomo II, cap. IV.

lumen en 8.º de 54 hojas, original; está redactado en forma de diario; parece escrito por algún soldado ó criado que fué con la corte, atendiendo á su estilo desaliñado. La que publicamos, más completa y mejor escrita que la anterior, se halla en el Ms. *H*-48: 30 hojas en folio, letra de principios del siglo XVII; es copia en la que se han deslizado algunos errores, singularmente en los nombres propios de personas y lugares, los cuales hemos rectificado.

De la entrada de Felipe III en Denia y Valencia, y de otros sucesos parciales del viaje, hay bastantes relaciones impresas y manuscritas, que pueden verse en Alenda (1). De la ida de Felipe III á Valencia se publicó otra el año 1599 en dicha ciudad; es obra muy rara. Gil González Dávila escribió un diario de la misma, obra que se ha perdido (2).

Relación XXIV

Don Fernando Ruiz de Castro, conde de Lemos, fué á Nápoles como virrey el año 1599 por Octubre, y el siguiente de 1600 se dirigió á Roma para dar al Papa Clemente VIII la obediencia en nombre de Felipe III, que en 1598 había sucedido á Felipe II (3). Mientras estuvo ausente quedó como virrey interino su hijo Don Francisco de Castro, quien gobernó muy discretamente.

Don Fernando Ruiz de Castro enfermó á poco de volver de Roma, y murió el año 1601. Sucedióle su hijo, quien protegió siempre generosamente al inmortal Cervantes, y éste le dedicó algunas de sus obras.

Sobre el viaje del conde de Lemos á Roma, escribió un poe-

(1) *Solemnidades y fiestas públicas de España*, año 1599.
(2) *Historia de Felipe III*, lib. II, cap. VII.
(3) Cf. Raneo, *Libro donde se trata de los virreyes de Nápoles, compilado el año* 1634. Ha sido publicado en el tomo XXIII de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, con notas de Fernández Navarrete.

ma en octavas y cuatro cantos Juan de Palacios Rubios; su interés literario es pequeño, pero no el histórico: el manuscrito original se conserva en el Archivo histórico de Toledo, y ha sido publicado en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, correspondiente al año 1874. He aquí el argumento de cada uno de sus cantos:

«*Canto* 1.°—En que se declaran los prevenimientos que se hicieron en Nápoles y en Roma para la venida del dicho virrey, y las cortesías con que fué recibido en el camino y en la dicha ciudad de Roma en su primera llegada y entrada, con las cosas tocantes á los príncipes que en ello se señalaron.

»*Canto* 2.°—En que se cuenta la entrada pública que hizo Su Excelencia en Roma por la puerta del Pópulo, con el orden y galas que llevaron en ella los príncipes que con él venían, hasta llegar al palacio del duque de Sessa y lo que allí pasó.

»*Canto* 3.°—Cómo Su Excelencia el virrey fué á Consistorio público desde el palacio del duque de Sessa, con las galas de todos los príncipes que le acompañaban, y se declara la descendencia de algunos dellos, y el principio de su linaje, y el orden que llevaron hasta el castillo de Sant Angel.

»*Canto* 4.°—En que se prosigue la entrada hasta el palacio apostólico, pónese la embajada hecha á Su Santidad y se declaran todos los convites hechos á Su Excelencia por Su Santidad y el ilustrísimo cardenal Montalto, y cómo visitaron las iglesias santas y ganaron el santísimo Jubileo, con algunas otras cosas dignas de memoria.

Aunque no gustamos de afirmaciones que no estén suficientemente probadas, somos de parecer que el autor de la Relación del viaje del conde de Lemos á Roma es el mismo que el del poema que trata de este asunto, Juan de Palacios Rubios. Tanto uno como otro acompañaron al conde en su jornada; refieren las cosas más pequeñas como testigos oculares sin discrepancia alguna; ambos fueron criados de Lemos, como consta mil veces en la relación en prosa y en la dedicatoria al ilustrísimo y reverendísimo señor y patrón el señor cardenal Alejandro Peretti de Montalto (1), etc.

(1) Sobrino del Papa Sixto V.

»Tengo por dichosísima suerte mía que haya venido en esta ocasión á Nápoles Vuestra Ilustrísima con las ilustrísimas lumbreras de su excelentísima casa, para cumplir mejor el mandamiento de Don Francisco de Castro, hijo del excelentísimo virrey mi señor, con mi persona, y presentar á Vuestra Ilustrísima y Reverendísima esta pequeña obra mía antes que saliese á luz (como deseaba). La cual me mandó hacer con orden que pusiese en ella las cosas más notables de Roma y de los príncipes contenidos en ella, cuando fué Su Excelencia á dar la obediencia á Su Santidad por la Majestad Católica.»

En los últimos versos del poema declárase lo mismo:

Sólo al questo leyere ruego y pido
Que, pues mi relación en nada miente
Y mi voluntad es cual aquí vemos,
Me llame servidor de casa Lemos.

La Relación que damos á luz se guarda en la Nacional, signatura *R*-19; consta de 16 hojas en folio, letra del siglo XVII. Hay otra copia en la biblioteca de la Academia de la Historia.

Relación XXV

Esta Relación es curiosa, por consignar algunos datos biográficos de Santa Teresa que no se hallan ni en las obras de ésta, ni en los libros que acerca de ella se han escrito por Fray Diego de Yepes, el Padre Francisco de Ribera y otros. Compúsola Fray Pedro de la Purificación, en cumplimiento del siguiente mandato de Fray José de Jesús María, que insertamos íntegro:

«*Jesús María.*

»Fray José de Jesús María, definidor de la Orden de los descalzos de Nuestra Señora del Carmen, y visitador de nuestras casas en este reino de Portugal, por nuestro Padre general y definitorio, por cuanto es muy del servicio de Dios que las

heróicas virtudes de sus siervos se perpetúen en la memoria de los fieles, y ansimismo las maravillas que la Divina Majestad por medio de ellos obra, para que así los presentes y venideros nos afervoricemos más á caminar por el camino de la virtud y servir á un tan buen Dios, para lo cual nuestro Padre general y definitorio tiene acordado se haga escrutinio de la conocida santidad de muchos religiosos y religiosas de nuestra Orden que ya reposan en el Señor, y de otros que ora viven con olor de ejemplar y santa vida, y de las maravillas que por los unos y por los otros ha obrado y obra, y porque de muchas cosas destas puede tener noticia el Padre Fray Pedro de la Purificación, que al presente reside en éste nuestro convento de Évora, por ser de los antiguos de la religión; por tanto, mando al susodicho, en virtud de santa obediencia y debajo de precepto formal, escriba y firme al pie deste todo lo que supiere en la razón susodicha, ansí de nuestra santa Madre Teresa de Jesús, nuestra fundadora, como de los demás religiosos y religiosas, vivos y difuntos, alegando con los religiosos que hoy viven, que saben lo que aquí declarará, y para que lo susodicho tenga efecto firmé éste de mi nombre en Évora á 18 de Diciembre de 1601.—*Fray José de Jesús María*, definidor.»

El Ms. original tiene siete hojas en folio y la signatura *I*-318; es todo autógrafo; consérvase en la Biblioteca Nacional.

Don Vicente de la Fuente, que tantas investigaciones hizo acerca de Santa Teresa y de su reforma, no conoció este documento.

Relación XXVI

Este documento, curiosísimo por la intención satírica con que está escrito, ha sido copiado de un tomo de papeles varios propiedad del colector de este libro: 12 hojas en 4.°, letra del siglo XVII.

Otra copia se conserva en el Museo británico (1). Hay va-

(1) Gayangos, tomo I, pág. 439.

rias relaciones del mismo suceso (1); la más conocida es una que empieza: «Habiendo Su Majestad acordado con el reino en las Cortes y con el Consejo de Estado.....»

Relación XXVII

La carta de Doña María Espinel es una apología del Carmen calzado, cuyos religiosos habían cometido graves faltas, calumniando groseramente á Santa Teresa y persiguiendo á San Juan de la Cruz de una manera cruelísima (2).

Sabida es la grande oposición que el convento de la Encarnación, de Ávila, hizo á Santa Teresa cuando fué nombrada su priora por Fray Pedro Fernández, visitador de los conventos del Carmen de Castilla. Las monjas profirieron contra ella palabras harto descomedidas y tramaron una conspiración para maltratarla de obra en el primer Capítulo que se celebrara. La Santa, con su talento y modestia, logró apaciguarlas. Por eso Doña María Espinel pretende vindicar al convento de la Encarnación de los cargos que se le hacían con motivo de tales sucesos indicados. Esta carta original se encuentra en el Ms. *I*-318: cuatro hojas en folio. Don Vicente de la Fuente no conoció tan interesante documento.

Relación XXVIII

Virchow, Hufeland, Weissembach y otros sabios, refieren casos raros de hermafroditismo, tanto de andróginos como de ginandros. El Dr. Mata, en su *Tratado de Medicina legal*, habla largamente de José Marzo, quien hasta los cuatro años fué reputado pertenecer al género femenino; después lo vistieron

(1) Alenda, *Solemnidades y fiestas públicas de España*, números 497 á 507.

(2) Cf. Carta CLXXIII de Santa Teresa, dirigida á la Madre María de San José.

de hombre, tuvo amores con varias mujeres y estuvo para casarse con una de ellas.

Entre los papeles de la Inquisición que se conservan en el archivo de Alcalá de Henares, hay un proceso curiosísimo formado contra Elena de Céspedes, alias *Eleno*, en los años 1586 á 1589. En él consta que Elena parió una vez, y con los esfuerzos se le rompió un pellejo que tenía en cierto sitio y apareció el sexo masculino, el cual se puso completamente al descubierto cuando un cirujano le hizo cierta operación. Elena tuvo relaciones ilícitas con bastantes mujeres. Creyóse que cosa tan extraordinaria era del infierno. La Inquisición condenó á Elena por despreciar el matrimonio y tener trato con el demonio.

Este singular expediente fué impreso en la *Biblioteca clandestina*, data primera, correspondiente al mes de Junio de 1885.

La Relación de la monja de Úbeda se halla en el Ms. *G*-139. Es copia de la impresa en Granada por Juan Muñoz el año 1617, en dos hojas en folio; las mismas tiene en el manuscrito citado.

Relación XXIX

Matías de Novoa, en su *Historia de Felipe IV* (1), habla con suma concisión de la muerte del príncipe Don Baltasar. «En Zaragoza, dice, martes 9 de Octubre, y en el mismo mes en que nació, pasó de esta vida á la inmortal el príncipe Baltasar Carlos, faltándole solos nueve días para cumplir diez y siete años, porque nació el día de San Lucas; el cuerpo del príncipe fué llevado con real acompañamiento desde Zaragoza á San Lorenzo el Real, de El Escorial; lleváronle los señores de su casa á quienes toca y Fray Juan Cebrián, de Nuestra Señora de la Merced, arzobispo de Zaragoza, y esperóle para recibirle en aquel real y magnífico mausoleo el cardenal-arzobispo de Toledo, Sandoval, que hizo el oficio.»

Felipe IV sintió en extremo la muerte del príncipe; es mo-

(1) Lib. VI.

delo de sentimiento la carta que con motivo de tal desgracia escribió á la Madre María de Jesús, abadesa de Agreda.

La Relación que publicamos de Fray Juan Martínez consta de seis hojas en folio, letra del siglo xvii. Consérvase en la Biblioteca Nacional, *Cc*-87.

Relación XXX

La costa de los Esclavos, situada en el África occidental, comprende los Estados de Coto, Popo, Whydah y Ardra. Este último tiene por capital la ciudad del mismo nombre, con una población de ocho á diez mil almas. El reino de Ardra es tributario del de Dahomey, cuyos habitantes son los más crueles y bárbaros del continente africano; hasta hace poco tiempo inmolaban todos los años muchos miles de esclavos para solemnizar sus festividades civiles y religiosas.

Se halla esta Relación en el Ms. *H*-7, letra del siglo xviii: seis hojas en folio.

En el Ms. *M*-493 hay los siguientes documentos, referentes á la fingida conversión del rey de Ardra y Misiones de los capuchinos en los dominios de éste:

Un decreto original de la Congregación de *Propaganda Fide* para que fueran diez frailes capuchinos, expedido á 4 de Febrero de 1659.

Una copia de las facultades concedidas á los mismos por el Romano Pontífice.

Una Real cédula de Felipe IV, expedida en Madrid á 28 de Junio de 1659, para que fueran los religiosos capuchinos al reino de Ardra en compañía del negro embajador.

Otra Real cédula de Felipe IV, dada el mismo día que la anterior, y contiene instrucciones para Fray Luis Antonio de Salamanca, prefecto de las Misiones.

Una carta de Felipe IV para el rey de Ardra.

Somos de parecer que el autor de la Relación que damos á luz fué el mencionado Fray Luis Antonio de Salamanca.

Relación XXXI

El origen pagano de las fiestas llamadas *mondas* es cosa fuera de disputa. Son las antiguas de Ceres, acomodadas á los dogmas cristianos.

Todos los historiadores de Talavera consideran las *mondas* como lo más notable de esta población, y escriben de ellas minuciosamente (1).

Garci Fernández de Paz, que escribió una *Historia de Talavera* (2) el año 1560, se ocupa de las *mondas* y de la ermita del Prado en los folios 36 á 74; muy largamente de los toros y de los gremios que los costeaban. Fray Andrés de Torrejón, que compuso su *Historia de Talavera* á últimos del siglo xvi, se ocupa del mismo asunto en 44 hojas en folio, de compacta escritura. He aquí el índice de los capítulos:

I. De la ermita de Nuestra Señora del Prado.—II. De dos ejemplos con que se prueba la devoción grande que los de Talavera tienen á Nuestra Señora del Prado.—III. De los altares que hubo en la Zapatería y de otras invenciones hasta la Trinidad, y del fin de la procesión.—IV. Prosíguese la devoción que los de Talavera tienen á la imagen de Nuestra Señora del Prado.—V. De cómo es muy grande la devoción que tienen á Nuestra Señora del Prado las aldeas de Talavera.—VI. De la cofradía que hay en esta villa de Nuestra Señora del Prado.—VII. De la fiesta y solemnidad que se hace á Nuestra Señora cada año después de la Resurrección.—VIII. De cómo la fiesta que se hace en esta villa después de la Resurrección se celebra con título de los Desposorios de Nuestra Señora.—IX. De los toros que se corren el sábado, y orden con que se llevan las *mondas* á la ermita de Nuestra Señora.—X. De las cerimonias que se hacen el domingo, con que se da fin á la fiesta.—XI. De algunas particularidades de la fiesta, dignas de ser sabidas.—

(1) También habla de las *mondas* el Padre Mariana, *Historia latina*, lib. IV, cap. XIV.

(2) El Ms. original se conserva en la Biblioteca Nacional, *G*-189: un vol. en 4.°, encuadernado en pergamino.

XII. De cómo los vecinos desta villa de Talavera juraron de celebrar y guardar esta fiesta.—XIII. De cómo se propuso por escrito la fiesta de Nuestra Señora y se confirmó por Bula apostólica.—XIV. Del modo que se tuvo en poner por escrito la fiesta de Nuestra Señora y se tornó á jurar.—XV. De cuán antigua cosa es correr toros y usar de libreas en las fiestas y regocijos.—XVI. De cómo son muy agradables á Nuestra Señora las fiestas que se hacen en esta villa de Talavera (1).

El licenciado Cosme Tejada de los Reyes, en su *Historia de Talavera antigua, Elvora de los carpetanos* (2), dedica á las mondas y Virgen del Prado nada menos que 32 hojas en folio, que contienen los siguientes capítulos:

Cap. I. Descripción del Pardo y ermita de Nuestra Señora del Prado.—II. Propónese y declárase un lugar de Juliano que habla de esta santa imagen y templo.—III. Fiestas y sacrificios que en este sitio y templo los gentiles celebraron y á qué deidades.—IV. Fiestas y sacrificios á Ceres eleusina.—V. Fiestas que hoy se celebran á los desposorios de la Virgen Nuestra Señora Santa María.—VI. Prosiguen las fiestas de jueves, viernes, sábado y domingo.—VII. Por qué se llaman fiestas de las mondas ó mundas, y. qué ofrendas son éstas.—VIII. Comparación y correspondencia de las fiestas profanas y divinas.—IX. Notable ceremonia de estas sagradas fiestas.

En el Ms. *Dd*-123 hay un extracto de las escrituras otorgadas en el año 1515 sobre concordia en los párrocos de Talavera y los caballeros, que discrepaban en varios puntos tocantes á la celebración de las mondas; en la segunda intervino el bachiller Juan Martínez de Mariana, deán, juez, vicario, y visitador general de Talavera y su arcedianazgo, por el cardenal Don Fray Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo.

Hemos creído mejor publicar la Relación de las mondas escrita por Don Juan de la Peña Terrones (3), que lo consigna-

(1) Biblioteca Nacional, *F*-142: un vol. en folio.
(2) Biblioteca Nacional, *G*-112: un vol. en folio.
(3) Biblioteca Nacional, *H*-40: seis hojas en folio, letra del siglo XVII.

do en sus obras respectivas por Tejada de los Reyes, Garci Fernández de Paz y otros, por ser fieles á nuestro propósito de no dar á luz fragmentos de libros, sino relaciones completas.

He aquí más clara y extensamente que en la Relación que publicamos lo que eran las *mondas* y cómo se hacían:

«Monda es como una manga pequeña de cruz de las que las parroquias llevan en sus procesiones, con sus molduras altas y bajas que sirven de adorno; tiene la forma de una cesta grande con su asa para que se puedan colgar; vístenlas todas de unos vasillos de cera de varios colores, con los cuales, tan perfectamente como con un pincel, se forman imágenes de Cristo Nuestro Señor, de la Virgen y de los santos.

»Labran las mondas huecas, y alrededor, sobre la madera lisa, un pintor hace cuatro repartimientos; en cada uno dibuja imágenes que le piden; luego tiene un brasero con poca lumbre, muchas escudillas y en cada una cera de color diferente; hace unos palillos largos de un palmo, el más grueso como vasillo de panal, y el más delgado como alfiler; son agudos de punta, los bañan en la cera derretida que se despide fácilmente del palillo y queda formado un vasito; cogen los vasitos con un palillo, y mojando las puntas en resina derretida las asientan sobre las imágenes de pincel y sobre los demás dibujos, de arcos, campos, árboles, etc., conforme el color y proporción que cada cosa pide. No hay *monda* que, haciéndose de nuevo, no cueste más de 50 ducados, que si á un pintor se hubiera de pagar pasara la costa de 100 (1).»

(1) Cosme Tejada de los Reyes, *Historia de Talavera*, libro III, cap. VII.

ÍNDICE

Páginas.

SOCIEDAD

DE

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

---

1. Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos.
2. Excmo. Sr. D. José Fernández Jiménez.
3. Excmo. Sr. D. Mariano Vergara.
4. Excmo. Sr. D. Santos de Isasa.
5. Sr. D. Vicente Vignau.
6. Excmo. Sr. D. Miguel Colmeiro.
7. Ilmo. Sr. D. Juan Facundo Riaño.
8. Sr. D. Jacinto Sarrasí.
9. Sr. D. Toribio del Campillo.
10. Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
11. Sr. D. Cándido Bretón Orozco.
12. Sr. D. Manuel Rico y Sinobas.
13. Sr. D. Eugenio Maffei.
14. La Biblioteca Nacional.
15. Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes.
16. Excmo. Sr. D. Joaquín Ceballos Escalera.
17. Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo.
18. Sr. D. Fermín Hernández Iglesias.
19. La Biblioteca del Ministerio de Gracia y Justicia.
20. Excmo. Sr. D. Luis Vidart.
21. Excmo. Sr. Marqués de Perales.
22. Ilmo. Sr. D. Félix García Gómez.
23. Sr. D. Ricardo Chacón.
24. Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.
25. Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia.
26. Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra.
27. Excmo. Sr. D. Luis de Estrada.
28. Ilmo. Sr. D. Julián Zugasti y Sáenz.

29. Excmo. Sr. Marqués de Aranda.
30. Excmo. Sr. Marqués de Heredia.
31. Excmo. Sr. D. Fermín Lasala.
32. Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.
33. Sr. D. Amós de Escalante.
34. Ilmo. Sr. D. Juan Uña.
35. Ilmo. Sr. D. Joaquín Maldonado Macanaz.
36. El Ateneo de Madrid.
37. Sr. D. Juan Mañé y Flaquer.
38. Excmo. Sr. D. Patricio Aguirre de Tejada.
39. Excmo. Sr. Marqués de Valmar.
40. Sr. D. Juan Federico Muntadas.
41. Excmo. Sr. D. Carlos de Haes.
42. Sr. D. Eduardo Sánchez y Rubio.
43. La Biblioteca del Senado.
44. Sr. D. José de Garnica.
45. Ilmo. Sr. D. Manuel Merelo.
46. Sr. D. Francisco de Borja Pabón.
47. Excmo. Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle.
48. Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.
49. Sr. D. Salvador de Torres y Aguilar.
50. La Biblioteca de la Real Academia Española.
51. Sr. D. Fernando Fernández de Velasco.
52. Ilmo. Sr. D. Federico Hoppe.
53. Excmo. Sr. Marqués de Pidal.
54. Excmo. Sr. Marqués de Hoyos.
55. Excmo. Sr. Conde de Valencia de Don Juan.
56. Sres. Bailly-Baillière é Hijos.
57. Sr. D. José María Asensio.
58. La Real Academia de la Historia.
59. Excmo. Sr. D. Juan Valera.
60. Excmo. Sr. Conde de Torre-Pando.
61. Sr. D. Félix María de Urcullu y Zulueta.
62. Sr. D. Luis de la Escosura.
63. Sr. D. Manuel Cerdá.
64. La Biblioteca del Ministerio de Fomento.
65. Sr. D. José Sancho Rayón.
66. Excmo. Sr. Marqués de Casa-Loring.
67. Sr. D. Fernando Arias Saavedra.

68. Sr. D. Enrique Suender y Rodríguez.
69. Dr. E. Thebussen.
70. Ilmo. Sr. Conde de San Bernardo.
71. Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos.
72. Sr. D. José Antonio de Balenchana.
73. Ilmo. Sr. D. Marcial Taboada.
74. Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.
75. Sr. Conde de Roche.
76. Sr. D. Enrique Rouget de Loscos.
77. Excmo. Sr. Marqués de Miravel.
78. Excmo. Sr. Conde de Casa-Galindo.
79. Excmo. Sr. D. Francisco de Zabalburu.
80. Sr. D. José de Palacio y Viteri.
81. Sr. D. J. N. de Acha.
82. Sr. D. Juan Llordachs.
83. Sr. D. Pablo Cuesta.
84. Sr. D. Fernando Núñez Arenas.
85. Sr. D. José Llordachs.
86. Sr. D. Ramón Siscar.
87. Sr. Gerold, de Viena.
88. Sr. D. Donato Guío.
89. Excmo. Sr. Conde de Morphy.
90. Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.
91. Sr. D. Vicente Poleró.
92. Sr. D. Carlos de Uhagón y Arispe.
93. Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo.
94. La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
95. Sr. D. Gabriel Sánchez.
96. Sr. D. José Jorge Daroqui.
97. Sr. D. Pedro Pablo Blanco.
98. Excmo. Sr. D. Ricardo Villalba y Pérez.
99. Sr. D. Eduardo Corredor.
100. Excma. Sra. Condesa de Oñate.
101. Sr. D. Luis Masferrer.
102. Sr. D. Francisco Cuesta.
103. Sr. D. Mariano Murillo.
104. Sr. D. Federico Real y Prado.
105. Sr. D. Felipe Barroeta.
106. Excmo. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.

107. Sr. D. Enrique García de Angulo.
108. La Biblioteca de la Academia del E. M. del Ejército.
109. La Biblioteca del Ministerio de Marina.
110. Sr. D. José Moncerdá.
111. Sr. D. Rafael de la Escosura.
112. Excmo. Sr. D. Francisco de Cárdenas.
113. Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.
114. Excmo. Sr. Marqués de Casa-Irujo.
115. Sr. D. Miguel Victoriano Amer.
116. Sr. D. Leocadio López.
117. Excmo. Sr. Conde de Toreno.
118. Sr. D. Luis María de Tro y Moxó.
119. Excmo. Sr. D. Feliciano Herreros de Tejada.
120. Sr. D. Francisco Iravedra.
121. Sr. D. José Canosa y Martínez.
122. La Biblioteca Imperial de Strassburg.
123. La Biblioteca del Congreso de los Diputados.
124. Sr. D. Antonio Benítez de Lugo.
125. Sr. D. Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia.
126. Sr. D. Joaquín Valera.
127. Sr. D. José María Pérez y Porto Mondragón.
128. Sr. D. José Enrique Serrano.
129. Excmo. Sr. Marqués de Viluma.
130. La Biblioteca Real de la Universidad de Bonn.
131. Sr. D. Julián Arias Muñiz.
132. Sr. D. Nazario Calonje.
133. Excmo. Sr. Conde de Bañuelos.
134. Sr. D. Eugenio Hartzenbusch é Hiriart.
135. Excmo. Sr. Conde de Zabellá.
136. Sr. D. Manuel María Peralta.
137. Sr. D. Luis Tusquets.
138. Sr. D. Luis Navarro.
139. Sr. Norman Maccoll Esq.re
140. Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
141. La Biblioteca de la Universidad de Barcelona.
142. Sr. D. Fernando Palha.
143. Sr. D. Juan Vidal.
144. Sr. D. Alonso Mesía de la Cerda.
145. Sr. D. Antonio Paz y Mélia.

146. Sr. D. Francisco Guillén Robles.
147. Excmo. Sr. Conde de Sallent.
148. Sr. Marqués del Bosch de Arés.
149. Excmo. Sr. Duque T' Serclaes.
150. Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros.
151. Sr. D. Carlos Volmóller.
152. Sr. D. Francisco A. Commelerán.
153. Sr. D. J. C. Cebrián.
154. Excmo. Sr. D. José Esperanza y Sola.
155. Sr. D. Mateo de Rivas y Cuadrillero.
156. Sr. D. León Medina.
157. Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón.
158. Sr. D. Cesáreo Aragón.
159. Excmo. Sr. Marqués del Pazo de la Merced.
160. Excmo. Sr. D. Raimundo F. Villaverde.
161. Sr. D. José Luis Gallo.
162. Señorita Doña Blanca de los Ríos.
163. Ilmo. Sr. Vizconde de Palazuelos.
164. Ilmo. Sr. D. Carlos Belmonte y Chico de Guzmán.
165. Sr. H. B. Clarcke.
166. Excmo. Sr. Conde de Vilches.
167. Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rua.
168. Excmo. Sr. Conde de Estrada.
169. Excmo. Sr. Marqués de Linares.
170. Sr. D. Calixto Oyuela.
171. Sr. D. Ramón Morenés y Alesson.
172. Sr. D. Miguel Toldrá.
173. Sr. Marqués de Santa Susana.
174. Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba.
175. Excmo. Sr. Marqués de Valdeterrazo.
176. Sr. Johannes Merck, de Hamburgo.
177. Excmo. Sr. Marqués de Santillana.
178. Excmo. Sr. D. Emilio Nieto.
179. Karl. W. Hiersemann, de Leipzig.
180. Sr. D. Cayetano Cervigón.
181. Excmo. Sr. Conde de Limpias.
182. Sr. D. José Manuel de Garamendi.
183. Ilmo. Sr. D. Atanasio Morlesín.
184. Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor.

185. Sr. D. Antonio Rodríguez Villa.
186. Excmo. Sr. Marqués de Comillas.
187. Excmo. Sr. Duque de Rivas.
188. Excmo. Sr. Conde de Tejada de Valdosera.
189. Excmo. Sr. D. Eduardo Sánchez Bustillo.
190. Excmo. Sr. Conde de Torreánaz.
191. Excmo. Sr. D. Carlos Frontaura.
192. Excmo. Sr. D. Francisco de P. Arrillaga.
193. Excmo. Sr. Marqués de Casa-Torres.
194. Excmo. Sr. Duque de Uceda.
195. Excmo. Sr. Marqués de San Carlos.
196. Excmo. Sr. Conde de la Viñaza.
197. Excmo. Sr. D. Tomás Castellanos.
198. Biblioteca del Ministerio de la Guerra.
199. Ilmo. Sr. Marqués de Bolaños.
200.
201.
202.
203.
204.
205.
206.
207.
208.
209.
210.
211.
212.
213.
214.
215.
216.
217.
218.
219.
220.
221.
222.
223.

224.
225.
226.
227.
228.
229.
230.
231.
232.
233.
234.
235.
236.
237.
238.
239.
240.
241.
242.
243.
244.
245.
246.
247.
248.
249.
250.
251.
252.
253.
254.
255.
256.
257.
258.
259.
260.
261.
262.

263.
264.
265.
266.
267.
268.
269.
270.
271.
272. La Sociedad de Bibliófilos Españoles.

SEÑORES SOCIOS FALLECIDOS

CUYA SUSCRIPCIÓN CONTINÚAN SUS PARIENTES Ó HEREDEROS

S. M. EL REY D. ALFONSO XII

1. ✠ Ilmo. Sr. D. Ramón Miranda.
2. ✠ Sr. D. Marcos Sánchez.
3. ✠ Sr. D. Mariano Fortuny.
4. ✠ Sr. D. Antonio Novo.
5. ✠ Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz de Cañabate.
6. ✠ Excmo. Sr. D. Severo Catalina.
7. ✠ Sr. D. Adolfo Rivadeneyra.
8. ✠ Sr. D. Juan Manuel Ranero.
9. ✠ Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
10. ✠ Sr. D. Luis Burgos.
11. ✠ Excmo. Sr. Marqués de Molíns.
12. ✠ Excmo. Sr. D. Braulio Antón Ramírez.
13. ✠ Sr. D. Jenaro Alenda Mira de Perceval.
14. ✠ Sr. D. Pedro N. Oseñalde.
15. ✠ Sr. D. Alfonso Durán.
16. ✠ Sr. D. Miguel Guijarro Rodrigo.
17. ✠ Sr. D. Miguel Guijarro Ocaña.
18. ✠ Sr. D. Federico Avecilla.
19. ✠ Sr. D. Saturio Martínez.
20. ✠ Sr. D. Bernardo Rico.

JUNTA DE GOBIERNO

PRESIDENTE.........	Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente de la Academia de la Historia.—Serrano, 57, hotel.
VICEPRESIDENTE......	Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Académico de la Historia.—León, 21.
TESORERO..........	Sr. D. José Antonio de Balenchana.—Reina, 24, bajo.
CONTADOR..........	Sr. D. Francisco Guillén Robles, Académico electo de la Historia.—Ayala, 5.
SECRETARIO PRIMERO.	Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón, C. de la Academia de la Historia.—Serrano, 16.
SECRETARIO SEGUNDO.	Ilmo. Sr. Vizconde de Palazuelos.—Hernán Cortés, 3.
VOCALES...........	Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos, Académico de la Historia.—Barquillo, 4, 3.º Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié, Académico de la Historia.—Reina, 43. Sr. D. Antonio Rodríguez Villa, Académico de la Historia. Sr. D. Antonio Paz y Mélia. Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor. Sr. D.

LIBROS PUBLICADOS

POR LA

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

I. CARTAS DE EUGENIO SALAZAR, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

II. POESÍAS DE D. FRANCISCO DE RIOJA, por D. Cayetano A. de la Barrera. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

III. RELACIONES DE ALGUNOS SUCESOS DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DEL REINO DE GRANADA, por D. Emilio Lafuente Alcántara. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IV. CINCO CARTAS POLÍTICO-LITERARIAS DE D. DIEGO SARMIENTO DE ACUÑA, CONDE DE GONDOMAR, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

V. EL LIBRO DE LAS AVES DE CAÇA, DEL CANCILLER PEDRO LÓPEZ DE AYALA, CON LAS GLOSAS DEL DUQUE DE ALBURQUERQUE. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VI. TRAGEDIA LLAMADA JOSEFINA, DE MICAEL DE CARVAJAL, por D. Manuel Cañete. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

VII. LIBRO DE LA CÁMARA REAL DEL PRÍNCIPE D. JUAN, DE GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, por D. José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VIII. HISTORIA DE ENRRIQUE FI DE OLIUA, REY DE IHERUSALEM, EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IX. EL CROTALÓN DE CHRISTÓPHORO GNOPHOSO. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

X. DON LAZARILLO VIZCARDI, DE D. ANTONIO EXIMENO, por Don Francisco Asenjo Barbieri. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XI. Relaciones de Pedro de Gante, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

XII. Tratado de las batallas y ligas de los ejércitos del Emperador Carlos V, desde 1521 hasta 1545, por Martín García Cereceda. Tomos I, II y III. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIII. Memorias del Cautivo en la Goleta de Túnez, por Don Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIV. Libro de la Jineta y descendencia de los caballos guzmanes, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XV. Viaje de Felipe segundo á Inglaterra, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVI. Tratado de las epístolas y otros varios, de Mosén Diego de Valera, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVII. Dos obras didácticas y dos leyendas, sacadas de manuscritos de la Biblioteca del Escorial, por D. Germán Knust. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVIII. Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble Rey D. Juan el primero, del Bachiller Palma, por Don José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIX. Romancero de Pedro de Padilla, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XX. Relación de la jornada de Pedro de Orsúa á Omagua y al Dorado, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXI. Cancionero general de Hernando del Castillo, por Don José Antonio de Balenchana. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXII. Obras de Juan Rodríguez de la Cámara (ó del Padrón), por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXIII. El Pelegrino Curioso, por D. Pascual de Gayangos. Tomos I y II. Tirada de 300 ejemplares.

XXIV. Cartas de Villalobos, por D. Antonio María Fabié. Tirada de 300 ejemplares.

XXV. Memorias de D. Félix Nieto de Silva, Marqués de Tenebrón, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Tirada de 300 ejemplares.

1

XXVI. Historia del maestre último que fué de Montesa y de su hermano D. Felipe de Borja, por D. Francisco Guillén Robles. Tomo I. Tirada de 300 ejemplares.

XXVII. Diálogos de la Montería. Manuscrito inédito de la Real Academia de la Historia, por el Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

XXVIII. Libro de las virtuosas é claras mujeres, el cual fizo é compuso el Condestable D. Alvaro de Luna, Maestre de la Orden de Santiago, por el Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tirada de 300 ejemplares.

XXIX. Opúsculos literarios de los siglos xiv á xvi, por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 300 ejemplares.

XXX. Nobiliario de Conquistadores de Indias, por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 600 ejemplares.

XXXI. Dos novelas de D. Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, por el Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

XXXII. Relaciones históricas de los siglos xvi y xvii, por el Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.
